

Sophie Kinsella

*La reina
de la casa*



de

para Linda Evans

uno

¿Consideras que vives estresada?

No, no vivo estresada.

Tengo mucho trabajo, como la mayoría de la gente. La vida es así. Ocupo un cargo de responsabilidad; mi trabajo es importante para mí, y además me gusta.

Bueno, vale. A veces me siento un poco tensa. Un poco presionada. Pero soy abogada en un bufete de la City, el centro financiero de Londres. ¿Cómo iba a sentirme?

Aprieto tanto con el bolígrafo que he desgarrado el papel. Mecachis. No importa. Pasemos a la siguiente pregunta.

De promedio, ¿cuántas horas pasas en el despacho cada día?

14

12

8

Depende.

¿Practicas ejercicio regularmente?

Voy a nadar regularmente

A veces voy a nadar

Tengo previsto empezar a ir a la piscina con regularidad. En cuanto

tenga tiempo. Últimamente he estado muy liada, pero es pasajero.

¿Bebes ocho vasos de agua al día?

Sí

A vec...

No.

Dejo el bolígrafo y carraspeo. Al otro lado de la habitación, Maya, que está reordenando todos sus tarritos de cera y esmalte para uñas, levanta la cabeza. Maya es la esteticista que me han asignado. Es morena, y lleva el cabello recogido en una larga trenza por la que discurre un mechón blanco y un pequeño pendiente de plata en la nariz.

—¿Cómo te va con el cuestionario? —me pregunta con su dulce voz.

—Ya le he comentado a la recepcionista que tenía un poco de prisa —digo con educación—. ¿Son imprescindibles todas estas preguntas?

—Nos gusta tener toda la información posible para valorar tus necesidades de belleza y salud —replica ella con un tono tranquilizador pero implacable.

Miro mi reloj. Son las diez menos cuarto.

No tengo tiempo para estas cosas. No tengo tiempo, de verdad. Pero es mi regalo de cumpleaños, y se lo prometí a tía Patsy.

Para ser más exactos, es mi regalo de cumpleaños del año pasado. Tía Patsy me regaló el vale para esta «Experiencia Desestresante Definitiva» hace un año. Es la hermana de mi madre, y le preocupan mucho las mujeres que trabajan. Cada vez que la veo, me agarra por los hombros, junta las cejas y examina mi cara; en la tarjeta que acompañaba al vale, escribió: «¡Busca un poco de tiempo para ti misma, Samantha!».

Y pensaba hacerlo, en serio. Pero surgieron un par de rachas de mucho ajetreo en el trabajo y, no sé cómo, pasó un año sin que encontrara ni un momento libre. Soy abogada. Trabajo en Carter Spink y ahora mismo estamos bastante agobiados. Es un lío pasajero. No durará mucho. Solo tengo que aguantar un par de semanas más.

En fin, entonces tía Patsy me envió la tarjeta de felicitación de este año, y

de pronto me di cuenta de que el vale estaba a punto de caducar. De modo que aquí estoy, el día que cumpla veintinueve años. Sentada en una camilla, con un albornoz blanco y unas bragas de papel surrealistas. Me he tomado la mañana libre. Todo un lujo.

¿Fumas?

No.

¿Bebes alcohol?

Sí.

¿Preparas la mayoría de tus comidas en casa?

Levanto la cabeza, un poco mosqueada. ¿Y eso qué tiene que ver? ¿Quién ha dicho que sea mejor comer en casa? Al final escribo:

Llevo una dieta variada y nutritiva.

Y es absolutamente cierto.

Además, todo el mundo sabe que los chinos viven más tiempo que nosotros, así que ¿cómo no va a ser saludable alimentarse de comida china? Y la pizza es mediterránea. Seguro que es más sana que muchas cosas que la gente toma en su casa.

¿Tienes la impresión de llevar una vida equilibrada?

Sí

N

Sí.

—Ya está —anuncio, y le entrego las hojas a Maya, que empieza a leer. Su dedo se desplaza por el papel con una lentitud exasperante. Como si

tuviéramos todo el tiempo del mundo.

Y quizá ella lo tenga. Pero yo he de volver al despacho antes de la una, en serio.

—He leído atentamente tus respuestas —dice, mirándome con seriedad—, y es evidente que estás muy estresada.

¿Qué? ¿De dónde saca eso? ¿No ha quedado claro que no estoy estresada?

—¿Estresada yo? ¡Qué va! —Sonrío en plan «mira lo desestresada que estoy», pero Maya no parece convencida.

—Es obvio que estás sometida a una fuerte presión en el trabajo.

—Yo me crezco con la presión —explico.

Y es verdad. Eso lo sé desde que... Bueno, desde que me lo dijo mi madre, cuando yo tenía unos ocho años. «Tú te creces con la presión, Samantha». Toda mi familia se crece con la presión. Es como el lema familiar, o algo así. Con la excepción de mi hermano Peter, desde luego, que sufrió una crisis nerviosa. Pero a los demás nos sienta de maravilla, en serio.

Me encanta mi trabajo. Me encanta la satisfacción que me embarga cuando descubro la laguna jurídica de un contrato. Me encanta la descarga de adrenalina que experimento al firmar un acuerdo. Me encanta la emoción de las negociaciones, y discutir, y ser quien ha hecho el comentario más acertado en una reunión.

Supongo que a veces sí siento como si alguien estuviera amontonando peso sobre mis hombros. Como enormes bloques de cemento, uno encima del otro, y yo tengo que seguir aguantándolos por muy agotada que esté...

Pero imagino que eso le ocurre a todo el mundo. Es normal.

—Tienes la piel muy deshidratada. —Maya sacude la cabeza. Pasa una mano de experta por mi mejilla y me pone los dedos bajo la mandíbula, con aire preocupado—. Y el pulso muy acelerado. Eso no es bueno. ¿Estás nerviosa?

—Últimamente tengo mucho trabajo —admito encogiéndome de hombros—. Pero solo es pasajero. Estoy bien. —«¿Podemos continuar?».

—Bueno. —Se levanta. Pulsa un botón que hay en un panel de la pared, y una suave música de zampoña inunda la habitación—. Lo único que puedo decirte es que has venido al sitio idóneo, Samantha. Nuestro objetivo es

desestresar, revitalizar y desintoxicar.

—Genial —digo, aunque no he prestado mucha atención. Acabo de recordar que no contesté la llamada de David Elldridge acerca de ese contrato con la petrolera ucraniana. Tendría que haberlo llamado ayer. Mierda.

—El objetivo del Centro Té Verde es proporcionar un refugio de tranquilidad, lejos de todas tus preocupaciones cotidianas. —Maya pulsa otro botón del panel, y la luz se atenúa hasta que la estancia queda en penumbra—. Antes de empezar —añade en voz baja—, ¿quieres preguntarme algo?

—Pues sí. —Me inclino hacia delante.

—¡Estupendo! —exclama, radiante—. ¿Quieres saber algo acerca de los tratamientos que voy a aplicarte o es algo más general?

—¿Podría enviar un e-mail? —pregunto con educación.

La sonrisa se le congela en los labios.

—Solo será un momento —añado—. No tardaré más de dos segun...

—Samantha, Samantha... —Sacude la cabeza—. Has venido aquí para relajarte. Para tomarte un respiro. No para enviar e-mails. ¡Es una obsesión! ¡Una adicción! Es tan perjudicial como el alcohol o la cafeína.

¿Obsesionada yo? Qué tontería. Reviso mi correo electrónico cada... treinta segundos, más o menos. Porque en treinta segundos pueden cambiar muchas cosas.

—Además, Samantha —agrega Maya—, ¿ves algún ordenador en esta habitación?

—No —contesto, y, obediente, paseo la mirada por la habitación en penumbra.

—Por eso pedimos a nuestros clientes que dejen todos sus aparatos electrónicos en la caja fuerte. Está prohibido entrar con teléfonos móviles u ordenadores de bolsillo. —Extiende los brazos—. Esto es un refugio. Una escapada del mundo.

—Vale. —Asiento dócilmente. No creo que sea momento de revelar que llevo una BlackBerry escondida en las bragas de papel.

—Bueno, empecemos. —Maya sonrío—. Túmbate en la camilla y tápate con una toalla. Y quítate el reloj, por favor.

—¡Necesito el reloj!

—Es otra adicción. —Chasquea la lengua para expresar desaprobación—.

Mientras estés aquí, no necesitas saber qué hora es.

Se da la vuelta, discreta, y yo me quito el reloj a regañadientes. Luego, un poco incómoda, me tumbo en la camilla intentando no aplastar mi preciosa BlackBerry.

Ya me había fijado en la norma acerca de los aparatos electrónicos. Y he entregado mi dictáfono. Pero tres horas sin una BlackBerry... A ver, ¿y si pasa algo en el despacho? ¿Y si surge alguna emergencia? Y ni siquiera tiene lógica. Si de verdad quisieran que la gente se relajara, la dejarían entrar en la cabina con su BlackBerry y su teléfono móvil en lugar de confiscárselos.

En fin, lo tapa la toalla, así que Maya no puede verlo.

—Voy a empezar con un relajante masaje de pies —dice, y noto cómo me aplica una especie de loción en los pies—. Intenta no pensar en nada.

Clavo la vista en el techo, obediente. No pienso en nada. Mi mente es tan clara y transparente como el cristal...

¿Qué voy a hacer con lo de Elldridge? Debí contestar su llamada. Estará esperando mi respuesta. ¿Y si les dice a los otros socios que no hago bien mi trabajo? ¿Y si eso afecta a mis posibilidades de que me nombren socia de la empresa?

Noto una sacudida de alarma. Este no es momento para dejar las cosas al azar.

—Intenta no pensar en nada —va repitiendo Maya—. Siente cómo desaparece la tensión...

Quizá podría enviarle un e-mail breve. Por debajo de la toalla.

Estiro los dedos disimuladamente hasta que toco una esquina de mi BlackBerry. La saco poco a poco de las bragas de papel. Maya sigue masajeándome los pies, sin enterarse de nada.

—Tu cuerpo cada vez pesa más... Tu mente se vacía poco a poco...

Voy acercando la BlackBerry por mi pecho hasta que puedo ver la pantalla debajo de la toalla. Suerte que la habitación está casi a oscuras. Procuro reducir al mínimo mis movimientos y, subrepticamente, empiezo a teclear un mensaje con una sola mano.

—Reláááájate... —dice Maya con voz dulce—. Imagínate que paseas por una playa...

—Hmmm... hmmm... —murmuro.

«David —escribo—. Re: contrato ZFN Oil. He leído las correcciones. Creo que nuestra respuesta debería...».

—¿Qué haces? —pregunta Maya con un repentino sobresalto.

—¡Nada! —Miento, y me apresuro a ocultar la BlackBerry—. Solo... me relajo...

Maya bordea la camilla y se queda mirando el bulto de la toalla, a la altura de donde está la BlackBerry.

—¿Tienes algo escondido? —pregunta con gesto de incredulidad.

—¡No!

Debajo de la toalla, la BlackBerry emite un débil pitido. Maldita sea.

—Me parece que ha sido un coche —digo con tono despreocupado—. Fuera, en la calle.

Maya entorna los ojos.

—Samantha —dice despacio, con tono amenazador—. ¿Tienes un aparato electrónico ahí metido?

Sospecho que si no confieso, la esteticista me arrancará la toalla.

—Solo estaba enviando un e-mail —contesto por fin, y saco tímidamente la BlackBerry.

—¡Estos adictos al trabajo! —Me la arrebató, exasperada—. Los e-mails pueden esperar. Todo puede esperar. ¡Es que no sabéis relajarnos!

—¡Yo no soy adicta al trabajo! —replico airada—. ¡Soy abogada! ¡No es lo mismo!

—Ya. O sea que no quieres admitir que tienes un problema. —Sacude la cabeza.

—¡No es verdad! Mira, mi bufete cuenta con clientes muy importantes. ¡No puedo desconectarme así como así! Y menos ahora. Me han... bueno, me han propuesto para socia de la empresa. —Cuando oigo esas palabras vuelvo a sentir una especie de crispación. Socia de uno de los mayores bufetes de abogados del país. Lo que siempre soñé—. Soy candidata a socia —explico con voz más calmada—. Mañana tomarán la decisión. Si me eligen, me convertiré en la socia más joven en toda la historia de la empresa. ¿Te das cuenta de lo que eso significa? ¿Tienes idea de...?

—Todo el mundo puede tomarse un par de horas libres —me interrumpe Maya. Me pone ambas manos sobre los hombros—. Samantha, estás

increíblemente nerviosa. Tienes los hombros rígidos, el corazón te late a toda velocidad... Yo diría que estás al límite.

—Estoy bien.

—¡Eres un manojo de nervios!

—¡No es verdad!

—Deberías tomarte las cosas con más calma, Samantha. —Me mira con seriedad—. Solo tú puedes decidir cambiar tu vida. ¿Lo harás?

—Pues...

Doy un respingo, porque noto una sacudida en mis bragas de papel. Es mi teléfono móvil. Me lo he metido ahí junto con la BlackBerry tras ponerlo en modo vibración.

—¿Qué es eso? —Maya observa el movimiento de la toalla—. ¿Qué demonios es ese... temblor?

No puedo admitir que es un teléfono. Primero la BlackBerry, y ahora esto.

—Verás... —Carraspeo—. Es mi... juguetito erótico.

—¿Tu qué? —Está perpleja.

El móvil vuelve a dar sacudidas dentro de mis bragas. Tengo que contestar. Podría ser una llamada del despacho.

—Hmmm... Mira, es que necesito un poco de intimidad —digo, y le dedico un gesto cómplice—. ¿No podrías... salir de la habitación un minuto?

Maya me observa con desconfianza.

—¡Un momento! —Vuelve a fijarse en el bulto que hay debajo de la toalla—. No será un teléfono, ¿eh? ¿También has entrado con un teléfono?

Dios mío. Está furiosa.

—Mira —digo, fingiendo arrepentimiento—, ya sé que tenéis vuestras normas y demás, y las respeto, pero el caso es que yo necesito mi móvil. —Meto la mano debajo de la toalla para cogerlo.

—¡No contestes! —El grito me pilla desprevenida—. Samantha —dice, esforzándose por mantener la calma—, si has escuchado lo que te he dicho, lo apagarás ahora mismo.

El teléfono vuelve a vibrar en mi mano. Leo el nombre que aparece en la pantalla y noto que se me retuerce el estómago.

—Es del despacho.

—Que te dejen un mensaje. Pueden esperar.

—Es que...

—Este es tu tiempo. —Me sujeta ambas manos y me mira con intensidad

—. Tu tiempo —repite.

Dios mío, no lo capta, ¿eh? Casi me dan ganas de reír.

—Soy asociada de Carter Spink. No tengo tiempo para mí.

Abro el teléfono, y una furiosa voz masculina suena por el auricular:

—¿Dónde demonios estás, Samantha?

Siento que me atenazan las entrañas. Es Ketterman, el jefe de nuestro departamento de Sociedades. Supongo que tendrá un nombre de pila, pero todo el mundo lo llama Ketterman. Tiene el cabello negro y unos ojos grises que te taladran, lleva gafas con montura metálica, y cuando empecé a trabajar en Carter Spink, aparecía en todas mis pesadillas.

—Volvemos a llevar el caso Fallons. Ven ahora mismo. Hay una reunión a las diez y media.

¿El caso Fallons?

—Voy enseguida. —Cierro el teléfono y miro a Maya con aire compungido—. Lo siento.

Yo no soy adicta al reloj.

Pero evidentemente dependo de él. A cualquiera le pasaría si su tiempo se midiera en segmentos de seis minutos. Porque se supone que cada seis minutos de mi vida laboral tengo que pasarle la factura a un cliente. Todo queda reflejado en una plantilla de control de horas computerizada, dividida en fragmentos detallados.

11:00-11:06 Borrador de contrato para Proyecto A

11:06-11:12 Documentación corregida para Cliente B

11:12-11:18 Consulta sobre punto de Convenio C

Cuando empecé a trabajar en Carter Spink, me asustó un poco la idea de tener que anotar en qué estaba trabajando en cada momento del día. Pensaba: «¿Y si no hago nada durante seis minutos? ¿Qué anotaré entonces?».

11:00-11:06 Miro distraídamente por la ventana.

11:06-11:12 Fantaseo con que tropiezo con George Clooney en la calle.

11:12-11:18 Intento tocarme la punta de la nariz con la lengua.

Pero la verdad es que te acostumbras. Te acostumbras a medir la vida en trocitos. Y a trabajar sin parar.

Si eres asociada de Carter Spink, no te quedas sentada sin hacer nada. No miras distraídamente por la ventana ni fantaseas. Porque sabes lo que vale cada segmento de seis minutos de tu tiempo. Tiene lógica: si dejo que pasen seis minutos sin hacer nada, le he costado cincuenta libras a la empresa. Doce minutos, cien libras. Dieciocho minutos, ciento cincuenta libras.

Como digo, los asociados de Carter Spink no sabemos qué es estar sentados sin hacer nada.

dos

Cuando llego al despacho, encuentro a Ketterman plantado junto a mi mesa, contemplando con expresión de disgusto el lío de papeles y expedientes esparcidos por todas partes.

He de admitir que mi mesa no es la más impecable del mundo. De hecho es un auténtico basurero. Pero estoy firmemente decidida a limpiarla y ordenar todos los montones de contratos viejos que hay en el suelo. En cuanto tenga un poco de tiempo.

—Nos vemos en diez minutos —me dice mirando su reloj—. Quiero que el borrador de la documentación presupuestaria esté preparado.

—Claro —respondo, conteniéndome, pero su mera presencia me está poniendo de los nervios.

Con Ketterman me pongo nerviosa incluso cuando está de buen humor. En lugar de rezumar loción de afeitado, como otros hombres, él rezuma un poderío cerebral que te pone los pelos de punta. Pero hoy es muchísimo peor, porque Ketterman forma parte del grupo que ha de tomar la decisión. Mañana, él y otros trece socios celebrarán una gran reunión para determinar quién va a ser el nuevo socio del bufete.

Mañana descubriré si lo he conseguido o si toda mi vida ha sido un fracaso monumental. ¿Presión? ¿Qué presión?

—El borrador de la documentación está por aquí...

Busco en una montaña de carpetas y, con un eficiente floreo, saco lo que parece un archivador.

Es una caja vacía de donuts.

La tiro rápidamente a la papelera.

—Está por aquí, seguro... —Busco desesperada y localizo el expediente

que necesito. Gracias a Dios—. ¡Aquí!

—No sé cómo puedes trabajar con tanto desorden, Samantha. —La voz de Ketterman es débil y sarcástica, y en sus ojos no hay ni gota de humor.

—¡Al menos lo tengo todo a mano! —Suelto un proyecto de risita, pero él permanece imperturbable. Aturullada, aparto mi silla y un montón de cartas que no recordaba se cae al suelo.

—Hace tiempo había una norma acerca de que las mesas debían quedar vacías todas las tardes antes de las seis —apunta con su gélida voz—. Quizá deberíamos reintroducirla.

—¡No estaría mal! —Intento sonreír, pero Ketterman cada vez me pone más nerviosa.

—¡Samantha! —Nos interrumpe una voz jovial; me doy la vuelta, aliviada, y veo a Arnold Saville acercándose por el pasillo.

Arnold es el socio principal que mejor me cae. Tiene el cabello liso y canoso, y siempre va un poco despeinado para tratarse de un abogado. Su debilidad son las corbatas; hoy lleva una con estampado de cachemira, rojo intenso, con un pañuelo a juego en el bolsillo de la americana. Me saluda con una amplia sonrisa; yo se la devuelvo y noto que me relajo.

Estoy segura de que Arnold es de los que defienden mi candidatura. Y estoy igual de segura de que Ketterman se opone a mi nombramiento. Arnold es el inconformista de la empresa; el que no cumple las normas, el que no se fija en detalles irrelevantes como las mesas desordenadas.

—Ha llegado una carta de agradecimiento que habla muy bien de ti, Samantha. —Arnold sonrío y me muestra una hoja—. Del presidente de Gleiman Brothers, nada menos.

Cojo el papel con membrete, asombrada, y leo por encima la nota escrita a mano: «... gran estima... sus servicios... su gran profesionalidad...».

—Me han dicho que le ahorraste unos cuantos millones de libras con los que no contaba —continúa, risueño—. Está encantado.

—Ah, sí. —Me ruborizo un poco—. Bueno, no es para tanto. Solo descubrí una anomalía en la forma en que estaban estructurando sus finanzas.

—Es evidente que le causaste muy buena impresión. —Arquea sus pobladas cejas—. Quiere que lles todos sus asuntos a partir de ahora. ¡Excelente, Samantha! Te felicito.

—Gracias, gracias.

Miro de reojo a Ketterman, solo para ver si por casualidad se muestra impresionado. Pero veo que todavía frunce el entrecejo con gesto impaciente.

—Yo también quiero que te ocupes de esto. —Ketterman deja caer un expediente encima de mi mesa—. Necesito un informe de viabilidad dentro de cuarenta y ocho horas.

Maldita sea. Cuando veo la gruesa carpeta, se me cae el alma al suelo. Voy a tardar horas en redactarlo.

Ketterman y los otros socios suelen delegar en mí trabajillos adicionales. Incluso Arnold. La mayoría de las veces ni siquiera me lo dicen: se limitan a dejar el expediente encima de mi mesa con algún memorando ilegible y esperan que yo les haga el trabajo.

—¿Hay algún problema? —me pregunta entrecerrando los ojos.

—Claro que no —respondo con el tono enérgico y dinámico propio de una socia en potencia—. Nos vemos en la reunión.

Cuando Ketterman sale de mi despacho, miro el reloj. Son las diez y veintidós. Tengo exactamente ocho minutos para asegurarme de que el borrador de la documentación del acuerdo de Fallons está en orden. Lo abro y paso las páginas, buscando errores o lagunas. Desde que trabajo en Carter Spink he aprendido a leer mucho más deprisa.

De hecho, ahora lo hago todo más deprisa. Camino más deprisa, hablo más deprisa, como más deprisa, hago el amor más deprisa...

Aunque eso no lo practico mucho últimamente. Pero hace un par de años salía con un socio mayoritario de Berry Forbes. Se llamaba Jacob y trabajaba en acuerdos internacionales importantísimos; él aún tenía menos tiempo que yo. Acabamos afinando nuestra rutina hasta reducirla a unos seis minutos, lo cual habría resultado muy útil si nos hubiéramos estado pasando facturas el uno al otro. (No, no nos las pasábamos). Él hacía que yo tuviera un orgasmo, y luego yo hacía que lo tuviese él. Y después mirábamos si habíamos recibido algún e-mail.

Eso puede considerarse, prácticamente, un orgasmo simultáneo. O sea que nadie puede negar que sea sexo de calidad. He leído más de un *Cosmopolitan*, entiendo de esas cosas.

En fin, luego Jacob recibió una oferta buenísima y se marchó a Boston,

así que dejamos de vernos. A mí no me importó mucho.

Para ser sincera, he de decir que en realidad no me gustaba.

—¿Samantha? —Una voz me rescata de mis pensamientos. Es mi secretaria, Maggie. Solo lleva unas semanas trabajando en la empresa y todavía no la conozco muy bien—. Mientras estabas fuera te han llamado. Una tal Joanne.

—¿Joanne de Clifford Chance? —Levanto la cabeza, atenta—. Vale. Dile que recibí su mensaje sobre la cláusula cuatro y que la llamaré después de comer...

—No, esa Joanne no —me interrumpe Maggie—. Era tu nueva asistente. Quiere saber dónde guardas las bolsas del aspirador.

La observo sin comprender.

—¿Las qué?

—Las bolsas del aspirador —repite—. No las encuentra.

—¿Para qué quiere meter el aspirador en una bolsa? —pregunto, desconcertada—. ¿Piensa llevárselo a algún sitio?

Maggie me mira, perpleja.

—Las bolsas que van dentro del aspirador —aclara—. Para recoger el polvo. ¿Tienes alguna?

—¡Ah! —digo—. Ah, esas bolsas. Pues...

Arrugo la frente, cavilosa, como si tuviese la respuesta en la punta de la lengua. La verdad es que ni siquiera soy capaz de visualizar mi aspirador. ¿Lo he visto alguna vez? Sé que me lo llevaron a casa, porque el portero firmó un albarán de entrega.

—A lo mejor es un Dyson —sugiere Maggie—. Los Dyson no llevan bolsa. ¿Es trineo o vertical? —Me mira expectante.

No tengo ni idea de qué me habla. Pero no voy a admitirlo, claro.

—Ya lo arreglaré —digo con tono eficiente, y empiezo a juntar papeles—. Gracias, Maggie.

—Joanne quería preguntarte otra cosa. —Consulta su nota—. ¿Cómo se enciende el horno?

Sigo juntando papeles como si no hubiera oído nada. Por supuesto que sé cómo se enciende mi propio horno.

—Pues giras el... mando —respondo al fin—. Es facilísimo...

—Dice que no se aclara con el reloj. —Arruga la frente, pensativa—. ¿Es un horno eléctrico o de gas?

Muy bien, creo que voy a zanjar esta conversación ahora mismo.

—Tengo que hacer una llamada importante, Maggie —afirmo con pesar y señalo el teléfono.

—Entonces ¿qué le digo a tu asistenta? —insiste—. Está esperando que la llame.

—Dile que... lo deje por hoy. Que ya lo arreglaré.

Cuando Maggie sale de mi despacho, cojo un bolígrafo y un bloc de notas.

1. ¿Cómo se enciende el horno?

2. Bolsas aspirador: comprar.

Dejo el bolígrafo y me froto la frente. Yo no tengo tiempo para estas cosas. Bolsas de aspirador, por amor de Dios. Pero si ni siquiera sé qué pinta tienen, y mucho menos dónde se compran...

De pronto se me ocurre una idea genial. Compraré un aspirador nuevo. Seguro que vienen con la bolsa ya instalada.

—Samantha.

—¿Qué? ¿Qué pasa? —Doy un respingo y abro los ojos. Guy Ashby está en el umbral.

Guy es mi mejor amigo en la empresa. Mide un metro noventa, tiene piel aceitunada y ojos oscuros, y normalmente su aspecto corresponde al del clásico abogado, pulido e impecable. Pero esta mañana lleva alborotado el oscuro cabello y tiene ojeras.

—Tranquila —dice Guy, y sonrío—. Solo soy yo. ¿Vienes a la reunión?

Tiene la sonrisa más irresistible del mundo. No solo lo pienso yo: todo el mundo se fijó apenas llegó al bufete.

—Ah. Esto... Sí, ya voy. —Recojo mis papeles y añado con tono despreocupado—: ¿Te encuentras bien? Te veo un poco cansado.

Ha roto con su novia. Han pasado toda la noche discutiendo y ella se ha largado para siempre... No; su novia se ha ido a vivir a Nueva Zelanda...

—He estado toda la noche trabajando —responde, y hace una mueca de

dolor—. El capullo de Ketterman. Es inhumano.

Abre la boca en un enorme bostezo, mostrando los dientes de una blancura perfecta que le arreglaron cuando estudiaba Derecho en Harvard.

Dice que no lo decidió él. Por lo visto no te dejan licenciarte si el cirujano plástico no te ha dado el visto bueno.

—Qué coñazo. —Compongo una sonrisa de solidaridad y acerco la silla a la mesa—. Vamos.

Hace un año que conozco a Guy, desde que entró como socio en el departamento de Sociedades. Es inteligente y gracioso, trabaja igual que yo, y... congeniamos, en cierto modo. Y sí. Es posible que nos hubiéramos liado si las cosas hubiesen ido de otra manera. Pero hubo un estúpido malentendido y... En fin, que no nos liamos. Los detalles no vienen al caso. No es algo en lo que piense mucho. Somos amigos, y yo estoy contenta así.

Está bien, esto es exactamente lo que pasó.

Por lo visto, Guy se fijó en mí el primer día, igual que yo. Y se mostró interesado. Preguntó si estaba soltera. Y yo estaba soltera.

Esto es lo más importante: que yo estaba soltera. Acababa de romper con Jacob. Habría sido perfecto.

Intento no pensar demasiado en lo perfecto que habría sido.

Pero Nigel MacDermot, que es un imbécil, un desconsiderado, un carca y un subnormal, le dijo que yo estaba comprometida con un socio mayoritario de Berry Forbes.

Y yo estaba soltera.

En mi opinión, este sistema no funciona. Todo debería estar más claro. La gente debería colgarse letreros que aclararan su estatus, como los lavabos, «OCUPADO», «LIBRE». No debería haber ambigüedades en estas cosas.

En fin, que yo no llevaba ningún letrero. Y si lo llevaba, era el equivocado. Durante varias semanas un tanto bochornosas, yo le sonreía mucho a Guy y él se aturullaba, y empezó a evitarme porque no quería a) romper una relación, ni b) montar un trío conmigo y con Jacob.

Yo no entendía qué estaba ocurriendo, así que me retiré. Luego me enteré de que Guy había empezado a salir con una tal Charlotte, a la que había

conocido en una fiesta. Un par de meses más tarde trabajamos juntos en un acuerdo, y así fue como nos hicimos amigos. Y esa es toda la historia, más o menos.

Qué queréis que os diga. No está tan mal. La vida es así. Hay cosas que pasan y cosas que no pasan. Esta, evidentemente, no tenía que pasar.

Solo que en el fondo, muy en el fondo... sigo creyendo que sí tenía que pasar.

—Bueno —dice Guy mientras recorremos el pasillo en dirección a la sala de reuniones—. Socia. —Arquea una ceja.

—¡No digas eso! —susurro horrorizada. Va a gafarlo.

—Vamos, mujer. Sabes que lo has conseguido.

—Yo no sé nada.

—Samantha, eres la abogada más brillante de tu promoción. Y la que trabaja más duro. ¿Qué cociente intelectual tenías? ¿Seiscientos?

—Cállate. —Clavo la mirada en la alfombra azul claro y Guy ríe.

—¿Cuánto son ciento veinticuatro por setenta y cinco?

—Nueve mil trescientos —contesto a mi pesar.

Esto es lo único que me fastidia de Guy. Desde que tenía diez años puedo calcular operaciones mentalmente. No me preguntéis por qué, pero puedo hacerlo. Y todo el mundo dice: «Ostras, qué pasada», y luego se olvida.

Pero Guy no se olvida y siempre me lanza cifras, como si yo fuera una artista de circo. Ya sé que lo encuentra divertido, pero a mí me cansa un poco. Un día le dije un resultado erróneo a propósito. Pero resultó que necesitaba realmente la respuesta, la puso en un contrato y el acuerdo casi se fue al traste por mi culpa. Así que no he vuelto a hacerlo.

—¿No has practicado en el espejo para el sitio web de la empresa? —Guy se lleva un dedo índice a la barbilla y adopta una expresión pensativa—. Samantha Sweeting. Socia.

—Ni se me había pasado por la cabeza —digo, poniendo los ojos en blanco y mirándolo con desdén.

Eso no es del todo cierto. Ya tengo pensado cómo me peinaré para la foto. Y cuál de mis trajes negros me pondré. Y esta vez voy a sonreír. En la

fotografía que sale en mi página web de Carter Spink estoy demasiado seria.

—Me han dicho que tu presentación los dejó patidifusos —prosigue Guy con un tono más serio.

—Mi desdén se desvanece de inmediato.

—Ah, ¿sí? —Disimulo mi entusiasmo—. ¿Eso te han dicho?

—Y que corregiste a William Griffiths en una cuestión de derecho delante de todo el mundo. —Se cruza de brazos y me mira, sonriéndose—. ¿Tú nunca cometes errores, Samantha Sweeting?

—Claro que sí, cometo muchísimos —digo con aire despreocupado—. Créeme. —«Como no agarrarte por las solapas y decirte que estaba soltera el mismo día que nos conocimos».

—Un error no es un error a menos que no pueda remediarse. —Mientras pronuncia esas palabras, da la impresión de que sus ojos ahondan más en los míos.

O será que tiene la vista cansada después de una noche sin dormir. Nunca se me ha dado bien leer las señales.

Debí estudiar eso, en lugar de Derecho. Habría resultado mucho más útil. ¿Existe alguna licenciatura en distinguir cuándo gustas a los hombres y cuándo solo son simpáticos contigo?

—¿Preparados?

La voz de Ketterman, seca como un latigazo, hace que ambos nos sobresaltemos; nos damos la vuelta y vemos a toda una falange compuesta de varios hombres elegantemente vestidos y un par de mujeres aún más elegantes.

—Sí —contesta Guy, y asiente con la cabeza. Luego me mira y me guiña un ojo.

O quizá debería hacer un curso de telepatía.

tres

Nueve horas más tarde, todavía no hemos salido de la reunión.

La inmensa mesa de caoba está cubierta de borradores de contratos fotocopiados, informes financieros, blocs de notas llenos de garabatos, tazas de café de plástico y post-its. En el suelo hay varias cajas vacías de comida para llevar. Una secretaria reparte copias nuevas del borrador del acuerdo. Dos abogados de la oposición se han levantado de la mesa y murmuran, muy concentrados, en la sala de al lado. Todas las salas de reuniones tienen una salita adyacente adonde puedes ir a hablar en privado, o cuando te dan ganas de romper algo.

La tensión ha disminuido; es como el reflujó de la marea. Las personas que hay sentadas a la mesa tienen las mejillas coloradas, y los ánimos todavía están caldeados, pero ya nadie grita. Los clientes se han marchado. Tras llegar a un acuerdo hacia las cuatro de la tarde, nos han estrechado la mano y se han ido en sus relucientes limusinas.

Ahora nos toca a nosotros, los abogados, descifrar lo que han dicho y lo que en realidad querían decir (y quien crea que esas dos cosas son lo mismo que no se dedique al derecho) y ponerlo todo en un borrador de contrato antes de la reunión de mañana. Mañana seguramente empezarán a chillar otra vez. Me froto la reseca cara y bebo un sorbo de capuchino antes de darme cuenta de que me he equivocado de taza y he cogido la de hace cuatro horas, que está fría como el hielo. ¡Puaj! ¡Puaj! Y como comprenderéis, no puedo escupir encima de la mesa.

Me trago el repugnante líquido y hago una mueca de asco. Me molesta la luz de los fluorescentes, y me siento agotada. Yo me ocupo de los aspectos financieros de todos estos megaacuerdos, de modo que soy yo quien ha

negociado el acuerdo de crédito entre nuestro cliente y el banco PGNI. Soy yo quien ha salvado la situación cuando ha aparecido un agujero negro de deudas en una empresa subsidiaria. Y quien ha pasado cerca de tres horas esta tarde discutiendo sobre el empleo de una sola y estúpida frase de la cláusula 29 (d).

La frase era «mejores intentos». La oposición quería poner «razonables esfuerzos». Hemos ganado nosotros, pero no tengo la sensación de triunfo de otras veces. Lo único que sé es que son las siete y diecinueve, y que dentro de once minutos he de estar en un restaurante de la otra punta de la ciudad para cenar con mi madre y mi hermano Daniel.

Tendré que cancelar la cena. Mi cena de cumpleaños.

Mientras lo pienso, me parece oír la indignada voz de mi mejor amiga del colegio, Freya: «¡No pueden obligarte a que te quedes en el despacho el día de tu cumpleaños!».

También cancelé una cita con ella la semana pasada; pensábamos ir a ver un espectáculo. Pero debía firmar un acuerdo a la mañana siguiente, y no tuve alternativa.

Lo que Freya no entiende es que la fecha límite es lo primero, y punto. Las citas previas no cuentan, ni los cumpleaños. Todas las semanas alguien anula sus vacaciones. Sentado frente a mí está Clive Sutherland, del departamento de Sociedades. Su mujer ha tenido gemelos esta mañana y a la hora de comer Clive ya había vuelto a la mesa.

—Muy bien, amigos.

La voz de Ketterman atrae de inmediato la atención de todos los presentes.

Ketterman es el único que no está colorado ni parece cansado, o como mínimo, harto. Está como siempre, como un robot, y tan pulcro como esta mañana. Cuando se enfada, ni un solo pelo se le sale del sitio. Solo exuda una férrea y silenciosa rabia.

—Hemos de suspender la reunión.

¿Cómo? Levanto la cabeza.

Varias personas más levantan también la cabeza; veo cómo la esperanza ilumina sus rostros. Somos como colegiales que han detectado una alteración durante el examen de Matemáticas y no se atreven a moverse por si les cae un

castigo.

—No podemos continuar hasta que tengamos la documentación de Fallons. Os espero aquí mañana a las nueve.

Abandona rápidamente la sala, y cuando se cierra la puerta exhalo y me doy cuenta de que estaba conteniendo la respiración.

Clive Sutherland sale disparado. Los demás ya han encendido sus teléfonos móviles y hablan de cenas, películas y de recuperar citas que habían cancelado. El ambiente se anima. De pronto siento una imperiosa necesidad de gritar «¡Yupi!».

Pero eso no sería propio de una socia.

Recojo mis papeles, los guardo en el maletín y retiro la silla.

—Ah, Samantha. Casi me olvido. —Guy se me acerca—. Tengo una cosa para ti.

Me da un sencillo paquete blanco, y siento un ridículo arrebató de alegría. Un regalo de cumpleaños. Guy es el único de toda la empresa que se ha acordado de que hoy es mi cumpleaños. No puedo evitar sonreír abiertamente mientras abro el envoltorio.

—¡No hacía falta, Guy!

—No me costaba nada —replica él.

—Ya, pero... —Río—. Creía que...

Me interrumpo de golpe al sacar un DVD de la empresa en un estuche de plástico. Es un resumen de la presentación de European Partners que hicimos el otro día. Recuerdo que comenté que me gustaría tener una copia.

Le doy vueltas con las manos mientras me aseguro de que mi sonrisa está intacta antes de alzar la cabeza. Claro que no se ha acordado de que hoy es mi cumpleaños. ¿Cómo iba a acordarse? Seguramente ni lo sabe.

—Qué bien... —digo por fin—. ¡Gracias!

—De nada. —Guy recoge su maletín—. Que vaya bien. ¿Haces algo esta noche?

No puedo decirle que es mi cumpleaños. Pensará que... Se dará cuenta...

—Sí, tengo una reunión familiar —contesto, sonriente—. Hasta mañana.

En fin. El caso es que me han soltado. Al menos podré ir a cenar. ¡Y quizá ni

siquiera llegue muy tarde!

Mientras mi taxi avanza poco a poco por la congestionada Cheapside, revuelvo en mi bolso en busca del neceser del maquillaje. El otro día hice una escapadita a Selfridges a la hora de comer, tras reparar en que todavía estaba utilizando el viejo perfilador de ojos gris y el rímel que me compré hace siete años, para el día de mi graduación. No tenía tiempo para que me hicieran una exhibición, pero le pedí a la dependienta que me vendiese rápidamente todo lo que creyera que necesitaba.

No le hice mucho caso mientras me explicaba para qué servía cada artículo, porque estaba hablando por teléfono con Elldridge acerca del contrato ucraniano. Pero lo único que recuerdo es su insistencia en que debía emplear una cosa llamada «polvos bronceadores». Aseguró que darían luminosidad a mi piel y que no estaría tan espantosamente...

Al llegar a ese punto se interrumpió.

—Pálida —dijo por fin—. Es que estás un poco... pálida.

Saco la polvera y una enorme brocha de colorete, y empiezo a aplicarme los polvos en las mejillas y la frente. Luego, cuando me miro en el retrovisor, reprimo una carcajada. La cara que se refleja en el espejo tiene un estrafalario resplandor dorado. Estoy ridícula.

A ver, ¿a quién pretendo engañar? Una abogada de la City que lleva dos años sin vacaciones no puede estar bronceada. Ni siquiera tiene una piel luminosa. Si me pusiera unas cuentas en el pelo, podría decir que acabo de llegar de Barbados.

Me miro durante unos segundos más; luego cojo una toallita limpiadora y me quito el bronceador hasta que vuelvo a tener la cara blanca, con unas sombras grises debajo de los ojos. He recuperado mi aspecto de siempre. La dependienta también mencionó varias veces mis ojeras.

Pero el caso es que si no tuviera esas ojeras, probablemente me despedirían.

Voy vestida con un traje negro, como siempre. Mi madre me regaló cinco trajes negros el día que cumplí veintiún años, y la verdad es que nunca he roto la costumbre. El único artículo de color que llevo es el bolso, rojo. También me lo regaló mi madre, hace dos años.

Mejor dicho, ella me regaló uno negro. Pero por algún extraño motivo —

quizá porque hacía sol o porque acababa de cerrar algún trato fantástico, no me acuerdo—, se me cruzaron los cables y lo cambié por otro rojo. Me parece que mi madre aún no me lo ha perdonado.

Me quito la goma del pelo, me peino un poco con los dedos y vuelvo a hacerme la coleta. Mi cabello nunca ha sido exactamente un motivo de orgullo para mí. Es de color castaño claro, ni liso ni rizado, ni corto ni largo. Al menos, así lo tenía la última vez que me fijé en él. Casi siempre lo llevo recogido.

—¿Tiene algún plan interesante esta noche? —me pregunta el taxista, que ha estado mirándome por el retrovisor.

—Pues sí, hoy es mi cumpleaños.

—¡Felicidades! —Me guiña un ojo—. Entonces se irá de fiesta. A celebrarlo por todo lo alto.

—Bueno... Más o menos.

Mi familia no es muy dada a las celebraciones por todo lo alto. Pero aun así será genial vernos y ponernos al día, porque no lo hacemos con frecuencia.

Y no es que no queramos vernos. Lo que ocurre es que todos tenemos mucho trabajo. Mi madre también es abogada. De hecho es bastante famosa. Montó su propio bufete hace diez años, y el año pasado ganó el premio que concede la Asociación de Mujeres Juristas. Mi hermano Daniel tiene treinta y seis años y es jefe de Inversiones de Whittons. El año pasado lo incluyeron en la lista de los negociadores más destacados de la City.

Tengo otro hermano, Peter, pero como ya he dicho sufrió una especie de crisis nerviosa. Ahora vive en Francia, enseña Inglés en una escuela y ni siquiera tiene contestador automático. Y también está mi padre, claro, que vive en Sudáfrica con su tercera esposa. No lo he visto mucho desde que tenía tres años. Pero no me importa. Mi madre posee energía suficiente para desempeñar el papel de madre y padre.

Mientras circulamos por el Strand, miro mi reloj. Las siete cuarenta y dos. Empiezo a sentirme emocionada. ¿Cuánto tiempo hace que no veo a mi madre? Supongo que desde... Navidad. Hace seis meses.

Nos detenemos delante del restaurante y pago al taxista, añadiendo una generosa propina.

—¡Que lo pase bien, joven! —exclama—. ¡Y feliz cumpleaños!

—¡Gracias!

Entro en el restaurante y busco a mamá o a Daniel con la mirada, pero no los veo.

—Buenas noches —le digo al maître—. He quedado con la señora Tennyson.

La señora Tennyson es mi madre. Ella no aprueba que las mujeres adopten el apellido de su marido. Tampoco aprueba que se queden en casa cocinando, limpiando ni aprendiendo a escribir a máquina, y piensa que todas las mujeres deberían ganar más dinero que sus maridos porque son más inteligentes por naturaleza.

El maître me conduce hasta una mesa vacía que hay en una esquina, y me siento en el banco tapizado con ante.

—¡Hola! —saludo sonriente al camarero, cuando se me acerca—. Un Buck's Fizz, un gimlet y un martini, por favor. Pero no me los traiga hasta que lleguen los demás.

Mi madre siempre bebe gimlets. Y no tengo ni idea de qué bebe Daniel últimamente, pero seguro que no rechaza un martini.

El camarero asiente con la cabeza y desaparece; desdoble mi servilleta mientras paseo la mirada por la sala. Maxim's es un restaurante muy pijo: suelos de wengue, mesas de acero e iluminación ambiental. Lo frecuentan mucho los abogados; de hecho, mi madre tiene cuenta aquí. Hay dos socios de Linklaters sentados a una mesa lejos de la mía, y también veo, en la barra, a uno de los abogados especializados en casos de difamación más célebres de Londres. El murmullo de las conversaciones, el ruido del corcho de las botellas y el tintineo de los tenedores contra unos platos descomunales se mezclan componiendo un sonido que recuerda al rugido del mar; de vez en cuando hay una cascada de risas que hace que se vuelvan varias cabezas.

Me pongo a leer la carta y de repente me doy cuenta de que tengo un hambre canina. Hace una semana que no me alimento como Dios manda, y todo tiene una pinta deliciosa. Foie-gras glaseado. Cordero con humus. Y en la sección de platos del día hay soufflé de chocolate mentolado acompañado de dos sorbetes caseros. Espero que mi madre pueda quedarse hasta los postres. Tiene la costumbre de sentarse a cenar y salir disparada cuando

vamos por el segundo plato. La he oído decir un montón de veces que media cena basta para cualquiera. El problema es que no le interesa la comida. Ni nadie que sea menos inteligente que ella. Lo cual descarta a la mayoría de la gente.

Pero Daniel seguro que se queda. En cuanto mi hermano descorcha una botella de vino, se siente obligado a terminarla.

—¿Señorita Sweeting?

Levanto la cabeza y veo al maître, que se aproxima con un teléfono móvil en la mano.

—Tengo un recado para usted. Su madre todavía está en el bufete.

—Ah. —Intento disimular mi decepción. Pero no puedo quejarme. Yo le he hecho lo mismo a ella un montón de veces—. Y... ¿a qué hora llegará?

El maître se queda mirándome en silencio unos momentos. Me parece detectar en sus ojos una sombra de compasión.

—Tengo a su secretaria al teléfono. Ahora la pone con su madre... ¿Oiga? —dice por el aparato—. Le paso a la hija de la señora Tennyson.

—¿Samantha? —exclama una voz enérgica en mi oído—. Me temo que no voy a poder ir, cariño.

—¿Que no puedes venir? —Mi sonrisa vacila—. ¿Ni siquiera... a tomarte una copa?

Su bufete está a solo cinco minutos de aquí, en Lincoln's Inn Fields.

—Tengo muchísimo trabajo. Llevo un caso muy importante y mañana se celebra el juicio... No; tráeme el otro expediente —dice dirigiéndose a alguien que está con ella en su despacho—. Ya sabes cómo funcionan estas cosas —concluye—. Pero pásatelo bien con Daniel. Ah, y feliz cumpleaños. Te he hecho una transferencia de trescientas libras.

—Ah, vale —digo tras una pausa—. Gracias.

—¿Sabes algo de tu candidatura?

—No, todavía no.

La oigo dar golpecitos en el teléfono con el bolígrafo.

—¿Cuántas horas has trabajado este mes?

—Hum... Unas doscientas, calculo...

—¿Es suficiente? Samantha, no dejes que te pasen por encima. Detrás de ti vendrán asociados más jóvenes. En tu situación es fácil anquilosarse.

—Doscientas horas son muchas horas —intento explicarle—. Comparado con los demás...

—¡Tú tienes que ser mejor que los demás! —Me corta, como si estuviéramos ante un tribunal—. ¡Tu rendimiento ha de ser óptimo! Este es un momento crucial... ¡No, ese expediente no! —le dice, impaciente, a quienquiera que esté con ella—. Espera un momento, Samantha...

—¿Samantha?

Levanto la cabeza, desconcertada, y veo a una chica con un traje de color azul pastel que se aproxima a mi mesa. Lleva una cesta adornada con un lazo y me sonrío.

—Soy Lorraine, la secretaria personal de Daniel —anuncia con un sonsonete que de pronto reconozco—. Me temo que tu hermano no va a poder venir esta noche. Pero te he traído una cosita. Y Daniel está al teléfono. Me parece que quiere decirte algo.

Me tiende un móvil. Totalmente desconcertada, lo cojo y me lo acerco a la oreja.

—Hola, Samantha —dice la eficiente voz de Daniel—. Mira, tesoro, tengo un asunto superimportante entre manos. No puedo ir.

Se me cae el alma a los pies. ¿No va a venir ninguno de los dos?

—Lo siento mucho, corazón —continúa Daniel—. Ya sabes cómo es esto. Pero seguro que mamá y tú lo pasáis en grande.

Trago saliva varias veces. No puedo decirle que ella también me ha dejado plantada. No puedo decirle que voy a quedarme aquí sola.

—¡Claro! —No sé cómo, pero consigo adoptar un tono jovial—. ¡Seguro!

—Te he hecho una transferencia. Cómprate lo que te apetezca. Y Lorraine te ha llevado unos bombones —añade con orgullo—. Los he elegido yo mismo.

Miro la cesta que me tiende Lorraine. No son bombones; es una cestita de jabones.

—Qué detalle, Daniel —consigo decir—. Muchas gracias.

—¡Cumpleaños feliz...!

De pronto oigo un coro a mis espaldas. Giro la cabeza y veo a un camarero que lleva una copa de cóctel con una bengala encendida. Han escrito «Feliz cumpleaños, Samantha» con caramelo en la bandeja, junto a

una carta en miniatura de recuerdo firmada por el chef. Lo siguen tres camareros que cantan al unísono.

Pasados unos instantes, Lorraine se une a ellos:

—¡Cumpleaños feliz...!

El camarero deja la bandeja encima de la mesa, pero tengo un teléfono en cada mano.

—Dame, dame —se ofrece Lorraine, y coge el móvil de Daniel. Se lo pone en la oreja y luego me sonrío—. ¡Está cantando! —me dice, señalando el aparato.

—¿Samantha? —pregunta mi madre por el otro teléfono—. ¿Sigues ahí?

—Sí, mamá... Me están cantando *Cumpleaños feliz*.

Dejo el teléfono encima de la mesa. Entonces Lorraine deja el otro al lado.

Esta es la fiesta de cumpleaños que me ha organizado mi familia: dos teléfonos móviles.

Los clientes de las otras mesas estiran el cuello para ver por qué cantamos, y sus sonrisas se desdibujan un poco cuando me ven sola. Veo la expresión de lástima de los camareros. Intento no desanimarme, pero estoy roja de vergüenza.

De pronto llega el camarero al que había pedido las bebidas. Lleva tres cócteles en una bandeja, y se queda contemplando la mesa vacía, un tanto aturdido.

—¿Para quién es el martini?

—Era para mi hermano...

—Es el del Nokia —dice Lorraine con toda su buena intención, y señala el móvil de Daniel.

El camarero titubea un momento, y luego, impertérrito, con un aire muy profesional, deposita la copa delante del teléfono, junto con una servilleta de papel.

Me dan ganas de reír, pero noto un ligero escozor en los ojos y no sé si voy a poder. El camarero deja los otros cócteles en la mesa, inclina la cabeza y se retira. Se produce un incómodo silencio.

—Bueno... —Lorraine coge el móvil de Daniel y se lo guarda en el bolso—. ¡Feliz cumpleaños! ¡Que lo pases bien!

Mientras ella sale taconeando del restaurante, cojo el otro teléfono para despedirme de mi madre, pero ya ha colgado. Los camareros que me cantaban se han dispersado. Solo quedamos la cestita de jabones y yo.

—¿Quiere pedir? —El maítre ha vuelto a aparecer junto a mi silla—. Le recomiendo el *risotto* —dice con amabilidad—. ¿Y una ensalada, quizá? ¿Con una copa de vino?

—Mire —respondo, obligándome a sonreír—, tráigame la cuenta, por favor.

No pasa nada.

La verdad es que era imposible que cenásemos juntos, era una fantasía. Ni siquiera debimos intentarlo. Todos estamos muy ocupados, todos trabajamos a destajo; mi familia es así.

Estoy enfrente del restaurante cuando un taxi se para justo delante de mí, y levanto rápidamente una mano. La puerta trasera se abre y por ella sale una gastada chancla adornada con cuentas, seguida de un par de téjanos recortados, un caftán bordado y una cabellera rubia y despeinada que me resulta familiar...

—Quédese aquí —le ordena la mujer al taxista—. Solo tardaré cinco minutos.

—¡Freya! —exclamo, incrédula.

La mujer se da la vuelta y abre mucho los ojos.

—¡Samantha! ¿Qué haces en la acera?

—¿Qué haces tú aquí? —replico—. Creía que te habías ido a la India.

—¡Me voy hoy! He quedado con Lord en el aeropuerto dentro de... — Consulta su reloj—. Dentro de diez minutos.

Pone cara de culpabilidad, y no puedo contener la risa. Freya y yo nos conocemos desde que teníamos siete años, cuando entramos en el internado. La primera noche me contó que sus padres eran artistas de circo y que ella sabía montar en elefante y caminar por la cuerda floja. Durante todo un trimestre me lo creí y escuché sus historias acerca de su exótica vida en el circo. Hasta que sus padres fueron a recogerla y resultó que eran contables de Staines. Pero ella no se inmutó y me aseguró que antes de ser contables

habían sido artistas circenses.

Los ojos de Freya son azul intenso, tiene la piel pecosa y siempre está bronceada porque viaja mucho. Ahora tiene la nariz un poco pelada, y lleva un pendiente nuevo en lo alto de la oreja. Posee los dientes más blancos y torcidos que he visto jamás, y cuando ríe se le levanta un extremo del labio superior.

—He venido a entrar por el morro en tu fiesta de cumpleaños. —Se vuelve y mira con recelo hacia el restaurante—. Pero creía que llegaba tarde. ¿Qué ha pasado?

—Pues... —Vacilo un momento—. Verás, es que... mamá y Daniel...

—¿Han tenido que marcharse? —Freya escruta mi rostro, y de pronto muestra una expresión de horror—. ¿No se han presentado? Cielo santo, menudos cabrones. ¿No podían ponerte delante de su puto trabajo por una...? —Se interrumpe y respira hondo—. Lo siento. Ya lo sé. Son tu familia. O eso dicen.

Freya y mi madre no se llevan muy bien que digamos.

—No importa —afirmo, y me encojo de hombros con aire compungido—. En serio. De todas formas, tengo un montón de trabajo por hacer.

—¿Trabajo? —Me mira con fijeza—. ¿Ahora? ¿Hablas en serio? ¿Es que no paras nunca?

—Estamos muy liados —digo, poniéndome a la defensiva—. Solo es pasajero.

—¡Pasajero! ¡Siempre hay alguna crisis! Todos los años dejas de hacer algo divertido...

—Eso no es cierto.

—Todos los años me dices que las cosas cambiarán. ¡Pero nunca cambian! —Me observa con gesto de sincera preocupación—. Samantha, ¿qué has hecho con tu vida?

Me quedo mirándola un momento, mientras los coches pasan zumbando a mis espaldas. No sé qué contestar. Para ser franca, no me acuerdo de cómo era mi vida antes.

—Quiero que me nombren socia de Carter Spink —respondo al fin—. Es lo que más deseo. A veces hay que sacrificarse.

—Y cuando te hagan socia, ¿qué? —insiste—. ¿Cambiarán las cosas?

Me encojo de hombros y eludo la pregunta. La verdad es que no me he planteado qué pasará si me nombran socia. Es como un sueño. Una pompa de jabón arrastrada por el viento.

—¡Por amor de Dios, tienes veintinueve años! —Freya agita una mano huesuda en la que lleva varios anillos de plata—. ¡Por una vez en la vida deberías ser capaz de hacer algo espontáneo! ¡Deberías ver mundo! —Me agarra por el brazo—. Ven conmigo a la India, Samantha. ¡Ahora mismo!

—¡Pero qué dices! —Suelto una carcajada de sorpresa—. ¡No puedo ir a la India!

—Tómame un mes de vacaciones. ¿Por qué no? No van a despedirte. Ven al aeropuerto, te conseguiremos un billete...

—Estás loca, Freya. En serio. —Le aprieto el brazo con cariño y digo—: Te quiero, pero estás loca de remate.

Ella me suelta poco a poco.

—Lo mismo digo. Estás como una cabra, pero te quiero.

Entonces le suena el móvil, pero ella no le hace ni caso. Se pone a revolver en su bolso con bordados. Al final saca una botellita de perfume de plata delicadamente labrada, envuelta de cualquier manera con un pedazo de seda tornasolada de color morado.

—Toma. —Me la pone en la mano.

—Es preciosa, Freya —digo mientras la examino.

—Ya me imaginé que te gustaría. —Se saca el móvil del bolsillo—. ¡Hola! —exclama con impaciencia—. Mira, Lord, no tardaré nada, ¿vale?

El marido de Freya es lord Andrew Edgerly. Ella empezó a llamarlo «Lord» en broma, y al final se le quedó ese apodo. Se conocieron hace cinco años en un kibutz y se casaron en Las Vegas. Técnicamente, eso la convierte en lady Edgerly, pero nadie acaba de hacerse a la idea. Y los Edgerly, los que menos.

—Gracias por haber venido. Y gracias por el regalo. —La abrazo—. Que lo paséis fenomenal en la India.

—Seguro que sí. —Vuelve a meterse en el taxi—. Y si te decides a venir, solo tienes que avisarme. Invéntate una emergencia familiar o algo así. Dales mi número de teléfono y te cubriré. Sea cual sea la historia que les hayas contado.

—Vete —le digo, riendo, y le doy un empujoncito—. Vete a la India.

La puerta se cierra y Freya asoma la cabeza por la ventanilla.

—Que tengas suerte mañana, Sam. —Me coge una mano y me mira a los ojos con expresión muy seria—. Si de verdad eso es lo que quieres, espero que lo consigas.

—Es lo que más deseo del mundo. —Mientras miro a mi mejor amiga, toda mi falsa indolencia desaparece—. No te imaginas cuánto lo deseo, Freya.

—Lo conseguirás. Lo sé. —Me planta un beso en la mano y luego me dice adiós con un gesto—. ¡Y ni se te ocurra volver al despacho! ¡Prométemelo! —grita mientras el taxi arranca, y su voz se mezcla con el rugido del coche.

—¡Vale! ¡Te lo prometo!

Espero hasta que se pierde de vista, y luego levanto la mano para parar un taxi.

—A Carter Spink, por favor —le digo al conductor.

Tenía los dedos cruzados. Claro que voy a volver al despacho.

Llego a casa a las once, muerta de agotamiento; solo he podido leer la mitad del expediente de Ketterman. «Maldito Ketterman —pienso mientras abro la puerta principal del edificio de los años treinta donde tengo mi apartamento—. Maldito Ketterman. Maldito sea, maldito sea...».

—Buenas noches, Samantha.

Pego un salto de casi un metro. Es Ketterman. Está delante de los ascensores, y lleva un abultado maletín. Me quedo paralizada de terror. ¿Qué hace aquí?

¿Me he vuelto loca y empiezo a tener alucinaciones en las que veo a los socios principales de mi bufete?

—Ya me dijeron que vivías aquí. —Me taladra con la mirada a través de sus gafas—. He comprado el número treinta y dos para tener un sitio en la ciudad. Seremos vecinos entre semana.

No. Por favor, que alguien me diga que esto no está pasando. ¿Ketterman vive aquí?

—Ah, pues... ¡Bienvenido al edificio! —exclamo, esforzándome al máximo por parecer sincera.

Las puertas del ascensor se abren y ambos entramos en la cabina.

El número 32. Eso significa que su apartamento solo está dos plantas por encima del mío.

Es como si el director del colegio se hubiera instalado en mi casa. ¿Cómo voy a sentirme relajada a partir de ahora? ¿Por qué habrá tenido que elegir precisamente este edificio?

Mientras subimos en silencio, cada vez me siento más incómoda. ¿Debería iniciar una conversación trivial? ¿Una charla amable y sin trascendencia?

—He hecho algunos progresos con ese expediente que me ha dado —digo al fin.

—Estupendo —replica él, y asiente con la cabeza.

Menuda charla trivial. Mejor sería hablar de cosas importantes.

¿Van a nombrarme socia mañana?

—Buenas... noches —digo con torpeza cuando salgo del ascensor.

—Buenas noches, Samantha.

Las puertas del ascensor se cierran y doy un grito ahogado. No puedo vivir en el mismo edificio que Ketterman. Tendré que mudarme.

Cuando estoy a punto de introducir la llave en la cerradura, se abre un poco la puerta de enfrente.

—¿Samantha?

No, por favor. Como si no hubiera tenido bastante esta noche. Es la señora Farley, mi vecina. Una anciana de pelo blanco que vive con sus tres perritos y tiene un interés insaciable por mi vida. Pero es muy amable y me recoge los paquetes, así que normalmente dejo que fisgonee a su antojo.

—Han venido a traerte otra cosa, guapa —me dice—. La ropa de la tintorería. Voy a buscarla.

—Gracias.

Abro mi apartamento. Encima del felpudo hay un montoncito de folletos publicitarios; los aparto con un pie y los uno al montón, más grande, que se está acumulando en un rincón del recibidor. Me he propuesto reciclarlos cuando tenga tiempo. Está en la lista.

—Llegas tarde otra vez. —La señora Farley está a mi lado, con una bolsa de plástico que contiene un montón de blusas—. ¡Las chicas de hoy en día estáis muy atareadas! ¡Esta semana no has llegado ningún día antes de las once!

A eso me refiero cuando digo que tiene un interés insaciable por mi vida. Seguramente lo anota todo en una libreta.

—Muchas gracias.

Hago ademán de coger la ropa de la tintorería, pero veo, horrorizada, cómo la señora Farley me aparta y entra en mi piso, al tiempo que exclama:

—¡Ya te la meto yo!

—Perdone por el... desorden... —balbuceo, mientras ella pasa esquivando un montón de cuadros apoyados contra la pared—. Un día de estos tengo que colgarlos... y tirar esas cajas...

La guío rápidamente hacia la cocina, lejos de la pila de cajas de comida para llevar que hay en la mesa del recibidor. Enseguida me arrepiento. En la encimera hay un montón de latas y paquetes viejos, con una nota de mi nueva asistente, escrita con letras mayúsculas:

QUERIDA SAMANTHA:

- 1. TODA LA COMIDA QUE HAY ESTÁ CADUCADA. ¿QUIERES QUE LA TIRE?*
- 2. ¿TIENES ALGÚN PRODUCTO DE LIMPIEZA, COMO POR EJEMPLO LEJÍA? NO HE ENCONTRADO NADA.*
- 3. ¿COLECCIONAS CAJAS DE COMIDA CHINA? NO LAS HE TIRADO POR SI ACASO.*

JOANNE, TU ASISTENTA

Veo a la señora Farley leyendo la nota. Casi la oigo chasquear la lengua mentalmente. El mes pasado me echó un pequeño discurso sobre la conveniencia de que me comprara una olla eléctrica, porque lo único que tenía que hacer era meter dentro un pollo y unas verduras por la mañana, y no

se tardaba ni cinco minutos en cortar una zanahoria, ¿verdad?

Lo cierto es que no lo sé.

—Bueno, gracias. —Le cojo la bolsa de la tintorería y la dejo encima de los fogones; luego la acompaño a la puerta, mientras ella lo examina todo con mirada inquisidora—. Es usted muy amable.

—No tienes que darme las gracias. —Me observa con sus ojitos redondos y brillantes y añade—: No quiero meterme donde no me llaman, guapa, pero si lavaras tus blusas de algodón en casa, te ahorrarías un montón de dinero.

La miro sin comprender. Si lavara mis blusas en casa, tendría que secarlas. Y plancharlas.

—Además, he visto que a una le falta un botón —agrega—. La de rayas blancas y rosas.

—Ah, vale. Bueno, no pasa nada. La devolveré a la tintorería. No me cobrarán nada.

—¿Por un botón? ¡Pero si eso puedes hacerlo tú! —exclama, perpleja—. No tardarás ni dos minutos. Seguro que tienes botones en tu costurero.

¿En mi qué?

—No tengo costurero —le explico con toda la educación de que soy capaz—. Verá, es que yo no coso.

—¡Seguro que sabes coser un botón! —insiste.

—No —contesto, un poco herida por su expresión—. Pero no se preocupe. La llevaré a la tintorería.

La anciana está consternada.

—¿De verdad no sabes ni coser un botón? ¿Tu madre no te enseñó?

Reprimo una carcajada al imaginarme a mi madre cosiendo un botón.

—Pues... no. La verdad es que no.

—En mis tiempos —replica sacudiendo la cabeza—, a todas las chicas bien educadas les enseñaban a coser botones, zurcir calcetines y darles la vuelta a los cuellos.

Para mí, nada de eso tiene sentido. Darles la vuelta a los cuellos. Menuda sandez.

—Ya, pues en mis tiempos no —respondo con cortesía—. Nos enseñaban a prepararnos para los exámenes y a hacer una carrera de provecho. Nos enseñaban a tener opiniones propias. Y a utilizar el cerebro. —Lo siento, pero

no puedo evitarlo.

La señora Farley me mira de arriba abajo.

—Es una lástima —dice al final, y me da una palmadita amable en el brazo.

Intento mantener la calma, pero la tensión que he ido acumulando durante el día hierve en mi interior. He trabajado un montón de horas, me han dado plantón en mi propia fiesta de cumpleaños, estoy agotada y muerta de hambre... Y ahora esta bruja pretende enseñarme cómo se cose un botón.

—No, no es ninguna lástima —replico con voz tensa.

—Como quieras, guapa —dice ella con tono apaciguador, y se dirige hacia su apartamento.

No sé por qué, pero eso me enfurece aún más.

—¿Por qué es una lástima? —pregunto, saliendo al rellano—. ¿Por qué? De acuerdo, quizá no sepa coser un botón. Pero sé reestructurar la estrategia financiera de una sociedad y ahorrarle a mi cliente treinta millones de libras. Eso sí sé hacerlo.

La señora Farley me mira desde el umbral de su piso. Todavía pone más cara de pena.

—Es una lástima —repite, como si ni siquiera me hubiese oído—. Buenas noches, guapa.

Cierra la puerta, y yo suelto un chillido de exasperación.

—¿Ha oído hablar del feminismo? —le grito a la puerta.

Pero la señora Farley no me contesta.

Entro en mi apartamento, cabreada, cierro y descuelgo el auricular del teléfono. Marco a toda velocidad el número de la casa de pizzas en horno de leña a domicilio y pido lo de siempre: una caprichosa y una bolsa de patatas fritas. Me sirvo una copa de vino de una botella que saco de la nevera; luego regreso al salón y enciendo el televisor.

Un costurero. ¿Qué más se supone que debería tener? ¿Un par de agujas de tejer? ¿Un telar?

Me siento en el sofá con el mando a distancia y empiezo a cambiar de canal, mirando sin mucho interés las imágenes que van apareciendo en la pantalla. Noticias... una película francesa... un documental de animales...

Espera. Dejo de cambiar de canal, suelto el mando y me pongo cómoda.

Los Walton.

Televisión altamente relajante. Justo lo que necesito.

Es una escena resumen, hacia el final del episodio. La familia está reunida a la hora de cenar, y la abuela bendice la mesa.

Doy un sorbo de vino y noto que empiezo a sosegarme. Siempre me ha encantado *Los Walton*, desde que era pequeña. Aunque sea incapaz de admitirlo. Antes me sentaba a oscuras cuando todos los demás se habían marchado y soñaba que yo también vivía en Walton's Mountain.

Y precisamente esta escena, la que más me gusta ver: la casa de los Walton a oscuras. Luces centelleantes; grillos chirriando. John Boy hablando en off. Toda una casa inmensa llena de gente. Me abrazo las rodillas y miro con nostalgia la pantalla mientras suenan las últimas notas de esa melodía que tan bien conozco.

—¡Buenas noches, Elizabeth!

—Buenas noches, abuela —contesto yo en voz alta. Total, como no va a oírme nadie...

—¡Buenas noches, Mary Ellen!

—Buenas noches, John Boy —digo a la vez que Mary Ellen.

—Buenas noches.

—Buenas noches.

—Buenas noches.

cuatro

Despierto con el corazón latiendo a toda velocidad, incorporada en la cama, buscando a tientas un bolígrafo y diciendo en voz alta:

—¿Qué? ¿Qué?

Así es, más o menos, como despierto siempre. Creo que es cosa de familia. Todos tenemos el sueño muy ligero. La pasada Navidad, en casa de mi madre, fui a la cocina a las tres de la madrugada a beber agua, y me la encontré en camisón leyendo un informe judicial, y a Daniel tomándose un ansiolítico mientras revisaba el índice Hang Seng por televisión.

Voy tambaleándome hasta el cuarto de baño y contemplo el pálido reflejo que me devuelve el espejo. Ha llegado la hora de la verdad. Todo el trabajo, todo el estudio, todas las noches en vela... eran para esto, para lo que va a suceder hoy.

Socia. O no socia.

Dios mío. Basta. No lo pienses más. Voy a la cocina y abro la nevera. Maldita sea. Se ha terminado la leche.

Y el café.

Tengo que buscar una empresa de comidas a domicilio. Y un lechero. Cojo un bolígrafo y escribo: «47. Comida a domicilio/lechero» en mi lista de asuntos pendientes.

Mi lista de asuntos pendientes está escrita en una hoja de papel que tengo colgada en la pared, y me ayuda a recordar las cosas que quiero hacer. La verdad es que empieza a amarillear, y la tinta del principio está tan borrada que apenas puedo leer lo que pone. Pero me sirve para organizarme.

En realidad debería tachar algunas de las primeras anotaciones. La lista original es de cuando me mudé a este piso, hace tres años. Algunas cosas ya

debo de haberlas hecho. Cojo un bolígrafo y comienzo a leer.

1. *Buscar lechero*
2. *Comida a domicilio: ¿organizar?*
3. *¿Cómo se enciende el horno?*

Ostras. Qué curioso.

Pero lo de la comida a domicilio tengo que solucionarlo. Este fin de semana. Y también me encargaré del horno. Si es necesario, me leeré el manual de instrucciones.

Sigo con las entradas más recientes, que son de hace unos dos años:

16. *Encontrar lechero*
17. *¿Invitar a amigos?*
18. *¿Buscarme un hobby?*

Resulta que estoy decidida a invitar a cenar a algunos amigos. Y a buscarme un hobby. Tan pronto el trabajo me lo permita.

Continúo leyendo las anotaciones de hace un año, donde la tinta todavía aguanta.

41. *¿Ir de vacaciones?*
42. *¿Organizar cena?*
43. *¿LECHERO?*

Me quedo mirando la hoja, un tanto frustrada. ¿Cómo es posible que no haya hecho nada de lo que apunté? Tiro el bolígrafo, enfadada, y pongo agua a hervir, resistiendo la tentación de hacer pedazos la lista.

El agua hierve y me preparo una taza de una infusión de hierbas muy rara que me regaló un cliente. Cojo una manzana del frutero, pero veo que está podrida. Con un estremecimiento de asco, vacío el frutero en el cubo de la basura y mordisqueo unos cereales Shreddies.

La verdad es que esa lista me tiene sin cuidado. Solo hay una cosa que me

importe.

Cuando llego al despacho, estoy decidida a que no se note que hoy es un día especial. Me pondré a trabajar en serio, como si nada.

Pero cuando entro en el ascensor, tres personas murmuran: «Buena suerte». Luego echo a andar por el pasillo, y un tipo de Impuestos me agarra por el hombro, me mira con seriedad y dice:

—Te deseo mucha suerte, Samantha.

¿Cómo sabe mi nombre?

Me dirijo a toda prisa hacia mi despacho y cierro la puerta, procurando pasar por alto el hecho de que a través de la mampara de vidrio veo a varias personas hablando en el pasillo y lanzándome miradas.

No debería haber venido a trabajar. Debería haber ungido que estaba gravemente enferma.

En fin, no ocurre nada. Empezaré a trabajar como si fuera un día normal y corriente. Abro el expediente de Ketterman, busco la parte que me interesa y me pongo a leer un documento sobre un traspaso de acciones de hace cinco años.

—¿Samantha?

Levanto la cabeza. Guy está plantado en el umbral, con una taza de café en cada mano. Deja una encima de mi mesa.

—Hola. ¿Cómo estás?

—Bien —contesto, y paso una página con aire eficiente—. Muy bien. Como siempre. La verdad, no entiendo a qué viene tanto alboroto.

La risueña expresión de Guy hace que me ruborice ligeramente. Paso otra página para demostrar que lo que he dicho es verdad, pero el expediente se me escapa de las manos y cae al suelo.

Suerte que existen los clips sujetapapeles.

Roja como un tomate, recojo el informe, vuelvo a guardar todos los documentos y tomo un sorbo de café.

—Ya —dice Guy con ironía—. Bueno, me alegro de que no estés nerviosa, asustada ni nada parecido.

—Sí, ¿verdad? —replico sin alterarme.

—Nos vemos luego. —Alza su taza de café como si brindara conmigo y sale de mi despacho.

Miro el reloj.

Solo son las ocho cincuenta y tres. No sé si lo soportaré.

No sé cómo, pero logro aguantar toda la mañana. Terminó con el expediente de Ketterman y empiezo a redactar mi informe. Voy por la mitad del tercer párrafo cuando Guy aparece de nuevo en la puerta de mi despacho.

—Hola —lo saludo sin levantar la vista—. Estoy bien, ¿vale? Y todavía no sé nada.

Guy no contesta.

Al final alzo la cabeza. Él está plantado delante de mi mesa, mirándome con una expresión extrañísima. Es una insólita combinación de cariño, orgullo y emoción, todo mezclado bajo un semblante inexpresivo.

—No debería hacer esto —murmura. Se inclina un poco hacia mí—. Lo has conseguido, Samantha. Eres la nueva socia. Dentro de una hora te lo comunicarán de forma oficial.

Noto un repentino calor en el pecho. Durante un instante se me corta la respiración.

Lo he conseguido. ¡Lo he conseguido!

—Yo no te he dicho nada, ¿vale? —Los labios de Guy dibujan una sonrisa—. Felicidades.

—Gracias... —Logro decir.

—Nos vemos luego. Ya te felicitaré como es debido.

Da media vuelta y se marcha, y me quedo mirando la pantalla de mi ordenador sin ver nada.

He conseguido que me nombren socia.

Dios mío. ¡Dios mío!

Saco un espejito y me miro en él. Tengo las mejillas coloradas. Siento una imperiosa necesidad de saltar y gritar: «¡BIEN!». Quiero bailar y chillar. ¿Cómo voy a esperar una hora? ¿Cómo puedo quedarme aquí sentada sin ponerme histérica? No puedo concentrarme en el informe de Ketterman.

Me levanto y voy hasta mi armario archivador, solo por hacer algo. Abro

un par de cajones al azar y vuelvo a cerrarlos. Luego, al girarme, veo mi mesa cubierta de papeles y carpetas, con un precario montón de libros encima de la torre del ordenador.

Ketterman tiene razón. Está hecha un desastre. No parece la mesa de una socia.

La arreglaré. Es la mejor manera de pasar una hora. 12.06-1.06: Administración de oficinas. Hasta tenemos un código para eso en la plantilla de control de horas computerizada.

Ya ni me acordaba de cómo odio ordenar.

A medida que arreglo mi mesa, van apareciendo todo tipo de cosas. Cartas de empresas... contratos para archivar... invitaciones viejas... memorandos... un folleto de un curso de Pilates... un CD que compré hace tres meses y que creía haber perdido... la felicitación de Navidad que me envió Arnold el año pasado, en la que sale él disfrazado de reno... Sonrío al verla y la dejo en el montón de «cosas que poner en algún sitio».

También hay varias «lápidas» (esas piezas de plexiglás grabadas que nos dan tras la firma de un acuerdo importante). Y... cielos, media barra de Snickers que algún día no me terminé. La tiro a la papelera y me dirijo, tras soltar un suspiro, hacia otro montón de documentos.

No deberían ponernos unas mesas tan grandes. Es increíble la cantidad de cosas que hay aquí.

«¡Socia! —Pienso otra vez, como si estallaran fuegos artificiales en mi mente—. ¡SOCIA!».

«Basta», me ordeno con seriedad. Concéntrate en lo que estás haciendo. Saco un ejemplar viejo de la revista *The Lawyer* y me pregunto por qué demonios la conservo, y entonces unos documentos sujetos con un clip se caen al suelo. Me agacho para recogerlos y paso la mirada por la primera página, con una mano ya encima del siguiente papel. Es un memorando de Arnold.

Re: Third Union Bank

Aquí tienes el certificado de deuda de Glazerbrooks, S.

A.

Por favor, ocúpate de registrarlo en el Registro Mercantil.

Me quedo mirándolo con gran interés. Third Union Bank es cliente de Arnold; yo solo he trabajado con ellos una vez. Se trata de un crédito de cincuenta millones de libras a Glazerbrooks, y lo único que tengo que hacer es registrarlo en el plazo de veintiún días en el Registro Mercantil. No es más que otra de esas tareas insignificantes que los socios suelen dejar en mi mesa. «Pero eso se ha terminado», pienso con un arrebatado de determinación. De hecho, creo que voy a delegar este asunto en otra persona, ahora mismo. Miro automáticamente la fecha. Y vuelvo a mirarla. Está fechado el 26 de mayo. ¿Hace cinco semanas? No puede ser.

Desconcertada, leo por encima los documentos, para comprobar si se trata de un error de imprenta. Tiene que ser un error de imprenta. Pero siempre aparece la misma fecha: 26 de mayo. ¿Veintiséis de mayo?

Me siento en la silla, atónita, sin apartar los ojos del papel. ¿Cómo es posible que esto lleve cinco semanas en mi mesa?

Pero... no puede ser. No, no puede ser. Eso significaría... Significaría que me he pasado de la fecha límite. Trago saliva. Seguro que lo estoy leyendo mal. No puedo haber cometido un fallo tan elemental. No puedo haber dejado de registrar un abono dentro del plazo. Yo siempre registro los abonos antes de la fecha límite.

Cierro los ojos e intento calmarme. Seguro que lo he entendido mal. Es la emoción de saber que me han nombrado socia, que me ha vuelto turulata. Vale. Vamos a mirarlo una vez más, atentamente.

Abro los ojos y leo el memorando, pero dice exactamente lo mismo que antes. «Ocúpate de registrarlo». Fechado el 26 de mayo; está escrito bien claro. Lo cual significa que he expuesto a nuestro cliente a un crédito sin garantía. Lo cual significa que he cometido el error más elemental que puede cometer un abogado.

Mi rubor de felicidad ha desaparecido. Noto una especie de escalofrío. Intento recordar por todos los medios si Arnold me dijo algo acerca de ese asunto. No recuerdo que mencionara nada. Pero ¿por qué iba a hacerlo? No es más que una resolución de crédito. Una de esas cosas que hacemos con los ojos cerrados. Arnold debió de suponer que yo había cumplido sus

instrucciones. Debió de confiar en mí.

Dios mío.

Vuelvo a hojear los papeles, más deprisa, buscando desesperadamente alguna escapatoria, alguna cláusula que me haga exclamar con alivio: «¡Toma, claro!». Pero no la encuentro. Empiezo a notar un ligero mareo. ¿Cómo es posible que me haya pasado esto? ¿Reparé siquiera en la nota? ¿Dejé los documentos encima de la mesa con la intención de encargarme de ellos más tarde? No me acuerdo. Mierda, no me acuerdo de nada.

¿Qué voy a hacer? Pienso en las consecuencias, y el pánico se apodera de mí. Third Union Bank ha concedido un crédito de cincuenta millones de libras a Glazerbrooks. Como no se ha registrado el abono, ese crédito —ese crédito multimillonario— no está garantizado. Si Glazerbrooks quebrara mañana, Third Union Bank ocuparía el último lugar en la lista de los acreedores. Y seguramente no recuperaría nada.

—¡Samantha! —dice Maggie desde la puerta, y pego un brinco.

De manera instintiva planto una mano encima del memorando, aunque Maggie no lo está mirando; de cualquier forma, aunque lo viera, no se daría cuenta de su importancia.

—¡Acabo de enterarme! —susurra—. ¡Me lo ha contado Guy! ¡Felicidades!

—Hum... gracias. —Obligo a mis labios a sonreír.

—Iba a buscar una taza de té. ¿Te traigo una?

—Sí, gracias.

Maggie desaparece, y me tapo la cara con ambas manos. Trato de conservar la calma, pero el terror que siento es cada vez mayor. Debo afrontar la situación. He cometido un error.

He cometido un error.

¿Qué voy a hacer? Tengo todo el cuerpo en tensión, el miedo me atenaza, no puedo pensar...

De pronto recuerdo las palabras que dijo Guy ayer, y noto una oleada de alivio casi dolorosa. «Un error no es un error a menos que no pueda remediarse».

Sí. Exacto: puedo remediar esto. Todavía estoy a tiempo de registrar un abono.

Será espantoso. Habré de explicarle al banco lo que he hecho, y a Glazerbrooks, y a Arnold, y a Ketterman. Tendremos que volver a redactar la documentación. Y lo peor de todo: todo el mundo sabrá que he cometido el típico fallo estúpido de un aprendiz.

«Eso podría significar que no me nombraran socia», pienso, y me mareo.

Pero no tengo alternativa. He de solucionar la situación.

Entro rápidamente en el sitio web del Registro Mercantil y busco Glazerbrooks. Mientras en este tiempo no se haya registrado ningún otro crédito, no habrá ningún problema...

Me quedo mirando la página con incredulidad.

No.

No puede ser.

Una empresa llamada BLLC Holdings introdujo un abono de cincuenta millones de libras la semana pasada. Nuestro cliente está situado ahora en la cola de los acreedores.

El caos se apodera de mi mente. Esto no me gusta nada. Nada. Tengo que hablar con alguien cuanto antes. Tengo que hacer algo al respecto ahora mismo, antes de que se registren más abonos. Tengo que... contárselo a Arnold.

Pero solo de pensarlo me horrorizo.

No puedo. No puedo ir y anunciar que he cometido el error más básico y puesto en peligro cincuenta millones de libras de nuestro cliente. Lo que haré será... empezar a solucionar el problema, antes de decírselo a nadie. Reducir los riesgos. Sí, eso es. Primero llamaré al banco. Cuanto antes lo sepan, mejor.

—¿Samantha?

—¿Qué? —Casi me caigo de la silla.

—¡Qué nerviosa estás! —Maggie ríe y viene hacia mi mesa con una taza de té en la mano—. ¿Estás muy emocionada? —Me guiña un ojo.

Al principio no sé de qué me habla. Para mí, el mundo ha quedado reducido a mi error y a lo que voy a hacer para enmendarlo.

—¡Ah! Vale. ¡Sí! —Intento sonreír mientras, disimuladamente, me seco las sudadas manos con un pañuelo de papel.

—¡Ya veo que todavía no has digerido la noticia! —Se apoya en mi

armario archivador y añade—: Tengo champán preparado en la nevera.

—¡Qué bien! Pero verás, Maggie, he de seguir con...

—Oh. —Parece ofendida—. Vale, vale. Te dejo trabajar.

Cuando sale, detecto una pizca de indignación en su gesto. Seguramente piensa que soy una borde. Pero cada minuto que pasa es un minuto más de riesgo. Tengo que llamar de inmediato al banco.

Busco la hoja de contacto adjunta y encuentro el nombre y el número de teléfono de un tipo de Third Union. Se llama Charles Conway.

Es a quien debo llamar. Él es la persona a la que he de estropear el día admitiendo que he metido la pata hasta el fondo. Descuelgo el auricular con mano temblorosa. Tengo la impresión de que me estoy mentalizando para zambullirme en un peligroso pantano lleno de sanguijuelas.

Me quedo inmóvil unos momentos mirando con fijeza el teclado numérico. Animándome a hacerlo. Al final estiro la mano y marco el número de teléfono. Cuando oigo el tono, el corazón empieza a latirme con fuerza.

—Charles Conway.

—¡Hola! —digo, procurando controlar la voz—. Soy Samantha Sweeting, de Carter Spink. Creo que no nos conocemos.

—Hola, Samantha. —Parece amable—. ¿En qué puedo ayudarte?

—Te llamo con relación a... un asunto técnico. Se trata de... —No sé si seré capaz—. Glazerbrooks.

—Ah, te has enterado. Las noticias vuelan.

Tengo la sensación de que el despacho empieza a encogerse. Sujeto con más fuerza el auricular.

—¿Enterarme? ¿De qué? —Mi tono es más agudo de lo normal—. No me he enterado de nada.

—Ah, ¿no? Pensaba que llamabas por eso. —Hace una pausa, y oigo cómo le ordena a alguien que busque algo en Google—. Sí, hoy mismo han solicitado la suspensión de pagos. Es evidente que ese intento desesperado de salvar la empresa no funcionó...

Sigue hablando, pero yo no lo oigo. Estoy mareada. Veo puntitos negros que se mueven.

Glazerbrooks se ha arruinado. Ahora ya no redactarán de nuevo la documentación. Ni ahora ni nunca.

No voy a poder registrar el abono.

No puedo corregir el error.

Le he hecho perder cincuenta millones de libras a Third Union Bank.

Es como si estuviera alucinando. No sé qué decir. Me dan ganas de colgar y echar a correr.

De pronto la voz de Charles Conway llega hasta mi conciencia.

—Pues mira, me alegro de que hayas llamado. —Lo oigo teclear algo, totalmente despreocupado—. Podrías ir verificando la cláusula de seguridad de ese crédito.

Tardo unos instantes en recobrar el habla.

—Sí —digo al final con voz ronca.

Cuelgo el auricular, temblando de pies a cabeza. Me parece que voy a vomitar.

La he cagado.

La he cagado tanto que no puedo...

Ni siquiera puedo...

Casi sin darme cuenta de lo que hago, aparto la silla. Tengo que salir de aquí ahora mismo.

cinco

Cruzo la recepción con el piloto automático. Salgo a la soleada calle, que está abarrotada porque es la hora de comer; voy poniendo un pie delante del otro, como cualquier empleado de oficina.

Pero soy diferente. Acabo de hacer que un cliente pierda cincuenta millones de libras.

Cincuenta millones. La cifra resuena en mi cabeza como el son de un tambor.

No entiendo cómo ha podido suceder. No lo entiendo. No paro de darle vueltas, de forma obsesiva. ¿Cómo puede ser que no viera...? ¿Cómo puede ser que se me olvidara...?

Ni siquiera había visto ese documento. Ni siquiera lo había registrado. Debieron de dejarlo encima de mi mesa, y debió de quedar sepultado bajo otros papeles. Debajo de un expediente, un montón de contratos, una taza de café.

Un error. Un solo desliz. El único que he cometido desde que trabajo en el bufete. Me gustaría despertar y comprobar que todo esto no es más que una pesadilla, que ha sucedido en una película, que le ha pasado a otra persona. Es una historia que me están contando en el pub, y que escucho conmovida, agradeciendo a mi buena estrella que no me ocurriera a mí...

Pero me ha ocurrido a mí. Puedo dar por terminada mi carrera. El último que tuvo un fallo parecido en Carter Spink fue Ted Stephens, en 1983: le hizo perder diez millones de libras a un cliente. Lo despidieron al instante.

Y yo he hecho que Third Union Bank pierda cinco veces más.

Me cuesta respirar y estoy mareada. Es como si me asfixiara. Creo que va a darme un ataque de ansiedad. Me siento en un banco y espero a que se me

pase.

Pero no se me pasa. Cada vez me encuentro peor.

De pronto doy un brinco al notar cómo el móvil vibra en mi bolsillo. Lo saco y miro quién es. Guy.

No puedo hablar con él. No puedo hablar con nadie. Ahora no.

Poco después, el teléfono me informa de que tengo un mensaje. Me lo acerco a la oreja y pulso la tecla 1 para escucharlo.

«¡Samantha! —dice Guy con jovialidad—. ¿Dónde estás? ¡Te estamos esperando todos con el champán para anunciar tu nombramiento!».

Mi nombramiento. Me dan ganas de llorar. Pero... no puedo. Es demasiado grave. Me guardo el teléfono en el bolsillo y me pongo en pie. Empiezo a andar, cada vez más deprisa, abriéndome camino entre los transeúntes, sin importarme las miradas de extrañeza que me dirige la gente. Noto los latidos del corazón en la cabeza y no tengo ni idea de adónde voy. Pero no puedo parar.

Camino durante horas, completamente aturdida; mis pies avanzan a ciegas. El sol cae de lleno sobre mí, las aceras están cubiertas de polvo, y al cabo de un rato empieza a dolerme la cabeza. Mi teléfono vuelve a vibrar, pero no le hago caso.

Al final, cuando comienzan a dolerme las piernas, reduzco el ritmo y me paro. Tengo la boca seca; estoy totalmente deshidratada. Necesito beber agua. Levanto la cabeza e intento situarme. Estoy delante de Paddington Station, nada menos.

Como atontada, me dirijo hacia la entrada de la estación, llena de viajeros y con mucho ruido. Con la luz de los fluorescentes, el aire acondicionado y el estruendo de los avisos que suenan por megafonía, me estremezco. Voy hacia un quiosco donde venden agua, y mi teléfono vibra de nuevo. Lo saco y miro la pantalla. Tengo quince llamadas perdidas y otro mensaje de Guy. Lo ha dejado hace unos veinte minutos.

Vacilo, con el corazón acelerado, y luego pulso la tecla 1.

«Dios mío, Samantha, ¿qué ha pasado?».

Ya no parece contento, sino consternado. Se me pone la carne de gallina.

«Nos hemos enterado —continúa—. ¿Vale? Sabemos lo de Third Union Bank. Ha llamado Charles Conway. Luego Ketterman ha encontrado los documentos encima de tu mesa. Tienes que volver al despacho. Ahora mismo. Llámame».

El mensaje termina, pero yo no me muevo. Estoy paralizada de miedo.

Lo saben. Todos lo saben.

Vuelvo a ver puntitos negros que bailan. Tengo arcadas. Todo el personal de Carter Spink sabe que he metido la pata. Empezarán a llamarse unos a otros. A enviarse e-mails regodeándose con la noticia. «¿Te has enterado...?».

Mientras estoy allí plantada, algo me llama la atención. Distingo una cara conocida entre la multitud. Giro la cabeza y, con los ojos entrecerrados, miro a un hombre intentando situarlo, y entonces me invade otra oleada de horror.

Es Greg Parker, uno de los socios principales. Camina a grandes zancadas por la explanada con su elegante traje, y va hablando por teléfono. Tiene la frente fruncida y parece preocupado.

—Pero ¿dónde está? —lo oigo decir.

El pánico me sacude como un rayo. He de salir de su campo de visión. He de esconderme. Ya. Me pongo detrás de una mujer muy gorda que lleva un impermeable beige e intento pasar inadvertida. Pero ella no para de darse la vuelta, y yo tengo que moverme para que no me vean.

—¿Qué quiere? ¿Limosna? —De pronto se gira y me lanza una mirada desconfiada.

—¡No! —exclamo, atónita—. Yo... esto... —No puedo decir: «Me estoy ocultando detrás de usted».

—¡Pues déjeme en paz! —Me mira con irritación y echa a andar hacia el Costa Coffee.

El corazón me golpea el pecho con fuerza. Estoy totalmente desprotegida en medio de la explanada. Greg Parker se ha parado. Está a unos cincuenta metros de donde estoy yo, y sigue hablando por teléfono.

Si me muevo, me verá. Si me quedo quieta... también.

De pronto se renueva la información que ofrece la pantalla electrónica de SALIDAS. Un grupo de gente que estaba observándola recoge sus bolsas y periódicos y se dirige hacia el andén número nueve.

Sin pensármelo dos veces, me uno al grupo. Estoy escondida entre ellos, y vamos hacia el andén número nueve, atravesando las barreras abiertas. Me subo al tren, como los demás, y camino por el vagón alejándome cuanto puedo.

El tren sale de la estación y yo me derrumbo en un asiento, enfrente de una familia con camisetas del zoo de Londres. Me sonríen, y no sé cómo, pero consigo devolverles la sonrisa. Todo se me antoja irreal.

—¿Un refrigerio? —Un hombre con el rostro surcado de arrugas aparece en el vagón empujando un carrito y me sonríe—. Tengo bocadillos fríos y calientes, té y café, refrescos, bebidas alcohólicas...

—Deme algo con alcohol, por favor. —Intento no parecer demasiado desesperada—. Que sea doble. Lo que sea.

Nadie viene a pedirme el billete. Nadie se fija en mí. El tren es una especie de expreso. Los barrios de las afueras dejan paso a campos, y el tren sigue traqueteando. Me he bebido tres botellines de ginebra, mezclados con zumo de naranja, zumo de tomate y yogur líquido de chocolate. El trozo de hielo que tenía en el estómago se ha derretido. Me siento extrañamente alejada de todo.

He cometido el error más grave de toda mi carrera. Lo más probable es que me haya quedado sin empleo. Nunca seré socia. Y todo por culpa de un estúpido fallo.

Los miembros de la familia con camisetas del zoo de Londres han abierto unas bolsas de patatas fritas, me han ofrecido una y me han invitado a jugar con ellos al Scrabble. La madre hasta me ha preguntado si viajo por trabajo o por placer. No he sabido qué contestarle.

Los latidos de mi corazón han ido apaciguándose, pero tengo un terrible dolor de cabeza. Estoy sentada con una mano tapándome un ojo, procurando protegerme de la luz.

—Señoras y señores... —El revisor habla por los altavoces—. Disculpen las molestias... obras en las vías... transporte alternativo...

No puedo concentrarme en lo que dice. Ni siquiera sé adónde voy. Esperaré hasta la siguiente parada, y entonces me apearé del tren y cogeré

otro desde allí.

—«Uva» no se escribe con «b» —le dice la madre del zoo de Londres a uno de sus hijos.

Entonces el tren empieza a reducir la velocidad. Alzo la cabeza y veo que estamos llegando a una estación: Lower Ebury. Los pasajeros recogen su equipaje y se disponen a bajar al andén.

Yo también me levanto, como una autómatas. Sigo a la familia de las camisetas del zoo de Londres, me apeo y salgo de la estación; luego miro alrededor. Me encuentro frente a una pequeña y cursi estación rural; al otro lado de la calzada hay un pub llamado The Bell. La carretera describe sendas curvas en ambas direcciones, y veo campos a lo lejos. Hay un autocar parado en el arcén, y todos los pasajeros del tren están montando en él.

La madre con la camiseta del zoo de Londres se ha dado la vuelta y me hace señas.

—Tienes que venir por aquí —dice con amabilidad—. Si quieres ir a Gloucester. Vas a Gloucester, ¿no?

La idea de subirme a un autobús me da ganas de vomitar. No quiero subirme a ningún autobús. Solo quiero tomarme un analgésico. Noto como si mi cráneo estuviera a punto de abrirse por la mitad.

—No, gracias... No se preocupe.

Le sonrío y procuro parecer convincente, y antes de que ella pueda decir nada más, echo a andar por la carretera en dirección opuesta a la del autobús.

No tengo ni la más remota idea de adónde voy.

De pronto vuelve a vibrar mi móvil en el bolsillo. Lo saco y veo que es Guy. Otra vez. Debe de haber telefoneado doce o trece veces. Y todas las veces me ha dejado un mensaje pidiéndome que lo llamara y preguntándome si he recibido sus e-mails.

No he recibido ninguno de sus e-mails. Estaba tan asustada que he olvidado la BlackBerry encima de la mesa. Lo único que tengo es el teléfono móvil. Vibra de nuevo, y me quedo mirándolo un momento. Luego, con el estómago comprimido, me lo acerco a la oreja y pulso el botón para hablar.

—Hola. —Tengo la voz áspera—. Soy... Soy yo.

—¿Samantha? —En su tono hay un deje de duda—. ¿Eres tú? ¿Dónde estás?

—No lo sé. Necesitaba salir del despacho. He sufrido una especie de... conmoción.

—Samantha, no sé si habrás leído mis mensajes, pero... —Titubea un momento—. Lo sabe todo el mundo.

—Ya lo sé. —Me apoyo contra un muro viejo y desmoronadizo y cierro con fuerza los ojos para controlar el dolor—. Ya lo sé.

—¿Qué ocurrió? —Guy parece tan pasmado como yo—. ¿Cómo demonios tuviste un fallo tan elemental? Por el amor de Dios, Samantha...

—No lo sé —digo como atontada—. No lo vi. Cometí un error...

—¡Tú nunca cometes errores!

—¡Se ve que sí! —Noto cómo las lágrimas se me agolpan en los ojos, e intento contenerlas por todos los medios—. ¿Qué... qué ha pasado?

—Ya puedes imaginártelo. —Suspira y prosigue—: Ketterman ha iniciado las gestiones de limitación de perjuicios con los abogados de Glazerbrooks y ha hablado con el banco. Y con la compañía de seguros, claro.

La compañía de seguros. El seguro de indemnidad profesional de la empresa. De pronto me aferro a una esperanza casi emocionante. Si la aseguradora paga sin armar mucho alboroto, quizá las consecuencias no sean tan graves como yo pensaba.

Pero enseguida me doy cuenta de que soy como una especie de viajero iluso que contempla un espejismo a través de la neblina. Las compañías de seguros nunca sueltan toda la pasta. A veces no sueltan ni un céntimo. En ocasiones pagan, pero elevan sus primas hasta cantidades inviables.

—¿Qué han dicho los aseguradores? —Trago saliva—. ¿Van a...?

—Todavía no han dicho nada.

—Ya. —Me seco el sudor de la frente y me obligo a formular la siguiente pregunta—: ¿Y qué hay de... mí?

Guy permanece callado.

Cuando comprendo lo que significa su silencio, noto que me balanceo, como si fuera a desmayarme. Esa es la respuesta a mi pregunta. Abro los ojos y veo a dos niños que pasan en bicicleta mirándome fijamente.

—Todo ha terminado, ¿verdad? —Trato de aparentar tranquilidad, pero no logro controlar mi voz—. He arruinado mi carrera.

—No lo sé. Mira, Samantha, te has asustado. Es lógico. Pero no puedes esconderte. Tienes que volver.

—No puedo —digo con aflicción—. No puedo dar la cara.

—¡Sé razonable, Samantha!

—¡No puedo! ¡No puedo! Necesito tiempo...

—¡Saman...!

Corto la comunicación.

Me siento débil. Va a estallarme la cabeza. Necesito beber agua. Pero el pub está cerrado, y no veo ninguna tienda.

Avanzo por la carretera hasta que llego a un par de altas columnas labradas y decoradas con leones. Aquí hay una casa. Llamaré al timbre y pediré un analgésico y un vaso de agua. Y preguntaré dónde hay un hotel por aquí cerca.

Empujo la verja de hierro forjado y echo a andar por el sendero de grava hacia la puerta principal de roble. Es una vivienda majestuosa, de piedra de color miel, con el tejado inclinado, altas chimeneas y dos Porsches en el camino. Levanto una mano y tiro de la cadenilla de la campana.

No se oye nada. Me quedo un rato de pie, pero no parece que haya nadie en la casa. Cuando estoy a punto de desistir y volver a la carretera, la puerta se abre de par en par y sale una mujer con melena corta, rubia y peinada con laca, y unos largos pendientes. Va muy maquillada, lleva unos pantalones de seda color melocotón, un cigarrillo en una mano y un cóctel en la otra.

—Hola. —Da una calada al cigarrillo y me mira con cierto recelo—. ¿Te envía la agencia?

seis

¿Qué demonios dice esta mujer? Me duele tanto la cabeza que apenas puedo mirarla, y menos aún entender lo que me está diciendo.

—¿Te encuentras bien? —Me mira fijamente—. ¡Tienes muy mala cara!

—Tengo un dolor de cabeza espantoso —consigo responder—. ¿No podría darme un vaso de agua?

—¡Pues claro! ¡Entra! —Agita el cigarrillo delante de mi rostro y me hace pasar a un inmenso vestíbulo con techo abovedado—. Además, querrás ver la casa. ¡Eddie! —grita—. ¡Eddie, ha venido otra! Me llamo Trish Geiger —añade—. Puedes llamarme señora Geiger. Por aquí...

Me guía hasta una lujosa cocina con muebles de madera de arce, y abre unos cuantos cajones al azar antes de exclamar:

—¡Ajá! —Y saca una bolsa de plástico. La abre y revela un amplio surtido de tarros y cajas de pastillas, y empieza a revolver con sus uñas pintadas—. Tengo aspirina, paracetamol, ibuprofeno, Valium... —Coge una píldora de color rojo claro—. Esto nos lo traen de Estados Unidos —explica con tono jovial—. Aquí es ilegal.

—Hum... Qué bien. Tiene muchos... analgésicos.

—Ah, sí. En esta casa nos encantan las pastillas —dice, y de pronto me lanza una mirada muy intensa—. Nos encantan. ¡Eddie! —Me pone tres comprimidos verdes en la mano y, tras varios intentos, localiza un armario lleno de vasos—. Ya está. Fuera el dolor de cabeza. —Vierte agua de la nevera en un vaso—. Bébetela toda.

—Gracias —digo, y me trago las pastillas con una mueca pesarosa—. Se lo agradezco mucho. Me duele tanto la cabeza que no puedo ni pensar.

—Hablas un inglés excelente. —Me observa con curiosidad—.

¡Excelente!

—Bueno —replico, desconcertada—. Verá, es que soy inglesa. No sé, quizá sea por eso.

—¿Eres inglesa? —Trish Geiger parece muy impresionada por esa noticia—. ¡Vaya! Ven y siéntate. Las pastillas harán efecto enseguida. Y si no, te daremos más.

Me saca de la cocina y me lleva de nuevo por el vestíbulo.

—Esto es el salón —dice, deteniéndose junto a una puerta y mostrándome la magnífica sala con un ademán, y tira la ceniza al suelo—. Como verás, hay mucho trabajo: pasar el aspirador, quitar el polvo, limpiar la plata... —Me mira expectante.

—Claro. —Asiento con la cabeza. No entiendo por qué esta mujer me habla de sus tareas domésticas, pero por lo visto está esperando una respuesta—. Qué mesa tan bonita —exclamo al final, señalando una reluciente mesita de caoba.

—Hay que sacarle brillo. —Entrecierra los ojos—. Con regularidad. Me fijo mucho en esas cosas.

—Claro. —Vuelvo a asentir con la cabeza, extrañada.

—Sentémonos allí.

Me conduce por otra habitación, enorme e imponente, hasta una espaciosa veranda amueblada con opulentas tumbonas de teca, adornada con frondosas plantas y una bien abastecida bandeja de bebidas.

—¡Eddie! ¡Ven aquí!

Da unos golpecitos en el cristal, y cuando levanto la cabeza, veo a un hombre con pantalones de golf que camina por el cuidado jardín. Está bronceado y tiene aspecto de persona acomodada; debe de rozar los cincuenta años.

«Trish también estará cerca de la cincuentena», pienso, fijándome en sus patas de gallo cuando se aparta de la cristalera. Aunque algo me dice que ella no admitiría tener más de treinta y nueve.

—Qué jardín tan bonito —comento.

—Oh. —Echa una mirada al exterior sin mucho interés—. Sí, nuestro jardinero es muy bueno. Tiene muchas ideas. ¡Pero siéntate, por favor! —Agita las manos, y, pese a que estoy un poco violenta, me acomodo en una

tumbona. Trish se sienta en una butaca de mimbre, enfrente de mí, y apura su cóctel—. ¿Sabes preparar un buen Bloody Mary? —me pregunta de sopetón.

Me quedo mirándola sin comprender.

—No importa. —Da una calada al cigarrillo—. Ya te enseñaré.

¿Cómo dice?

—¿Qué tal la cabeza? —continúa, y antes de que yo pueda responder, añade—: ¿Mejor? ¡Mira, aquí está Eddie!

—¡Buenas!

Se abre la puerta y el señor Geiger entra en la veranda. Visto de cerca no parece tan atractivo como cuando caminaba por el jardín. Tiene el blanco de los ojos enrojecido, y está echando barriguita.

—Eddie Geiger —se presenta, y me tiende la mano jovialmente—. El amo de la casa.

—Eddie, te presento a... —Trish me mira con gesto de sorpresa—. ¿Cómo te llamas?

—Samantha —contesto—. Lamento haberlos molestado, pero me dolía tanto la cabeza...

—Le he dado a Samantha unos analgésicos de esos que solo se venden con receta —me interrumpe Trish.

—Bien hecho. —Eddie coge una botella de whisky escocés y se sirve un vaso—. Tendrías que probar las pildoras rojas. ¡Son mortales!

—Ah, ¿sí?

—¡No en el sentido literal, desde luego! —Aclara, y suelta una carcajada—. ¡No vayas a creer que queremos envenenarte!

—¡Eddie! —Trish le da un golpecito que hace repicar sus brazaletes—. ¡Vas a asustarla!

Se dan la vuelta y me observan. Tengo la impresión de que esperan que diga algo.

—Estoy muy agradecida, en serio. —Consigo esbozar una sonrisa—. Han sido muy amables dejándome entrar en su casa a estas horas.

—Habla un inglés excelente, ¿verdad? —Eddie arquea las cejas mirando a Trish.

—¡Es que es inglesa! —exclama ella, triunfante, como si acabara de sacar un conejo de un sombrero—. ¡Entiende todo lo que digo!

Es evidente que me estoy perdiendo algo. ¿Acaso tengo pinta de extranjera?

—¿Le enseñamos la casa? —le pregunta Eddie a Trish.

No, por favor. Eso no. La gente que enseña su casa debería desaparecer del planeta. Eso de seguirlos intentando encontrar comentarios adecuados para cada una de las habitaciones es un auténtico suplicio. Yo solo quiero quedarme aquí sentada y esperar a que las pastillas surtan efecto.

—No hace falta, de verdad —digo—. Estoy segura de que es preciosa...

—¡Claro que hace falta! —Trish apaga su cigarrillo—. Vamos.

Cuando me levanto, se me va la cabeza, y tengo que sujetarme a una yuca para recobrar el equilibrio. Mi dolor de cabeza está empezando a remitir, pero me siento mareada y como distante de cuanto me rodea. Todo esto parece un sueño.

Está claro que esta mujer no tiene vida propia. Por lo visto, lo único que le interesa son las tareas domésticas. Vamos de una habitación a otra, todas espléndidas, y ella no para de señalar cosas que es especialmente importante limpiar ni de mostrarme dónde se guarda la aspiradora. Ahora me está explicando cómo funciona la lavadora, ¿no te digo?

—Parece... muy buena. —Es evidente que Trish espera algún cumplido.

—Nos gusta poner sábanas limpias todas las semanas. Bien planchadas, por supuesto. —Me mira con interés.

—Claro. —Asiento con la cabeza y procuro disimular mi desconcierto—. Creo que es muy buena idea.

—Y ahora ¡el piso de arriba! —Sale con decisión de la cocina. Dios mío. ¿Aún hay más?

—¿Eres de Londres, Samantha? —me pregunta Eddie Geiger mientras subimos la escalera.

—Sí.

—¿Y tienes un empleo de jornada completa en la ciudad?

Solo me lo ha preguntado por educación, pero me quedo cortada sin saber qué contestar. ¿Tengo un empleo o no?

—Lo tenía —digo al final—. La verdad es que... ahora mismo no sé en

qué situación estoy.

—¿Cuántas horas trabajabas? —Trish se gira, como interesándose repentinamente por la conversación.

—Todas. —Me encojo de hombros—. Estoy acostumbrada a trabajar todo el día, hasta muy tarde. A veces también por la noche.

Los Geiger se quedan atónitos ante esta revelación. La gente no tiene ni idea de lo dura que es la vida de una abogada.

—¿Por la noche? —Trish está estupefacta—. ¿Tú sola?

—Yo y el resto del personal. Cualquiera que hiciese falta.

—Caramba. No debía de ser pequeño el sitio, ¿verdad?

—Es uno de los más grandes de Londres —afirmo.

Trish y Eddie se miran. Lo cierto es que forman una pareja rarísima.

—¡Pues nosotros llevamos una vida mucho más relajada, te lo aseguro! —Trish suelta una breve risita—. Este es el dormitorio principal... y este, el otro dormitorio...

Mientras recorremos el pasillo, ella va abriendo y cerrando puertas y me enseña camas con dosel y cortinas confeccionadas a mano, hasta que empieza a darme vueltas la cabeza otra vez. No sé qué eran esas pastillas, pero cada vez me siento más rara.

—El dormitorio verde... Como ya debes de saber, no tenemos hijos ni animales... ¿Fumas? —me pregunta de pronto, y da una calada al cigarrillo.

—Hum... no. Gracias.

—Bueno, a nosotros tanto nos da.

Bajamos un pequeño tramo de escaleras y me apoyo en la pared para mantener el equilibrio, pero mis dedos parecen resbalar por el papel pintado con estampado de flores.

—¿Estás bien? —Eddie me sujeta cuando estoy a punto de caer al suelo.

—Creo que esos analgésicos eran un poco fuertes —murmuro.

—Sí, son francamente peligrosos. —Trish me mira con preocupación y añade—: ¿Habías bebido alcohol?

—Pues... sí, sí...

—¡Aaah! —Pone cara de contrariedad—. Bueno, no pasa nada, mientras no empieces a tener alucinaciones. En ese caso deberíamos llamar a un médico. Y... ¡ya estamos aquí! —continúa; abre la última puerta y hace un

floreo con la mano—. Las dependencias de los empleados.

Todas las habitaciones de la casa son enormes. Esta mide más o menos lo mismo que mi apartamento; tiene las paredes pintadas de colores claros, ventanas con parteluces y vistas al jardín. La cama es la más sencilla que he visto en esta casa; es enorme, cuadrada, y está cubierta con una impecable colcha blanca.

Procuro dominar un impulso casi irresistible de tumbarme en ella, ponerme las manos en la cabeza y olvidarme de todo.

—Qué bonita —digo con educación—. Es una habitación preciosa.

—¡Estupendo! —responde Eddie, y da una palmada—. ¡Bueno, Samantha, creo que el empleo es tuyo!

Me quedo mirándolo como embobada.

¿El empleo?

¿Qué empleo?

—¡Eddie! —exclama Trish—. ¡No puedes ofrecerle el empleo así como así! ¡Todavía no hemos terminado la entrevista!

¿La entrevista?

¿Me he perdido algo?

—¡Ni siquiera le hemos dado los detalles del trabajo! —Trish sigue mirando a Eddie con fijeza—. ¡No hemos analizado ningún detalle!

—Pues ¿a qué esperas? ¡Explícale los detalles! —replica él.

Trish le lanza una mirada de rabia y carraspea.

—Bueno, Samantha —dice con formalidad—, tu trabajo como asistente doméstica consistirá...

—¿Perdón? —la corto con los ojos como platos.

Trish se impacienta.

—Tu trabajo como asistente doméstica —repite más despacio— consistirá en ocuparte de la limpieza, la ropa y la cocina. Llevarás uniforme y tendrás una actitud cortés y respetuosa con...

Mi trabajo de...

¡Esta gente cree que me he presentado en su casa para cubrir un puesto de asistente!

Me he quedado sin habla.

—... pensión completa y alojamiento —va diciendo Trish—, y cuatro

semanas de vacaciones al año.

—¿Y el sueldo? —pregunta Eddie con interés—. ¿Vamos a pagarle más que a la anterior?

Durante un instante tengo la impresión de que Trish va a asesinarlo allí mismo.

—¡Discúlpame, Samantha!

Antes de que yo pueda abrir la boca, Trish se lleva a Eddie fuera de la habitación y cierra de un portazo; a continuación mantienen una acalorada discusión en voz baja.

Miro alrededor intentando poner mis ideas en orden. Me han tomado por una empleada de hogar. Esto es absurdo. Tengo que aclarar el malentendido.

Me da otro vahído, y me siento en la cama. Entonces, sin poder evitarlo, me tumbo sobre la fresca y blanca colcha y cierro los ojos. Es como tumbarse en una nube.

No quiero levantarme. No quiero moverme de esta cama. Este es mi refugio, mi remanso de paz.

Ha sido un día muy largo. Una larga, agotadora y dolorosa pesadilla. Lo único que quiero es que termine.

—Lo siento mucho, Samantha.

Abro los ojos y, haciendo un gran esfuerzo, veo acercarse a Trish, seguida de Eddie, que está muy sonrojado.

—Antes de continuar, ¿tienes alguna pregunta acerca del empleo?

La miro de hito en hito; mi cabeza da vueltas como un tiovivo. Ha llegado el momento de explicar que todo esto es un gran error. Que yo no soy asistente, sino abogada. Pero no se me ocurre nada que decir.

No quiero marcharme de aquí. Quiero tumbarme en esta cama y desconectar de todo.

«Podría quedarme aquí una sola noche —pienso—. Solo una noche. Podría resolver el malentendido mañana».

—Hum... ¿Puedo empezar ahora mismo? —me oigo decir.

—No veo por qué no... —Comienza Eddie.

—No nos precipitemos —lo corta Trish con brío—. Hemos entrevistado a unas cuantas aspirantes muy prometedoras para este puesto, Samantha. Algunas eran espectaculares. Una de las chicas hasta tenía un diploma de

cocina francesa. ¡Imagínate, había estudiado en la escuela Cordon Bleu!

Da una calada al cigarrillo y me mira desafiante. Y entonces noto que algo se tensa dentro de mí. Es como una reacción instintiva. No puedo evitarlo, es algo superior a mí, muy superior incluso a mi deseo de quedarme dormida en esta blanda e inmaculada cama.

¿Está insinuando...?

¿Está insinuando que cabe la posibilidad de que yo no consiga este empleo?

Miro a Trish en silencio unos instantes. Siento en lo más profundo de mi ser, pese a mi aturdimiento y mi estado de shock, una débil reminiscencia de la antigua Samantha. Siento cómo mi arraigada ambición levanta la cabeza y olfatea el aire. Cómo se remanga y escupe en las manos. Puedo vencer a cualquier especialista en cocina francesa, por mucho título de la Cordon Bleu que tenga.

Jamás en la vida he fracasado en una entrevista.

Y no voy a empezar a fracasar ahora.

—Veamos —dice Trish mientras repasa su lista—. ¿Tienes experiencia en el lavado de todo tipo de ropa?

—Gané un premio de lavado de textiles en el colegio —contesto con una modesta inclinación de la cabeza—. Eso fue lo que me animó a comenzar esta profesión.

—¡Madre mía! —exclama Trish con asombro—. ¿Y tienes el título de la escuela Cordon Bleu?

—Estudié con Michel de la Roux de la Blanc. —Hago una pausa y, con seriedad, añado—: El nombre lo dice todo.

—¡Desde luego! —coincide Trish, y mira a Eddie con aire vacilante.

Estamos sentados en la veranda. Trish me formula una serie de preguntas que parecen extraídas de un folleto titulado «Cómo contratar a su ama de llaves». Y yo las voy contestando todas con absoluta seguridad.

En lo más hondo de mi mente suena una vocecilla que grita: «¿Qué haces? ¿Qué demonios haces, Samantha?».

Pero no le hago caso. No quiero hacerle caso. No sé cómo, pero he conseguido eliminar por completo la vida real, el error, mi arruinada carrera, la pesadilla... todo excepto esta entrevista. Todavía me da vueltas la cabeza y

tengo la sensación de que en cualquier momento voy a caer redonda, pero conservo una pizca de determinación. Voy a conseguir este trabajo.

—¿Podrías proponernos un menú de muestra? —Trish enciende otro cigarrillo—. Para una cena con amigos, pongamos por caso.

Comida... Platos refinados...

De pronto me acuerdo de Maxim's, el restaurante donde tenía que cenar con mi madre y mi hermano. Y del menú de recuerdo que me regalaron.

—Déjeme consultar mis notas. —Abro la cremallera de mi bolso y le echo un vistazo a la carta de Maxim's con disimulo—. Si se tratara de una cena formal, serviría... foie-gras dorado a la plancha con glaseado de albaricoque... cordero con humus... y soufflé de chocolate mentolado acompañado de dos sorbetes caseros.

Chúpate esa, diplomada de la Cordon Bleu.

—¡Caramba! —Trish está extasiada—. He de reconocer que me has impresionado.

—¡Qué maravilla! —Se diría que Eddie ha empezado a salivar—. ¡Foie-gras dorado! ¿No podrías prepararnos un poco ahora?

Trish lo mira con irritación.

—Me imagino que tendrás referencias, ¿verdad, Samantha?

¿Referencias?

—Necesitamos referencias. —Trish frunce el entrecejo.

—Puede llamar a lady Freya Edgerly —propongo con repentina inspiración.

—¿Lady Edgerly? —Trish arquea las cejas, y un rubor comienza a ascender lentamente por su cuello.

—Hace muchos años que conozco a lord y lady Edgerly. —Asiento con la cabeza—. Lady Edgerly responderá por mí, sin ninguna duda.

Trish y Eddie me miran boquiabiertos. Quizá sería conveniente añadir algún detalle doméstico.

—Son una familia encantadora —agrego para adornar la historia—. Les aseguro que no era fácil mantener limpia la mansión. Y... sacar brillo a las diademas de lady Edgerly.

Mierda. Me he pasado con lo de las diademas.

Pero, para mi sorpresa, el semblante de mis interlocutores no denota ni la

más leve pizca de desconfianza.

—¿Cocinabas para ellos? —me pregunta Eddie—. ¿El desayuno y todo?

—Por supuesto. A lord Edgerly le encantaba mi plato estrella, los huevos Benedict.

Bebo un sorbo de agua.

Veo a Trish mirando a Eddie con lo que evidentemente ella cree que es una cara enigmática, y a él, a su vez, asintiendo con disimulo. En realidad es como si llevaran un tatuaje en la frente que rezara: «¡Nos la quedamos!».

—Una última pregunta. —Trish da una honda calada al cigarrillo—. Tendrás que contestar el teléfono cuando el señor Geiger y yo no estemos en casa. Nuestra imagen en sociedad es muy importante. Por favor, ¿podrías enseñarnos cómo lo harás? —Señala con la cabeza el teléfono que hay en una mesita cercana.

No creo que hable en serio. Pero... veo que sí.

—Tienes que decir: «Buenas tardes, residencia de los señores Geiger» —apunta Eddie.

Me levanto, obediente. Sobreponiéndome como puedo al mareo, voy hasta el teléfono y levanto el auricular.

—Buenas tardes —digo con mi más amable voz de persona educada en colegio de pago—. Residencia de los señores Geiger. ¿En qué puedo ayudarlo?

Eddie y Trish están encantados de la vida.

siete

A la mañana siguiente despierto y veo un techo blanco y liso que no me resulta familiar. Me quedo mirándolo un rato, desconcertada, y luego levanto un poco la cabeza. Cuando me muevo, las sábanas hacen un ruidito extraño. ¿Qué pasa? Mis sábanas no hacen este ruido.

Ah, claro. Son las sábanas de los Geiger.

Vuelvo a apoyar la cabeza en la mullida almohada, y entonces se me ocurre otra cosa.

¿Quiénes son los Geiger?

Frunzo el entrecejo y hago memoria. Es como si tuviera resaca pero todavía no se me hubiera pasado la borrachera. Conservo fragmentos de recuerdos del día de ayer, y voy rescatándolos de una densa niebla. No sé distinguir qué es real y qué he soñado. Cogí el tren... sí... me dolía la cabeza... Paddington Station... salí del despacho...

Dios mío. No, por favor.

De pronto me siento atrapada en un escalofriante torbellino y recuerdo la pesadilla. Es como si me hubieran pegado un puñetazo en el plexo solar. El memorando. Third Union Bank. Cincuenta millones de libras. Le pregunté a Guy si me habían despedido...

Su silencio.

Permanezco inmóvil un rato, mientras todo va poniéndose otra vez en su sitio. Mi carrera profesional está destrozada. Ya no hay ninguna posibilidad de que me nombren socia. Seguramente ya no tengo trabajo. El mundo tal como lo conocía ha desaparecido.

Aparto las sábanas y me levanto de la cama; me siento débil y atontada. Entonces me doy cuenta de que ayer no probé bocado, aparte de unos

Shreddies que piqué por la mañana.

Ayer, a estas horas, estaba en la cocina de mi apartamento, preparándome para ir a trabajar, muy tranquila, sin sospechar lo que iba a suceder. En otro mundo, en un universo paralelo a este, hoy despertaría convertida en socia de Carter Spink. Estaría rodeada de mensajes de felicitación. Me sentiría realizada.

Cierro los ojos y aprieto mucho los párpados intentando escapar de los pensamientos que empiezan a flotar en mi mente. Son pensamientos horripilantes: si esto, si lo otro... Si hubiera visto el memorando antes... Si hubiera ordenado mi mesa... Si Arnold no me hubiera pasado ese trabajo...

Pero es inútil. Sin hacerle caso a mi embotada cabeza, voy hasta la ventana. A lo hecho, pecho. Y lo único que puedo hacer ahora es afrontar la realidad. Mientras contemplo el jardín, me siento completamente surrealista. Hasta hoy, toda mi vida había estado planificada al minuto. Los exámenes, las prácticas durante las vacaciones, los peldaños de la escalera hacia el éxito... Creía saber exactamente hacia dónde me dirigía.

Y ahora me encuentro en una habitación extraña en medio del campo. Y mi carrera está arruinada.

Pero no es solo eso... Hay algo más. Hay algo que me fastidia. Todavía falta una última pieza en el rompecabezas de mi aturdida mente. La encontraré enseguida.

Apoyo la frente en el frío y relajante cristal, y veo a un hombre que a lo lejos pasea a su perro. Quizá no esté todo perdido. Quizá no sea tan grave como pensé. ¿De verdad dijo Guy que me habían despedido? Tengo que llamarlo y enterarme de cómo están las cosas. Respiro hondo y me paso ambas manos por el despeinado cabello. Dios mío, ayer perdí los papeles. Cuando pienso en cómo actué: salí corriendo del despacho, me subí en un tren... Estaba como en otro planeta. Si los Geiger no hubieran sido tan comprensivos...

De pronto pierdo el hilo de las ideas.

Los Geiger.

Algo relacionado con los Geiger. Algo que no recuerdo... algo que hace saltar las alarmas...

Me doy la vuelta y me fijo en un vestido de color azul que está colgado

en la puerta del armario. Es una especie de uniforme, con ribete. ¿Qué hace un unifor...?

El sonido de las sirenas de alarma se intensifica. Se ponen a sonar con desenfreno. Empiezo a recordar, como si fuera una especie de sueño terrible y absurdo.

¿Acepté un trabajo de asistente doméstica?

Me quedo paralizada unos instantes. Cielo santo. ¿Qué he hecho? ¿Qué he hecho?

Mi corazón comienza a latir con fuerza cuando por primera vez considero mi verdadera situación. Estoy alojada de manera fraudulenta en la casa de una pareja de desconocidos. He dormido en su cama. Llevo puesta una camiseta vieja de Trish. Hasta me dieron un cepillo de dientes, después de que yo les mintiera y dijese que me habían robado la maleta en el tren. Lo último que recuerdo antes de derrumbarme es que oí a Trish hablando por teléfono, muy contenta.

—¡Es inglesa! —decía—. ¡Sí, habla inglés a la perfección! Es una chica fenomenal. ¡Tiene diploma de la Cordon Bleu!

Tendré que confesar que era todo mentira.

Oigo unos golpecitos en la puerta del dormitorio y doy un respingo.

—¿Samantha? ¿Puedo pasar?

—¡Oh! Hum... ¡Sí!

Se abre la puerta y aparece Trish; viste un chándal de color rosa claro con un logotipo de estrás. Va maquillada y lleva un fuerte perfume que me asfixia.

—Te he preparado una taza de té —dice, y me ofrece la taza con una sonrisa muy formal—. El señor Geiger y yo queremos que te sientas como en tu casa.

—¡Oh! —Trago saliva, nerviosa—. Muchas gracias.

«Señora Geiger, tengo que decirle una cosa. Yo no soy asistente».

Pero no consigo articular esas palabras.

Trish entrecierra los ojos, como si se arrepintiera de su amable gesto.

—¡No vayas a creer que voy a subirte el té a la habitación todas las mañanas! Pero como anoche no te encontrabas bien... —Da unos golpecitos en la esfera de su reloj—. Será mejor que te vistas. Te esperamos abajo

dentro de diez minutos. Normalmente tomamos un desayuno ligero. Tostadas, café y qué sé yo. Luego podemos hablar del resto de las comidas del día.

—Esto... Vale —digo con un hilo de voz.

Trish cierra la puerta y yo dejo la taza de té en la mesilla de noche. Mierda. ¿Qué voy a hacer? ¿Qué? ¿Qué?

Vale. Cálmate. Decide el orden de prioridades. Ante todo tengo que llamar al despacho. Necesito valorar la gravedad de la situación. Con un espasmo de aprensión, meto la mano en el bolso para coger el teléfono móvil.

La pantalla está apagada. Se habrá acabado la batería.

Me quedo mirándolo con frustración. Anoche debía de estar tan zumbada que se me olvidó cargarla. Saco el cargador del bolso, lo enchufo en la pared y conecto el teléfono, que empieza a recargarse de inmediato.

Espero a que aparezca la señal... pero no aparece. No hay ninguna señal.

Siento un arrebato de pánico. ¿Cómo voy a llamar al despacho? ¿Cómo voy a hacer nada? No puedo vivir sin mi móvil.

Entonces recuerdo haber visto un teléfono en el rellano. Estaba en una mesita, junto a una ventana en saliente. Quizá pueda utilizarlo. Abro la puerta del dormitorio y echo un vistazo al pasillo. No hay nadie. Me dirijo con cautela a la ventana en saliente y levanto el auricular del teléfono. Me lo acerco a la oreja y oigo el tono de la línea. Respiro hondo y marco el número directo de Arnold. Todavía no son las nueve, pero seguro que ya ha llegado a su despacho.

—Despacho del señor Arnold Saville —responde la alegre voz de Lara, su secretaria.

—Lara —digo con nerviosismo—, soy Samantha. Samantha Sweeting.

—¡Samantha! —Lara se asombra tanto que hago una mueca de dolor—. ¡Dios mío! ¿Qué te ha pasado? ¿Dónde estás? Están todos muy... —Se interrumpe.

—Mira, estoy... No estoy en Londres. ¿Puedo hablar con Arnold?

—Claro. Enseguida te lo paso.

Su voz desaparece brevemente y es sustituida por una animada melodía de Vivaldi; luego se oye otra voz.

—Hola, Samantha. —Es la cordial y tranquila voz de Arnold—. Querida

mía. Menudo berenjenal, ¿eh?

Solo a Arnold se le ocurriría describir la pérdida de cincuenta millones de libras de un cliente como un «berenjenal». Pese a todo, mis labios esbozan una sonrisa. Me imagino a Arnold con su chaleco, frunciendo esas pobladas cejas.

—Ya lo sé —contesto, intentando imitar su sobriedad—. Me he metido en un lío.

—He de decirte que tu precipitada huida no mejoró las cosas.

—Lo sé. Lo siento mucho. Es que me entró pánico.

—Me lo imagino. Sin embargo, aquí dejaste organizado un buen lío.

Bajo el barniz alegre de Arnold detecto un nivel inusual de estrés. Arnold nunca se estresa. La cosa debe de estar mal. Me dan ganas de arrodillarme e implorar: «¡Lo siento mucho!». Pero eso no ayudaría a nadie. Ahora tengo que adoptar una actitud profesional.

—Y... ¿cómo están las cosas? —Procuró fingir serenidad—. ¿Pueden hacer algo los síndicos de quiebras?

—Es poco probable. Dicen que tienen las manos atadas.

—Claro. —Es como un martillazo en el estómago. Ya está. Los cincuenta millones se han ido para siempre—. ¿Y la compañía de seguros?

—Ese es el siguiente paso, por supuesto. Estoy convencido de que tarde o temprano se recuperará el dinero. Pero con muchas complicaciones. Supongo que ya te lo imaginas.

—Claro —susurro.

Nos quedamos callados unos instantes. Comprendo que no hay buenas noticias que dar. No hay ningún rayo de esperanza. La he cagado, y punto.

—Arnold —digo con voz trémula—, no me explico cómo pude cometer un error tan... estúpido. No me explico qué pasó. Ni siquiera recuerdo haber visto el memorando encima de mi mesa...

—¿Dónde estás? —Me corta.

—Estoy... —Miro con desánimo por la ventana—. Si quieres que te diga la verdad, ni siquiera sé exactamente dónde estoy. Pero puedo volver. Voy a volver ahora mismo —digo atropelladamente—. Me subiré en el primer tren... Estaré ahí dentro de pocas horas.

—No creo que sea buena idea. —La voz de Arnold tiene un tono extraño

que me asusta.

—¿Me han... despedido?

—Ese tema todavía no se ha abordado —responde con brusquedad—. Ha habido asuntos un poco más urgentes que resolver, Samantha.

—Claro, claro. —Noto cómo la sangre vuelve a circular por mi cabeza—. Lo lamento. Yo solo... —Se me está hinchando el cuello. Cierro los ojos y trato de controlarme—. Empecé a trabajar en Carter Spink. Lo único que yo soñaba era...

Ni siquiera puedo decirlo en voz alta.

—Samantha, ya sé que eres una abogada de gran talento. —Arnold suspira—. Eso nadie lo pone en duda.

—Pero cometí un error.

Oigo unos débiles crujidos en la línea: es mi propio pulso, que late en mis oídos.

—Haré todo lo que pueda, Samantha —dice por fin—. Y ya te adelanto que esta misma mañana hay una reunión para decidir tu futuro.

—¿Y no crees que debo ir al despacho? —pregunto con miedo.

—No creo que sea conveniente por ahora. Quédate donde estás y deja que yo me encargue de todo. —Vacila un momento, y luego añade con cierta tosquedad—: Haré todo lo que pueda, Samantha. Te lo prometo.

—Vale, esperaré. Muchas gracias.

Pero Arnold ya ha colgado. Cuelgo el auricular.

Jamás me había sentido tan impotente. De pronto los imagino a todos sentados con gesto serio alrededor de una mesa de reuniones. Arnold. Ketterman. Quizá incluso Guy. Decidiendo si me dan la patada o no.

He de ser optimista. Todavía tengo posibilidades. Si Arnold está de mi parte, los demás también lo estarán...

—Una chica estupenda.

Me sobresalto al oír la voz de Trish.

—Sí, claro, comprobaré sus referencias, pero yo tengo muy buen olfato, Gillian. A mí no me engañan fácilmente...

Trish aparece en el rellano hablando por un móvil, y yo me aparto enseguida del teléfono.

—¡Samantha! —dice, sorprendida—. ¿Qué haces? ¿Todavía no te has

vestido? ¡Date prisa!

Vuelve a marcharse, y yo me meto en mi habitación. Cierro la puerta y me miro en el espejo.

De pronto me siento un poco mal.

Bueno, me siento muy mal. ¿Cómo van a reaccionar los Geiger cuando se enteren de que soy una farsante? De que no soy una asistenta con diploma de la Cordon Bleu ni nada parecido; que solo buscaba un sitio donde pasar la noche.

De pronto me los imagino echándome a empujones de su casa. Sintiéndose utilizados. Quizá hasta llamen a la policía. Quizá me detengan. Dios mío. Esto podría acabar muy mal.

Pero la verdad es que no tengo alternativa. No puedo...

¿O sí puedo?

Cojo el uniforme azul y lo examino mientras los pensamientos se agolpan en mi mente.

Han sido muy amables acogiéndome en su casa. En realidad no tengo nada más que hacer ahora mismo. No tengo ningún sitio a donde ir. Marujear un poco quizá me ayude a tranquilizarme...

De repente tomo una decisión.

Lo probaré una mañana. No puede ser tan complicado. Les prepararé las tostadas y quitaré el polvo o lo que haga falta. Lo consideraré una forma de agradecerles su hospitalidad. Luego, en cuanto haya hablado con Arnold, buscaré alguna excusa convincente para marcharme. Y los Geiger nunca sabrán que yo no era ninguna empleada de hogar.

Me pongo el uniforme a toda prisa y me arreglo el cabello. Luego me planto ante el espejo.

—Buenos días, señora Geiger —le digo a mi reflejo—. ¿Por dónde quiere que empiece? ¿Por el salón?

Vale. Lo conseguiré.

Los Geiger están al pie de la escalera, mirándome bajar por ella. Nunca me había sentido tan cohibida.

Soy una asistenta y tengo que comportarme como tal.

—¡Bienvenida, Samantha! —dice Eddie cuando llego al vestíbulo—. ¿Has dormido bien?

—Muy bien, gracias, señor Geiger —respondo recatadamente.

—¡Estupendo!

Eddie se balancea sobre las plantas de los pies. Parece un poco incómodo. Es más, ambos parecen un poco incómodos. Debajo del maquillaje, el bronceado y la ropa cara, se diría que hay una pizca de inseguridad en los Geiger.

Me dirijo hacia un banquito y arreglo el cojín, aparentando que sé lo que hago.

—¡Supongo que querrás familiarizarte con tu nueva cocina! —dice Trish alegremente.

—¡Desde luego! —replico, componiendo una sonrisa—. ¡Lo estoy deseando!

Solo es una cocina. Solo será una mañana. No puede ser tan complicado.

Trish me guía hasta la inmensa cocina de muebles de madera de arce, y esta vez miro alrededor con más atención, fijándome en los detalles. A mi izquierda hay una enorme placa de fogones encastrada en la encimera de granito. Una batería de hornos empotrada en la pared. Por todas partes hay relucientes electrodomésticos cromados conectados a diversos enchufes. Una serie de cacharros de distintas formas y tamaños cuelgan de una barra de acero inoxidable.

No tengo ni la más remota idea de qué es nada.

—Puedes disponerlo todo como a ti te guste, por descontado —dice Trish con un amplio ademán del brazo—. Cambia todo lo que quieras. Ponlo a tu manera. ¡La profesional eres tú!

Ambos me miran, expectantes.

—Por supuesto —respondo con tono eficiente—. Tengo mis propios... sistemas. Eso no debería estar ahí, por ejemplo. —Señalo un electrodoméstico cualquiera—. Lo pondré en otro sitio.

—¿En serio? —Trish parece fascinada—. ¿Por qué?

Se produce un breve silencio. Hasta Eddie se muestra interesado.

—Teoría... ergonómica... de la cocina —improviso—. Bueno, ¿qué les apetece para desayunar? ¿Tostadas? —me apresuro a añadir.

—Tostadas para los dos —confirma Trish—. Y café con leche desnatada.

—Ahora mismo. —Sonrío, un tanto aliviada. Sé preparar unas tostadas. Solo tengo que averiguar cuál de estos aparatos es la tostadora—. Se lo llevo en un periquete —añado, con la esperanza de que salgan de la cocina—. ¿Dónde van a desayunar? ¿En el comedor?

Se oye un ruido en el vestíbulo.

—Eso debe de ser el periódico —dice Trish—. Sí, puedes servir el desayuno en el comedor, Samantha.

Sale precipitadamente, pero Eddie se queda en la cocina.

—Mira, he cambiado de opinión. —Me mira muy sonriente—. Olvídate de las tostadas, Samantha. Probaré tus famosos huevos Benedict. ¡Anoche me abriste el apetito!

¿Anoche? ¿Qué dije ano...?

Dios mío. Huevos Benedict. Mi famoso plato estrella, el preferido de lord Edgerly.

¿En qué estaría pensando?

Ni siquiera sé qué son los huevos Benedict.

—¿Está seguro... de que eso es lo que quiere? —consigo decir con voz contrita.

—¡No deseo perderme tu especialidad! —Se frota la barriga con avidez—. Es mi desayuno favorito. Los mejores huevos Benedict que he probado son los del Carlyle de Nueva York, pero apuesto algo a que los tuyos son incluso mejores.

—¡Eso está por ver! —Consigo esbozar una amplia sonrisa.

¿Cómo demonios se me ocurrió decir que sabía preparar huevos Benedict?

Vale, no te pongas nerviosa. No puede ser muy difícil. Huevos con... algo.

Eddie se apoya en la encimera de granito y me mira ilusionado. Tengo la desagradable sospecha de que está esperando a que comience a cocinar algo. Con vacilación, cojo uno de los relucientes cazos que cuelgan de la barra, y en ese preciso instante entra Trish con el periódico. Me observa con curiosidad.

—¿Qué vas a hacer con la vaporera de espárragos, Samantha?

Mierda.

—Solo quería... examinarla. Sí. —Asiento con decisión, como si el cazo hubiera confirmado mis sospechas, y luego vuelvo a colgarlo con cuidado en la barra.

Cada vez estoy más acalorada. No sé ni por dónde empezar. ¿Rompo los huevos? ¿Los hiervo? ¿Los lanzo contra la pared?

—Aquí tienes. —Eddie pone una huevera enorme en la encimera y levanta la tapa—. ¡Supongo que habrá suficientes!

Me quedo mirando los huevos morenos, y me da un ligero mareo. ¿Qué demonios estoy haciendo? Yo no sé preparar huevos Benedict. Voy a tener que dar la cara.

Me giro y respiro hondo.

—Señor Geiger... Señora Geiger...

—¿Huevos? —Me corta la voz de Trish—. ¡Pero si tú no puedes comerlos, Eddie! ¡Acuérdate de lo que dijo el médico! —Me mira con los ojos entrecerrados—. ¿Qué te ha pedido que le prepares, Samantha? ¿Huevos pasados por agua?

—El señor Geiger... me ha pedido unos huevos Benedict. Pero el caso es que...

—¿Huevos Benedict? ¡Ni hablar! —le grita a su marido—. ¡Eso tiene mucho colesterol!

—¡Comeré lo que quiera! —protesta él.

—El médico lo ha puesto a régimen —me explica Trish mientras da unas furiosas caladas al cigarrillo—. ¡Y esta mañana ya se ha comido un cuenco de copos de maíz!

—¡Tenía hambre! —se defiende Eddie—. ¡Tú te has comido un bollo relleno de chocolate!

Trish da un grito ahogado, como si Eddie le hubiera pegado una bofetada. Unas manchitas rojas aparecen en sus mejillas. Durante unos instantes parece incapaz de decir nada.

—Prepáranos una taza de café a cada uno, Samantha —ordena al fin con tono circunspecto—. Sírvenoslas en el salón. Usa la vajilla rosa. Ven conmigo, Eddie. —Y sale sin que yo tenga ocasión de decir nada más.

Echo un vistazo a la cocina, vacía, y no sé si tengo ganas de reír o de llorar. Esto es ridículo. No puedo continuar con esta farsa. He de ir y confesar la verdad. Ahora mismo. Salgo con decisión y me dirijo al vestíbulo. Entonces me paro. Detrás de la puerta del salón, que está cerrada, se oye la estridente y confusa voz de Trish regañando a Eddie, y los murmullos de protesta intercalados de él.

Vuelvo a la cocina y pongo agua a hervir. Creo que será más fácil preparar el café.

Pasados diez minutos, he dispuesto una bandeja de plata con una cafetera de color rosa, tazas de color rosa, una jarrita para la leche, azúcar y un ramito de flores de color rosa que he cogido de un cesto que hay colgado en la parte exterior de la ventana de la cocina. Estoy muy orgullosa de cómo ha quedado, la verdad.

Voy hacia la puerta del salón, dejo la bandeja encima de la mesa del vestíbulo y llamo con prudencia.

—¡Pasa! —dice Trish.

Cuando entro, veo que ella está sentada en una butaca junto a la ventana, hojeando una revista que sostiene de forma poco natural.

Eddie está en el otro extremo de la habitación, examinando una talla de madera.

—Gracias, Samantha. —Trish inclina la cabeza con elegancia mientras yo sirvo el café—. Eso es todo, de momento.

Tengo la impresión de haber interrumpido una extraña obra de teatro de época de Merchant Ivory, con la peculiaridad de que los actores van ataviados con un chándal rosa de yoga y un suéter de golf.

—Muy bien, señora —digo, interpretando mi papel. Y luego, sin pensar, hago una pequeña reverencia.

Hay una pausa de estupefacción. Los Geiger me observan con los ojos como platos.

—Samantha... ¿Eso que acabas de hacer era una reverencia? —me pregunta Trish.

Me quedo mirándola, sin saber qué hacer.

¿En qué estaría pensando? ¿Por qué he hecho una reverencia? Ahora creerá que me estoy cachondeando de ellos. Las asistentes no hacen

reverencias. Esto no es Gosford Park.

Siguen contemplándome boquiabiertos. Tengo que decir algo.

—A los Edgerly les gustaba que hiciera una reverencia al retirarme. —Me estoy poniendo colorada—. Al parecer me acostumbré. Lo siento, señora, no volverá a ocurrir.

Trish estira el cuello cada vez más, y me mira con los ojos entornados, como si intentara evaluarme.

Debe de haberse dado cuenta de que les he mentado. Es obvio que se ha dado cuenta.

—Me gusta —dice al fin, y asiente con la cabeza, satisfecha—. Sí, me gusta. Aquí también puedes hacer reverencias.

¿Qué?

¿Que puedo hacer qué?

Estamos en el siglo XXI, y una mujer que se llama Trish me está pidiendo que le haga una reverencia después de servirle el café.

Me dispongo a protestar, pero cierro la boca. No importa. Esto no es real. Tampoco se va a acabar el mundo porque yo haga unas cuantas reverencias.

ocho

Salgo del salón y, sin perder ni un minuto, subo la escalera, recorro el pasillo y entro en mi dormitorio para comprobar si el móvil ya se ha cargado, pero veo que todavía no y, además, no sé si tendré cobertura. Si Trish tiene cobertura, yo también debería tenerla. No sé cuál será su compañía...

—¿Samantha? —La voz de Trish llega desde la planta baja—. ¿Samantha? —Suenan irritada. La oigo subir la escalera.

—¿Señora? —Corro por el pasillo.

—¡Ah, estás aquí! —Frunce un poco el entrecejo—. Haz el favor de no encerrarte en tu habitación mientras estás de servicio. No quiero tener que llamarte cada dos por tres.

—Sí, señora Geiger.

Cuando llegamos al vestíbulo, me llevo un susto. Detrás de Trish veo *The Times* encima de la mesita. Está abierto por la sección de Economía y un titular reza: «GLAZERBROOKS PRESENTA SUSPENSIÓN DE PAGOS».

Leo el artículo por encima mientras Trish empieza a revolver en un inmenso bolso blanco de Chanel, pero no veo que mencionen a Carter Spink. Menos mal. El departamento de Relaciones Públicas debe de haber conseguido que la prensa no revele lo ocurrido.

—¿Dónde están mis llaves? —Trish se muestra muy preocupada—. ¿Dónde están, por favor? —Sigue rebuscando en su bolso de Chanel, cada vez con más furia. Un lápiz de labios dorado sale volando y aterriza junto a mis pies—. ¿Por qué desaparecen las cosas?

Recojo el pintalabios y se lo devuelvo.

—¿Recuerda dónde las ha perdido, señora Geiger?

—No las he perdido. —Inspira ruidosamente—. Me las han robado. Está

clarísimo. Ahora tendremos que cambiar todas las cerraduras. Descubrirán nuestra identidad. —Se lleva ambas manos a la cabeza—. Es lo que hacen los estafadores. El otro día había un artículo larguísimo sobre eso en el *Mail*...

De pronto veo un llavero de Tiffany encima del alféizar de la ventana. Lo cojo y se lo muestro a Trish.

—¿Son estas?

—¡Sí! —Parece muy asombrada—. ¡Sí, son esas! ¡Eres maravillosa, Samantha! ¿Cómo las has encontrado?

—No me ha costado mucho —respondo con modestia.

—¡Bueno! ¡Estoy impresionada! —Me mira con admiración—. Se lo diré al señor Geiger.

—Sí, señora —digo, procurando dar a mi voz el tono adecuado de abrumada gratitud—. Gracias.

—El señor Geiger y yo vamos a salir —continúa Trish. Coge una botellita con atomizador y se echa un poco de perfume—. Haz el favor de prepararnos unos sándwiches ligeros para la una en punto, y comienza a limpiar el piso de abajo. Ya hablaremos de la cena más tarde. —Se da la vuelta y añade—: Mira, ambos quedamos admirados con tu sugerencia del foie-gras dorado.

—¡Ah! ¡Me alegro!

No pasa nada. A la hora de la cena ya estaré lejos de aquí.

—Bueno. —Trish se arregla un poco el pelo antes de salir—. Ven un momento al salón, Samantha.

La acompaño y la sigo hasta la chimenea.

—Antes de irme y de que empieces a quitar el polvo, quería enseñarte cómo tienes que poner los objetos decorativos. —Señala una hilera de figuras de porcelana que hay en la repisa de la chimenea—. No es fácil recordarlo. No sé por qué, pero a todas las asistentes les cuesta. Así que presta atención, por favor.

Obediente, me sitúo frente a la repisa.

—Es muy importante, Samantha, que estos perros de porcelana se miren el uno al otro. —Apunta a un par de spaniels King Charles—. ¿Lo ves? No miran hacia fuera. Se miran el uno al otro.

—El uno al otro —repito, y asiento con la cabeza—. Sí, ya lo veo.

—Y las pastoras tienen la cara un poco girada hacia fuera. ¿Lo ves? Hacia

fuera.

Habla despacio y vocalizando mucho, como si yo tuviese el cociente intelectual de un niño de tres años un poco tonto.

—Hacia fuera —repito con diligencia.

—¿Lo has entendido? —Me mira fijamente—. Veamos. ¿Hacia dónde miran los perros de porcelana? —Levanta un brazo para tapar las figuras que reposan sobre la chimenea.

No puedo creerlo. Me está poniendo a prueba.

—Los perros de porcelana —insiste—. ¿Hacia dónde miran?

Dios mío, no puedo evitarlo.

—Hum... —Reflexiono un momento—. Miran... ¿hacia fuera?

—¡El uno al otro! —exclama, exasperada—. ¡Se miran el uno al otro!

—Ah, claro —me disculpo—. Sí. Lo siento. Ahora ya lo veo.

Trish ha cerrado los ojos y se apoya el índice y el pulgar en la frente, como si tener una asistenta tonta fuese demasiado para ella.

—No importa —dice al final—. Volveremos a intentarlo mañana.

—Me llevo la bandeja del café —digo con humildad.

Cuando la cojo, miro de nuevo el reloj. Son las diez y doce. Quizá ya haya empezado la reunión.

Esta mañana va a ser eterna.

Hacia las once y media estoy histérica. Mi móvil ya se ha cargado y por fin he conseguido encontrar cobertura en la cocina, pero el teléfono no ha sonado. Y no tengo ningún mensaje. Lo he comprobado cada minuto.

He llenado el lavavajillas y, después de unos quince intentos, he conseguido ponerlo en marcha. Y he quitado el polvo de los perros de porcelana con un pañuelo de papel. Aparte de eso, lo único que he hecho ha sido pasearme por la cocina.

Lo del «almuerzo de sándwiches ligeros» estaba descartado casi de entrada. He pasado horas cortando dos barras de pan para acabar con diez rebanadas enormes, tremendamente deformes, que nadaban en un mar de migas. No sé qué he hecho mal. Debía de ocurrirle algo al cuchillo.

Menos mal que existen las Páginas Amarillas y las empresas de catering.

Y la tarjeta American Express. Solo va a costarme 45,50 libras presentarles a Trish y Eddie un «almuerzo de sándwiches para gastrónomos» de Costwold Caterers. Habría pagado el doble de buen grado. La verdad es que probablemente habría pagado diez veces esa cantidad.

Ahora estoy sentada en una silla, con una mano en el bolsillo, sujetando con fuerza mi teléfono móvil.

Estoy deseando que suene.

Y al mismo tiempo me da un miedo tremendo que suene.

De pronto no puedo soportar más la tensión. Necesito algo para aliviarla. Cualquier cosa. Abro la puerta de la inmensa nevera de los Geiger y saco una botella de vino blanco. Me sirvo una copa y doy un enorme y desesperado trago. Cuando me dispongo a dar otro, noto un cosquilleo en la nuca.

Como si... estuvieran observándome.

Me doy la vuelta y casi me muero del susto. Hay un hombre plantado en la entrada de la cocina.

Es alto y ancho de espaldas, está muy bronceado y tiene los ojos de un azul intenso. Su ondulado cabello es castaño claro, con las puntas casi rubias. Lleva unos vaqueros viejos y una camiseta con rotos, y las botas más manchadas de barro que haya visto jamás.

Mira con recelo las diez irregulares rebanadas de pan rodeadas de migas, y luego mi copa de vino.

—Hola —dice al fin—. ¿Eres la nueva cocinera Cordon Bleu?

—¡Sí! ¡Exactamente! —Me aliso la falda del uniforme—. Soy Samantha, la nueva asistente. Hola.

—Yo me llamo Nathaniel. —Me tiende una mano, y tras vacilar un momento se la estrecho. Tiene una piel tan áspera y dura que es como estrechar un trozo de corteza de árbol—. Me ocupo del jardín de los Geiger. Supongo que querrás que hablemos de las hortalizas.

Me quedo mirándolo sin comprender. ¿Por qué iba a querer hablar con él de hortalizas?

Se apoya en la jamba de la puerta y se cruza de brazos, y yo no tengo más remedio que fijarme en lo fuertes y enormes que son. Nunca había visto a un hombre con unos brazos así. Jamás. Al menos, en la vida real.

—Puedo conseguirte prácticamente cualquier cosa —continúa—. De

temporada, claro. Solo has de decirme qué quieres.

—Ah, las hortalizas —digo, tras entender de pronto a qué se refiere—. Para cocinar. Hum... sí. Necesitaré algunas. Sin duda.

—Me han dicho que has estudiado con no sé qué chef de la guía Michelin. —Arruga un poco la frente—. No sé qué cosas raras habrás de usar, pero haré lo que pueda. —Saca una pequeña libreta manchada de barro y un lápiz—. ¿Qué brassicas empleas?

¿Brassicas?

¿Qué son brassicas?

Serán alguna clase de verdura. Me estrujo el cerebro, pero no logro relacionar la palabra con ningún producto alimenticio.

—Tendré que consultar mis menús —respondo al final, con tono eficiente—. Ya te lo diré.

—Ya. —Levanta la cabeza—. Pero en general, ¿cuáles utilizas más? Es para saber qué he de plantar.

Dios mío. No me atrevo a nombrar ni una sola hortaliza por si meto la pata.

—Mira, es que utilizo... muchas. —Lo miro con una displicente sonrisa—. Ya sabes lo que pasa con las brassicas. ¡A veces te apetecen unas y a veces... otras!

No sé si habrá colado. Nathaniel parece totalmente confundido.

—Tengo que encargar puerros —dice entonces—. ¿Qué variedad prefieres? ¿Albinstar o Bleu de Solaise?

Me quedo mirándolo, perpleja. No he entendido nada.

—Hum... La primera —contesto—. Posee unas cualidades... muy sabrosas.

Nathaniel se guarda la libreta y me contempla un momento. Luego vuelve a fijarse en mi copa de vino. Su expresión no me gusta nada.

—Iba a poner este vino en una salsa —me apresuro a aclarar.

Con aire decidido, descuelgo un cazo de la barra, lo dejo encima de un fogón y vierto el vino en él. Añado una pizca de sal, cojo una cuchara de madera y remuevo.

Después le lanzo una mirada a Nathaniel, que me observa con gesto de incredulidad.

—¿Dónde dices que has estudiado? —me pregunta.

Me pongo a la defensiva. Este tipo no tiene ni un pelo de tonto.

—En la escuela Cordon Bleu. —Noto que me arden las mejillas. Le añado un poco más de sal al vino y lo muevo con energía.

—No has encendido el fuego —apunta él.

—Es una salsa fría —replico sin alzar la cabeza. Sigo removiendo un minuto más, y luego suelto la cuchara—. Bueno. Ahora lo dejaré... marinándose.

Al final levanto la vista. Nathaniel sigue apoyado en la jamba de la puerta, observándome tranquilamente. Al ver la expresión de sus ojos, se me encoge la garganta.

Lo sabe.

Sabe que soy una farsante.

«No se lo digas a los Geiger, por favor —intento transmitirle por telepatía—. Por favor. Me marcharé de aquí enseguida, te lo juro».

—¿Samantha? —La cabeza de Trish asoma por la puerta, y doy un respingo—. ¡Ah, ya has conocido a Nathaniel! ¿Te ha hablado de su huerto?

—Pues... sí. —No me atrevo a mirarlo—. Sí, me ha hablado de su huerto.

—¡Maravilloso! —Da una calada al cigarrillo—. Bueno, el señor Geiger y yo ya hemos regresado, y nos gustaría almorzar dentro de veinte minutos.

¿Veinte minutos? ¡Pero si solo son las doce y diez! Y el cátering no llegará hasta la una...

—¿Les apetece beber algo antes de almorzar? —sugiero a la desesperada.

—¡No, gracias! Solo los sándwiches. La verdad es que estamos muertos de hambre, así que si puedes darte prisa...

—De acuerdo. —Trago saliva—. ¡No hay ningún problema!

Sin advertirlo, hago una reverencia cuando Trish desaparece, y oigo una especie de risita.

—Has hecho una reverencia —dice Nathaniel.

—Sí, he hecho una reverencia —afirmo con tono desafiante—. ¿Pasa algo?

Los ojos de Nathaniel vuelven a posarse en las deformes rebanadas que hay encima de la tabla del pan.

—¿Eso es la comida?

—¡No, eso no es la comida! —contesto, aturullada—. ¿Puedes salir de mi cocina, por favor? Necesito espacio para trabajar.

Él arquea las cejas.

—Vale, nos vemos. Suerte con la salsa. —Señala con la cabeza hacia el cazo donde he puesto el vino.

Cuando sale y cierra la puerta, saco rápidamente mi teléfono y marco el número de la empresa de catering. Pero salta el contestador automático.

—Hola —digo, casi sin aliento, después del pitido—. He llamado antes y he encargado unos sándwiches. Bueno, pues los necesito ahora mismo. Cuanto antes. Gracias.

Todavía no he guardado el móvil cuando me doy cuenta de que es inútil. Es imposible que me traigan el catering a tiempo. Los Geiger están esperando.

De pronto me decido.

Vale. Puedo hacerlo. Puedo preparar unos cuantos sándwiches.

Sin pensármelo dos veces, selecciono las dos rebanadas menos irregulares; después agarro el cuchillo del pan y empiezo a cortarles la corteza hasta que ofrecen un aspecto presentable, aunque hayan quedado reducidas a unos dos centímetros cuadrados. En la puerta del frigorífico hay una mantequera; cojo un poco de mantequilla. Cuando la unto en la primera rebanada, el pan se despedaza.

Mierda.

Juntaré los trozos. Nadie lo notará.

Abro un armario y me pongo a buscar, desesperada, entre tarros de mostaza, salsa de menta, mermelada de fresa... Hecho: mermelada de fresa. Típicamente inglés. Unto deprisa una rebanada de pan con mermelada, extendiendo un poco más de mantequilla en la otra y las junto. Luego me retiro un poco y observo el resultado.

Es un auténtico desastre. La mermelada sale por las rendijas. Todavía no ha quedado perfectamente cuadrado.

Nunca había visto un sándwich más asqueroso.

No puedo servir esto a los Geiger.

Dejo el cuchillo en la encimera; me siento vencida. Ya está. Ha llegado el momento de dimitir. Mientras contemplo las pringosas rebanadas, noto una

extraña decepción. Pensaba que aguantaría una mañana.

Oigo unos golpecitos que me rescatan de mi ensueño. Me doy la vuelta y veo a una chica que lleva una cinta de terciopelo azul en el pelo mirando por la ventana.

—¡Hola! —me saluda—. ¿Ha encargado sándwiches para veinte?

Pasa todo muy deprisa. Estoy plantada contemplando mi chapuza de migas y mermelada, y de repente, dos muchachas con sendos delantales verdes irrumpen en la cocina con una bandeja tras otra de sándwiches.

Son impecables, de pan blanco y moreno, amontonados en pulcras pirámides, decorados con ramitos de hierbas y rodajas de limón. Hasta tienen unas banderitas de papel con leyendas escritas a mano que describen el relleno.

Atún, menta y pepino. Salmón ahumado, crema de queso y caviar. Pollo tai con rúcula.

—Lamento mucho la equivocación —se disculpa la chica de la cinta en el pelo cuando firmo el albarán—. Parecía un veinte, de verdad. Y como no suelen hacernos encargos de sándwiches solo para dos personas...

—¡No pasa nada! —digo, y la acompaño hacia la puerta—. En serio. No importa. Cárgalo a mi tarjeta de crédito.

Por fin se cierra la puerta y miro en derredor, totalmente maravillada. Jamás había visto tantos sándwiches juntos. Hay bandejas por todas partes. En todas las superficies. Hasta he tenido que poner algunas encima de los fogones.

—¿Samantha?

Oigo acercarse a Trish.

—Hum... ¡Un momento! —Corro hacia la puerta e intento teparle la visión.

—Ya es la una y cinco —dice con cierto enfado—. Y me parece que te he pedido con toda claridad...

Su voz se apaga poco a poco cuando llega a la cocina, y muestra una expresión de perplejidad. Me giro y sigo la dirección de su mirada mientras ella contempla el despliegue de bandejas de sándwiches.

—¡Madre mía! —exclama cuando recupera el habla—. Esto es... ¡esto es impresionante!

—No sabía qué relleno preferirían. La próxima vez no haré tantos, desde luego...

—¡Vaya! —Está completamente estupefacta. Coge una de las banderitas y lee en voz alta—: Rosbif, lechuga y rábanos picantes. —Levanta la cabeza, anonadada—. ¡Pero si hace semanas que no compro carne de buey! ¿Dónde la has encontrado?

—En... ¡el congelador!

Antes he mirado qué había en el congelador. Seguro que la cantidad de comida que hay almacenada ahí habría bastado para alimentar a todo un país africano durante una semana.

—¡Claro! —Trish chasquea la lengua—. ¡Qué lista eres!

—Voy a preparar un surtido —sugiero—. Y se lo llevaré a la veranda.

—Maravilloso. ¡Nathaniel! —Da unos golpecitos en el cristal de la ventana—. ¡Ven a comer un sándwich!

Me quedo de piedra. No. Él no, por favor.

—No podemos desperdiciarlos. —Arquea las cejas—. Si tuviera que buscarte algún defecto, Samantha, diría que has sido un poco derrochadora. No es que seamos pobres —añade de pronto—. No se trata de eso.

—No, señora, claro que no.

—No me gusta hablar de dinero, Samantha. —Baja un poco la voz—. Es muy vulgar. Sin embargo...

—¿Me ha llamado, señora Geiger?

Nathaniel vuelve a estar en la puerta de la cocina, con una pala cubierta de barro en la mano.

—¡Prueba uno de los deliciosos sándwiches que ha preparado Samantha! —dice Trish, describiendo un amplio movimiento con el brazo—. ¡Mira! ¿Has visto qué chica tan espabilada?

Nathaniel contempla los interminables montones de sándwiches en medio de un profundo silencio. No me atrevo a mirarlo a los ojos. Me estoy poniendo colorada. Debo de estar volviéndome loca. Estoy en la cocina de una casa de las quimbambas, con un delantal de nailon azul, haciéndome pasar por una asistenta capaz de materializar sándwiches como por ensalmo.

—Extraordinario —declara Nathaniel.

Al final me arriesgo a mirarlo. Él me observa fijamente, con la frente un poco arrugada, como si no acabara de fiarse de mí.

—No has tardado nada —dice con un tono que encierra una interrogación.

—Soy bastante rápida cuando quiero. —Lo miro con una insulsa sonrisa en los labios.

—¡Samantha es extraordinaria! —Sentencia Trish, y le da un mordisco a uno de los sándwiches—. ¡Y muy pulcra! ¡Mira lo immaculada que ha quedado la cocina!

—Eso también me lo enseñaron en la escuela Cordon Bleu —digo con modestia.

—¡Oh! —Trish se ha metido otro sándwich en la boca y se está derritiendo de gusto—. ¡Este pollo tai está divino!

Cojo con disimulo uno del montón y le doy un bocado.

No está bien que lo diga yo, pero está delicioso.

A las dos y media, la cocina está vacía. Trish y Eddie se han zampado más de la mitad de los sándwiches y luego han salido. Nathaniel ha regresado al jardín. Yo camino arriba y abajo, jugueteando con una cuchara, lanzándole ojeadas al reloj de pared cada treinta segundos.

Arnold no tardará en llamar. La reunión ha empezado hace horas.

No puedo pensar en nada más. Mi mente se ha estrechado hasta formar un túnel de una sola dirección y lo único que me importa es lo que hay al final de ese túnel.

Miro por la ventana y veo un pajarito marrón picoteando en el suelo; luego me doy la vuelta y me derrumbo en una silla, clavo la vista en la mesa, y paso la uña del pulgar de forma obsesiva por el veteado de la madera.

Cometí un error. Uno solo. A todo el mundo se le permite cometer un error en la vida. Son las reglas del juego.

O quizá no. No lo sé.

De pronto noto cómo vibra mi móvil y el miedo me atenaza. Saco el teléfono del bolsillo de mi uniforme y veo que me tiembla la mano.

Leo la pantalla; es Guy. Respiro hondo y pulso la tecla OK.

—Hola, Guy. —Intento transmitir seguridad, pero advierto que mi voz suena débil y asustada.

—¿Samantha? ¿Eres tú? —La voz de Guy surge como un súbito torrente—. ¿Dónde demonios estás? ¿Por qué no estás aquí? ¿No has recibido mis e-mails?

—No tengo la BlackBerry —contesto, extrañada—. ¿Por qué no me has llamado?

—¿Lo he intentado! Y no contestabas. Luego he tenido varias reuniones, pero llevamos toda la mañana enviándote e-mails. Samantha, ¿dónde demonios estás? ¡Deberías estar aquí, en el despacho, y no escondida, por el amor de Dios!

Me sacude la conmoción. ¿Escondida?

—Pero si... ¡Arnold me ha aconsejado que no fuera! ¡Ha dicho que eso sería lo mejor! Me ha dicho que esperara y que él haría lo que...

—¿Tienes idea de cómo pinta esto? —Me corta Guy—. Primero te da un ataque de pánico, y luego desapareces del mapa. La gente dice que te has trastornado, que has sufrido una crisis nerviosa... Corre el rumor de que has salido del país...

Cuando me enfrento a la verdad, el pánico se apodera de mí. No puedo creer lo mal que lo he hecho. No puedo creer lo estúpida que he sido. ¿Qué hago todavía sentada en esta cocina, a kilómetros y kilómetros de Londres?

—Diles que regreso enseguida —balbuceo—. Dile a Ketterman que no tardaré nada... Cogeré el primer tren y...

—Quizá sea demasiado tarde —replica Guy con renuencia—. Samantha, circulan todo tipo de historias.

—¿Historias? —Noto unos latidos tan fuertes en la cabeza que apenas puedo hablar—. ¿Qué... qué historias?

No puedo digerir todo esto de golpe. Es como si mi coche se hubiera desviado de la carretera y no pudiese frenar. Pensaba que todo estaba controlado. Pensaba que estaba haciendo lo que tenía que hacer: quedarme aquí y dejar que Arnold intercediera por mí.

—Por lo visto alguien ha dicho que no eres de confianza —responde Guy por fin—. Que no es la primera vez. Que ya habías cometido errores antes.

—¿Errores? —Me pongo en pie de un brinco, y chillo como si me hubiera quemado—. ¿Quién ha dicho eso? ¡Yo nunca he cometido ningún error! ¿Qué están diciendo?

—No lo sé. Yo no estaba en la reunión. Haz memoria, Samantha. ¿Has cometido algún otro error?

¿Haz memoria?

Me quedo mirando el teléfono, conmocionada, sin dar crédito a mis oídos. ¿Acaso no me cree?

—Nunca he cometido ninguno —afirmo, procurando sin éxito controlar mi voz—. Ninguno. ¡Jamás! Soy una buena abogada. —Entonces me doy cuenta de que me resbalan lágrimas por las mejillas—. ¡Soy muy seria! Tú lo sabes, Guy.

Hay un breve y tenso silencio.

Las palabras que Guy no ha pronunciado se interponen entre los dos como una condena. Sí que cometí un error.

—Guy, no entiendo cómo no vi la documentación de Glazerbrooks —digo atropelladamente—. No me explico cómo pudo pasar. No tiene sentido. Ya sé que mi mesa está desordenada, pero yo me organizo a mi manera, por amor de Dios. No se me escapan las cosas así. Yo no...

—Tranquilízate, Samantha.

—¿Cómo quieres que me tranquilice? —replico casi a voz en grito—. Estamos hablando de mi vida. ¡De mi vida! ¡Es lo único que tengo! —Me enjugo las lágrimas—. No pienso darme por vencida. Voy para allá ahora mismo.

Corto la comunicación y me levanto, presa del pánico. Debería haber vuelto. Debería haber vuelto inmediatamente, en lugar de perder el tiempo. No sé a qué hora habrá trenes, pero no me importa. Tengo que marcharme de aquí.

Cojo una hoja de papel y un lápiz y escribo:

Querida señora Geiger:

Lo siento mucho, pero he de dejar el empleo de asistenta doméstica. Pese a que ha sido muy agradable...

Vamos. No tengo tiempo para seguir escribiendo, debo marcharme ahora mismo. Coloco el papel encima de la mesa y voy hacia la puerta. Pero entonces me paro. No puedo dejar la carta con una frase sin terminar. Me perseguiría el resto del día.

*Pese a que ha sido muy agradable trabajar para usted, creo que necesito nuevos retos. Muchas gracias por su amabilidad.
Atentamente,
Samantha Sweeting*

Dejo el lápiz y arrastro la silla con un fuerte ruido. Cuando llego a la puerta, vuelve a vibrar el teléfono.

«Guy», pienso al instante. Lo cojo y en cuanto lo abro, veo quién llama. Y no es Guy.

Es Ketterman.

Un escalofrío me recorre la espalda. Mientras leo su nombre, siento miedo de verdad, un miedo que nunca había experimentado. Un miedo infantil, de pesadilla. El instinto me aconseja que no conteste.

Pero es demasiado tarde. Ya he abierto el teléfono. Me lo llevo despacio hacia la oreja.

—Hola.

—Hola, Samantha. Soy John Ketterman.

—Ya. —Estoy tan nerviosa que me chirría la voz—. Hola.

Hay una larga pausa. Veo que ahora me corresponde a mí hablar. Pero el miedo me tiene paralizada; tengo la garganta completamente seca. No encuentro ninguna palabra adecuada. Todo el mundo sabe cómo detesta Ketterman las disculpas, las excusas y las explicaciones.

—Samantha, te llamo para comunicarte que tu contrato con Carter Spink ha sido cancelado.

Noto cómo la sangre deja de circular por mi rostro.

—Recibirás una carta con los motivos de tu despido. —Habla con un tono de voz distante y formal—. Negligencia grave agravada por posterior conducta poco profesional. Te enviaremos el P cuarenta y cinco. Hemos desactivado tu pase. No se requiere más tu presencia en Carter Spink.

Habla demasiado deprisa. Todo esto está ocurriendo demasiado deprisa.

—No, por favor... —mascullo—. Deme otra oportunidad, por favor. Solo cometí un error. Uno solo.

—Los asociados de Carter Spink no cometen errores, Samantha. Ni eluden su responsabilidad después de cometerlos.

—Ya sé que no hice bien desapareciendo. Ya lo sé. —Estoy temblando de pies a cabeza—. Es que sufrí una conmoción. No podía pensar con claridad...

—Has echado por tierra tu reputación y la de la empresa. —Se le agudiza la voz, como si esto también le resultara difícil a él—. Has perdido cincuenta millones de libras de un cliente por culpa de una negligencia. Y a continuación te has esfumado sin dar ninguna explicación. Estoy seguro de que no esperabas ninguna otra consecuencia, Samantha.

Se produce un largo silencio. Tengo la frente apoyada en la base de la mano. Intento concentrarme en la respiración. Inspirar, espirar. Inspirar, espirar.

—No —digo al final con un susurro.

Todo ha terminado.

Ketterman inicia un discurso sobre una reunión con el departamento de Recursos Humanos, pero no lo escucho. La habitación empieza a oscilar y me cuesta respirar.

Todo ha terminado. Mi carrera profesional. Todo por lo que he trabajado desde que tenía doce años. Todo se ha desvanecido. Todo se ha arruinado. En veinticuatro horas.

Al final reparo en que Ketterman ya no está al teléfono. Me levanto y voy tambaleándome hasta la reluciente nevera. Me veo reflejada en ella: tengo la cara de color gris verdoso. Mis ojos son dos agujeros enormes y llameantes.

No sé qué hacer. No sé por dónde comenzar.

Me quedo largo rato allí de pie, mirando mi rostro hasta que deja de tener sentido, hasta que los rasgos se desdibujan, y luego me doy la vuelta.

Me han despedido. La frase resuena en mi mente. Me han despedido. Podría cobrar el paro. Esa idea provoca que se me atragante una dolorosa risotada. Me imagino haciendo cola con los protagonistas de *The Full Monty*. Haciendo cola en la oficina del paro, moviendo las caderas al compás de *Hot*

Stuff.

De pronto oigo el ruido de una llave en la puerta principal. Enfoco de nuevo la vista y me aparto de la nevera.

No puedo permitir que me vean así. No soportaría que me interrogaran, ni que me compadecieran. Por otra parte, temo que estoy a punto de echarme a llorar y que si empiezo, no podré parar.

Sin darme cuenta de lo que hago, tomo un trapo y me pongo a describir círculos con él por la mesa. Entonces veo la nota que le he escrito a Trish. La cojo, la arrugo y la tiro al cubo de la basura. Eso ya lo haré luego. Ahora mismo me siento incapaz de hablar, y mucho menos de pronunciar un discurso de dimisión convincente.

—¡Ah, estás aquí! —Trish entra dando traspiés en la cocina con sus zuecos de tacón. Lleva tres bolsas del supermercado llenas hasta los topes—. ¡Samantha! —Al verme, se detiene—. ¿Te encuentras bien? ¿Vuelve a dolerte la cabeza?

—No, no. Estoy bien. —Me tiembla un poco la voz—. Gracias.

—¡Pues tienes muy mala cara! ¡Cielo santo! ¡Tómame unas pastillas!

—De verdad...

—¡No seas tonta! ¿Por qué no? Yo también me tomaré una —añade con jovialidad—. Ven, siéntate. ¡Voy a prepararte una taza de té!

Deja las bolsas y pone agua a hervir; luego comienza a buscar las pastillas verdes.

—Estas son las que te gustan, ¿verdad?

—Hum... Prefiero una aspirina —me apresuro a contestar—. Si no le importa.

—¿Estás segura? —Me llena un vaso de agua y me da un par de aspirinas—. Siéntate aquí. Relájate. ¡No pienses en nada más! Hasta la hora de cenar —agrega, como si acabara de recordarlo.

—Es usted muy amable —logro articular.

Mientras pronuncio esas palabras, descubro que son sinceras. La amabilidad de Trish quizá sea un poco retorcida, pero es real.

—Vamos a ver. —Trish deposita una taza de té encima de la mesa y examina mi rostro unos momentos—. ¿Estás triste? ¿Echas de menos a tu familia? —Lo dice triunfante, como si hubiera resuelto el misterio—.

Tuvimos una asistenta filipina que de vez en cuando se ponía muy triste, pero yo siempre le decía: «¡Anímate, Manuela!». —Hace una pausa y se queda pensativa—. Después me enteré de que se llamaba Paula. Extraordinario.

—No, no es eso —digo entre sorbo y sorbo de té.

Estoy como aturdida. ¿Qué voy a hacer?

Irme a casa.

Pero la idea de volver a mi apartamento, sabiendo que Ketterman vive dos pisos más arriba, me pone enferma. No puedo enfrentarme a él. No puedo.

Llamar a Guy. Él me dejará un cuarto. Tienen una casa enorme en Islington con un montón de habitaciones de invitados. Ya he dormido allí otras veces. Y luego... venderé mi piso. Y buscaré un empleo.

¿Qué empleo?

—Esto te animará —dice Trish, rescatándome de mi ensimismamiento. Da unas palmaditas en las bolsas del supermercado con alegría contenida—. Después de tu asombrosa actuación a la hora de comer... he ido a comprar. ¡Y tengo una sorpresa para ti! ¡Esto te alegrará!

—¿Una sorpresa?

Alzo la cabeza, confundida, mientras Trish empieza a sacar paquetes.

—Foie-gras... garbanzos... una espalda de cordero... —Levanta un trozo de cordero y me mira expectante. Entonces chasquea la lengua ante mi expresión de desconcierto—. ¡Los ingredientes! ¡De tu menú! Cenaremos a las ocho. ¿Qué te parece?

nueve

Todo saldrá bien.

Si lo repito muchas veces, acabaré creyéndomelo.

Necesito llamar a Guy. He cogido el teléfono varias veces con esa intención, pero la humillación me ha impedido hacerlo. Pese a que Guy es amigo mío; pese a que es el mejor amigo que tengo en la empresa. A mí me han despedido. Yo he caído en desgracia. Y él no.

Al final me incorporo y me froto las mejillas, dispuesta a animarme. «No seas tonta», me digo. Estoy hablando de Guy. Seguro que se alegra de oírme. Seguro que quiere ayudarme. Tomo el teléfono, lo abro y marco su número directo. Entonces oigo pasos por el suelo de madera del vestíbulo.

Es Trish.

Cierro el móvil al instante, me lo guardo en el bolsillo y cojo un ramito de brécol.

—¿Cómo te va? —me pregunta Trish—. ¿Avanzas? —Cuando entra en la cocina, se sorprende al encontrarme en el mismo sitio donde me había dejado—. ¿Va todo bien?

—Sí, sí. Estoy... preparando los ingredientes —improviso—. Examinándolos.

Otra rubia aparece en la puerta, al lado de Trish. Lleva unas gafas de sol con adornos de estrás en la cabeza, y me observa con gran interés.

—Hola —me saluda—. Soy Petula.

—Petula acaba de probar tus sándwiches —interviene Trish—. Los ha encontrado maravillosos.

—¡Y me han contado lo del foie-gras con glaseado de albaricoque! —Petula arquea las cejas—. ¡Impresionante!

—¡Samantha es una excelente cocinera! —afirma Trish, rebosante de orgullo—. ¡Estudió con Michel de la Roux de la Blanc! ¡El gran maestro!

—Y dime, Samantha, ¿cómo vas a glasear el foie-gras? —inquire Petula con interés.

La cocina está en silencio. Las dos mujeres esperan, muertas de curiosidad.

—Bueno. —Carraspeo varias veces—. Supongo que emplearé... el método tradicional. Como es obvio, la palabra «glaseado» proviene de la transparencia del... acabado... y complementa el «gras» del foie —invento—. «Glas», «gras». La... mezcla de sabores.

Lo que acabo de decir no tiene sentido, pero ni Trish ni Petula parecen haberlo notado. De hecho, están totalmente maravilladas.

—¿De dónde la has sacado? —le pregunta Petula a Trish en voz baja, pero yo la oigo perfectamente—. Mi asistenta es una inútil. No sabe cocinar y no entiende ni una palabra de lo que le digo.

—¡Pues ya ves, apareció por sorpresa! —murmura Trish, todavía ruborizada de placer—. ¡Con diploma de la Cordon Bleu! ¡Inglesa! ¡No podíamos creerlo!

Me miran como si yo fuera un animal exótico con cuernos en la cabeza.

No lo soporto más.

—¿Quieren que les prepare un poco de té y se lo lleve a la veranda? —les propongo.

—No; vamos a salir a hacernos la manicura. Nos vemos más tarde, Samantha.

Hay una pausa expectante. De pronto comprendo que Trish está esperando a que haga la reverencia. Estoy muerta de vergüenza. ¿Por qué habré hecho esa reverencia? ¿Cómo se me ocurriría?

—Muy bien, señora Geiger.

Agacho la cabeza y doblo brevemente las rodillas. Cuando levanto la vista, Petula me está mirando con los ojos como platos.

Las mujeres se marchan, y oigo que Petula susurra:

—¿Siempre te hace una reverencia?

—Solo es una señal de respeto —responde Trish quitándole importancia—. Pero queda muy bien. Tendrías que probarlo con tu asistenta, Petula.

Dios mío. ¿Qué he hecho?

Aguardo hasta que deja de oírse el taconeo de las dos mujeres. Entonces me meto en la despensa, por si acaso, abro el teléfono y vuelvo a marcar el número de Guy. Me contesta después de tres timbrazos.

—Hola, Samantha. —Lo noto receloso—. ¿Has...?

—Tranquilo, Guy. —Cierro un momento los ojos y aprieto los párpados—. He hablado con Ketterman. Ya lo sé.

—Lo siento mucho, Samantha. —Expulsa el aire con fuerza—. Siento mucho lo que ha ocurrido, de verdad...

No soporto su compasión. Si dice algo más, romperé a llorar.

—No pasa nada —lo corto—. En serio. No hablemos más de ello. Miremos... hacia el futuro. Tengo que retomar las riendas de mi vida.

—¡Qué entereza, Samantha! —exclama con un deje de admiración—. No te inmutas por nada, ¿eh?

Me aparto el cabello de la cara. Lo noto seco y castigado, y lleno de puntas abiertas.

—Es que debo... seguir adelante. —Sin saber cómo, consigo mantener la voz firme—. He de volver a Londres. Pero no puedo ir a mi casa. Ketterman se ha comprado un piso en mi edificio. ¡Vive en la misma finca que yo, Guy!

—Sí, ya me he enterado. —Percibo aprensión en su voz—. Qué mala suerte.

—No puedo enfrentarme a él, Guy. —Vuelvo a sentir la amenaza de las lágrimas, y respiro hondo varias veces—. He pensado que... ¿Podría quedarme unos días en tu casa? Solo unos días.

Se produce un silencio, y eso es algo que no me esperaba.

—Me encantaría poder ayudarte, Samantha —responde al cabo—. Pero tendré que consultarlo con Charlotte.

—Claro —digo, un poco sorprendida.

—No cuelgues. Voy a llamarla.

Me quedo a la espera, escuchando la música metálica de clavicémbalo, procurando no sentirme frustrada. No era razonable pensar que me dijese que sí en el acto. Es lógico que quiera consultarlo con su novia.

Entonces Guy se pone de nuevo.

—Me parece que no va a poder ser, Samantha.

No puedo creerlo.

—Vale. —Intento sonreír y fingir naturalidad, como si no me importara—. Bueno, da igual. No pasa nada.

—Charlotte tiene mucho trabajo... Estamos arreglando los dormitorios... No es el mejor momento...

Suena titubeante, como si estuviera deseando cortar la comunicación. Y de pronto lo entiendo. No se trata de Charlotte. Eso no es más que una excusa. Guy no quiere tener nada que ver conmigo. Es como si mi desgracia fuera contagiosa; como si su carrera también pudiese arruinarse por estar en contacto conmigo.

Ayer era su mejor amiga. Ayer, cuando estaban a punto de nombrarme socia, fue a verme a mi despacho, bromeando y deshaciéndose en sonrisas. Y hoy no quiere saber nada de mí.

Sé que tengo que permanecer callada y preservar mi dignidad, pero no puedo contenerme.

—No quieres saber nada de mí, ¿verdad? —le suelto.

—¡Samantha! —Se pone a la defensiva—. No digas tonterías.

—Sigo siendo la misma persona. Pensaba que eras mi amigo, Guy.

—¡Claro que soy tu amigo! Pero no puedes esperar que... He de pensar en Charlotte. No nos sobra espacio. Mira, llámame dentro de un par de días; quizá podamos quedar para tomar algo...

—No te preocupes, de verdad. —Intento controlar la voz—. Perdona que te haya molestado.

—¡Espera! —exclama—. ¡No cuelgues! ¿Qué piensas hacer?

—Venga, Guy —digo, y suelto una risita—. Como si te importara.

Corto la comunicación. Estoy completamente alucinada. Todo ha cambiado. O quizá Guy no ha cambiado. Quizá Guy siempre ha sido así y yo no me había dado cuenta.

Miro la pantallita del teléfono, respirando entrecortadamente, y veo pasar los segundos. No sé qué hacer a continuación. De pronto el aparato vibra en mi mano, y casi se me cae. «Tennyson», leo en la pantalla.

Es mi madre.

Noto como si una mano me agarrara las entrañas y me las retorciera. Seguro que se ha enterado. Debí imaginar que pasaría esto. Luego pienso que

podría irme a su casa. Qué raro. Hasta ahora ni se me había ocurrido. Abro el teléfono y respiro hondo.

—Hola, mamá.

—Hola, Samantha. —Su voz me taladra el oído, sin preámbulos—. ¿Pensabas esperar mucho antes de contarme el descalabro? He tenido que enterarme de la desgracia de mi propia hija por un chiste de internet. —Pronuncia esas palabras con verdadero asco.

—¿Un chiste de internet? —repito en voz baja—. ¿Qué quieres decir?

—¿No lo sabías? Por lo visto, en ciertos círculos legales el nuevo término para referirse a cincuenta millones de libras es «un Samantha». Te aseguro que no me ha hecho ninguna gracia.

—Lo siento mucho, mamá...

—Al menos la historia no ha salido del mundo legal. He hablado con Carter Spink y me han garantizado que no irá a más. Deberías estar agradecida.

—Sí, claro...

—¿Dónde estás? —me interrumpe—. ¿Dónde estás ahora?

En una despensa, rodeada de paquetes de cereales.

—Estoy... en casa de unos amigos. Fuera de Londres.

—¿Y qué piensas hacer?

—No lo sé. —Me froto la cara—. Necesito... poner en orden mis ideas. Encontrar trabajo.

—Trabajo —dice ella con mordacidad—. ¿Acaso crees que algún bufete importante se arriesgaría a ofrecerte trabajo?

Su tono de voz me produce escalofríos.

—No lo sé... Acaban de comunicarme que me han despedido, mamá. No puedo...

—Claro que puedes. Afortunadamente, he actuado por ti.

¿Que ha actuado por mí?

—¿Que has...?

—He exigido que me devuelvan ciertos favores. No vayas a creer que ha sido fácil. Pero el socio principal de Fortescues te verá mañana a las diez.

Me quedo mirando el teléfono. No puedo creerlo.

—¿Me has conseguido una entrevista de trabajo?

—Si todo sale bien, entrarás en la plantilla del bufete —dice con voz tensa—. Van a hacerte este favor por consideración hacia mí. Como podrás imaginar, tienen ciertas... reservas. Así que, si quieres superar esta crisis, Samantha, habrás de demostrar lo que vales. Habrás de entregarte en cuerpo y alma a este trabajo.

—Vale.

Cierro los ojos. Mi mente funciona a toda máquina. Tengo una entrevista de trabajo. Una oportunidad para volver a empezar. Es la solución a mi pesadilla.

¿Por qué no me siento más aliviada, más contenta?

—Deberás trabajar más que en Carter Spink —continúa mi madre—. Ni la más mínima negligencia. Ni pizca de autocomplacencia. Tendrás que dar lo mejor de ti. ¿Me has entendido?

—Sí —respondo automáticamente.

Más horas. Más trabajo. Más noches en blanco.

Es como si sintiera cómo vuelven a cargarme bloques de cemento sobre los hombros. Todavía más. Cada vez más pesados.

—Bueno, no —me oigo decir—. No. No quiero trabajar así. No quiero. No puedo. Es demasiado...

Las palabras salen de mis labios por iniciativa propia. No las he preparado; no las he pensado. Pero ahora que están en el aire, veo que son... ciertas.

—¿Cómo dices? —pregunta mi madre con aspereza—. ¿Qué demonios estás diciendo, Samantha?

—No lo sé. —Me froto la frente, intentando aclarar mi propia confusión—. Estaba pensando... que quizá me convendría tomarme un respiro.

—¿Un respiro? ¡Eso significaría el final de tu carrera de abogada! —me espeta con desdén—. ¿Es que no lo ves?

—Podría dedicarme a otra cosa.

—¡No durarías ni dos minutos en otra profesión! —Parece ofendida—. Tú eres abogada, Samantha. Llevas toda la vida preparándote para serlo.

—¡Hay otras cosas en el mundo además de ser abogada! —grito, nerviosa.

Entonces se produce un silencio amenazador.

—Samantha, si estás sufriendo una especie de crisis...

—¡No es eso! —digo, elevando la voz—. ¡Que me plantee lo que quiero hacer en la vida no significa que sufra una crisis nerviosa! Yo nunca te he pedido que me busques otro trabajo. No sé qué quiero hacer. Necesito un poco de tiempo para... pensar.

—Mañana te presentarás a esa entrevista, Samantha. —La voz de mi madre es como un latigazo—. A las diez en punto.

—¡No!

—¡Dime dónde estás! Voy a enviarte un coche ahora mismo.

—¡No! Déjame en paz.

Cierro el teléfono, salgo de la despensa, y tiro el móvil con rabia encima de la mesa. Me arden las mejillas. Las lágrimas se me agolpan en los ojos. El teléfono empieza a vibrar con furia, pero no le hago caso. No pienso contestar. No pienso hablar con nadie. Voy a tomarme algo. Y luego voy a preparar la maldita cena.

Sirvo vino blanco en una copa y doy varios sorbos. Luego me dirijo al montón de ingredientes que esperan sobre la mesa.

Puedo cocinar. Puedo con este plato. Aunque todo lo demás esté en ruinas, esto sí puedo hacerlo. Para algo tengo un cerebro; me las apañaré.

Sin pensármelo dos veces, saco la pieza de cordero del envoltorio de plástico. Esto lo meteré en el horno. Primero lo colocaré en un plato. Es sencillo. Y también pondré los garbanzos. Luego los chafaré, y ya tendré el humus.

Abro un armario y saco un cargamento de relucientes platos y fuentes para el horno. Elijo una fuente y vierto en ella los garbanzos. Algunos caen al suelo, pero no me importa. Cojo una botella de aceite de la encimera y les echo un poco. Ya empiezo a sentirme como una auténtica cocinera.

Meto la fuente en el horno y lo enciendo a toda potencia. Luego pongo el cordero en un plato ovalado y lo meto también.

De momento va todo bien. Ahora lo único que tengo que hacer es hojear todos los libros de cocina de Trish y encontrar la receta de foie-gras dorado a la plancha con glaseado de albaricoque.

De acuerdo, no había ni una sola receta de foie-gras dorado a la plancha con glaseado de albaricoque. Lo más parecido que he visto es una de flan de

albaricoque y frambuesa. A lo mejor puedo modificarla.

«Amase la mantequilla y la harina hasta formar migas de pan», leo.

Vamos a ver, esto no tiene sentido. ¿Migas de pan? ¿Con mantequilla y harina?

Me quedo mirando la página sin comprender, totalmente confundida. Acabo de rechazar lo que quizá fuera mi única oportunidad de volver a empezar. No entiendo por qué lo he hecho. Soy abogada; ¿de qué otra cosa voy a trabajar? ¿Qué me ha pasado?

Dios mío. ¿Por qué sale humo del horno?

Son las siete y sigo cocinando.

O al menos eso creo. Los dos hornos están encendidos a toda potencia. Hay varios cazos borbotando encima de los fogones. La batidora eléctrica runrunea sin parar. Me he quemado la mano derecha dos veces al sacar cosas del horno. Hay ocho libros de cocina abiertos y esparcidos por la cocina, uno de ellos manchado de aceite, y el otro de yema de huevo. Estoy roja como un tomate, sudorosa, y de vez en cuando pongo la mano bajo el chorro del agua fría.

Ya llevo tres horas así y todavía no he hecho nada que se pueda comer. Hasta ahora he tirado un soufflé de chocolate convertido en un amasijo, dos sartenes de cebollas quemadas, y un cazo de puré de albaricoques que solo de verlo daba ganas de vomitar.

No sé qué es lo que no hago bien, porque no tengo tiempo para averiguarlo. No hay tiempo para el análisis. Cada vez que se produce un desastre, lo tiro a la basura y vuelvo a empezar.

Los Geiger no se han enterado de nada. Están bebiendo jerez en el salón. Creen que todo va a las mil maravillas. Trish ha intentado entrar en la cocina hace una media hora, pero he logrado cortarle el paso.

Dentro de menos de una hora, Eddie y ella se sentarán a la mesa creyendo que voy a servirles una cena digna de auténticos gourmets. Desdoblarán sus servilletas, impacientes, y se servirán agua mineral.

Una especie de histeria galopante se apodera de mí. Sé muy bien que no puedo hacer esto. Pero por algún extraño motivo, tampoco puedo renunciar a hacerlo. No dejo de pensar que se producirá algún milagro. Lo conseguiré; no sé cómo, pero lo conseguiré.

Dios mío, la salsa de jugo de carne está rebosando del cazo.

Cierro la puerta del horno, cojo una cuchara y empiezo a remover la salsa. Es como agua sucia con grumos. Asquerosa. Desesperada, empiezo a buscar en los armarios algo para echarle. Harina. Maizena. Algo así. Esto servirá. Cojo un tarro y lo agito con vigor, volcando unos polvos blancos en el cazo; luego me seco el sudor de la frente. Vale. Y ahora ¿qué?

De pronto me acuerdo de las claras de huevo, que todavía están en la batidora eléctrica. Cojo el libro de cocina y paso el dedo por la hoja. He cambiado el postre y he decidido preparar una tarta Pavlova después de tropezar con esta frase en uno de los libros: «Los merengues son facilísimos de preparar».

De momento va todo bien. Y ahora, ¿qué? «Cuando la mezcla del merengue se haya espesado, forme un gran círculo sobre la fuente de hornear».

Miro en el cuenco. ¿Cuando la mezcla se haya espesado? La mía es líquida.

«Seguro que está bien», me digo con un optimismo infundado. Tiene que estar bien. He seguido las instrucciones al pie de la letra. A lo mejor es más espesa de lo que parece. A lo mejor, cuando empiece a verterla, se endurecerá debido a alguna extraña ley de la física culinaria.

La vierto poco a poco en la bandeja.

Pero no se espesa. Se extiende formando un charco blanco y comienza a derramarse de la bandeja hasta el suelo en gruesos goterones.

Mucho me temo que esto jamás va a convertirse en una Pavlova de chocolate blanco para ocho personas.

Me cae un goterón en el pie y suelto un grito de frustración. Estoy a punto de llorar. ¿Por qué no ha funcionado? He seguido la maldita receta al pie de la letra. Dentro de mí se está acumulando la rabia contenida: la rabia que siento contra mí misma, contra mis defectuosas claras de huevo, contra los libros de cocina, contra los cocineros, contra la comida... Y sobre todo contra ese que se atrevió a escribir que los merengues son «facilísimos de preparar».

—¿Fáciles? —me oigo gritar—. ¡Qué van a ser fáciles! —Lanzo por los aires el libro, que choca contra la puerta de la cocina.

—¿Pero qué...? —exclama una voz masculina.

La puerta se abre de par en par y veo a Nathaniel, con las piernas como dos troncos revestidos de tela vaquera, y el cabello brillante bajo la luz del sol de la tarde. Lleva una mochila colgada del hombro; por lo visto se marcha a su casa.

—¿Va todo bien? —me pregunta.

—Sí —respondo, nerviosa—. Muy bien. Gracias. Muchas gracias. —Hago un ademán indicándole que puede irse, pero él no se mueve del sitio.

—Me han dicho que esta noche vas a preparar una cena por todo lo alto —dice despacio, al tiempo que contempla el desorden de la cocina.

—Sí. Exacto. Y estoy en... la fase más complicada de... hum... —Echo un vistazo a los fogones, y grito—: ¡Mierda! ¡La salsa!

No sé qué ha pasado. Unas burbujas de color marrón se están desbordando de mi cazo de salsa de jugo de carne, manchando los fogones y derramándose hasta el suelo. Parece el cuento del cazo mágico que no paraba de producir gachas de avena.

—¿Qué haces? ¡Apártalo del fuego! —exclama Nathaniel. Agarra el cazo y lo retira él mismo—. ¿Qué demonios has puesto aquí?

—¡Nada! Los ingredientes de siempre...

Él ha visto el tarro que hay sobre la encimera. Lo coge y lo mira con incredulidad.

—¿Bicarbonato? ¿Has puesto bicarbonato en la salsa? ¿Eso te enseñaron en la...? —Se interrumpe y olfatea el aire—. Un momento. Se está quemando algo, ¿no?

Miro, impotente, cómo abre el horno inferior, agarra una manopla con desparpajo y extrae una bandeja llena de unas cosas que semejan perdigones negros.

Son mis garbanzos. Me había olvidado por completo de ellos.

—¿Qué se supone que es esto? —pregunta, intrigado—. ¿Cagarrutas de conejo?

—Son garbanzos. —Me arde la cara, pero levanto la barbilla y procuro recuperar la dignidad—. Los he rociado con aceite de oliva y los he metido en el horno para que se... derritieran.

Nathaniel me mira de hito en hito.

—¿Para que se derritieran?

—Para que se ablandaran —me apresuro a corregir.

Él suelta la bandeja y se cruza de brazos.

—Tú no tienes ni idea de cocinar.

Antes de que yo pueda decir algo, se oye un fuerte «¡pum!» procedente del microondas.

—¡Dios mío! —grito, aterrada—. ¡Dios mío! ¿Qué ha sido eso?

Nathaniel mira a través de la puerta de cristal.

—¿Qué demonios había ahí dentro? —me pregunta—. Ha explotado algo. Intento acordarme. ¿Qué demonios he metido en el microondas? Estoy hecha un lío.

—¡Los huevos! —De pronto lo recuerdo—. Estaba haciendo huevos duros para los canapés.

—¿En el microondas? —objeta.

—¡Para ahorrar tiempo! —grito—. ¡Necesitaba ahorrar tiempo!

Nathaniel desconecta el enchufe de la pared del microondas y se da la vuelta; luego me mira con desconfianza.

—¡Tú no tienes ni idea de cocinar! ¡Esto es una farsa! Tú no eres asistente. No sé qué te traes entre manos...

—¡No me traigo nada entre manos! —me defiendo.

—Los Geiger son buena gente. —Me mira a los ojos—. No voy a permitir que te aproveches de ellos.

De pronto adopta una actitud muy agresiva. Dios mío. ¿Qué está pensando? ¿Me toma por una especie de estafadora?

—Mira... Por favor... —Me froto la sudada cara—. Yo no quiero estafar a nadie. De acuerdo, no sé cocinar. Verás, es que llegué aquí a causa de un... malentendido.

—¿Un malentendido? —Me observa con recelo.

—Sí —afirmo con más brusquedad de la que pretendía. Me siento en una silla y me masajeo la zona lumbar. No me había dado cuenta de lo cansada que estoy—. Huía de... una cosa. Necesitaba un sitio donde pasar la noche. Los Geiger me confundieron con la asistente. Y a la mañana siguiente me sentí tan mal que se me ocurrió hacerme pasar por la asistente durante un día. Pero no pienso quedarme aquí. Y no voy a aceptar dinero de ellos, si es eso lo que estás pensando.

Nathaniel no dice nada. Al final levanto la vista. Él está apoyado en la encimera, con los enormes brazos cruzados, y ya no me mira con tanta desconfianza. Mete una mano en su mochila y saca una botella de cerveza. Me la ofrece, y digo que no con la cabeza.

—¿De qué huías? —me pregunta al tiempo que abre la botella.

Siento un dolor interno. Soy incapaz de contarle toda la historia de mi caída en desgracia.

—De cierta... situación. —Agacho la cabeza.

Nathaniel da un sorbo de cerveza.

—¿De una relación chungu?

Me quedo callada un momento. Reflexiono sobre todos los años que he pasado en Carter Spink. En todas las horas que le he dedicado; en todo lo que he sacrificado por la empresa. Todo eso ha terminado con una llamada telefónica de tres minutos de duración.

—Sí —digo despacio—. De una relación chungu.

—¿Cuánto tiempo duró?

—Siete años. —Horrorizada, noto que las lágrimas se me escapan por las comisuras de los párpados. No sé de dónde han salido—. Lo siento. —Trago saliva—. Ha sido un día muy estresante.

Nathaniel arranca un trozo de papel de cocina del rollo que hay colgado en la pared, detrás de él, y me lo da.

—Si era una relación chungu, lo mejor que podía pasar era que terminara —dice con calma—. No vale la pena prolongarla. Y no vale la pena mirar atrás.

—Tienes razón. —Me seco las lágrimas—. Sí. Solo debo decidir qué quiero hacer con mi vida. No puedo quedarme aquí. —Cojo la botella de crema de menta que pensaba poner en el soufflé de chocolate mentolado, vierto un poco en una huevera que encuentro a mano y tomo un sorbo.

—Los Geiger son buenos jefes —afirma Nathaniel encogiéndose un poco de hombros—. Podría ser mucho peor.

—Ya. —Compongo una débil sonrisa—. Pero resulta que no sé cocinar.

Nathaniel deja su botella de cerveza y se seca los labios. Lleva las manos limpias, pero todavía se le ven restos de tierra incrustados alrededor de las uñas y en las grietas de su curtida piel.

—Podría hablar con mi madre. Ella sabe cocinar. Quizá pueda enseñarte las nociones básicas.

Lo miro con asombro, casi riendo.

—¿Estás insinuando que podría quedarme? Creía que me tomabas por una estafadora. —Sacudo la cabeza, y hago una mueca al degustar la crema de menta—. Tengo que marcharme.

—Lástima. —Vuelve a encogerse de hombros—. Habría estado bien tener por aquí a alguien que habla inglés. Y que prepara unos sándwiches tan buenos —añade, con gesto deliberadamente inexpresivo.

No puedo evitar sonreír.

—Se los he encargado a una empresa de cátering.

—Ah. Ya decía yo.

Se oyen unos golpecitos en la puerta, y ambos levantamos la vista.

—¿Samantha? —dice Trish en voz baja y con urgencia desde el otro lado—. ¿Me oyes?

—Sí. ¿Qué pasa? —respondo con la voz un poco estrangulada.

—No te preocupes, no voy a entrar. ¡No quiero molestarte! Seguro que estás en una fase crucial.

—Más o menos...

Miro a Nathaniel, y de pronto la histeria se apodera de mí.

—Solo quería preguntarte —continúa Trish— si vas a servir algún sorbete entre plato y plato.

Nathaniel y yo intercambiamos miradas. Él intenta contener la risa, y le tiemblan los hombros. A mí se me escapa una risita. Me tapo la boca con una mano y trato de controlarme.

—¿Samantha?

—Pues... no —consigo decir—. No va a haber sorbete.

Nathaniel ha cogido una de mis sartenes de cebolla quemada. Simula comer un poco con una cuchara y se relame. Se me saltan las lágrimas. Casi me asfixio en mis esfuerzos de reprimir la risa.

—¡Bueno! ¡Hasta ahora!

Trish se aleja de la puerta y yo estallo en carcajadas, jamás me había reído así. Me duelen las costillas, estoy tosiendo, creo que voy a vomitar.

Al final consigo calmarme; me enjugo las lágrimas y me sueno la nariz.

Nathaniel también ha parado de reír y contempla la devastada cocina.

—Ahora en serio —dice—, ¿qué piensas hacer con esto? Ellos esperan que les sirvas una cena por todo lo alto.

—Ya lo sé. —Vuelve a darme la histeria y procuro reprimirla—. Ya lo sé. Tendré que... pensar algo.

Nos quedamos callados. Veo a Nathaniel examinando con curiosidad los goterones blancos de merengue que hay en el suelo.

—De acuerdo. —Suspiro y me aparto el húmedo cabello de la cara—. Voy a salvar la situación.

—Vas a salvar la situación. —Me observa con incredulidad.

—Mira, a veces hay que coger el toro por los cuernos. —Me levanto y empiezo a tirar paquetes a la basura—. En primer lugar tengo que limpiar un poco la cocina...

—Te ayudo. —Nathaniel se incorpora—. Esto no me lo pierdo por nada del mundo.

Juntos vaciamos cacharros y paquetes en la basura. Limpio todas las superficies sucias mientras Nathaniel pasa la fregona por el suelo manchado de merengue.

—¿Cuánto hace que trabajas aquí? —pregunto mientras él aclara la fregona en la pila.

—Tres años. Trabajaba para los Ellis, la familia que vivía aquí antes que los Geiger. Entonces llegaron Trish y Eddie, hace un par de años, y me ofrecieron seguir ocupándome del jardín.

Lo pienso un momento.

—¿Por qué se marcharon los Ellis? Es una casa preciosa.

—Los Geiger les hicieron una oferta que no pudieron rechazar. —Nathaniel esboza una sonrisa.

—¿Qué ocurre? —pregunto, intrigada.

—Verás... —Deja la fregona—. Fue bastante cómico. La BBC utilizó la casa como plató para grabar un telefilme de época. Dos semanas después de que se emitiera, Trish y Eddie se presentaron en la puerta con un talón. Habían visto la casa por televisión, habían decidido que querían comprarla y

no pararon hasta que la encontraron.

—Ostras. —Río—. Supongo que pagarían un dineral.

—Vete a saber cuánto. Los Ellis no me lo dijeron.

—¿Sabes cómo tenían los Geiger tanto dinero? —Ya sé que me estoy metiendo donde no me llaman, pero es agradable fisgonear en la vida de otros. Olvidarme de la mía, aunque solo sea un rato.

—Montaron una empresa de transportes y luego la vendieron. Ganaron un fortunón. —Se pone a limpiar las últimas manchas de merengue.

—¿Y tú? ¿Qué hacías antes de trabajar para los Ellis? —Tiro el puré de albaricoques por el triturador con un estremecimiento.

—Trabajaba en Marchant House. Es una casa solariega que hay cerca de Oxford. Y antes de eso estudiaba en la universidad.

—¿En la universidad? —repito con extrañeza—. No sabía... —Me detengo, y me ruborizo. He estado a punto de decir: «No sabía que los jardineros iban a la universidad».

—Estudié Biología. —Nathaniel me mira como si supiera exactamente qué he estado a punto de decir.

Voy a preguntarle a qué universidad fue y cuándo, pero me lo pienso mejor, me callo y pongo en marcha el triturador. No quiero entrar en detalles y empezar con lo de: «¿Tenemos algún amigo común?». De momento prefiero no recordar los detalles de mi vida.

Al cabo de un rato, la cocina ofrece un aspecto un poco más normal. Cojo la huevera, me bebo el resto de la crema de menta y respiro hondo.

—Bueno. Ha llegado la hora.

—Buena suerte —dice Nathaniel arqueando las cejas. Abro la puerta de la cocina y encuentro a Trish y Eddie esperando en el vestíbulo, con una copa de jerez cada uno.

—¡Samantha! ¿Está todo preparado?

Trish me mira expectante, sonriendo de oreja a oreja, y me siento culpable por lo que estoy a punto de hacer. Pero no se me ocurre ninguna alternativa.

Respiro hondo y adopto la expresión que suelo adoptar cuando tengo que comunicarle una mala noticia a un cliente.

—Señor y señora Geiger. —Los miro a ambos a la cara, asegurándome de

que me prestan toda su atención—. Estoy desconsolada. —Cierro los ojos y sacudo la cabeza.

—¿Desconsolada? —repite Trish, nerviosa.

—He hecho todo lo que he podido. —Abro los ojos—. Pero me temo que no puedo trabajar con sus utensilios. La cena que les he preparado no alcanzaba la calidad requerida. No podía permitir que saliera de la cocina. Les reembolsaré todos los gastos, por descontado, y les presentaré mi dimisión. Me marcharé mañana por la mañana.

Ya está. Hecho. Y sin víctimas.

No puedo evitar mirar con disimulo a Nathaniel, que está de pie en el umbral de la cocina. Él mueve la cabeza, sonriente, y me hace una señal de aprobación con el pulgar.

—¿Que te marchas mañana? —Trish me mira, consternada; sus azules ojos parecen a punto de salirse de las órbitas—. ¡Pero no puedes marcharte! ¡Eres la mejor asistenta que hemos tenido jamás! ¡Haz algo, Eddie!

—Señora Geiger, después de los resultados de esta noche, creo que no me queda alternativa —digo—. Para ser sincera, he de decir que la cena era incomedible.

—¡Eso no es culpa tuya! —exclama Trish—. ¡Es culpa nuestra! Te compraremos utensilios nuevos mañana mismo.

—Pero...

—Solo tienes que hacer una lista de todo lo que necesitas. ¡Y no repares en gastos! ¡Ah, y te subiremos el sueldo! —De pronto se le ocurre otra idea—. ¿Cuánto quieres? ¡Di una cifra!

Esta conversación no está yendo como yo había planeado.

—Verá... La verdad es que todavía no hemos hablado de mi sueldo... —Agacho la cabeza, un tanto avergonzada.

—¡Eddie! —Trish se gira hacia él, furiosa—. ¡Tú tienes la culpa de todo! ¡Samantha se marcha porque le pagas poco!

—Yo no digo que... —Intento aclarar.

—Y necesita cacharros de cocina nuevos. Los mejores. —Le hinca el codo en las costillas y murmura—: ¡Di algo!

—Veamos, Samantha... —Eddie carraspea, abochornado—. Nos gustaría mucho que te replantearas la situación y te quedaras con nosotros. Nos

encanta cómo trabajas, y sean cuales sean tus expectativas salariales... las cumpliremos. —Trish vuelve a clavarle el codo en las costillas—. Las superaremos.

—Y tendrás un seguro médico —añade Trish.

Ambos me miran, esperanzados.

Miro a Nathaniel, que ladea la cabeza como diciendo: «¿Por qué no?».

Tengo una sensación extrañísima. Tres personas diciéndome que quieren que me quede con ellas en el espacio de diez minutos.

Podría quedarme. Es así de sencillo.

«Pero no sé cocinar», me recuerda una vocecilla. No sé limpiar una casa. No soy una maruja.

Pero podría aprender. Podría aprenderlo todo.

La tensión se va incrementando. Hasta Nathaniel me observa atentamente desde el umbral.

—Bueno... Está bien. —Mis labios esbozan una sonrisa—. Vale. Si insisten en que me quede... me quedo.

Esa misma noche, después de cenar todos comida china para llevar, cojo mi teléfono móvil, llamo al despacho de mi madre y espero a que salga el buzón de voz.

—Ya está, mamá —digo—. No hace falta que te devuelvan ningún favor. Ya tengo trabajo.

Y cuelgo.

Es como si hubiera cortado una cuerda.

Me siento libre.

diez

Lo que pasa es que ahora sí tendré que hacer de maruja.

A la mañana siguiente el despertador suena muy temprano, y antes de las siete ya estoy en la cocina con el uniforme puesto. En el jardín hay neblina y solo se oye a un par de urracas que se chillan mientras brincan por el césped. Me da la sensación de que soy la única persona que está despierta en el mundo.

Vací el lavaplatos sin hacer ruido y lo guardo todo en los armarios. Coloco bien las sillas. Me preparo una taza de café. Luego miro alrededor y contemplo las relucientes encimeras de granito.

Mis dominios.

Pero no tengo la impresión de que estos sean mis dominios. Más bien parece lo que es: la cocina de unos desconocidos. Un sitio que me intimida.

A ver, ¿qué hago? Me pone nerviosa estar aquí plantada. Debería hacer algo. Veo un ejemplar viejo de *Economist* en el revistero que hay junto a la mesa y lo cojo. Lo hojeo y, mientras me bebo el café, empiezo a leer un artículo interesante sobre los controles monetarios internacionales.

Entonces oigo un ruido en el piso de arriba y guardo precipitadamente la revista. Las asistentas no leen artículos sobre controles monetarios internacionales. Debería estar ocupada preparando mermelada o algo parecido.

Pero ya hay un armario lleno de mermeladas. Y de todas formas, yo no sé preparar mermelada.

¿Qué más? ¿Qué hacen las asistentas todo el día? Vuelvo a pasear la mirada por la cocina, que a mi entender está perfectamente limpia. «Podría encargarme del desayuno», me digo. Pero antes necesito saber qué quieren...

De repente recuerdo que ayer por la mañana Trish me preparó una taza de té.

¡A lo mejor espera que hoy yo le prepare a ella una taza de té! A lo mejor están aguardando arriba, tamborileando impacientes con los dedos y diciendo: «¿Dónde está el maldito té?».

Hiervo agua y dispongo una tetera. La coloco en una bandeja con platillos y tazas, y tras reflexionar un momento, añado un par de galletas. Luego subo la escalera, recorro el silencioso pasillo del dormitorio de Trish y Eddie... y me paro delante de su puerta. Y ahora ¿qué hago? ¿Y si todavía duermen y los despierto?

Decido llamar flojito. Sí. Daré unos golpecitos breves y discretos, como haría una buena asistenta.

Levanto una mano, dispuesta a llamar, pero la bandeja pesa tanto que no puedo aguantarla con una sola mano: empieza a ladearse produciendo un peligroso tintineo. Horrorizada, la enderezo justo a tiempo e impido que se caiga la tetera. Sudorosa, la dejo en el suelo y doy unos golpes muy flojos con los nudillos; luego recojo la bandeja.

No me contestan. ¿Qué puedo hacer? Vuelvo a llamar, sin mucha convicción.

—¡Eddie! ¡Para! —La voz de Trish se filtra débilmente a través de la puerta.

Dios mío. ¿Por qué no me oyen?

Estoy muy acalorada. Esta bandeja pesa un montón. No puedo quedarme toda la mañana plantada delante de su habitación sosteniendo la bandeja. ¿Qué hago? ¿Me retiro?

Estoy a punto de dar media vuelta e irme sin hacer ruido cuando la determinación se adueña de mí. No. No seas tan débil. Les has preparado el té y vas a servírselo. O al menos se lo ofrecerás. Siempre pueden decirme que me largue.

Agarro bien la bandeja y golpeo la puerta con una esquina. Esto tienen que haberlo oído por fuerza.

Al cabo de unos momentos, Trish dice:

—¡Pasa!

Siento un gran alivio. No sucede nada. Me están esperando. Ya me lo

imaginaba. Consigo accionar el picaporte mientras mantengo la bandeja en equilibrio apoyándola contra la puerta. Empujo y entro en la habitación.

Trish me mira desde la cama; está recostada en las almohadas, sola. Lleva un camisón de seda, tiene el cabello alborotado y el rímel corrido. Parece sorprendida de verme.

—Samantha. ¿Qué quieres? ¿Ocurre algo?

De pronto tengo la terrible sensación de que he hecho algo mal. No desvío la mirada de Trish, pero mi visión periférica empieza a registrar una serie de detalles de la habitación. Veo un libro titulado *Goce sensual* en el suelo. Y una botella de aceite de almizcle para masaje. Y...

Una gastada copia de *El goce de amar*. Al lado de la cama. Abierta por el capítulo «Estilo turco».

Vaya. Pues se ve que no estaban esperando a que les subiera el té.

Trago saliva, intentando conservar la compostura y fingiendo que no he visto nada.

—Les he traído... el té —digo, y mi voz delata mi nerviosismo—. Pensaba que... les apetecería una taza.

No mires *El goce de amar*. Mantén la vista al frente.

El rostro de Trish se relaja.

—¡Eres un tesoro, Samantha! ¡Deja la bandeja por aquí! —Señala de forma imprecisa hacia la mesilla de noche.

Cuando voy hacia allí, se abre la puerta del cuarto de baño y sale Eddie, que solo lleva unos bóxer demasiado ceñidos y exhibe un torso asombrosamente velludo.

Cielos.

Por suerte no se me cae toda la bandeja de las manos.

—Hum... Lo siento —balbuceo al tiempo que empiezo a retroceder—. No me había dado cuenta de que...

—¡No seas tonta! ¡Vamos! —exclama Trish alegremente; ya no parece tener ningún reparo en que yo esté en su dormitorio—. No somos mojigatos.

La verdad, preferiría que lo fueran. Avanzo con cautela hacia la cama y paso por encima de un sujetador de encaje de color morado. Encuentro un sitio donde dejar la bandeja en la mesilla de noche de Trish, tras apartar una fotografía en que aparecen ella y Eddie en un jacuzzi, con sendas copas de

champán.

Sirvo el té tan rápido como puedo y le doy una taza a cada uno. No me atrevo a mirar a Eddie a la cara. ¿En qué otro empleo ve uno desnudo a su jefe?

Solo se me ocurre otra ocupación, y no resulta nada alentador.

—Bueno, los dejo... —murmuro, cabizbaja.

—¡No tengas tanta prisa! —Trish toma con gusto un sorbo de té—. Hum. Aprovechando que has venido, podríamos charlar un poco. Quería saber cómo va todo.

—Pues... bien.

Se le está abriendo el escote del camisón y le veo el borde de un pezón. Desvío rápidamente la vista y de pronto me encuentro mirando al barbudo de *El goce de amar* en una complicada postura.

Sin pretenderlo, de repente me imagino a Trish y Eddie contorsionándose para imitar la postura del dibujo.

No. Basta.

Noto que me ruborizo de vergüenza. ¿Qué está pasando, por favor? ¿Qué hago en el dormitorio de esta pareja de desconocidos, que prácticamente me están enseñando cómo hacen el amor? Y a ellos no parece importarles en absoluto...

Entonces lo entiendo. Claro. Soy una empleada. Yo no cuento.

—¿Va todo bien, Samantha? —Trish deja su taza y me mira con fijeza—. ¿Lo tienes todo controlado?

—Sí, todo controlado. —Busco una expresión que transmita seguridad y competencia—. Estoy... a tope. —¡Socorro!—. Quiero decir que... me va la marcha.

¡Socorro!

—¡Estupendo! —exclama ella—. ¡Lo sabía! ¡Tú no necesitas que te vayan detrás! ¡Se nota que sabes llevar una casa!

—¡Eso creo!

Trish me sonrío, radiante, y bebe un sorbo de té.

—Supongo que hoy te ocuparás de la colada.

La colada. Ni siquiera había pensado en la colada.

—Solo te diré que me gustaría que cambiaras las sábanas cuando hagas

las camas —añade.

¿Cuándo haga las camas?

Eso tampoco se me había ocurrido.

Noto un ligero subidón de pánico. No solo no lo tengo todo ni remotamente controlado, sino que no tengo ni idea de qué es «todo».

—Como es lógico, he establecido mi propia... rutina —digo con tono despreocupado—. Pero estaría bien que me diera una lista de tareas.

—Ah. —Trish parece un poco contrariada—. Bueno, si de verdad lo consideras necesario...

—Y después, Samantha, yo tengo que hablar contigo de las condiciones del contrato —interviene Eddie. Está de pie ante el espejo, con una mancuerna en la mano—. Para que sepas dónde te has metido.

Suelta una carcajada, y luego, con un débil gruñido, levanta la mancuerna por encima de su cabeza. El abdomen se le tensa con el esfuerzo. Y no es un espectáculo nada agradable.

—Bueno, voy a hacer... mis cosas. —Me dirijo hacia la puerta con la vista clavada en el suelo.

—Vale, hasta luego. Nos vemos en el desayuno. —Trish me dice adiós con la mano desde la cama—. ¡Chao, chao!

No logro acostumbrarme a los cambios de humor de Trish. Hemos pasado de un tono de jefa y empleada a otro de amigas que disfrutaban juntas de un crucero de lujo.

—¡Vale, hasta luego! —digo, adoptando también un tono jovial.

Hago una pequeña reverencia, paso otra vez por encima del sujetador y salgo de la habitación tan aprisa como puedo.

El desayuno es una especie de pesadilla. Tras tres intentos fallidos, descubro qué hay que hacer para cortar un pomelo por la mitad. Pensaba que era más sencillo. Podrían dibujar líneas de puntos alrededor, o hacerles perforaciones, o algo así. Entretanto, la leche para el café hierve y se desborda, y cuando dejo la cafetera en la mesa, el café sale disparado en todas las direcciones. Por fortuna, Trish y Eddie están tan ocupados intentando decidir adónde irán las próximas vacaciones que no se enteran de lo que está pasando en la

cocina. Ni oyen mis gritos.

Pero al menos creo que ya empiezo a captar cómo funciona la tostadora.

Cuando terminan de desayunar, meto los platos sucios en el lavavajillas. Mientras trato por todos los medios de recordar qué hice ayer para ponerlo en marcha, Trish entra en la cocina.

—El señor Geiger quiere que vayas a su despacho, Samantha. Para hablar de tu sueldo y las condiciones de trabajo. ¡No lo hagas esperar!

—Muy bien, señora.

Hago una reverencia; luego me aliso la falda del uniforme y salgo al vestíbulo. Voy hacia la puerta del despacho de Eddie y llamo dos veces.

—¡Pasa! —dice él con tono alegre, y entro.

Eddie está sentado a su mesa, un mueble enorme de caoba y cuero labrado, con un lujoso ordenador portátil encima. Afortunadamente ya se ha vestido: lleva unos pantalones marrones y una camisa de sport, y la habitación huele a loción de afeitado.

—Hola, Samantha. ¿Preparada para nuestra pequeña reunión? —Señala una silla, y yo me siento en ella—. ¡Aquí lo tienes! ¡El documento que esperabas!

Con aire de suficiencia, me entrega una carpeta donde leo «CONTRATO ASISTENTA». La abro y veo una portada de papel de vitela color marfil que imita una vieja hoja de pergamino. El texto, impreso en un tipo de letra muy ornamentado de estilo medieval, reza:

CONTRATO
entre Samantha Sweeting
y los Sres. Geiger,
a 2 de julio del año de Nuestro Señor
de dos mil cuatro

—Caramba —exclamo con sorpresa—. ¿Lo ha... redactado un abogado?

No me imagino a ningún abogado que conozca redactando un contrato en un papel que parece comprado en la tienda de souvenirs de Disneyworld.

—No necesito a ninguno. —Eddie ríe con complicidad—. A mí no me engañan. Esos tipos te cobran un riñón solo por escribir cuatro latinajos.

Créeme, Samantha, es facilísimo redactar estas cosas, solo hace falta tener un poco de cerebro. —Me guiña un ojo.

—Sí, claro —digo al fin.

Paso la portada y leo por encima las cláusulas del contrato.

Dios mío. ¿Qué es este galimatías? Voy leyendo frases sueltas y tengo que contener la risa.

... Samantha Sweeting (en adelante, la DEMANDANTE)...

¿La demandante? ¿Sabe siquiera lo que es un demandante?

... En la medida de lo permitido, no obstante la provisión de servicios culinarios, siempre que se considere oportuno, prima facie, que incluirán, pero no excluirán, tentempiés ligeros y bebidas...

Aprieto los labios. No puedo reírme.

De conformidad con lo susodicho, ipso facto, todas las partes conservarán los antedichos derechos más allá de toda duda razonable.

¿Qué?

Todo esto es un batiburrillo disparatado. Fragmentos de jerga legal pegados para formar frases sin sentido que pretenden impresionar. Leo el resto de la página, mientras procuro mantener una expresión seria y pensar algo adecuado que decir.

—¡Bueno, ya sé que apabulla un poco! —exclama Eddie, que ha interpretado mal mi silencio—. Pero no te dejes intimidar por todas esas palabrejas. ¡En realidad es muy sencillo! ¿Has visto el apartado del sueldo?

Me fijo en la cifra escrita en negrita bajo «Sueldo semanal». Es un poco menos de lo que cobraba por una hora cuando trabajaba de abogada.

—Me parece sumamente generoso —digo tras una pausa—. Muchas gracias, señor.

—¿Hay algo que no entiendas? —Sonríe muy satisfecho—. ¡No dudes en preguntar!

¿Por dónde empiezo?

—Hum... Esto de aquí. —Señalo la cláusula número 7, referente al horario laboral—. ¿Significa que tengo todo el fin de semana libre? ¿Todos los fines de semana?

—Por supuesto. —Parece sorprendido—. ¿Cómo íbamos a esperar que nos dedicaras los fines de semana? A menos que se presente una ocasión especial, en cuyo caso te pagaremos horas extras... Se especifica en la cláusula nueve...

Ya no lo escucho. Los fines de semana libres. No me hago a la idea. Creo que no he disfrutado de todo un fin de semana libre desde que tenía doce años.

—Qué bien. —Levanto la cabeza, y no puedo evitar sonreír—. ¡Muchas gracias!

—¿No te daban los fines de semana libres tus anteriores jefes? —pregunta Eddie, extrañado.

—Pues no. La verdad es que no.

—¡Menudos negreros! ¡Ya verás que nosotros somos mucho más razonables! —Sonríe, radiante—. Y ahora te dejaré sola un ratito para que te leas bien el contrato antes de firmarlo.

—Ya lo he leído, y... —Me interrumpo al ver que Eddie alza una mano y me mira con gesto de reprobación.

—¡Ay, Samantha, Samantha! —dice con tono paternal, sacudiendo la cabeza—. Voy a darte un consejo que te servirá para toda la vida. Lee siempre los documentos legales con mucha atención.

Me quedo mirándolo unos instantes; me pica la nariz del esfuerzo que tengo que hacer para poner cara de palo.

—Sí, señor —digo al fin—. Lo tendré presente.

Cuando Eddie sale del despacho, vuelvo a mirar el contrato y pongo los ojos en blanco. Agarro un lápiz y empiezo a corregir el texto automáticamente, redactando de nuevo algunas frases, tachando palabras y añadiendo signos de interrogación en los márgenes.

De repente me paro.

¿Qué demonios estoy haciendo?

Cojo una goma y borro a toda prisa las correcciones. Luego tomo un bolígrafo y voy al final del documento, donde hay dibujado un búho con toga de letrado que señala una línea de puntos.

Nombre: Samantha Sweeting

Profesión:

Vacilo un momento, y luego escribo: «Asistente doméstica».

Nada más escribir esas palabras, me invade de nuevo la sensación de irrealidad. ¿De verdad estoy haciendo esto? ¿De verdad estoy aceptando este empleo que no tiene absolutamente nada que ver con mi antigua vida? Y sin que nadie lo sepa.

De pronto veo la cara que pondría mi madre si supiera dónde me encuentro ahora mismo. Si pudiera verme con el uniforme... le daría un pasmo. Estoy tentada de llamarla y explicarle lo que estoy haciendo.

Pero no lo haré. Además, no tengo tiempo para pensar en ello. He de ocuparme de la colada.

Necesito dos viajes para bajar toda la ropa sucia al lavadero. Vacío los cestos a rebotar en el suelo embaldosado y me quedo mirando la lavadora de última generación. Seguro que es muy fácil.

No tengo mucha experiencia en este campo. En mi casa lo envió todo, excepto la ropa interior, a la tintorería. Pero eso no quiere decir que no sepa hacerlo. Solo he de utilizar el cerebro. Abro la puerta de la lavadora con precaución y de pronto una pantalla electrónica se enciende y en ella empieza a parpadear la palabra «¿LAVAR?».

Me pongo nerviosa. «Pues claro que quiero lavar —me dan ganas de soltarle—. Pero déjame meter la ropa, ¿no?».

Respiro hondo. Tranquilízate. Paso a paso. Primer paso: llenar la lavadora. Cojo un montón de ropa, y entonces me paro.

No. Primer paso: clasificar la ropa. Me siento muy orgullosa de mí misma por haberlo pensado, y me pongo a ello, leyendo la etiqueta de cada prenda y

haciendo con ellas montones en el suelo.

Blanca 40.

Blanca 90.

Lavar del revés.

Lavar prendas de color por separado.

Lavar con cuidado.

Lavar con MUCHO CUIDADO.

Para cuando termino con el primer cesto, estoy completamente desconcertada. He hecho unos veinte montones, y la mayoría los compone una sola prenda. Esto es absurdo. No puedo poner veinte lavadoras. Me costaría una semana.

¿Qué puedo hacer? ¿Cómo voy a organizar todo esto? La frustración se apodera de mí. Y una pizca de pánico. Ya llevo quince minutos aquí, y todavía no he empezado.

Está bien, seamos razonables. La gente pone lavadoras todos los días, en todo el mundo. No puede ser tan difícil. Lo que haré será combinar un poco las prendas.

Cojo uno de los montones de ropa del suelo y lo meto en el tambor de la máquina. Luego abro un armario que hay cerca, donde encuentro una impresionante colección de detergentes. ¿Cuál utilizo? Una serie de expresiones que solo me suenan de los anuncios televisivos danzan en mi mente: Blanco inmaculado. Blancura azulada. No biológico. Prolongue la vida de su lavadora con Calgón.

Yo no quiero prolongar la vida de esta lavadora. Solo quiero lavar la ropa, demonios.

Al final agarro un paquete con dibujos de camisetas blancas y pongo una medida de polvos en la bandejita y otra dentro del tambor, por si acaso. Cierro la puerta con firmeza. Y ahora, ¿qué?

La pantalla sigue parpadeando: «¿LAVAR? ¿LAVAR?».

—¡Sí! —contesto—. ¡A lavar! —Aprieto un botón al azar.

«ELIJA PROGRAMA», leo en la pantalla.

¿Programa?

Busco por todas partes alguna pista, hasta que veo un manual metido entre dos botellas con pistola. Lo cojo y empiezo a hojearlo.

«La opción de media carga para lavados de poca ropa solo está disponible en los programas de prelavado A3 a E2 y en los programas de superaclarado G2 a L7, excluido el H4».

¿Qué?

Venga. Soy licenciada por Cambridge. Sé latín, por el amor de Dios. Puedo solucionar esto. Paso a otra página.

«Los programas E5 y F1 excluyen el ciclo de centrifugado A MENOS que se pulse el botón S durante cinco segundos antes de empezar. O diez segundos durante el programa E5 (sin lana)».

No puedo. Mi examen de litigios empresariales internacionales era muchísimo más fácil que esto. Vale, olvidémonos del manual. Utilicemos solo el sentido común. Pulso con decisión en el teclado, como haría una asistente competente.

«¿PROGRAMA K3? —me pregunta la lavadora—. ¿PROGRAMA K3?».

No me gusta eso de K3. Suena siniestro. A pared de acantilado o conspiración gubernamental.

—No —digo en voz alta, y le doy a otro botón—. He cambiado de idea.

«HA ELEGIDO PROGRAMA K3», anuncia la máquina.

—¡No, no quiero el programa K tres! —exclamo, aturullada—. ¡Quiero cambiar de programa!

Me pongo a pulsar botones, pero la máquina pasa de mí. Oigo cómo el agua entra en el tambor, y se enciende una luz verde.

«INICIO DE PROGRAMA K3 —leo en la pantalla—, TAPICERÍA MUY RESISTENTE».

¿Muy resistente? ¿Tapicería?

—¡Párate! —le ordeno en voz baja, y comienzo a apretar botones—. ¡Párate! —Desesperada, le pego una patada a la lavadora—. ¡Párate!

—¿Va todo bien? —me pregunta Trish desde la cocina.

Doy un brinco para separarme de la lavadora y me arreglo el cabello.

—¡Sí, sí! ¡Va todo bien! —Exhibo una sonrisa profesional cuando Trish asoma por la puerta—. Solo estaba... poniendo la lavadora.

—Ah, muy bien. —Me da una camisa de rayas y añade—: Mira, tendrías que coserle este botón al señor Geiger, si eres tan amable...

—¡Pues claro! —Cojo la camisa y disimulo mi turbación.

—¡Y aquí tienes la lista de tareas! —Me entrega una hoja de papel—. No está terminada, ni mucho menos, pero supongo que para empezar...

Leo por encima la interminable lista, y me da un pequeño mareo.

Hacer camas... barrer y fregar escalones de la entrada... arreglar floreros... limpiar espejos... ordenar armarios... colada... hacer los baños a diario...

—Bueno, no hay nada que suponga ningún problema para ti, ¿verdad? —dice Trish.

—Pues... ¡no! —respondo con la voz un tanto estrangulada—. ¡No, está todo muy bien!

—Pero deberás comenzar por la plancha —añade con firmeza—. Me temo que hay mucha, como ya habrás comprobado. Tiende a amontonarse...

Por algún extraño motivo, Trish mira hacia arriba. Sigo su mirada con aprensión. Encima de nosotras hay una montaña de camisas arrugadas y colgadas de un tendedero de madera. Al menos hay treinta.

Mientras las contemplo, me tiemblan las piernas. Yo no sé planchar camisas. Jamás he utilizado una plancha. ¿Qué voy a hacer?

—¡Seguro que lo liquidas en un periquete! —afirma Trish, optimista—. La tabla de planchar está ahí mismo —agrega, señalando con la cabeza.

—¡Gracias!

Lo más importante es resultar convincente. Sacaré la tabla de planchar, esperaré a que Trish se haya marchado... y entonces idearé un nuevo plan.

Cojo la tabla, intentando aparentar naturalidad, como si lo hiciera todos los días. Tiro con fuerza de una de las patas de metal, pero no se mueve. Pruebo con otra, pero tampoco tengo suerte. Tiro cada vez más, hasta que me acaloro, pero la maldita tabla no se abre. ¿Cómo diablos va esto?

—Hay un cierre —dice Trish mientras me observa con cara de asombro—. Debajo.

—¡Ah, claro!

Le lanzo una sonrisa y me pongo a tantear por todas partes, desesperada; de repente las patas de tijera se despliegan sin previo aviso. La tabla se me escapa de las manos y queda a unos dos palmos del suelo.

—¡Estupendo! —Suelto una risita nerviosa—. Ahora voy a... regularla.

La levanto e intento deslizar las patas, pero no se mueven. Me arden las

mejillas mientras forcejeo con la tabla, girándola hacia aquí y hacia allá. ¿Cómo demonios funciona este trasto?

—Ahora que lo pienso —digo con tono indiferente—, me gustan las tablas de planchar bajas. La dejaré así mismo.

—¿Cómo vas a planchar así? —salta Trish, riendo—. ¡Tira de la palanca! Hay que darle fuerte... Deja que te enseñe...

Coge la tabla, y con un par de movimientos, la ajusta a la altura perfecta.

—Supongo que estarás acostumbrada a otro modelo —añade con complicidad mientras fija las patas en la posición adecuada—. Cada modelo tiene sus pequeños trucos.

—¡Sí, claro! —coincido, aferrándome a esa excusa—. ¡Por supuesto! Yo estoy acostumbrada a trabajar con una... una... Nimbus dos mil.

Trish me mira con gesto de asombro.

—¿No se llama así la escoba de Harry Potter?

Mierda.

Ya sabía que lo había oído en algún sitio.

—Sí, exacto —digo al fin, roja como un tomate—. Y también una famosa tabla de planchar. Es más, creo que la escoba se llama así por la tabla.

—¿En serio? —Trish está fascinada—. ¡No lo sabía! —Veo con horror que se apoya contra la puerta y enciende un cigarrillo—. ¡Tú no me hagas caso! —añade con voz amortiguada—. ¡Sigue con lo tuyo!

¿Que siga con lo mío?

—La plancha está ahí —agrega, y apunta con un dedo—. Detrás de ti.

—¡Ah, genial!

La cojo y la enchufo tan despacio como puedo. El corazón me late a toda velocidad. No puedo. Necesito una excusa, pero no se me ocurre nada. Tengo la mente en blanco.

—¡Creo que ya está bastante caliente! —dice Trish con la mejor intención.

—¡Sí! —Le lanzo una sonrisa.

No tengo escapatoria. Voy a tener que ponerme a planchar. Cojo una de las camisas que hay colgadas en la barra y la extiendo con torpeza encima de la tabla, para ganar tiempo. No sé ni por dónde empezar.

—Al señor Geiger no le gustan los cuellos demasiado almidonados —me

advierte Trish.

¿Demasiado qué? Miro alrededor, desesperada, y reparo en una botella con una etiqueta que reza «ALMIDÓN».

—¡Muy bien! —Trago saliva, intentando disimular el pánico—. Muy bien, seguramente... llegaré a la etapa del almidonado... dentro de unos minutos...

Agarro la plancha, aunque no puedo creer lo que estoy haciendo. Pesa mucho más de lo que imaginaba y desprende unas aterradoras nubes de vapor. Con mucho cuidado, comienzo a bajarla hacia la tela de algodón. No tengo ni idea de hacia qué parte de la camisa me dirijo. Creo que estoy con los ojos cerrados.

De pronto suena un timbre en la cocina. Es el teléfono. ¡Gracias a Dios!

—Oh, ¿quién será? —se pregunta Trish arrugando la frente—. Lo siento, Samantha. He de contestar...

—¡No pasa nada! —digo con voz aguda—. ¡No se preocupe! Yo sigo con lo mío...

Tan pronto Trish sale del lavadero, dejo la plancha de un golpe y me tapo la cara con ambas manos. Debo de estar loca. Esto no va a funcionar. Yo no tengo madera de maruja. La plancha me lanza una nube de vapor, me asusto y grito. Desenchufo la plancha y me apoyo contra la pared. Solo son las nueve y veinte y ya estoy destrozada.

Y yo que pensaba que los abogados llevábamos una vida estresante.

once

Cuando Trish entra de nuevo en la cocina, ya estoy un poco más tranquila. Puedo hacer esto. ¿Cómo no voy a poder? Solo son tareas domésticas. ¡Ni que fuera física cuántica!

—Samantha, me temo que vas a estar sola todo el día —anuncia Trish con gesto de consternación—. El señor Geiger ha ido a jugar al golf y yo me voy a ver el Mercedes nuevo de una íntima amiga mía. ¿No te importa quedarte sola?

—¡No, claro que no! —contesto, procurando disimular mi alegría—. No se preocupe por mí, en serio. Me las apaño muy bien con todo...

—¿Ya has planchado la ropa? —Echa un vistazo al lavadero, impresionada.

¿Planchar la ropa? ¿Por quién me ha tomado, por Wonder Woman?

—Verá, he preferido dejar la plancha de momento y encargarme del resto de la casa —digo con desparpajo—. Es lo que suelo hacer.

—Por supuesto. —Trish asiente, convencida—. Como tú quieras. Bueno, no podré ayudarte si surge algún problema, pero tienes a Nathaniel. —Se asoma a la puerta, hace señas y añade—: Ya lo conoces, ¿verdad?

—Ah —digo, y en ese momento entra Nathaniel, que lleva unos vaqueros con desgarrones y el cabello despeinado—. Pues... sí. Hola.

Esto es un poco raro. Verlo esta mañana, después de los dramas de anoche. Cuando me mira, sus labios esbozan una levísima sonrisa.

—Hola —me contesta—. ¿Qué tal?

—¡Muy bien! Estupendamente.

—Nathaniel sabe todo lo que hay que saber acerca de esta casa —interviene Trish mientras se pinta los labios—. Así que si no encuentras

algo... si no sabes cómo se abre una puerta o lo que sea... él es tu hombre.

—Lo tendré en cuenta. Gracias.

—Pero no quiero que molestes a Samantha, Nathaniel —añade Trish, mirándolo con severidad—. Ella tiene establecida su propia rutina.

—Por supuesto —dice, asintiendo muy serio.

Cuando Trish se da la vuelta, él me mira, sonriente, y noto que me ruborizo.

¿Qué se supone que significa eso? ¿Cómo sabe él que yo no tengo ninguna rutina? Que no sepa cocinar no quiere decir que sea una inútil.

—Así pues, ¿crees que estarás bien? —Trish coge su bolso—. ¿Has encontrado todos los productos de limpieza?

—Pues... —Miro alrededor, vacilante.

—¡En el lavadero! —Desaparece un momento, regresa con un enorme barreño azul en las manos, lleno de productos, y lo deja encima de la mesa—. ¡Aquí los tienes! ¡Y no te olvides de los guantes! —Agrega con un alegre sonsonete. ¿De qué guantes?

—Guantes de goma —me apunta Nathaniel. Saca del barreño un par de enormes guantes de goma de color rosa y me los da, inclinando ligeramente la cabeza.

—Ah, sí. Gracias —replico con dignidad—. Ya lo sabía.

Jamás había usado guantes de goma. Me los coloco despacio, conteniendo una mueca de asco.

Ostras. Nunca me había puesto nada tan incómodo, tan gomoso ni tan... repugnante. ¿Y tengo que llevarlos todo el día?

—¡Hasta luego! —Se despide Trish desde el vestíbulo, y oigo que se cierra la puerta principal.

—¡Bueno! —exclamo—. Voy a seguir... con lo mío.

Espero a que Nathaniel se marche, pero él se apoya contra la mesa y me mira con gesto burlón.

—¿Tienes idea de cómo se limpia una casa?

Empiezo a sentirme insultada. ¿Acaso parezco una persona que no sabe limpiar una casa?

—Pues claro que sí. —Pongo los ojos en blanco.

—Por cierto, anoche le hablé de ti a mi madre. —De pronto sonrío, como

si recordara la conversación con su madre, y lo observo con desconfianza. ¿Qué le explicaría?—. En fin. —Me mira—. Está dispuesta a enseñarte a cocinar. Y le dije que seguramente también necesitarías algunos consejos sobre asuntos domésticos...

—¡No necesito consejos de ninguna clase! He limpiado casas muchas veces. De hecho... Mira, tengo que empezar.

—Por mí no te preocupes. —Se encoge de hombros.

¡Ya verá! Con aire decidido, cojo una lata del barreño y rocío la encimera. Ya está. ¿Cómo se atreve a insinuar que no sé lo que hago?

—Así que has limpiado muchas casas —dice Nathaniel, sin quitarme los ojos de encima.

—Sí. Montones.

El spray se ha solidificado y ha formado unas pequeñas y cristalinas gotitas de color gris. Las froto enérgicamente con un trapo, pero no se desprenden. Mierda.

Leo la etiqueta de la lata, «NO UTILIZAR SOBRE GRANITO». Mierda.

—En fin —digo, y me apresuro a tapar las gotitas solidificadas con el trapo—. Estás en medio. —Agarro un plumero y comienzo a limpiar las migas que hay en la mesa de la cocina—. Disculpa...

—Bueno, te dejo —dice Nathaniel, y vuelve a sonreír. Mira el plumero y añade—: ¿Eso no lo harías mejor con un cepillo y un recogedor?

Me quedo observando el plumero, indecisa. ¿Qué le pasa al plumero? Además, ¿quién se ha creído él que es, un agente de la policía del polvo?

—Tengo mis propios métodos —afirmo levantando la barbilla—. Gracias.

—Vale. —Sonríe y se despide—: Hasta la vista.

No pienso dejarme intimidar. Soy perfectamente capaz de limpiar esta casa. Lo único que necesito es... un plan. Eso es. Una plantilla de control de horas, como en el despacho.

Tan pronto se marcha Nathaniel, cojo un bolígrafo y una hoja de papel y empiezo a redactar una lista. De pronto me veo pasando de una tarea a otra con agilidad, con un cepillo en una mano y un plumero en la otra, poniendo

orden. Igual que Mary Poppins.

9:30-9:36 Hacer camas.

9:36-9:42 Sacar la ropa de la lavadora y meterla en la secadora.

9:42-0:00 Limpiar baños.

Cuando llego al final, releo el horario con renovado optimismo. Mucho mejor. Esto ya me gusta más. A este ritmo, es muy probable que haya terminado a la hora de comer.

9:36 Mierda. No sé hacer esta cama. ¿Por qué no queda lisa la sábana?

9:42 ¿Y por qué fabrican colchones tan pesados?

9:54 Esto es una tortura. Nunca me habían dolido tanto los brazos. Las mantas pesan una tonelada, las sábanas no quedan lisas y no tengo ni idea de cómo se meten las condenadas esquinas. ¿Cómo se las arreglan las camareras de los hoteles?

10:30 Por fin. Una hora entera de duro trabajo y he conseguido hacer una cama. Voy atrasadísima. Pero no importa. Debo continuar. Ahora toca la colada.

10:36 No, por favor. No.

Ni me atrevo a mirar. Es un desastre total. Toda la ropa que había en la lavadora ha salido de color rosa. Toda.

¿Qué ha pasado?

Con dedos temblorosos, cojo una chaqueta de cachemira. Al meterla en la máquina era de color crudo. Ahora se ha vuelto de un tono asqueroso de algodón de azúcar. Ya sabía yo que con el programa K3 no íbamos bien. Lo sabía.

Tranquilízate. Tiene que haber alguna solución. Por fuerza. Empiezo a leer, histérica, las etiquetas de los diversos productos que hay en los estantes.

Quitamanchas, lejía... Ha de haber algún remedio... Solo tengo que pensar...

10:42 Vale, ya he encontrado la respuesta. Quizá no funcione del todo, pero es lo mejor que se me ha ocurrido.

11:00 Acabo de gastarme 852 libras reponiendo todas las prendas que había en la lavadora de la forma más exacta posible. En el departamento de venta personalizada de Harrods han sido muy amables, y lo enviarán todo mañana por mensajero. Espero que Trish y Eddie no se den cuenta de que su vestuario se ha regenerado por arte de magia.

Ahora solo tengo que deshacerme de toda la ropa teñida de rosa. Y seguir con el resto de la lista.

11:06 Y... Ah, sí, la plancha. ¿Qué voy a hacer con la plancha?

11:12 Vale. He buscado en el periódico local y también hay solución para eso. Una chica que vive en el pueblo vendrá a recoger la ropa, la planchará esta noche, a tres libras la camisa, y coserá el botón de Eddie.

De momento este empleo me ha costado casi mil libras. Y ni siquiera es mediodía.

11:42 Lo estoy haciendo muy bien. He encendido el aspirador y voy aspirando tranquilamente...

Mierda. ¿Qué ha sido eso? ¿Qué se ha tragado este cacharro? ¿Por qué hace ese ruido tan raro, como si triturara algo?

¿Me lo habré cargado?

11:48 ¿Cuánto cuesta un aspirador?

12:24 Me duelen muchísimo las piernas. Me he pasado horas arrodillada encima de unas duras baldosas, limpiando el baño. Las juntas de las baldosas me han dejado marcas en las rodillas, estoy muerta de calor, y los productos de limpieza me producen tos. Necesito descansar un poco. Pero no puedo

parar. No puedo parar ni un minuto. Voy tan atrasada...

12:30 ¿Qué le pasa a esta botella de lejía? A ver, ¿hacia dónde apunta el pitorro? Lo giro, confundida, examinando las flechas dibujadas en el plástico... ¿Por qué no sale nada? Vale, voy a apretarlo con fuerza... Mierda. Casi me da en el ojo.

12:32 MIERDA. ¿Qué le ha ocurrido a mi pelo?

A las tres de la tarde estoy completamente hecha polvo. Solo voy por la mitad de la lista y no veo cómo podré llegar hasta el final. No sé cómo se las apaña la gente para limpiar la casa. Es el trabajo más agotador que he hecho jamás.

No paso de una tarea a otra como si fuera Mary Poppins ni nada parecido. Voy embalada de una tarea inacabada a otra, como un pollo decapitado. Ahora, por ejemplo, estoy subida a una silla, limpiando el espejo de la sala de estar. Pero esto es como una pesadilla. Cuanto más froto, más se empaña.

De vez en cuando me miro en el espejo. Jamás me había visto un aspecto tan desaliñado. Tengo el pelo revuelto, y un enorme y grotesco mechón de color rubio verdoso, producto de la lejía. Estoy roja como un tomate y me brilla la cara; tengo la piel de las manos de color rosa e irritada de tanto restregar, y los ojos enrojecidos.

¿Por qué no se limpia? ¿Por qué?

—¡Límpiate de una vez! —grito, casi sollozando—. ¡Límpiate ya, maldito... maldito...!

—Samantha.

Dejo de frotar de inmediato y veo a Nathaniel en el umbral, contemplando el empañado espejo.

—¿Has probado con vinagre?

—¿Vinagre? —Lo miro con desconfianza.

—Es un excelente desengrasante —explica—. Y funciona muy bien con el cristal.

—Ah. Vale. —Dejo el trapo e intento recuperar la calma—. Sí, claro. Ya

lo sabía.

Nathaniel niega con la cabeza y dice:

—No, no lo sabías.

Me quedo mirando su inflexible rostro. Es absurdo que siga fingiendo. Nathaniel sabe que es la primera vez en la vida que cojo un trapo.

—Tienes razón —admito por fin—. No lo sabía.

Cuando bajo de la silla, me siento mareada de agotamiento. Me sujeto un momento a la repisa de la chimenea, hasta que deja de darme vueltas la cabeza.

—Te vendría bien descansar un poco —declara Nathaniel con firmeza—. No has parado en todo el día; te he visto. ¿Has comido algo?

—No, no he tenido tiempo.

Me dejo caer en una butaca, y de pronto me noto demasiado cansada para moverme. Me duelen todos los músculos del cuerpo, incluidos algunos que ignoraba que tuviese. Es como si hubiera corrido una maratón. O como si hubiera cruzado el canal de la Mancha a nado. Y eso que todavía no he limpiado la madera ni sacudido los felpudos.

—Es más agotador de lo que imaginaba —digo por fin—. Mucho más agotador.

—Ya lo creo. —Nathaniel asiente y me observa más de cerca—. ¿Qué le ha pasado a tu pelo?

—Lejía —respondo sin extenderme—. Lavando el váter.

Nathaniel suelta una risita ahogada, pero yo no levanto la cabeza. La verdad es que ya no me importa que se ría de mí.

—Eres una luchadora, eso hay que reconocerlo. Y ya verás como dentro de poco no lo encontrarás tan difícil.

—No puedo. —Pronuncio esas palabras sin proponérmelo—. No puedo hacer este trabajo. Soy... una inútil.

—Claro que puedes. —Mete la mano en su mochila y saca una lata de Coca-Cola—. Tómate esto. No puedes trabajar sin combustible.

—Gracias —digo, y acepto el refresco. Abro la lata y doy un sorbo, y es lo más delicioso que he probado en mi vida. Doy otro sorbo, con avidez, y luego otro.

—La oferta sigue en pie —añade Nathaniel tras una pausa—. Si quieres,

mi madre te dará clases.

—¿En serio? —Me seco los labios, me aparto el sudado cabello de la cara, y lo miro—. ¿Estás... seguro?

—A mi madre le gustan los retos. —Me lanza una sonrisa—. Te enseñaré a manejarte por una cocina. Y cualquier otra cosa que necesites. —Observa el manchado espejo con gesto burlón.

De pronto me siento humillada y miro hacia otro lado. No quiero ser una inútil. No quiero que me den clases. Yo no soy así. Quiero ser capaz de solucionar esto sola, sin pedirle ayuda a nadie.

Pero tengo que ser realista. La verdad es que necesito ayuda.

Aparte de otras consideraciones, si sigo como hoy, dentro de dos semanas me habré arruinado.

Me vuelvo hacia Nathaniel.

—Sería genial —digo con humildad—. Dile que se lo agradecería mucho. Gracias.

doce

El sábado despierto con el corazón martilleándome en el pecho y me levanto de un brinco, pensando en todo lo que tengo que hacer...

Y de pronto mi mente se para, como cuando un coche da un frenazo brusco. Permanezco inmóvil un momento. Luego, vacilante, vuelvo a tumbarme en la cama, invadida por una sensación sumamente extraña y extraordinaria que jamás había experimentado. No tengo nada que hacer.

Ni contratos que revisar, ni e-mails que contestar, ni reuniones de emergencia en el despacho. Nada.

Frunzo el entrecejo y trato de recordar cuándo fue la última vez que me sucedió algo parecido. Pero no estoy segura de que pueda. Es como si no hubiera dejado de tener obligaciones desde los siete años. Me levanto de la cama, voy hasta la ventana y me quedo contemplando el azul y despejado cielo, intentando mentalizarme de la situación. Es mi día libre. Nadie puede mandarme nada. Nadie puede llamarme y requerir mi presencia. Soy la única dueña de mi tiempo.

Mientras estoy junto a la ventana, reflexionando sobre eso, comienzo a notar una extraña sensación. Me siento ligera e ingrávida, como un globo de helio. Soy libre. Una sonrisa de júbilo me ilumina la cara cuando veo mis ojos reflejados en el cristal. Por primera vez en la vida, puedo hacer lo que se me antoje.

Miro la hora y descubro que solo son las siete y cuarto de la mañana. El día entero se extiende ante mí como una hoja de papel en blanco. ¿Qué puedo hacer? ¿Por dónde empiezo? Siento un burbujeo de felicidad en mi interior, y me dan ganas de reír.

Ya estoy programando mentalmente el horario del día. Olvídate de los

segmentos de seis minutos. Olvídate de las prisas. Empezaré a medir mi tiempo en horas. Una hora para disfrutar en la bañera y vestirme. Una hora para entretenerme con el desayuno. Una hora para leer el periódico, de cabo a rabo. Voy a pasar la mañana más perezosa, indolente y maravillosa que jamás he tenido desde que soy adulta.

Cuando voy hacia el cuarto de baño, noto agujetas por todo el cuerpo. La verdad es que deberían comercializar las tareas domésticas como ejercicio físico. Lleno la bañera de agua caliente y vierto un poco de aceite para el baño de Trish; me meto en el agua aromatizada y me tumbo, feliz.

Delicioso. Voy a pasarme horas y horas así.

Cierro los ojos y dejo que el agua me acaricie los hombros y que el tiempo transcurra con un ritmo pausado. Creo que hasta me quedo dormida un rato. Jamás en la vida había pasado tanto tiempo en la bañera.

Por fin abro los ojos, cojo una toalla y salgo. Mientras comienzo a secarme, cojo el reloj, solo por curiosidad.

Las siete y media.

¿Qué?

¿Solo he estado un cuarto de hora en la bañera?

No puedo creerlo. ¿Cómo es posible que solo haya tardado un cuarto de hora? Me quedo de pie, goteando, indecisa, y me pregunto si debo meterme de nuevo en la bañera y volver a empezar, más despacio.

Pero no. Eso sería demasiado raro. No importa. Vale, me he bañado demasiado deprisa. Me aseguraré de que me tomo mi tiempo con el desayuno. Lo disfrutaré de verdad.

Al menos tengo ropa para ponerme. Ayer por la tarde Trish me llevó a un centro comercial que hay a varios kilómetros de aquí para que me comprara ropa interior, pantalones cortos y vestidos de verano. Me dijo que me dejaría comprarme lo que yo quisiera, pero acabó imponiéndose y eligiéndome la ropa, y no sé cómo, pero salí sin una sola prenda de color negro.

Me pongo un vestido rosa de tirantes y unas sandalias, y me miro en el espejo. Es la primera vez en la vida que llevo algo de color rosa. Pero, para mi sorpresa, no me queda mal. Aparte del enorme mechón descolorido que luzco en el pelo. Tendré que solucionarlo de alguna forma.

Echo a andar por el pasillo y no oigo nada en la habitación de los Geiger.

Paso sin hacer ruido por delante de su puerta, y de pronto me siento rara. Va a resultar un poco extraño estar en su casa todo el fin de semana sin nada que hacer. Será mejor que salga. Que me quite de en medio.

La cocina está más silenciosa y reluciente que nunca, pero ya no la encuentro tan intimidante. Al menos sé manejarme con el hervidor de agua y la tostadora, y he encontrado todo un alijo de mermeladas en la despensa. Me prepararé unas tostadas con mermelada de naranja y jengibre, y una taza de café. Y leeré el periódico de cabo a rabo. Eso me tendrá ocupada hasta las once, más o menos, y entonces ya pensaré qué más hago.

Recojo el ejemplar de *The Times* del felpudo y me lo llevo a la cocina, y cuando entro, saltan las tostadas. Esto es vida.

Me siento junto a la ventana, mordisqueando el pan, bebiendo café y hojeando el periódico sin prisas. Al final, después de devorar tres tostadas, dos tazas de café y todos los suplementos del sábado, estiro los brazos, abro la boca en un gran bostezo y miro el reloj de pared. No puedo creerlo. Solo son las siete y cincuenta y seis. ¿Qué me ocurre? Se suponía que iba a pasar horas desayunando. Se suponía que iba a tirarme toda la mañana aquí sentada, y no que iba a terminarlo todo en veinte minutos.

Bueno, no importa. No nos estremos por eso. Ya me relajaré de alguna otra forma.

Pongo los platos que he utilizado en el lavavajillas y limpio las migas de las tostadas. Luego me siento otra vez a la mesa y miro alrededor. No sé qué hacer a continuación. Todavía es demasiado temprano para salir.

De pronto me doy cuenta de que estoy tamborileando con las uñas en la mesa. Dejo de hacerlo y me miro las manos un momento. Esto es absurdo. Es el primer día libre que tengo desde hace unos diez años. Debería estar relajada. Vamos, seguro que se me ocurre algo agradable que hacer.

¿Qué hace la gente cuando tiene el día libre? Mi mente analiza una serie de imágenes que he visto por televisión. Podría prepararme otra taza de café. Pero ya me he tomado dos, y la verdad es que no me apetece otra. Podría volver a leer el periódico. Pero tengo una memoria casi fotográfica, así que releer cosas no tiene mucho sentido.

Mi mirada se desvía hacia el jardín, donde veo una ardilla encaramada a un pilar de piedra, mirando en derredor con sus brillantes ojitos. Podría salir.

Disfrutar del jardín, de la fauna y flora y el rocío matutino. Buena idea.

Lo malo del rocío matutino es que te moja los pies. Mientras camino por la húmeda hierba, me arrepiento de haberme puesto unas sandalias sin puntera. Y de no haber esperado un poco más para salir a pasear.

El jardín es mucho más grande de lo que yo creía. Avanzo por la extensión de césped hacia un seto ornamental donde parece que termina todo, pero advierto que más allá hay otra sección, con un huerto de árboles frutales al final y una especie de jardín vallado a mi izquierda.

Es un lugar asombroso. Hasta yo puedo verlo. Las flores son exuberantes, pero sin ser chabacanas; todas las paredes están cubiertas de algún tipo de hermosa enredadera, y cuando me dirijo hacia el huerto, veo pequeñas peras doradas, colgando de las ramas de los árboles. Creo que nunca había visto una pera de verdad en un árbol.

Camino entre los frutales hacia una gran parcela rectangular donde hay plantas que crecen en apretadas hileras. Deben de ser las hortalizas. Toco una con cuidado, con la punta del pie. Podría ser una col o una lechuga. O quizá las hojas de algo que crece bajo tierra.

La verdad, podría ser un alien. No tengo ni idea.

Sigo paseando un rato, y luego me siento en un banco de madera cubierto de musgo y me quedo mirando un arbusto cuajado de flores blancas. Hum. Qué bonito.

Y ahora ¿qué? ¿Qué se supone que hace la gente cuando se sienta en el jardín de su casa?

Tendría que haber cogido algo para leer. O tendría que estar llamando a alguien por teléfono. No sé qué hacer con los dedos. Miro el reloj. Todavía son las ocho y dieciséis. Dios mío.

Venga, no puedo rendirme tan pronto. Me quedaré un rato aquí sentada y disfrutaré de esta paz. Me recuesto en el respaldo, me pongo cómoda y contemplo cómo un pajarito picotea en el suelo, cerca de mí.

Luego vuelvo a mirar la hora. Las ocho y diecisiete.

No estoy hecha para esto.

No puedo pasarme todo el día sin hacer nada. Voy a enloquecer. Tendré

que ir a la tienda del pueblo a comprar otro periódico. Y si tienen *Guerra y paz*, también lo compraré. Me levanto y empiezo a andar por el jardín cuando un pitido procedente de mi bolsillo me frena.

Es mi móvil. He recibido un mensaje de texto. Alguien acaba de mandarme un mensaje de texto a primera hora de la mañana de un sábado. Saco el móvil y lo miro, y noto que estoy muy tensa. Hace un día entero que no tengo ningún contacto con el mundo exterior.

Sé que hay más mensajes almacenados en mi teléfono, pero no he leído ninguno. Sé que hay otros en el buzón de voz, pero no he escuchado ni uno solo. No quiero enterarme. Lo que quiero es permanecer desconectada.

Sostengo el móvil, pero me digo que tengo que guardarlo. Sin embargo, se me ha despertado la curiosidad. Alguien me ha enviado un mensaje hace unos segundos. Alguien, en algún lugar, tenía un teléfono en la mano y estaba tecleando un mensaje para mí. De pronto veo a Guy con esos chinos que se pone los días de fiesta y una camisa azul. Sentado a su mesa, con el entrecejo fruncido, mientras teclea. Pidiéndome disculpas.

Comunicándome alguna noticia. Alguna novedad que ayer ni siquiera se me habría ocurrido sospechar...

No puedo evitarlo. Pese a todo, siento un arrebató de esperanza. Estoy plantada en el jardín, a primera hora de la mañana, y noto cómo mi mente es arrastrada fuera de aquí, de regreso a Londres, a mi despacho. Allí ha transcurrido todo un día sin mí. En veinticuatro horas pueden pasar muchas cosas. Pueden cambiar muchas cosas. Podría ser que todo hubiera cambiado para bien.

O... que la situación hubiera empeorado. Me han demandado. Me están procesando.

La tensión aumenta dentro de mí. Agarro el móvil cada vez más fuerte. Tengo que saberlo. Tanto si es una buena noticia como si es mala. Abro el aparato y busco el mensaje. Me lo han enviado desde un número de teléfono que no reconozco.

¿Quién es? ¿Quién demonios me lo ha mandado? Un poco aturdida, pulso la tecla OK para leerlo.

«Hola, Samantha, soy Nathaniel».

¿Nathaniel?

¿Nathaniel?

Siento un alivio tan inmenso que suelto una carcajada. ¡Pues claro! Le di mi número de móvil ayer, para que se lo diera a su madre. Hago avanzar el texto y leo el resto del mensaje.

«Si te interesa, mi madre podría empezar a darte clases de cocina hoy. Nat».

Clases de cocina. ¡Pues claro! ¡Genial! La forma perfecta de llenar el día. Pulso «Responder» y escribo a toda prisa:

«Por mí estupendo. Gracias. Sam».

Lo envío y me sonrío. Esto es divertido. Un par de minutos más tarde, el teléfono vuelve a emitir un pitido.

«¿A qué hora? ¿Las 11 es demasiado temprano? Nat».

Miro el reloj. Faltan dos horas y media para las once. Dos horas y media sin nada que hacer salvo leer el periódico y evitar a Trish y Eddie.

«¿Quedamos a las 10? Sam».

A las diez menos cinco estoy preparada en el vestíbulo. Por lo visto, la casa donde vive la madre de Nathaniel no es fácil de encontrar; por eso hemos quedado aquí, y él me acompañará. Me miro en el espejo y hago una mueca. El mechón de pelo desteñido se ve más que nunca. Me llevo el cabello hacia delante y hacia atrás varias veces, pero no logro disimularlo. Quizá pueda caminar con la mano junto a la cabeza, como si pensara. Adopto diferentes poses pensativas y despreocupadas delante del espejo.

—¿Te duele la cabeza?

Me doy la vuelta, sobresaltada, y veo a Nathaniel en el umbral. Lleva unos vaqueros y una camisa de cuadros.

—Ah, no... —digo, sin apartar la mano de la cabeza—. Solo estaba...

Bah, no tiene sentido. Bajo la mano y Nathaniel se queda mirando el mechón blanco.

—Te queda bien —comenta—. Pareces un tejón.

—¿Un tejón? —replico, ofendida—. Yo no parezco un tejón.

Me contemplo en el espejo para convencerme. No, claro que no.

—Los tejones son unos animales preciosos —dice Nathaniel

encogiéndose de hombros—. Prefiero parecerme a un tejón que a un armiño.

Espera un momento. ¿Desde cuándo tengo que elegir entre un tejón y un armiño? Ni siquiera sé cómo nos hemos puesto a hablar de esto.

—Vamos ya, ¿no? —pregunto con dignidad.

Recojo mi bolso y me miro por última vez en el espejo al tiempo que estiro el brazo para asir la puerta.

Vale. A lo mejor sí me parezco un poco a un tejón.

Fuera, la atmósfera estival ya empieza a calentarse, y mientras recorremos el camino de grava, olfateo agradecida. Hay un aroma a flores que me suena muchísimo...

—¡Madreselva y jazmín! —exclamo de pronto. En casa tengo el aceite de baño Jo Malone.

—La madreselva es eso de la pared. —Nat señala una enredadera con flores de color amarillo claro que trepa por la vieja y dorada piedra—. La planté hace un año.

Observo las delicadas flores con interés. Así que esto es madreselva.

—Pero por aquí no hay jazmín —dice él con curiosidad—. ¿Lo has olido?

—Hum... —Agito vagamente las manos—. No sé, me habré equivocado...

Ahora no me parece oportuno mencionar el aceite para baño Jo Malone. Ni ahora ni nunca, vaya.

Dejamos el sendero y caigo en que es la primera vez que salgo de casa de los Geiger desde que llegué aquí, sin contar la salida que hice con Trish para ir de compras, pues entonces estaba demasiado ocupada buscando su CD de Celine Dion y no me fijé en los alrededores. Nathaniel ha torcido a la izquierda y camina con soltura por la carretera, pero yo no puedo moverme. Me quedo contemplando el paisaje que hay ante mí, con la boca abierta. Este pueblo es absolutamente precioso. No tenía ni idea.

Miro en derredor y me fijo en los viejos muros de piedra, de color miel. En las hileras de casitas antiguas con tejados inclinados. En el arroyo bordeado de sauces. Más allá está el pub que vi la primera noche, decorado con cestos colgantes. Oigo el lejano ruido de cascos de caballos. No hay nada

que desentone. Todo es suave y tenue, y da la impresión de llevar varios siglos aquí.

—¿Samantha?

Nathaniel acaba de advertir que me he detenido.

—Perdona. —Voy hacia donde está él—. ¡Qué sitio tan bonito! No me había dado cuenta.

—Sí, es bonito. —Detecto un deje de orgullo en su voz—. Vienen demasiados turistas, pero... —Se encoge de hombros.

—¡No tenía ni idea! —Seguimos andando, pero no puedo parar de mirar alrededor con los ojos como platos—. ¡Mira el río! ¡Mira esa pequeña iglesia!

Me siento como una niña pequeña que descubre un juguete nuevo. Casi nunca he ido al campo. Siempre nos quedábamos en Londres o íbamos al extranjero. He estado en la Toscana infinidad de veces, y una vez pasé seis meses en Nueva York porque trasladaron allí a mi madre. Pero nunca había estado en Cotswolds.

Cruzamos el río por un viejo puente de piedra con arcos. Me paro en medio para contemplar los patos y cisnes.

—Es precioso —digo, admirada—. Verdaderamente precioso.

—¿No viste nada de todo esto cuando llegaste? —Nathaniel me mira con extrañeza—. ¿Acaso saliste de una burbuja?

Recuerdo aquel desesperado y atolondrado viaje. Recuerdo cuando bajé del tren, con un dolor de cabeza insoportable y la visión borrosa.

—Más o menos —respondo al fin—. La verdad es que no me enteraba de por dónde iba.

Nos quedamos observando cómo una pareja de cisnes pasa con aire majestuoso por debajo del puentecito. Luego miro la hora. Ya son las diez y cinco.

—Vamos, ¿no? —digo, sobresaltada—. Tu madre nos estará esperando.

—No hay prisa —replica Nathaniel cuando echo a correr hacia el otro extremo del puente—. Tenemos todo el día. —Avanza y se reúne conmigo—. No ocurre nada. No hace falta que corras.

Se pone a andar por la calle y lo sigo, intentando adaptarme al relajado ritmo de sus pasos. Pero no estoy acostumbrada a caminar tan despacio. Estoy acostumbrada a caminar a zancadas por aceras abarrotadas de gente,

abriéndome paso a empujones y codazos.

—¿Tú creciste aquí? —pregunto, al tiempo que procuro reducir la marcha.

—Sí. —Se mete en un callejón adoquinado que hay a la izquierda—. Volví cuando enfermó mi padre. Luego él murió, y yo tuve que arreglarlo todo y ocuparme de mi madre. Fue muy duro para ella. Las finanzas estaban hechas un lío... Todo estaba hecho un lío.

—Lo siento —digo con torpeza—. ¿Tienes más familia?

—Un hermano, Jake. Vino y se quedó una semana. —Nathaniel vacila un momento—. Dirige su propio negocio. Le van muy bien las cosas.

Habla con el mismo desenfado de siempre, pero detecto en su voz algo que no sabría definir. Decido no seguir haciéndole preguntas acerca de su familia.

—Ostras, me encantaría vivir aquí —exclamo con entusiasmo.

Nathaniel me mira con extrañeza.

—Es que vives aquí —me recuerda.

Sus palabras me sorprenden. Supongo que tiene razón. Técnicamente hablando, vivo aquí.

Doy unos pasos y mientras tanto intento procesar esa idea. Yo nunca he vivido en ningún sitio que no sea Londres, aparte de los tres años que pasé en Cambridge. Siempre he tenido un código postal NW. Un número de teléfono 0207. Esa soy yo. Esa... era yo.

Pero el viejo yo empieza a sentirse más distante. Cuando pienso en mí misma, en cómo era yo la semana pasada, es como si me estuviera viendo a través de papel de calco.

Todo lo que antes valoraba ha sido destruido. Y todavía me siento dolorida y magullada. Pero al mismo tiempo... me siento más viva que nunca. Mi caja torácica se expande cuando aspiro el aire campestre y de pronto noto una oleada de optimismo, casi de euforia. Movida por un impulso, me paro junto a un árbol enorme, miro hacia arriba y contemplo sus frondosas ramas.

—Hay un poema precioso de Walt Whitman que habla de una encina. — Levanto una mano y acaricio con ternura la fría y rugosa corteza—. «Vi una encina que crecía en Luisiana. Solitaria se alzaba y de sus ramas colgaba el

musgo».

Miro a Nathaniel, suponiendo que estará impresionado.

—Eso es un haya —dice, señalando el árbol con la barbilla.

Vale.

No conozco ningún poema que hable de hayas.

—Es aquí —anuncia Nathaniel. Abre una vieja verja de hierro y me hace señas para que lo siga por un sendero enlosado hasta una casita con cortinas azules de flores en las ventanas—. Entra y te presentaré a tu profesora de cocina.

La madre de Nathaniel no es como yo esperaba. Había imaginado a un personaje hogareño tipo la señora Tiggywinkle, con el cabello blanco recogido en un moño y gafas de media luna. Pero me encuentro ante una mujer delgada y nervuda con un rostro atractivo y vivaz. Tiene los ojos de un azul intenso, con unas finas e incipientes patas de gallo alrededor. Lleva el cabello, canoso, en dos trenzas, un delantal encima de unos vaqueros, una camiseta y alpargatas, y está amasando algo enérgicamente.

—Hola, mamá. —Nathaniel sonrío y me empuja para que entre en la cocina—. Aquí está. Te presento a Samantha. Samantha, esta es mi madre, Iris.

—Hola, Samantha. Bienvenida. —Iris levanta la cabeza, y veo que me mira de arriba abajo sin parar de amasar—. Déjame terminar esto.

Nathaniel me indica por señas que me siente, y con cautela me siento a una mesa de madera. La cocina está en la parte trasera de la casa, y el sol entra de lleno en ella. Por todas partes hay flores en jarras de cerámica. Hay una anticuada cocina económica, una restregada mesa de madera y una puerta de doble panel abierta. Mientras me pregunto si debo iniciar una conversación, un pollo entra en la cocina y empieza a arañar el suelo.

—¡Ostras, un pollo! —exclamo sin poder evitarlo.

—Sí, un pollo. —Iris me mira con gesto irónico—. ¿Nunca habías visto uno?

Solo en los refrigerados del supermercado. El pollo va picoteando hacia mis sandalias sin puntera, y rápidamente escondo los pies debajo de la silla,

actuando como si pensara hacerlo de todas formas.

—Ya está.

Iris coge la masa, la coloca en una bandeja y, con aire eficiente, le da forma redondeada. A continuación abre la pesada puerta del horno y mete la bandeja dentro. Se lava las manos manchadas de harina en el fregadero, se da la vuelta y me mira.

—Así que quieres aprender a cocinar. —Habla con un tono amable pero serio. Percibo que esta mujer no derrocha las palabras.

—Sí. —Sonrío—. Por favor.

—Cosas tipo... Cordon Bleu —interviene Nathaniel, que está apoyado contra la cocina.

—¿Y qué sabes hacer? —Iris se seca las manos en un trapo de cuadros rojos—. Nathaniel dice que nada, pero eso no puede ser. —Dobla el trapo y me sonrío por primera vez—. ¿Qué sabes hacer?

Su penetrante y azul mirada me pone un poco nerviosa. Me estrujo el cerebro intentando pensar algo que sepa hacer.

—Pues... Sé hacer... hum... tostadas. Sí, tostadas.

—¿Tostadas? —Parece sorprendida—. ¿Solo tostadas?

—Y panecillos tostados —me apresuro a añadir—. Cualquier cosa que pueda meterse en la tostadora, vaya.

—Ya, pero yo me refiero a cocinar de verdad. —Cuelga el paño de una barra de acero y me presta más atención—. No sé... tortillas, por ejemplo. Seguro que sabes hacer tortillas.

Trago saliva y confieso:

—Pues no.

Iris me mira con una expresión de incredulidad tan evidente que noto que se me encienden las mejillas.

—Es que en el colegio nunca estudié economía doméstica —explico—. No me enseñaron a cocinar.

—Pero seguro que tu madre... o tu abuela... —Se interrumpe al ver que niego con la cabeza—. ¿Nadie?

Me muerdo el labio. Iris suelta un bufido, como si acabara de comprender la gravedad de la situación.

—De modo que no sabes cocinar absolutamente nada. ¿Y qué les has

prometido a los Geiger?

Ay, madre.

—Trish quería que programara los menús de toda la semana, así que... hum... le di una lista basada en esto. —Avergonzada, saco el arrugado menú de Maxim's de mi bolso y se lo doy.

—*Assemblé* de cordero estofado con cebollitas con costra de queso de cabra y *fondant* de patata, con guarnición de puré de espinacas y cardamomo —lee ella en voz alta con incredulidad.

Oigo una risotada; levanto la cabeza y veo a Nathaniel riendo a carcajadas.

—¡Era lo único que tenía a mano! —me defiendo—. ¿Qué iba a decir? ¿Palitos de pescado con patatas fritas?

—Viene a ser un pastel de carne picada con puré de patata, pero con truco. —Iris sigue examinando la hoja—. Eso puedo enseñártelo. Y la trucha estofada con almendras es bastante fácil... —Continúa leyendo, deslizando el dedo por la hoja, y al final levanta la vista con la frente arrugada—. Puedo enseñarte a preparar estos platos, Samantha. Pero si es verdad que nunca has cocinado, no va a ser nada fácil. —Mira a Nathaniel—. No estoy segura.

Al ver la cara que pone, me asusto. Por favor, que no diga que se echa atrás.

—Aprendo deprisa. —Me inclino hacia delante—. Y estoy dispuesta a esforzarme. Quiero aprender a cocinar, de verdad. —La miro con seriedad, intentando transmitir el mensaje: «Por favor. Lo necesito».

—Está bien —cede al fin—. Te enseñaré.

Abre un armario y saca una balanza, y yo aprovecho la ocasión para buscar un bolígrafo y un bloc en mi bolso. Cuando Iris se da la vuelta y me ve, sonrío y me pregunta:

—¿Para qué es eso? —Señala el bloc.

—Para tomar notas —explico.

Apunto la fecha y escribo: «Lección de cocina n.º 1»; lo subrayo y alzo la vista. Iris sacude lentamente la cabeza.

—No quiero que tomes notas, Samantha. A cocinar no se aprende tomando apuntes. Tienes que saborear. Sentir. Tocar. Oler.

—De acuerdo —digo, y asiento con la cabeza.

He de recordarlo. Destapo rápidamente el bolígrafo y escribo: «Cocinar = saborear, oler, sentir, etc.». Vuelvo a tapar el bolígrafo y levanto la mirada. Iris me contempla sin dar crédito a lo que ve.

—Saborear —dice, y me quita el bolígrafo y el bloc de las manos—. No escribir. Debes utilizar los sentidos. El instinto. —Destapa un cazo que humea sobre uno de los fogones y mete una cuchara en él—. Prueba esto.

Me llevo la cuchara a la boca, indecisa.

—Salsa de jugo de carne —digo enseguida—. ¡Deliciosa! —añado con educación.

Iris sacude la cabeza.

—No me digas lo que crees que es. Dime a qué sabe.

La miro, desconcertada. Es una pregunta difícil.

—Sabe a... salsa de jugo de carne.

Iris me observa sin mudar la expresión. Está esperando que yo diga algo más.

—Hum... ¿a carne? —Arriesgo.

—¿Qué más?

Tengo la mente en blanco. No se me ocurre nada más. A ver, es salsa de jugo de carne, ¿no? ¿Qué más se puede decir?

—Pruébala otra vez. —Iris no se rinde—. Esfuérzate más.

Me voy acalorando mientras busco algo que decir. Me siento como el niño tonto del fondo de la clase que no sabe recitar la tabla del dos.

—Carne... agua... —Intento por todos los medios pensar qué más hay en esa salsa—. ¡Harina! —exclamo tras una súbita inspiración.

—Samantha, no trates de identificar el sabor. Solo dime qué sensación tienes. —Me acerca la cuchara por tercera vez—. Vuelve a probarla. Y esta vez cierra los ojos.

¿Que cierre los ojos?

—Vale. —Me llevo la cuchara a los labios y cierro los ojos, obediente.

—A ver. ¿A qué sabe? —dice la voz de Iris—. Concéntrate en los sabores. En nada más.

Con los párpados muy apretados, aparto todo lo demás y me concentro en mi boca. Lo único que noto es el líquido caliente y salado en la lengua. Sal. Ya tengo un sabor. Y algo dulce... y... detecto otro sabor cuando trago.

Es como si aparecieran colores. Primero los más llamativos y evidentes, y luego los más suaves, que casi pasan inadvertidos...

—Es salado... y dulce... —digo despacio, sin abrir los ojos—. Y sabe a carne... y... ¿a frutas? ¿A cerezas?

Abro los ojos; me siento un poco desorientada. Iris me mira fijamente. De pronto veo a Nathaniel, que está detrás de ella y también me mira. Al verlo me aturullo un poco. Me doy cuenta de que saborear la salsa de jugo de carne con los ojos cerrados es algo bastante íntimo, y creo que no me gusta que me observen mientras lo hago.

Iris parece entenderme.

—Nathaniel —dice con brío—, vamos a necesitar ingredientes para preparar todos estos platos. —Escribe una larga lista y se la da—. Ve a buscarnos esto, por favor. —Cuando su hijo sale de la cocina, me mira con una sonrisa en los labios—. Eso ha estado mucho mejor.

—Caramba, ¿ya está? —pregunto, esperanzada, y ella echa la cabeza hacia atrás y ríe.

—Todavía no, cariño, ni mucho menos. Toma, ponte un delantal. —Me da un delantal a rayas rojas y blancas, y me lo ato con cierta timidez.

—Le agradezco mucho que se haya ofrecido a ayudarme —digo, titubeante, mientras ella saca unas cebollas y unas hortalizas de color naranja que no sé identificar.

—Me gustan los desafíos. —Me mira, y sus ojos centellean—. Aquí me aburro. Nathaniel lo hace todo por mí. A veces se pasa.

—Ya, pero... Usted ni siquiera me conocía...

—Me gustó lo que me contó Nathaniel. —Saca una pesada tabla de picar de madera—. Me explicó cómo saliste del apuro la otra noche. Hace falta moral.

—Algo tenía que hacer. —Sonrío, compungida.

—Y conseguiste que te aumentaran el sueldo. Genial. —Sonríe, y unas finas arrugas aparecen alrededor de sus ojos—. Trish Geiger está chiflada.

—A mí me cae bien —digo con lealtad.

—A mí también —coincide Iris—. Ha ayudado mucho a Nathaniel. Pero ya te habrás percatado de que no tiene dos dedos de frente. —Lo dice con tanta naturalidad que me dan ganas de reír. La observo mientras pone una

enorme y reluciente cazuela encima de los fogones; luego se da la vuelta, me mira y se cruza de brazos—. Así que los has engañado del todo.

—Sí. —Sonrío—. No tienen ni idea de quién soy.

—¿Y quién eres?

Su pregunta me pilla completamente desprevenida. Despego los labios, pero no articulo ningún sonido.

—¿De verdad te llamas Samantha?

—¡Pues claro! —contesto, asombrada.

—Perdona que haya sido tan directa. —Iris hace un gesto de disculpa con la mano—. Pero entiéndelo: una chica aparece de la nada en medio del campo y acepta un trabajo para el que no está preparada... —Hace una pausa, como si eligiera las palabras—. Nathaniel dice que acabas de salir de una relación difícil.

—Sí —murmuro con la cabeza agachada. Noto la astuta mirada de Iris evaluándome.

—No te apetece hablar de eso, ¿verdad?

—No, la verdad es que no.

Levanto la cabeza y veo comprensión en sus ojos.

—Tranquila, no me importa. —Coge un cuchillo y prosigue—: Vamos a empezar. Remángate, recógete el pelo y lávate las manos. Voy a enseñarte cómo se pica una cebolla.

Pasamos todo el fin de semana cocinando.

Aprendo a cortar una cebolla, darle la vuelta y hacer con ella pequeños dados. Aprendo a picar hierbas con un cuchillo de hoja redonda. Aprendo a frotar trozos de carne con harina y jengibre molido, y luego a ponerlos en una sartén de hierro muy caliente. Me entero de que la masa hay que hacerla rápido, con las manos frías y la ventana abierta. Aprendo el truco de escaldar las judías verdes en agua hirviendo antes de saltearlas con mantequilla.

Hace una semana ni siquiera sabía qué significaba «saltear».

En los descansos, me siento en el escalón de la puerta trasera con Iris y observo a las gallinas, que escarban en el suelo, mientras bebo café recién hecho acompañado de un pastelillo de cabello de ángel, o un sándwich de

queso con lechuga y pan casero.

—Toma y disfruta —me dice Iris cada vez al darme mi parte; luego sacude la cabeza, exasperada, cuando yo empiezo a comer—. No tan deprisa. ¡Tómate tu tiempo! ¡Saborea la comida!

El domingo por la tarde, con la paciente orientación de Iris, hago pollo asado con relleno de salvia y cebollas, brécol al vapor, zanahorias al aroma de comino y patatas asadas. Cuando saco la inmensa fuente de asar del horno, me detengo un momento y aspiro el aire caliente y aromático. Jamás había olido nada tan hogareño. El pollo está dorado; la piel, crujiente y quebradiza, salpicada de pimienta que yo misma he molido; el jugo todavía chisporrotea en la fuente.

—Ahora toca preparar la salsa —dice Iris desde el otro extremo de la cocina—. Saca el pollo, ponlo en el plato y tápalo. Hay que mantenerlo caliente... Ahora inclina la fuente. ¿Ves esos grumos de grasa que flotan en la superficie? Tienes que retirarlos con una cuchara.

Ella está terminando el postre de ciruelas. Lo unta con mantequilla y lo mete en el horno; luego coge un trapo y limpia la superficie. Llevo todo el día observándola: se mueve por la cocina con agilidad y precisión, probando de aquí y de allá, y da la impresión de que lo tiene todo controlado. No hay sensación de pánico. Todo es como debe ser.

—Muy bien. —Ahora está a mi lado, vigilando mientras yo bato la salsa—. Sigue así, enseguida se espesará...

No puedo creer que esté haciendo salsa de jugo de carne.

Y no es solo eso, sino que, además, está quedando bien, como todo lo demás. Los ingredientes obedecen. La mezcla del caldo de pollo, los jugos de la cocción y la harina se está convirtiendo en un líquido uniforme y aromático.

—¡Muy bien! —me anima Iris—. Ahora tienes que colarlo... y verterlo en esta jarrita caliente. ¿Has visto qué fácil?

—Creo que eres mágica —digo sin rodeos—. Por eso aquí todo sale tan bien. Eres una hechicera de la cocina.

—¡Una hechicera de la cocina! —Ríe—. Me gusta. Venga, quítate el delantal. Ha llegado el momento de la recompensa. —Se desata el delantal y tiende una mano para que le dé el mío—. ¿Ya está puesta la mesa, Nathaniel?

Nathaniel ha estado entrando y saliendo de la cocina todo el fin de semana, y yo me he acostumbrado a su presencia. La verdad es que he estado tan concentrada cocinando que apenas me he fijado en él. Ahora está poniendo en la mesa de madera unos manteles individuales, cubiertos antiguos con mango de hueso y servilletas a cuadros.

—Vino para las cocineras —dice Iris. Saca una botella de la nevera y la abre. Me sirve una copa, y luego señala la mesa—. Siéntate, Samantha. Ha sido un fin de semana de trabajo intenso. Debes de estar destrozada.

—No, no. Estoy muy bien —respondo automáticamente. Pero cuando me siento en la silla, me doy cuenta de lo agotada que estoy. Cierro los ojos y noto cómo me relajo por primera vez en todo el día. Me duelen los brazos y la espalda, de tanto picar y batir. Mis sentidos han sido bombardeados con olores, sabores y nuevas sensaciones.

—¡No te duermas! —La voz de Iris me devuelve de golpe al presente—. ¡Esto es el premio a nuestro trabajo! Nathaniel, cariño, pon el pollo asado de Samantha aquí. Puedes cortarlo.

Abro los ojos y veo a Nathaniel depositando en la mesa la fuente de servir con el pollo asado. Cuando vuelvo a verlo, crujiente, dorado y succulento, siento una nueva oleada de orgullo. Mi primer pollo asado. Me dan ganas de hacerle una fotografía.

—No pretenderás que me crea que esto lo has cocinado tú, ¿verdad? —dice Nathaniel con fingida incredulidad.

Ja, ja, ja. Sabe muy bien que lo he hecho yo. Pero no puedo evitar sonreír.

—Sí, es un pollo que atrapé ayer en el patio... —Me encojo de hombros—. Son cosas que hacemos las cocineras Cordon Bleu.

Nathaniel lo trincha con destreza, y su madre reparte las verduras. Cuando todos estamos servidos, Iris se sienta y alza su copa.

—Por ti, Samantha. Lo has hecho estupendamente.

—Gracias. —Sonrío, y cuando estoy a punto de dar un sorbo de vino, advierto que los otros dos no se han movido.

—Y por Ben —añade Iris en voz baja.

—Los domingos siempre recordamos a mi padre —aclara Nathaniel.

—Ah. —Vacilo un momento, y luego levanto mi copa.

—Bueno. —Iris sonrío y deja la copa en la mesa—. Ha llegado la hora de

la verdad. —Coge un trocito de pollo, y me quedo mirando cómo lo mastica. Intento disimular mi nerviosismo—. Muy bueno —dice por fin—. Buenísimo, de verdad.

No puedo impedir que una sonrisa me ilumine el rostro.

—¿En serio? ¿Está bueno?

Iris levanta su copa otra vez y dice:

—Va en serio. El pollo asado ya lo tienes en el bolsillo.

Sentada en la penumbra del anochecer, escucho hablar a los otros y como, sin decir gran cosa. Me cuentan historias sobre Eddie y Trish, de cuando intentaron comprar la iglesia del pueblo y convertirla en casa de huéspedes, y no puedo contener la risa. Nathaniel me explica sus planes para el jardín de los Geiger y dibuja un boceto de la avenida de tilos que diseñó en Marchant House. A medida que se anima, va dibujando cada vez más deprisa, y el cabo de lápiz que utiliza resulta pequeño en su mano. Iris me ve observarlo admirada e indica una acuarela del estanque del pueblo que hay colgada en la pared.

—Eso lo pintó Ben. —Señala a Nathaniel y añade—: Se parece a su padre.

La atmósfera es relajada y agradable, muy diferente de la que reinaba en mi casa durante las comidas. Nadie habla por teléfono. Nadie va con prisas para llegar a otro sitio. Podría quedarme toda la noche aquí sentada.

Cuando estamos acabando de cenar, carraspeo y digo:

—Quiero darte las gracias otra vez, Iris.

—Me lo he pasado muy bien. —Coge una cucharada de postre de ciruelas—. Siempre me ha encantado dar órdenes.

—Te lo digo en serio, estoy muy agradecida. No sé qué habría hecho sin ti.

—La semana que viene te enseñaré a preparar lasaña. ¡Y ñoqui! —Da un sorbo de vino y se seca los labios con la servilleta—. Haremos un fin de semana italiano.

—¿La semana que viene? —Me quedo mirándola—. Pero...

—No pensarás que has terminado, ¿verdad? —Ríe a carcajadas—. ¡Si no

hemos hecho más que empezar!

—Pero... No puedo acapararte todos los fines de semana...

—Todavía no te he dado el título —replica ella con fingida aspereza—. Así que no tienes alternativa. A ver, ¿con qué más necesitas ayuda? ¿Con la limpieza? ¿Con la colada?

Me abochorno un poco. Es evidente que Iris sabe exactamente el lío que me hice ayer.

—No tengo muy claro cómo se usa la lavadora —confieso.

—Nos ocuparemos de eso. —Asiente y continúa—: Me acercaré a la casa cuando ellos no estén y le echaré un vistazo.

—Y tampoco sé coser botones...

—Botones. —Coge una hoja de papel y un lápiz y escribe mientras mastica—: ¿Sabes hacer dobladillos?

—Hum...

—Dobladillos. —Lo anota—. ¿Y la plancha? —Levanta la cabeza, atenta—. Seguro que has tenido que planchar. ¿Cómo te las has ingeniado con eso?

—Le envió la ropa a Stacey Nicholson —confieso—. Vive en el pueblo. Me cobra tres libras por cada camisa.

—¿Stacey Nicholson? —Iris deja el lápiz—. ¿Esa cabeza hueca?

—En el anuncio aseguraba que era una lavandera con gran experiencia.

—¡Pero si tiene quince años! —Retira la silla, horrorizada—. No puedes pagar a Stacey Nicholson para que te planche la ropa, Samantha. Debes aprender a hacerlo tú.

—Es que nunca...

—Yo te enseñaré. Todo el mundo puede planchar. —Mete un brazo en una habitacioncita, saca una vieja tabla de planchar forrada con tela de flores y la monta. Luego me hace señas para que me acerque—. ¿Qué tienes que planchar?

—Camisas del señor Geiger, sobre todo —contesto, y me pongo a su lado, nerviosa, frente a la tabla.

—Muy bien. —Iris enchufa la plancha y gira el mando selector—. Caliente, para algodón. Espera a que se caliente. No tiene sentido empezar hasta que haya alcanzado la temperatura adecuada. Y ahora te mostraré cómo se plancha una camisa... —Empieza a buscar, con el entrecejo fruncido, en

un montón de ropa limpia que hay en la habitacioncita contigua—. Camisas... camisas... Nathaniel, quítate la camisa un momento.

Me pongo tensa. Miro a Nathaniel y veo que él también se ha puesto tenso.

—¡Mamá! —protesta, y ríe.

—Va, no seas ridículo —dice Iris con impaciencia—. Quítate la camisa un momento. No pasa nada, hombre. ¿Verdad que no te importa, Samantha?

—Hum... no, claro que no. —¿Qué voy a decir?

—Mira, esto es el vapor. —Aprieta un botón de la plancha, y sale un chorro de vapor—. Tienes que comprobar que haya agua en el depósito. ¡Nathaniel! ¿A qué esperas?

A través del vapor, veo a Nathaniel desabrochándose poco a poco la camisa. Veo un trozo de piel tersa y bronceada, y bajo rápidamente la mirada.

«Pareces una adolescente», me digo. Muy bien, se está quitando la camisa. ¿Y qué?

Nathaniel le lanza la camisa a su madre, que la atrapa con destreza. Yo tengo la vista clavada en el suelo. No pienso mirarlo.

No pienso mirarlo.

—Empieza por el cuello... —Iris está alisando la camisa encima de la tabla—. No se trata de apretar fuerte. —Guía mi mano a medida que la plancha se desliza sobre la tela—. Pásala con suavidad...

Esto es absurdo. Soy una mujer adulta y madura. Puedo mirar a un hombre sin camisa sin desmoronarme. Lo que haré será... echarle un vistazo, como si nada. Sí. Y dejarme de tonterías.

—Y ahora, el canesú. —Iris le da la vuelta a la camisa sobre la tabla y yo sigo planchando—. Muy bien... Ahora los puños...

Levanto el faldón de la camisa para girarlo, y al hacerlo, levanto la vista, sin querer y queriendo.

Cielo santo.

No estoy segura de que mi plan de dejarme de tonterías vaya a funcionar.

—¿Samantha? —Iris me quita la plancha de la mano—. ¡Vas a quemar la camisa!

—¡Oh! —Vuelvo a la realidad—. Lo siento... Me he... desconcentrado.

—Tienes las mejillas muy coloradas. —Me pone una mano en la cara—.

¿Te encuentras bien, querida?

—Debe de ser... el vapor. —Sigo planchando. Me arde el rostro.

Iris continúa dándome instrucciones, pero no oigo ni una sola palabra. Mientras muevo a ciegas la plancha hacia delante y hacia atrás, pienso de forma obsesiva en a) Nathaniel, b) Nathaniel sin camisa, y c) si Nathaniel tiene novia.

Al final cojo la camisa recién planchada, que ha quedado perfecta, con todos los pliegues en su sitio.

—¡Muy bien! —Me felicita Iris, y aplaude—. Con un poco de práctica, podrás hacerlo en cuatro minutos.

—Está muy bien —coincide Nathaniel estirando un brazo, y sonrío—. Gracias.

—¡De nada! —consigo decir con un chillido estrangulado, y desvío rápidamente la mirada, con el corazón martilleándome en el pecho.

Genial. Esto es genial. Un solo vistazo a su torso desnudo y me enamoro de él.

La verdad, me tenía por una persona un poco más profunda.

trece

Nathaniel no tiene novia.

Esa información se la sonsaqué a Trish anoche, con la excusa de que me contara chismes acerca de los vecinos. Por lo visto había una chica en Gloucester, pero eso terminó hace meses. El camino está despejado. Lo único que he de hacer es diseñar una estrategia.

A la mañana siguiente, mientras me ducho y me visto, no puedo dejar de pensar en Nathaniel. Advierto que he dado un salto hacia atrás y me estoy comportando como una adolescente de catorce años; seguramente dentro de poco estaré dibujando corazones atravesados por flechas sobre las iniciales «S y N». Pero no me importa. Al fin y al cabo, siendo una profesional madura y sensata tampoco me fueron muy bien las cosas.

Me cepillo el pelo mientras contemplo los verdes y neblinosos prados, y siento una alegría inexplicable. No tengo ningún motivo para sentirme tan feliz. Sobre el papel, la situación sigue siendo catastrófica. Mi prometedora carrera ha fracasado. Mi familia no tiene ni idea de dónde estoy. Estoy ganando una miseria comparado con lo que ganaba antes, por hacer un trabajo que consiste, entre otras cosas, en recoger del suelo la ropa interior sucia de otras personas.

Y, sin embargo, no puedo evitar tararear una melodía mientras hago mi cama.

Mi vida ha cambiado, y yo estoy cambiando también. Es como si la Samantha de antes, convencional y monocromática, se hubiera convertido en una muñeca de papel. La he lanzado al agua y se está deshaciendo. Y en su lugar hay una nueva Samantha. Una Samantha con posibilidades.

Nunca le he ido detrás a ningún hombre. Pero hasta ayer tampoco había

rociado un pollo con jugo mientras se asaba. Si puedo hacer eso, también puedo invitar a salir a un hombre, ¿no? La otra Samantha se habría recostado en el asiento y habría esperado a que se le acercaran, pero la nueva, no. He visto muchos programas de citas por televisión, y conozco las normas. Funciona todo a base de miradas, lenguaje corporal y conversaciones de coqueteo.

Me pongo delante del espejo y, por primera vez desde que llegué aquí, examino mi aspecto con mirada sincera y serena.

Lo lamento de inmediato. Era mejor la ignorancia.

Para empezar, ¿cómo va a sentarle bien a nadie un uniforme azul de nailon? Cojo un cinturón, me lo abrocho alrededor de la cintura y tiro del uniforme hasta que la falda sube unos cuatro dedos, como hacía cuando iba al colegio.

—Hola —le digo a mi reflejo, y me retiro el cabello con aire despreocupado—. Hola, Nathaniel. Hola, Nat.

Ahora solo necesito un montón de perfilador de ojos negro mal aplicado, y seré una copia idéntica de cuando tenía catorce años.

Cojo mi bolsito de pinturas y paso unos diez minutos poniéndome y quitándome maquillaje, hasta que consigo algo que parece natural y sutil, aunque definido. O hasta que he desperdiciado diez minutos. No tengo ni idea.

Y ahora, a lo del lenguaje corporal. Frunzo la frente intentando recordar las normas que he oído en la televisión. Si una mujer se siente atraída por un hombre, se le dilatan las pupilas. Además, se inclina hacia delante sin darse cuenta, le ríe las gracias, y expone las muñecas y las palmas de las manos.

Me inclino hacia el espejo, experimentalmente, y pongo las palmas de las manos hacia arriba.

Parezco Jesucristo.

Probaré añadiendo una risa coqueta.

—Ja, ja, ja —exclamo—. ¡Me parto, me parto!

Ahora parezco Jesucristo después de fumarse un porro.

No sé si esto va a aumentar mis posibilidades.

Voy abajo, descorro las cortinas para que entre la luz del sol y recojo el correo del felpudo. Me pongo a hojear *Cotswold Property Magazine* para ver cuánto vale una casa por aquí cuando suena el timbre de la puerta. Fuera hay un tipo con uniforme y un sujetapapeles en la mano; detrás de él, en el camino de la casa, hay una furgoneta.

—Una entrega de Gran Chef Utensilios de Cocina —dice—. ¿Dónde quiere que deje las cajas?

—Ah, vale —digo con aprensión—. En la cocina, por favor. Gracias.

Gran Chef Utensilios de Cocina. Debe de ser para mí, la cocinera profesional. Confiaba en que tardara unos días más en llegar.

—¿Qué es esa furgoneta, Samantha? —pregunta Trish, bajando por la escalera con bata y zapatillas de tacón—. ¿Son flores?

—¡Es el menaje de cocina que pidió para mí! —No sé cómo, pero logro adoptar un tono entusiasta.

—¡Estupendo! ¡Por fin ha llegado! —Trish me mira, feliz—. ¡Ahora podrás deslumbrarnos a todos con tus platos! Para esta noche tenemos pargo al horno con juliana de verduras, ¿no?

—Pues... ¡sí! —Trago saliva—. Sí, creo que sí.

—¡Cuidado!

Trish y yo nos apartamos para dejar pasar a dos empleados cargados de paquetes. Los sigo a la cocina y contemplo el montón de cajas, cada vez más enorme, sin dar crédito a lo que ven mis ojos. ¿Cuántos artículos encargaron los Geiger?

—Ya lo verás, te compramos de todo —dice Trish, como si me hubiera leído el pensamiento—. ¡Venga! ¡Ya puedes empezar a sacar cosas! ¡Seguro que estás impaciente!

Cojo un cuchillo y comienzo a abrir la primera caja, mientras Trish rasga el plástico de otra con sus afiladas uñas. Tras apartar los cacahuets de espuma y las burbujas de plástico, extraigo un artilugio reluciente de acero inoxidable. ¿Qué demonios es? Me apresuro a leer la etiqueta del lateral de la caja, «MOLDE SAVARÍN».

—¡Un molde savarín! —exclamo—. Qué maravilla. Justo lo que quería.

—De eso solo hemos comprado ocho —dice Trish con preocupación—. ¿Habrá suficientes?

—Pues... —Lo miro con resignación—. Sí, serán suficientes.

—Y ahora, las sartenes. —Trish ha destapado una caja de relucientes sartenes de aluminio y me enseña una, expectante—. Nos dijeron que estas eran las mejores. ¿Estás de acuerdo? ¿Qué opinas tú como experta cocinera?

Miro la sartén. Está nueva, y brilla. Es lo único que puedo decir.

—Déjeme ver —digo con tono profesional. La cojo y la sopeso; luego la levanto, examino la base, deslizo un dedo por el borde y, por si acaso, le doy a la superficie con una uña, para ver cómo suena—. Sí, es de gran calidad —concluyo al fin—. Las eligieron muy bien.

—¡Menos mal! —Trish, encantada, busca en otro embalaje—. ¡Mira esto! —Aparta la espuma para mostrarme un aparato de forma extraña con un asa de madera—. ¡Nunca había visto un cacharro de estos! ¿Qué es, Samantha?

Me quedo contemplándolo en silencio. ¿Qué demonios será eso? Parece un cruce entre un colador, un rallador y un batidor. Busco rápidamente la etiqueta de la caja, pero la han arrancado.

—¿Qué es? —repite Trish.

Venga. Soy una cocinera profesional. Es evidente que sé qué es.

—Esto se utiliza para realizar una técnica culinaria muy especializada. Muy especializada.

—Pero ¿para qué sirve? —Trish me mira de hito en hito—. ¡Enséñamelo! Me pone el mango en la mano.

—Bueno. —Agarro el artilugio—. Es una especie de... movimiento... rotatorio... circular. Hay que dejar la muñeca muerta... —Agito el aparato varias veces seguidas—. Más o menos así. Es difícil hacerlo sin... trufas.

¿Trufas? ¿De dónde he sacado eso?

—La próxima vez que lo use, la avisaré —añado, y dejo el aparato en la encimera.

—¡Sí, por favor! —Trish está embelesada—. ¿Y cómo se llama?

—Yo siempre lo he llamado... batidor de trufas. Pero es posible que tenga otro nombre. ¿Quiere que le prepare una taza de café? —añado rápidamente—. Ya vaciaré las cajas más tarde.

Pongo agua a hervir, cojo la cafetera, miro por la ventana y veo a

Nathaniel cruzando el jardín a grandes zancadas.

Dios mío. Alerta roja. De pronto vuelvo a ser la adolescente enamorada.

No puedo quitarle los ojos de encima. Lleva unos vaqueros viejos y desteñidos y el sol le arranca reflejos a su leonado cabello. Mientras lo miro, él recoge un saco inmenso lleno de algo, lo gira con facilidad con sus fuertes brazos y lo vacía sobre algo que podría ser un montón de abono orgánico.

De pronto me lo imagino levantándome en brazos. Haciéndome girar con facilidad con sus fuertes brazos. Hombre, no puedo pesar mucho más que un saco de patatas...

—¿Cómo has pasado el fin de semana, Samantha? —me interrumpe Trish—. ¡Casi no te hemos visto! ¿Fuiste al pueblo?

—Fui a casa de Nathaniel —contesto sin pensarlo.

—¿A casa de Nathaniel? —Parece sorprendida—. ¿El jardinero? ¿Qué fuiste a hacer allí?

Comprendo de inmediato el grave error que acabo de cometer. No puedo decir: «A que me dieran clases de cocina». Me quedo mirándola como atontada durante unos segundos, intentando encontrar un pretexto convincente.

—Pues... bueno, en realidad solo fui a saludarlo —digo al fin, y percibo que se ha notado que estaba cortada. Y también que me estoy ruborizando.

De pronto Trish abre mucho los ojos y exclama:

—¡Ah, ya lo entiendo! ¡Qué adorable!

—¡No! —me apresuro a aclarar—. No crea que... En serio, no...

—¡No te preocupes! —me interrumpe con mucho énfasis—. No diré ni una sola palabra de esto. Soy la discreción personificada. —Se lleva un dedo a los labios y agrega—: Puedes confiar en mí.

Antes de que yo pueda decir nada más, Trish coge su café y sale. Me siento en medio de las cajas y los utensilios de cocina, y me pongo a jugar con el batidor de trufas.

Ha sido un poco bochornoso. Pero supongo que en realidad no importa. Siempre que Trish no le diga ninguna indiscreción a Nathaniel.

Entonces me doy cuenta de que soy estúpida. Claro que le dirá alguna indiscreción. Seguro que le suelta alguna sutil insinuación. Y entonces quién sabe qué pensará él. Eso podría dar lugar a una situación muy embarazosa.

Eso podría estropearlo todo.

Tengo que ir y explicarle la situación a Nathaniel. Decirle que Trish me ha interpretado mal, que no estoy enamorada de él ni nada parecido.

Y mientras tanto, evidentemente, dejarle claro que sí lo estoy.

Hago un esfuerzo enorme y espero. Preparo el desayuno de Trish y Eddie, guardo todos los utensilios de cocina nuevos, mezclo un poco de aceite de oliva y ralladura de limón, y pongo los filetes de pargo a marinar, tal como me enseñó Iris.

Luego me subo un poco más la falda del uniforme, me aplico un poco más de perfilador y salgo al jardín con un cestito que he encontrado en la despensa. Si Trish me pregunta qué estoy haciendo, le diré que recogiendo hierbas para cocinar.

Tras pasear un rato por el jardín, encuentro a Nathaniel en el huerto que hay detrás del muro; está subido a una escalerilla, atando una cuerda alrededor de un árbol. Camino hacia él y de pronto empiezo a notar un ridículo nerviosismo. Tengo la boca seca y... ¿verdad que me tiemblan un poco las piernas?

Dios mío, ¿dónde está mi aplomo? Se supone que una mujer que ha trabajado de abogada durante siete años está mejor preparada. Pasando de los nervios lo mejor que puedo, voy hacia la escalerilla, me aparto el cabello de la cara y sonrío a Nathaniel mientras procuro no cerrar los ojos, pese a que el sol me deslumbra.

—¡Hola!

—Hola. —Nathaniel mira hacia abajo y sonrío—. ¿Cómo va todo?

—Muy bien, gracias. Mucho mejor. Todavía no ha habido ningún desastre.

Hay una pausa. De pronto me doy cuenta de que me estoy fijando demasiado en las manos de Nathaniel mientras él ata la cuerda.

—Buscaba un poco de... romero. —Señalo el cesto—. ¿Tienes romero?

—Claro. Te cortaré un poco.

Baja de un salto de la escalera, y echamos a andar por el sendero hacia el herbario.

Aquí, lejos de la casa, hay un silencio total. Solo se oye el zumbido de algún insecto y el crujido de la grava del camino. Intento pensar en algo poco profundo que decir, pero tengo la mente en blanco.

—Hace calor —consigo articular al fin.

Genial, tía.

—Ajá.

Él asiente con la cabeza y salta con agilidad por encima del muro de piedra al herbario. Trato de seguirlo dando un salto, pero se me engancha un pie en el muro. Mierda.

—¿Estás bien? —me pregunta Nathaniel.

—Sí, sí —contesto con una sonrisa, aunque el pie me duele un montón—. ¡Qué hierbas tan bonitas! —Contemplo el jardín con sincera admiración. Tiene forma hexagonal, y hay pequeños senderos entre las diferentes secciones—. ¿Lo has hecho tú? Es increíble.

—Gracias. Sí, no ha quedado mal. —Sonríe—. Bueno. Tu romero.

Saca unas tijeras de podar de una especie de pistolera de cuero y se pone a cortar ramitas de un arbusto verde oscuro con pinchos.

Empiezo a notar los acelerados latidos de mi corazón. Tengo que decir lo que he venido a decir.

—Hum... ¿Sabes qué? Es muy raro, pero... —Comienzo con tono despreocupado mientras acaricio las aromáticas hojas de una frondosa planta — ¡Trish se ha hecho una idea equivocada respecto a nosotros dos! Por lo visto cree que nos hemos... Ya sabes.

—Ah. —Nathaniel asiente, pero no me mira.

—Lo cual es... ¡ridículo, claro! —añado, y río.

—Ajá. —Corta unos tallos más de romero y me los enseña—. ¿Es suficiente con esto?

¿Ajá? ¿Y ya está? ¿Eso es lo único que tiene que decir sobre el tema?

—No; necesito un poco más —respondo, y él se vuelve de nuevo hacia el arbusto—. ¿Verdad que es absurdo? —continúo a la desesperada, intentando sonsacarle una respuesta como Dios manda.

—Sí, claro. —Nathaniel me mira por fin a los ojos, con la bronceada frente fruncida—. Es lógico que todavía no quieras empezar ninguna relación. Esa mala experiencia es demasiado reciente.

Lo miro sin comprender. ¿Qué demonios...?

Ah, sí. Mi mala experiencia.

—Exacto —digo tras una pausa—. Claro.

Maldita sea.

¿Por qué me inventaría lo de la mala experiencia? ¿En qué estaría pensando?

—Aquí está el romero. —Me pone un aromático ramillete en las manos—. ¿Necesitas algo más?

—Hum... ¡sí! —digo rápidamente—. Un poco de menta. ¿Tienes?

Lo observo mientras él se mueve con cuidado entre las hileras de hierbas hasta donde crece la menta, en unos grandes contenedores de piedra.

—En realidad... —Hago todo lo posible para que mi voz suene despreocupada—. En realidad esa relación no fue tan desagradable. De hecho creo que ya lo he superado.

Nathaniel levanta la cabeza y hace pantalla con una mano.

—¿Has superado una relación de siete años en una semana?

Hombre, ahora que lo pienso, sí, parece un poco inverosímil. Busco algo con que arreglarlo.

—Tengo una gran capacidad de recuperación —digo al fin—. Soy... como de goma.

—Como de goma —repite él con gesto indescifrable.

¿Habré escogido mal la palabra? No. Venga, la goma es sexy.

Nathaniel añade unos tallos de menta al romero que tengo en las manos. Me mira como si intentara comprenderme.

—Mi madre dice... —Se interrumpe, como si tuviera vergüenza.

—¿Qué? —pregunto, intrigada. ¿Han estado hablando de mí?

—Mi madre se preguntaba si te habrían... maltratado. —Desvía la mirada y añade—: Como estás tan tensa y nerviosa...

—¡Yo no estoy tensa y nerviosa! —desmiento de inmediato.

Creo que mi respuesta ha sido un poco tensa y nerviosa.

—Es que soy nerviosa por naturaleza —explico—. Pero no me maltrataron ni nada parecido. Lo que pasa es que... me sentía... atrapada.

Me sorprende esa palabra.

Recuerdo cómo era mi vida en Carter Spink. Había semanas en que

prácticamente vivía en el despacho. Me llevaba un montón de trabajo a casa. Contestaba e-mails a todas horas. Quizá sea verdad que me sentía un poco atrapada.

—Pero ya estoy bien. —Me echo el cabello hacia atrás—. Lista para seguir adelante... y empezar una nueva relación... o algo más informal, lo que sea...

Me conformaría con un ligue de una noche...

Levanto la cabeza y lo miro, esforzándome por dilatar mis pupilas; por si acaso, alzo distraídamente una mano y me la llevo a la oreja. Hay un silencio tirante, interrumpido solo por el zumbido de los insectos.

—No debes precipitarte —dice Nathaniel.

Se aparta de mí sin mirarme a los ojos y se pone a examinar las hojas de una mata.

Noto algo raro en su espalda, una especie de torpeza. De pronto lo entiendo y me ruborizo. Me está rechazando. No quiere salir conmigo.

¡Socorro! Esto es horrible. Aquí estoy, con la falda del uniforme subida y los ojos pintados, poniendo en práctica todos los trucos de lenguaje corporal que conozco, ofreciéndome a él en bandeja, por así decirlo... Y él intenta transmitirme que no le intereso.

Me muero de vergüenza. Tengo que irme de aquí. Tengo que alejarme de él.

—Tienes razón —digo, aturullada—. Es demasiado pronto para pensar en eso. De hecho, sería una idea nefasta. Lo que he de hacer es concentrarme en mi nuevo trabajo. Cocinar y... y... esas cosas. Debo salir adelante. Gracias por las hierbas.

—De nada.

—Bueno, hasta luego.

Cojo el ramo de hierbas con más fuerza, giro sobre mis talones y salto el muro, esta vez sin engancharme el pie, y voy por el sendero de grava hacia la casa.

Qué bochorno. Si esta es mi nueva vida...

Es la última vez que me insinúo a un hombre. Mi antigua estrategia de esperar educadamente mientras pasaban de mí era muchísimo mejor.

En fin, no importa. Es mejor así. Porque tengo que concentrarme en el trabajo. En cuanto llego a la casa, monto la tabla de planchar, enchufo la plancha, enciendo la radio y me preparo una taza de café bien fuerte. A partir de ahora, este va a ser mi objetivo: realizar las tareas programadas para cada día. Nada de soñar con el jardinero. Me pagan por hacer un trabajo y voy a hacerlo.

A media mañana ya he planchado diez camisas, he puesto una lavadora y he pasado el aspirador por la veranda. A la hora de comer he quitado el polvo y pasado el aspirador por todas las habitaciones de la planta baja, y he limpiado todos los espejos con vinagre. A la hora del té he puesto otra lavadora, he cortado en juliana las verduras en el robot de cocina, he medido la cantidad de arroz salvaje que voy a cocer al vapor y he preparado con mucho cuidado cuatro hojaldres para mis tartas de frutas, tal como me enseñó Iris.

A las siete he tirado a la basura una tanda de hojaldres quemados, he horneado otros cuatro, los he llenado de fresas y los he completado con mermelada de albaricoque caliente. He frito la juliana de verduras con aceite de oliva y ajo hasta que se ha ablandado. He escaldado las judías verdes. He metido el pargo en el horno. También he dado algunos sorbos del vermut que en teoría era para preparar el *coulis*, pero eso no viene al caso.

Tengo las mejillas coloradas, el corazón me late muy deprisa y me muevo por la cocina como a cámara rápida... pero estoy más o menos bien. De hecho, estoy casi eufórica. Aquí estoy, preparando yo solita una cena... ¡y ya casi he terminado! Aparte del problemilla con los champiñones. Pero no importa: están en el cubo de la basura.

He puesto la mesa con la mejor vajilla que he encontrado y he colocado velas en los candelabros de plata. Tengo una botella de Prosecco en la nevera y platos calientes esperando en el horno, y hasta he puesto el CD de canciones de amor de Enrique Iglesias de Trish en el equipo de música. Es como si estuviera organizando mi primera cena.

Con un agradable revoloteo en el estómago, me aliso el delantal, abro la puerta de la cocina y llamo:

—¿Señora Geiger? ¿Señor Geiger?

Lo que necesito es uno de esos enormes gongs.

—¿Señora Geiger? —insisto.

Pero no me contestan. Yo creía que ya estarían esperando detrás de la puerta. Vuelvo a la cocina, cojo un vaso y lo golpeo varias veces seguidas con un tenedor.

Nada. ¿Dónde se habrán metido?

Miro en las habitaciones de la planta baja, pero están todas vacías. Empiezo a subir la escalera con cautela.

A lo mejor están en el dormitorio haciendo... Quizá debería retirarme.

—¿Señora Geiger? —llamo con vacilación—. La cena está servida.

Doy unos pasos más y oigo voces provenientes del final del pasillo.

—¿Señora Geiger?

De pronto una puerta se abre de par en par.

—¿Para qué sirve el dinero? —Es la estridente voz de Trish—. ¡A ver! ¡Ya me dirás!

—¡No es necesario que te diga para qué sirve el dinero! —le grita Eddie.

—Es que no entiendes...

—¡Claro que lo entiendo! —replica, muy alterado—. ¡No me digas que no lo entiendo!

Vale, vale. Ya veo que no están con el libro ese, *El goce de amar*. Comienzo a retirarme de puntillas y sin hacer ruido, pero es demasiado tarde.

—¿Qué me dices de Portugal? —chilla Trish—. ¿Te acuerdas de eso? —Sale de la habitación dando zancadas, con un revuelo de color rosa, y al verme se para en seco.

—Hum... La cena está lista —balbuceo, con la vista clavada en la alfombra—. Señora.

—Si vuelves a mencionar el maldito Portugal una maldita vez más... —Eddie sale furioso.

—¡Eddie! —Lo corta Trish a la desesperada; luego me señala con la cabeza y dice—: *Pas devant*.

—¿Qué? —pregunta él frunciendo el entrecejo.

—*Pas devant les... les...*— Agita las manos, como si intentara conjurar la palabra que falta.

—¿*Domestiques*? —sugiero.

Trish me lanza una mirada glacial y se yergue.

—Estaré en mi habitación —anuncia.

—¡También es mi habitación! —replica Eddie rabioso, pero la puerta ya se ha cerrado de golpe.

—Hum... He preparado la cena... —Me arriesgo a decir, pero Eddie se dirige hacia la escalera sin hacerme ni caso.

Me siento muy turbada. Si no se comen el pargo pronto, quedará hecho una pena.

—¿Señora Geiger? —Llamo a la puerta—. Me preocupa que se estropee la cena...

—¿Y qué? —me contesta una voz amortiguada—. No tengo hambre.

Me quedo mirando la puerta sin dar crédito a mis oídos. Me he pasado todo el santo día preparándoles la cena. Ya está lista. Las velas están encendidas, los platos, en el horno. Ahora que no me vengán con que no tienen hambre.

—¡Deben comérsela! —protesto, y Eddie se detiene en mitad de la escalera.

La puerta del dormitorio se abre, y Trish asoma la cabeza, perpleja.

—¿Qué has dicho?

De acuerdo. He de estar más fina.

—Todos necesitamos comer —improviso—. Es una necesidad vital. ¿Por qué no aclaran sus diferencias mientras cenan? ¡O aplazan la discusión! Tómense una copa de vino, relájense y prometan no mencionar... Portugal.

Cuando pronuncio esa palabra, noto cómo Eddie echa chispas.

—No soy yo quien lo ha mencionado —gruñe—. Creía que ese tema estaba zanjado.

—Si lo he mencionado, es porque te has mostrado muy insensible... —La voz de Trish se agudiza; se enjuga una lágrima que se le ha escapado—. ¿Cómo crees que me siento? ¿Acaso crees que me gusta ser tu... trofeo?

¿Trofeo?

No puedo reír.

—Trish. —Para mi sorpresa, Eddie sube la escalera tan aprisa como se lo permite la barriga—. No vuelvas a decir eso. —La sujeta por los hombros y la mira con fiereza a los ojos—. Siempre hemos formado un equipo. Lo sabes muy bien. Desde Sydenham.

Primero Portugal y ahora Sydenham. Uno de estos días tengo que sentar a Trish con una botella de vino y sonsacarle toda la historia de su vida.

—Ya lo sé —susurra ella.

Mira a Eddie como si no existiera nadie más, y de pronto noto una punzada de emoción. Están enamorados de verdad. Veo cómo, poco a poco, el antagonismo va desapareciendo. Es como presenciar una reacción química en una probeta.

—Vamos a cenar —propone entonces Eddie—. Samantha tiene razón. Deberíamos cenar juntos. Sentarnos y hablar tranquilamente.

Me mira, y yo le sonrío, aliviada. Se lo agradezco de todo corazón. El pargo todavía debe de estar bueno... Solo he de poner la salsa en una jarrita y...

—Está bien —cede Trish sorbiéndose la nariz—. Samantha, hoy cenaremos fuera.

La sonrisa se hiela en mis labios. ¿Cómo dice?

—No hace falta que nos prepares nada —interviene Eddie, y me da unas palmaditas en el hombro—. ¡Puedes tomarte la noche libre!

¿Qué?

—Pero... ¡si ya tengo la cena hecha! —me apresuro a decir—. ¡Está todo a punto!

—Ah. Bueno, no importa. —Trish agita una mano—. Cómetela tú.

No. No. No pueden hacerme esto.

—¡Pero si está la mesa puesta! Pescado al horno... con juliana de verduras...

—¿Adónde podemos ir? —le pregunta Trish a Eddie sin hacerme caso—. ¿Quieres que miremos si hay mesa en el Mili House?

Me quedo allí plantada, estupefacta; Trish se mete en el dormitorio y Eddie la sigue. La puerta se cierra y me quedo en el rellano.

Me han arruinado la cena.

Cuando los oigo marcharse en el Porsche de Eddie, voy al comedor y empiezo a recogerlo todo. Me llevo las copas de cristal, doblo las servilletas y apago las velas. Después vuelvo a la cocina y contemplo todos mis platos,

listos para entrar en acción. Mi salsa, que todavía borbotea en el fuego. Mis adornos de rodajas de limón talladas. Estaba muy orgullosa de todo.

En fin, no hay nada que hacer.

Mis pargos se han quedado hechos una birria, pero pongo uno en un plato y me sirvo una copa de vino. Me siento a la mesa, corto un trozo y me lo acerco a la boca. Pero dejo el cuchillo y el tenedor en el plato sin probar el pescado. No tengo hambre.

He desperdiciado un día entero. Y mañana tendré que hacerlo todo otra vez. Solo de pensarlo, me dan ganas de taparme la cabeza con los brazos y no volver a alzarla jamás.

¿Qué hago aquí?

En serio, ¿qué estoy haciendo? ¿Por qué no salgo ahora mismo de esta casa y me subo a un tren con destino a Londres?

Estoy desplomada sobre la mesa cuando oigo unos débiles golpecitos en la puerta, que está abierta. Levanto la cabeza y veo a Nathaniel apoyado en la jamba, con la mochila colgada del brazo. Recuerdo la conversación que hemos mantenido esta mañana y siento vergüenza. Sin proponérmelo, giro un poco la silla y cruzo los brazos.

—Hola —digo con un leve encogimiento de hombros, como diciendo: «Si crees que me interesas, estás muy equivocado».

—He venido a ver si necesitabas ayuda. —Pasea la mirada por la cocina y ve los platos de comida intactos—. ¿Qué ha pasado?

—Ni lo han probado. Se han ido a cenar fuera.

Él me mira fijamente un momento; luego cierra los ojos y sacude la cabeza.

—Y tú llevas todo el día cocinando para ellos, ¿no?

—Es su comida. Es su casa. Pueden hacer lo que les apetezca.

Intento hablar con desenfado y naturalidad, pero en el fondo todavía estoy rabiosa. Nathaniel deja su mochila en el suelo, va hacia los fogones e inspecciona los pargos.

—Esto tiene buen aspecto.

—Tenía buen aspecto —corrijo—. Ahora parecen las sobras del pescado de ayer.

—Mi plato favorito. —Sonríe, pero yo no estoy de humor para devolverle

la sonrisa.

—Pues sírvete un poco —digo, y señalo el plato—. No va a comérselo nadie.

—Pues sí, es una lástima. —Se pone de todo, llenando su plato hasta arriba; luego se sirve una copa de vino y se sienta enfrente de mí.

Nos quedamos un momento callados. Ni siquiera lo miro.

—A tu salud —dice Nathaniel alzando la copa—. Felicidades.

—Gracias.

—En serio, Samantha. —Espera, paciente, hasta que yo levanto la mirada—. Tanto si se lo han comido como si no, esto es todo un logro. Joder, Samantha. —Hace una mueca y añade—: ¿Te acuerdas de la última cena que preparaste en esta cocina?

Compongo una sonrisa a regañadientes.

—Sí, el cordero aquel. Fue patético.

—Y los garbanzos. Eso nunca lo olvidaré. —Prueba el pescado y sacude la cabeza, incrédulo—. Está bueno, por cierto.

Recuerdo aquellos perdigones renegridos; me veo corriendo de un lado para otro en medio del caos; el merengue derramándose por el suelo... Y a pesar de todo, me dan ganas de reír. Hay que admitir que he aprendido algo desde aquel día.

—Mira —digo, desafiante—, aquella noche no habría tenido ningún problema si tú no hubieras insistido en ayudarme. Lo tenía todo controlado hasta que te metiste en medio.

Nathaniel deja el tenedor en el plato y sigue masticando. Se queda mirándome, y unas finas arrugas rodean sus azules ojos. Noto un revelador calor extendiéndose por mis mejillas, y cuando miro hacia abajo, veo que estoy con las manos apoyadas en la mesa y las palmas hacia arriba.

Y por si fuera poco, estoy inclinada hacia delante. Horror. Seguro que, además, tengo las pupilas dilatadísimas. Solo falta que me escriba en la frente «Me gustas» con rotulador.

Bajo rápidamente las manos a mi regazo, me enderezo y adopto un gesto inexpresivo. Todavía no he superado la vergüenza que he pasado esta mañana. Es más, podría aprovechar esta ocasión para decir algo.

—Bueno... —empiezo, y en ese momento Nathaniel también va a hablar.

—Di, di. —Coge otro pedazo de pescado—. Tú primero.

—Bueno. —Carraspeo—. Después de nuestra... conversación de esta mañana, solo quería decirte que tienes razón respecto a lo de las relaciones. Es evidente que todavía no estoy preparada para liarme con nadie. Ni para interesarme siquiera por nadie. En absoluto.

Ya está. Que se entere. No estoy segura de si ha sonado muy convincente, pero al menos he salvado un poco mi dignidad.

—¿Qué ibas a decir tú? —pregunto mientras le sirvo más vino.

—Iba a invitarte a salir —responde, y yo casi derramo el vino por la mesa.

¿Qué?

¿Ha funcionado el truco de las manos?

—Pero no te preocupes. —Da un sorbo de vino—. Lo entiendo.

He de dar marcha atrás. Y deprisa. Pero con sutilidad, para que él no note que estoy dando marcha atrás...

Bah, a la mierda. Seré incoherente. Soy una mujer, ¿no? Por lo tanto tengo derecho a ser incoherente.

—Nathaniel —me obligo a decir con calma—, me encantaría salir contigo.

—Vale —replica, imperturbable—. ¿Qué tal el viernes por la noche?

—Perfecto.

Sonrío, y de pronto me doy cuenta de que tengo hambre. Acercó el otro plato de pargo, cojo el cuchillo y el tenedor, y me pongo a comer.

catorce

Aguanto hasta el viernes por la mañana sin que haya ninguna calamidad grave. Al menos ninguna de la que tengan conocimiento los Geiger.

El martes hubo un pequeño desastre con el *risotto* de verduras, pero afortunadamente conseguí que la empresa de cátering me mandara un sustituto en el último momento. También hubo una camisola de color melocotón que habría debido planchar a una temperatura más baja. Además del jarrón Dartington que rompí mientras intentaba quitar el polvo con el accesorio del aspirador. Pero nadie se ha dado cuenta todavía de que ha desaparecido. Y el nuevo llegará mañana.

De momento, esta semana solo me he gastado doscientas libras, lo cual significa una inmensa mejora respecto a la semana pasada. Es posible que dentro de poco empiece a obtener beneficios.

Estoy tendiendo en el lavadero la ropa interior de Eddie, apartando de ella la mirada en la medida de lo posible, cuando oigo que Trish me llama.

—¡Samantha! ¿Dónde estás? —Parece malhumorada, y me asusto un poco. ¿Qué habrá descubierto?—. No puedo permitir que sigas paseándote así por la casa, —llega a la puerta del lavadero, sacudiendo con energía la cabeza.

—¿Cómo dice?

—Tu pelo. —Hace una mueca de disgusto.

—Ah, ya. —Me toco el mechón desteñido y también hago una mueca—. Este fin de semana iré a la peluquería para que me lo arreglen...

—Van a arreglártelo ahora —me interrumpe—. Ha venido mi superpeluquera.

—¿Ahora? —Me quedo mirándola—. Es que... he de pasar el aspirador.

—No voy a permitir que vayas hecha un adefesio. Ya recuperarás las horas más tarde. Y te descontaré el dinero del sueldo. Vamos. ¡Annabel está esperando!

Supongo que no tengo alternativa. Dejo el resto de los calzoncillos de Eddie encima del tendedero y la sigo escaleras arriba.

—Por cierto, quería comentarte una cosa —añade Trish con seriedad cuando llegamos al rellano—. Se trata de mi chaqueta de cachemira, la de color crema.

Mierda. Mierda. Ha descubierto que le he dado el cambiazo. Claro, es lógico. Debí comprender que Trish no podía ser tan idiota...

—No sé qué le has hecho. —Lanza una nube de humo y abre la puerta de su dormitorio—. Pero ha quedado preciosa. ¡La manchita de tinta que tenía en el dobladillo ha desaparecido por completo! ¡Está como nueva!

—Ah. —Sonrío, aliviada—. ¡Cuesta lo mismo hacer las cosas bien que hacerlas mal!

Entro con ella en el cuarto, donde una mujer delgada con melena rubia, vaqueros blancos y un cinturón de cadena dorada está montando una butaca en medio de la habitación.

—¡Hola! —Levanta la cabeza, cigarrillo en mano, y advierto que tiene unos sesenta años—. ¡Samantha! ¡Me han hablado mucho de ti!

Tiene la voz áspera y finas arrugas alrededor de los labios, y da la impresión de que le hayan soldado el maquillaje a la piel. Es igual que Trish, pero con quince años más. Camina hacia mí, me examina el cabello y tuerce la boca.

—¿Qué es todo esto? ¿Querías ver cómo te quedarían las mechas? —Se ríe de su propia broma con una estridente carcajada.

—Fue un accidente. Me lo hice con... lejía.

—¡Un accidente! —Me pasa los dedos por el pelo mientras chasquea la lengua—. Bueno, habrá que cambiar el color. Yo me decanto por un rubio intenso. No te importa volverte rubia, ¿verdad, cariño?

¿Rubia?

—Yo nunca he sido rubia —digo, alarmada—. No estoy segura de que...

—Te quedará de perlas. —Empieza a cepillarme el cabello.

—De acuerdo, pero que no sea demasiado rubio —me apresuro a decir—.

Que no sea... ya sabe, ese rubio platino falso y chabacano... —Mi voz se apaga poco a poco cuando reparo en que ellas dos tienen el cabello rubio platino falso y chabacano—. Bueno... —Trago saliva, pero no me atrevo a alzar la vista—. Como usted quiera. De verdad.

Me siento en la butaca, me ato una toalla alrededor de los hombros y procuro no encogerme cuando Annabel, enérgica, me aplica una pasta que huele a productos químicos en la cabeza y va esparciendo por ella un sinfín de trocitos de papel de aluminio.

Rubio. Pelo amarillo. Como las muñecas Barbie.

Dios mío. ¿Qué estoy haciendo?

—Creo que esto ha sido un error —digo de pronto, e intento levantarme de la butaca—. No sé si voy a gustarme con el pelo rubio...

—¡Relájate! —Annabel me empuja hacia abajo y me obliga a sentarme otra vez; luego me pone una revista en la mano. Detrás de ella, Trish está abriendo una botella de champán—. Vas a estar preciosa. Una muchacha tan guapa como tú debería cuidarse el cabello. Y ahora, léenos los signos.

—¿Los signos? —digo sin comprender.

—¡Los horóscopos! —Annabel chasquea la lengua—. Es un poco cortita, ¿no? —añade por lo bajo dirigiéndose a Trish.

—Sí, es un poco tonta —murmura Trish con disimulo—, pero es maravillosa con la ropa.

Así que esto es darse la gran vida. Sentarse con papel de aluminio en el pelo, bebiendo Buck's Fizz y leyendo revistas. No he leído ninguna revista, aparte de *The Lawyer*, desde que tenía unos trece años. Normalmente, cuando voy a la peluquería, me paso el rato escribiendo e-mails o releiendo contratos.

Pero no puedo relajarme y disfrutar. Me estoy inquietando cada vez más a medida que leo «Diez maneras de saber si tu bikini es demasiado pequeño». Cuando llego a «Romances reales de verano» y Annabel me está secando el pelo con secador y cepillo, tengo todo el cuerpo atenazado por el pánico.

Yo no puedo teñirme de rubio. Yo no soy rubia.

—¡Ya está!

Annabel me lanza una última ráfaga y apaga el secador. Se produce un

silencio. No me atrevo a abrir los ojos.

—¡Esto está mucho mejor! —Sentencia Trish, satisfecha.

Despacio, abro un ojo. Y luego abro el otro.

No tengo el pelo rubio.

Es de color caramelo. Es de color caramelo, cálido, y con mechass de color miel y unos finos hilos de oro aquí y allá. Cuando muevo la cabeza, lanza destellos.

Trago saliva varias veces, intentando controlarme. Hasta tengo ganas de llorar.

—No me creías, ¿verdad? —Annabel me mira por el espejo y arquea las cejas, con una sonrisa de satisfacción en los labios—. Creías que no sabía lo que estaba haciendo.

Es tan evidente que me ha leído el pensamiento que siento vergüenza.

—Es maravilloso —digo cuando recupero el habla—. Estoy... Muchas gracias.

Estoy extasiada por mi reflejo. No puedo quitarle los ojos de encima a mi nueva y reluciente imagen de color caramelo y miel. Ahora sí parezco viva. Tengo color.

Nunca volveré a ser como era antes. Jamás.

Lo que siento no es una alegría pasajera. Sigo sintiéndola cuando bajo y me pongo a pasar el aspirador por el salón. No pienso en otra cosa que en mi pelo. Cuando me acerco a cualquier superficie reluciente, me paro y me miro en ella, y me levanto el pelo para que vuelva a caer en forma de cascada de color caramelo.

Paso el aspirador por debajo de la alfombra. Me recojo el cabello y lo dejo caer. Paso el aspirador por debajo de la mesita de café. Me recojo el cabello. Lo dejo caer.

Nunca se me había ocurrido teñirme. ¿Qué otras oportunidades habré desaprovechado?

—Ah, Samantha.

Alzo la cabeza y veo a Eddie entrando en la habitación, con chaqueta y corbata.

—Tengo una reunión en el comedor. ¿Puedes prepararnos café y llevárnoslo, por favor?

—Sí, señor. —Hago una pequeña reverencia—. ¿Cuántos serán?

—Cuatro. Y trae también unas galletas. Algo para picar. Lo que sea.

—Muy bien, señor.

Eddie parece nervioso, y está un poco colorado. Me pregunto de qué será esa reunión. Cuando voy hacia la cocina, miro con curiosidad por la ventana que da a la calle y veo un Mercedes Serie 5 que no conozco aparcado en el camino, al lado de un BMW descapotable.

Vaya. No creo que sea el párroco del pueblo.

Preparo una cafetera, la pongo en una bandeja y añado un plato de galletas y unos bollos que compré para el té. Voy al comedor y llamo.

—¡Pasa!

Empujo la puerta y veo a Eddie con tres hombres trajeados alrededor de la mesa, con papeles delante.

—El café —murmuro con deferencia.

—Gracias, Samantha. —Eddie tiene las mejillas muy coloradas—. ¿Quieres servirlo, por favor?

Dejo la bandeja en el aparador y distribuyo las tazas. Mientras lo hago, no puedo evitar echar un vistazo a los papeles, e inmediatamente me doy cuenta de que son contratos.

—¿Solo o con leche? —le pregunto a uno de los desconocidos.

—Con leche, por favor.

Ni siquiera levanta la cabeza. Mientras le sirvo el café, lanzo otra ojeada al documento que tiene delante. Parece una especie de contrato de inversión inmobiliaria. ¿Estará invirtiendo Eddie su dinero en algo?

—¿Una galleta? —le ofrezco.

—No, gracias. Estoy a régimen. —El hombre me dedica una sonrisa, y yo se la devuelvo educadamente. Gilipollas.

—Bueno, Eddie. ¿Ya has entendido ese punto? —pregunta un tipo que lleva una corbata morada y habla con voz empalagosa—. Queda bastante claro cuando descifras la jerga.

Al oírlo, siento un leve estremecimiento. No es que me suene su cara, pero conozco a los de su clase. He trabajado con personas así siete años. Y

sé, por instinto, que a este hombre le tiene sin cuidado lo que Eddie entienda o no entienda.

—¡Sí! —Eddie suelta una risa jovial—. Sí, claro. —Se queda mirando el contrato, indeciso, y luego lo deja encima de la mesa.

—A nosotros la seguridad nos preocupa tanto como a ti —prosigue el sujeto de la corbata morada, sin dejar de sonreír.

—¿Y a quién no, tratándose de dinero? —interviene el primero.

Muy bien. ¿Qué está pasando aquí?

Cuando me desplazo para servir al siguiente invitado, tengo ocasión de ver bien el contrato, y lo leo por encima a gran velocidad, gracias a mi práctica. Es una sociedad de promociones inmobiliarias. Ambas partes invierten dinero en una... urbanización residencial. Hasta aquí, todo correcto...

Entonces veo algo que me deja estupefacta. Está redactado con mucho cuidado, en una pequeña cláusula de aspecto inofensivo al final de la página. En una sola línea, compromete a Eddie a financiar cualquier déficit. Y sin ninguna reciprocidad, que yo vea.

Si algo sale mal, Eddie tendrá que hacerse cargo de todos los gastos. ¿Lo sabe él?

Estoy completamente alucinada. Siento una imperiosa necesidad de agarrar el contrato y romperlo en pedazos. Si esto fuera Carter Spink, estos tipos no durarían ni dos minutos aquí. Además de rechazar su contrato, recomendaría a mi cliente que...

—¿Samantha?

Vuelvo a la realidad, y veo a Eddie mirándome con el entrecejo fruncido y señalando el plato de galletas.

No estoy en Carter Spink. Llevo un uniforme de asistenta y he de servir el café y las pastas.

—¿Una galleta de chocolate? —Le ofrezco el plato al tipo del cabello castaño oscuro y adopto un tono educado—. ¿O un bollo?

Él coge una galleta sin mirarme siquiera, y yo voy hacia Eddie mientras pienso qué puedo hacer. Tengo que encontrar la manera de avisarle de lo que está pasando.

—Bueno, basta de hablar. Empieza la aventura. —El tipo de la corbata

morada está desenroscando el tapón de una elegante pluma estilográfica—. Tú primero. —Le ofrece la pluma a Eddie.

¡Cómo! ¿Va a firmar? ¿Ahora?

No, no. No puede firmar ese contrato.

—Tómate tu tiempo —añade el hombre con una sonrisa, exhibiendo unos dientes perfectos—. Si quieres leerlo otra vez...

De pronto siento un profundo desprecio por estos individuos, con sus coches pijos, sus corbatas moradas y su empalagosa voz. No voy a permitir que estafen a mi jefe. No señor, no voy a permitirlo. Cuando la pluma que sostiene Eddie toca el papel, me inclino hacia delante.

—Señor Geiger —digo con tono perentorio—. ¿Puedo hablar un momento con usted en privado, por favor?

Eddie me mira con fastidio y dice:

—Samantha, estoy en medio de una reunión importante. ¡Importante para mí, al menos! —Mira alrededor de la mesa, y sus tres invitados ríen, adúladores.

—Es muy urgente —insisto—. Será solo un momento.

—Samantha...

—Por favor, señor Geiger. Necesito hablar con usted.

Al final Eddie suelta un suspiro y deja la pluma encima de la mesa.

—Está bien. —Se levanta, sale conmigo de la habitación y me pregunta —: ¿Qué pasa?

Me quedo mirándolo sin saber qué decir. Ahora que he conseguido que salga del comedor, no sé cómo demonios sacar el tema. ¿Qué puedo decir?

«Señor Geiger, le aconsejo que revise la cláusula número catorce».

«Señor Geiger, sus obligaciones no están debidamente protegidas».

Es imposible. No puedo decir nada. ¿A quién se le ocurriría seguir los consejos de su asistente en asuntos legales?

Eddie tiene la mano en el picaporte. Esta es mi última oportunidad.

—¿Toma usted azúcar? —le pregunto.

—¿Qué? —Me mira boquiabierto.

—Es que no me acordaba —murmuro—. Y no quería interrogarlo acerca de su consumo de azúcar en público.

—Sí, un terrón —contesta irritado—. ¿Ya está?

—Verá... Hay otra cosa. Veo que está firmando unos papeles.

—Pues sí. —Frunce el entrecejo y añade—: Son documentos privados.

—¡Claro, claro! —Trago saliva—. Me preguntaba si... Bueno, es que he pensado que... Recuerdo que una vez usted me aconsejó que tuviera siempre mucho cuidado con los documentos.

Lo miro a los ojos con la esperanza de que capte el mensaje: «Consulta a un abogado, so zoquete».

Eddie suelta una risa jovial.

—Es un detalle de tu parte, Samantha. Pero no te preocupes; no soy idiota. —Abre la puerta y entra en el comedor—. ¿Por dónde íbamos, caballeros?

Me quedo mirándolo, desolada, cuando vuelve a coger la pluma. No puedo impedir que firme. Van a desplumarlo.

Tengo que hacer algo.

—El café, señor Geiger... —murmuro, entrando precipitadamente en el comedor. Cojo la cafetera, empiezo a llenarle la taza, y derramo el café a propósito por la mesa.

—¡Oh!

—¡Ostras!

El café se expande formando un lago de color marrón oscuro que ocupa toda la mesa, manchando los papeles y goteando hasta el suelo, lo que crea un caos absoluto.

—¡Los contratos! —grita con enfado el individuo de la corbata morada, y me espeta—: ¡Idiota!

—Lo siento mucho —me disculpo con fingido nerviosismo—. Lo siento muchísimo, de verdad. Es que se me ha... resbalado la cafetera. —Me pongo a secar el café con una servilleta de papel, y me aseguro de extenderlo por todos los folios que seguían intactos.

—¿Tenemos copias? —pregunta uno de los hombres, y me quedo de piedra.

—Estaban todas en la mesa —contesta el moreno, exasperado—. Tendremos que imprimirlo otra vez.

—Miren, ya que van a imprimirlo de nuevo, me gustaría que hicieran una copia más, si no les importa. —Eddie carraspea y añade—: Creo que se lo

enviaré a mi abogado para que le eche un vistazo. Por si acaso.

Los tres invitados se miran, y yo advierto su consternación.

—Por supuesto —contesta el de la corbata morada tras una pausa—. No hay ningún inconveniente.

Ja. Algo me dice que este contrato nunca se firmará.

—Su chaqueta, señor —digo con una sonrisa, y se la doy—. Y créame, lo siento muchísimo.

Lo bueno de estudiar Derecho es que aprendes a mentir.

También aprendes a soportar que tu jefe te grite. Y eso resulta muy útil, porque tan pronto Trish se entera de lo que he hecho, me veo obligada a permanecer de pie en la cocina durante veinte minutos mientras ella se pasea de un extremo a otro, sermoneándome.

—¡El señor Geiger está preparando un negocio muy importante! —Da una fuerte calada al cigarrillo; su pelo, recién teñido, rebota alrededor de sus hombros—. ¡Esa reunión era crucial!

—Lo siento mucho, señora —digo, mirando el suelo.

—Ya sé que tú no entiendes de estas cosas, Samantha. ¡Pero hay mucho dinero en juego! Más del que tú puedas llegar a imaginar.

No te pongas nerviosa. Manten una actitud humilde.

—Muchísimo dinero —repite Trish como si quisiera impresionarme.

Se muere de ganas de decirme algo más. Veo reflejada en su rostro la lucha entre la necesidad de fardar y la de mantener la discreción.

—¡Estoy hablando de números de siete cifras! —dice al fin.

—Ostras. —Hago todo lo posible por parecer atemorizada.

—Creo que nos hemos portado bien contigo, Samantha. Nos hemos esforzado. —Su voz delata resentimiento—. Y esperamos que tú también te esfuerces.

—Lo siento mucho —digo por enésima vez.

Trish me lanza una mirada de insatisfacción.

—Bueno, espero que esta noche tengas más cuidado.

—¿Esta noche? —repito, perpleja.

—En la cena. —Trish arquea las cejas.

—Pero si esta noche... tengo fiesta —digo, alarmada—. Usted dijo que no había problema, que podía dejarles preparada una cena fría...

Es evidente que Trish no se acuerda de nuestra conversación.

—Bueno —replica con voz quejosa—, eso fue antes de que derramaras el café encima de nuestros invitados. Antes de que te pasaras toda la mañana sentada mientras te arreglaban el pelo.

¿Qué? Lo que acaba de decir es tan injusto que ni siquiera se me ocurre qué contestar.

—Francamente, Samantha, espero apreciar una mejoría en tu actitud. Esta noche estarás aquí para servir la cena. —Me observa con severidad, coge una revista y sale a grandes zancadas de la cocina.

Me quedo mirándola mientras se aleja, y siento que se apodera de mí una resignación que me resulta familiar. Esto me ha pasado tantas veces que ya estoy acostumbrada. Tendré que cancelar mi cita con Nathaniel. Otra cita... otra cancelación...

Pero entonces me paro y pienso. Ya no estoy en Carter Spink. No tengo por qué aguantar esto.

Salgo de la cocina y encuentro a Trish en el salón.

—Señora Geiger —digo con todo el ímpetu de que soy capaz—, lamento mucho lo del café y haré todo lo posible por mejorar. Pero esta noche necesito salir. Ya he hecho planes, y no voy a cambiarlos. Me marcharé a las siete, tal como tenía pensado.

Cuando termino de hablar, el corazón me late muy deprisa. Es la primera vez en la vida que me impongo así. Si hubiera hablado de esta forma en Carter Spink, me habrían liquidado.

Trish se queda mirándome de hito en hito. Luego, para gran sorpresa mía, gesticula irritada y pasa la página de la revista.

—Está bien, está bien. Si tan importante es...

—Sí. —Trago saliva—. Es importante. Mi vida privada es importante.

Cuando pronuncio esas palabras, algo despierta en mí. Estoy a punto de decirle algo más a Trish. Algo acerca de las prioridades, del equilibrio...

Pero Trish ya está concentrada en un artículo sobre «Los beneficios de la dieta del vino tinto». No creo que le guste que la moleste.

quince

A las siete de la tarde, el humor de Trish se ha transformado de forma inexplicable. O quizá no tan inexplicable. Cuando bajo al vestíbulo, la veo salir del salón con una copa de cóctel en la mano, los ojos enrojecidos y las mejillas coloradas.

—¡Bueno! —dice con tono cordial—. Así que esta noche sales con Nathaniel.

—Sí. —Me miro en el espejo. Me he decidido por un atuendo bastante informal. Vaqueros, una camiseta sencilla y sandalias. Y mi reluciente pelo teñido. Lo sacudo.

—Es un joven muy atractivo. —Me lanza una mirada inquisidora por encima del borde de la copa—. Muy cachas.

—Hum... sí. Supongo.

—¿Vas a salir así? —Me observa de arriba abajo—. Un poco simplona, ¿no? Deja que te preste algo.

—No me importa ir simplona —digo con cierta aprensión, pero Trish ya ha desaparecido por la escalera.

Unos momentos más tarde regresa con un joyero en las manos.

—A ver. Necesitas un poco de oropel. —Coge un pasador de estrás con forma de caballito de mar—. ¡Esto me lo compré en Montecarlo!

—¡Qué bonito! —digo, mientras lo contemplo horrorizada.

Antes de que yo pueda hacer nada para impedirlo, ya me ha apartado el pelo hacia un lado y me lo ha puesto. Me mira para ver cómo me queda.

—No; creo que necesitas algo más grande. Esto. —Saca un enorme escarabajo con piedras incrustadas y me lo prende en el pelo—. Ahora sí. ¿Has visto cómo la esmeralda te resalta los ojos?

Me miro sin decir nada. No puedo salir a la calle con un brillante escarabajo en la cabeza.

—¡Y esto es muy «sofis»! —Me ata una cadena dorada alrededor de la cintura—. Espera que le cuelgue los dijés...

¿Dijés?

—Señora Geiger... —empiezo, aturullada, y entonces Eddie sale de su despacho.

—Acabo de recibir el presupuesto del cuarto de baño —le dice a Trish.

—¿Verdad que es mono este elefantito? —pregunta ella, y lo engancha en la cadena dorada—. ¡Y la rana!

—Por favor —suplico, desesperada—. Creo que puedo pasar sin el elefante...

—Siete mil —dice Eddie sin prestarme atención—. Parece bastante razonable. Más IVA.

—No sé. ¿Cuánto es con IVA? —pregunta Trish mientras revuelve en el joyero—. ¿Dónde habrá ido a parar el mono?

Me siento como un árbol de Navidad. Trish sigue colgando adornos relucientes del cinturón, pero lo peor de todo es el escarabajo. Y Nathaniel llegará de un momento a otro... y me verá...

—¡No lo sé! —dice Eddie, impaciente—. ¿Cuánto es el diecisiete con cinco por ciento de siete mil?

—Mil doscientos veinticinco —respondo distraídamente.

Se produce un silencio.

Mierda. He metido la pata.

Levanto la cabeza y veo a Trish y Eddie mirándome con los ojos como platos.

—Más o menos... —Suelto una risita—. Lo he dicho sin pensar.

Bueno... ¿tiene algún adorno más?

Ninguno de los dos me hace el menor caso. Eddie no aparta los ojos del papel que tiene en las manos. Alza despacio la vista, moviendo los labios de una forma extraña.

—Es verdad —exclama con voz estrangulada—. Te lo juro, es verdad. Es la respuesta correcta. —Señala el papel con el dedo índice—. ¡Lo pone aquí!

—¿Ha acertado? —Trish da un grito ahogado de asombro—. Pero

cómo...

—Ya lo has visto —dice Eddie con una voz muy aguda—. ¡Lo ha calculado mentalmente!

Ambos se dan la vuelta y me miran otra vez con perplejidad.

—¿Es autista? —pregunta Trish, estupefacta.

Ay, por favor. Yo creo que *Rain Man* hizo mucho daño.

—¡No soy autista! —les aseguro—. Lo que pasa es que... se me dan bien los números. No es nada del otro mundo...

Suena el timbre de la puerta, para gran alivio mío, y voy a abrir. Nathaniel está fuera, un poco más arreglado de lo habitual, con unos vaqueros marrones y una camiseta verde.

—Hola —me apresuro a decir—. ¿Nos vamos?

—¡Espera! —Eddie me cierra el paso—. Es posible que seas mucho más inteligente de lo que crees, jovencita.

Oh, no.

—¿Qué pasa? —pregunta Nathaniel.

—¡Es un genio de las matemáticas! —exclama Trish—. ¡Acabamos de enterarnos! ¡Es extraordinario!

Le lanzo a Nathaniel una mirada desesperada, como afirmando «Solo dice tonterías».

—¿Qué estudios primarios tienes, Samantha? —me pregunta Eddie—. Aparte de los de cocina.

Dios mío. ¿Qué dije en la entrevista? No me acuerdo.

—Hum... Pues... estudié aquí y allá. —Agito las manos con vaguedad—. Ya sabe...

—Son las escuelas de hoy en día. —Trish da una calada al cigarrillo—. Habría que matar a Tony Blair.

—Samantha —dice Eddie con tono de superioridad—, yo me haré cargo de tu educación. Y si estás dispuesta a trabajar duro, pero duro de verdad, estoy convencido de que podrás sacarte algún título.

No. Esto empeora por momentos.

—Es que yo no quiero títulos, señor —mascullo mirando al suelo—. Ya estoy contenta así. Gracias de todos modos.

—¡No acepto un no por respuesta! —insiste.

—¡Tienes que apuntar alto, Samantha! —interviene Trish con repentino apasionamiento, agarrándome por un brazo—. ¡Date una oportunidad! ¡Apunta a las estrellas!

Los miro, primero a uno y luego a otro, y me conmueven. Solo quieren lo mejor para mí.

—Hum... bueno... quizá sí. —Me deshago con disimulo de todas las criaturas resplandecientes y las meto en el joyero. Luego miro a Nathaniel, que espera con paciencia en el umbral, y digo—: ¿Nos vamos?

—Cuéntame, ¿qué ocurría? —me pregunta Nathaniel cuando echamos a andar por la carretera del pueblo. Corre una tibia brisa, mi cabello oscila levemente, y con cada paso que doy, veo las uñas de mis pies, pintadas con el esmalte que me ha dejado Trish—. ¿De verdad eres un genio de las matemáticas?

—¡No, qué va! —respondo, y no puedo evitar reír.

—Entonces, ¿qué formación tienes?

—Bah, seguro que no te interesa. —Sonrío—. Es un rollo.

—No me creo nada. —Habla con un tono ligero pero insistente—. ¿Tenías una carrera profesional antes de venir aquí?

Doy unos pasos más sin decir nada, con la vista clavada en el suelo, intentando pensar qué puedo decir. Noto que Nathaniel me está observando, pero esquivo su mirada.

—No quieres hablar de eso.

—Es que... me cuesta.

Él exhala aparatosamente.

—¿Lo has pasado muy mal?

Dios mío, sigue pensando que soy una esposa maltratada.

—¡No! No es eso. —Agito las manos—. Es que... es una historia muy larga.

Nathaniel se encoge de hombros.

—Tenemos toda la noche.

Lo miro a los ojos y de pronto siento una fuerte atracción, como si tuviera un anzuelo clavado en el pecho. Quiero explicárselo. Quiero desahogarme

con él. Quién soy, qué pasó, cómo he sufrido. Él es el único en quien podría confiar. Él no se lo contaría a nadie. Lo comprendería. Sabría guardar el secreto.

—Bueno. —Se para en la calle, con los pulgares metidos en los bolsillos—. ¿Vas a decirme quién eres o no?

—Quizá —respondo al fin, y sonrío sin darme cuenta. Nathaniel me devuelve la sonrisa, entrecerrando los ojos con una lenta y deliciosa facilidad—. Pero no ahora. —Miro alrededor—. Hace una tarde demasiado bonita para estropearla con una historia de desastres y tragedias. Ya te lo contaré más tarde.

Seguimos andando y pasamos por delante de un viejo muro de piedra cubierto de rosas trepadoras. Y cuando aspiro el delicioso perfume de las flores, me invade una sensación de súbito bienestar, casi de euforia. La débil y dorada luz del atardecer baña la calle, y los últimos rayos del sol me calientan los hombros.

—Bonito peinado, por cierto —dice Nathaniel.

—Ah, gracias. —Sonrío con naturalidad—. No es para tanto. —Me aparto el pelo de la cara.

Llegamos al puente y nos paramos para mirar el río. Las pollas de agua se sumergen en busca de algas, y el sol forma charcos de color ámbar en el agua. Un par de turistas toma fotografías el uno del otro, y me siento orgullosa. Me gustaría que supieran que yo no estoy en este precioso lugar de visita, sino que vivo aquí.

—Bueno, ¿adónde vamos? —pregunto cuando nos ponemos de nuevo en marcha.

—Al pub. ¿Te parece bien?

—¡Perfecto!

Cuando nos acercamos a The Bell, veo a un pequeño grupo de gente fuera: algunos están de pie junto a la puerta, otros, sentados alrededor de las mesas de madera.

—¿Qué hacen? —pregunto, sorprendida.

—Esperan —contesta Nathaniel—. El dueño llega tarde.

—Ah. —Miro alrededor, pero todas las mesas están ocupadas—. Bueno, no importa. Podemos sentarnos aquí.

Me subo a un viejo barril, pero Nathaniel se dirige hacia la puerta del pub.

Y... qué raro. Todo el mundo se aparta para dejarlo pasar. Y entonces veo, con asombro, que Nathaniel se mete la mano en el bolsillo y saca un gran llavero; luego gira la cabeza y me busca con la mirada.

—Venga —dice con una sonrisa—. Ya está abierto.

¿Nathaniel tiene un pub?

—¿Tienes un pub? —pregunto cuando se dispersa el primer tumulto de la noche.

Durante un cuarto de hora he observado, maravillada, cómo Nathaniel servía cervezas, bromeaba con los clientes, daba instrucciones a los camareros y se aseguraba de que todo el mundo quedara contento. Ahora que la cosa se ha calmado un poco, ha salido de detrás de la barra y ha venido a donde estoy yo, sentada en un taburete y tomándome una copa de vino.

—Tres pubs —me corrige—. Pero no son solo míos. Es nuestro negocio familiar. The Bell, The Swan, en Bingley, y The Two Foxes.

—Ostras. Pero... ¡hay mucho trabajo! —Echo un vistazo alrededor. Todos los asientos están ocupados, y hay gente en el jardincito y en el patio delantero. Hay un ruido tremendo—. ¿Cómo compaginas esto con tu empleo de jardinero?

—Está bien, te confesaré la verdad. —Levanta ambas manos—. No suelo servir aquí. Tenemos un personal excelente. Pero pensé que esta noche sería divertido.

—¡Así que en realidad no eres jardinero!

—Claro que sí. —Baja un momento la mirada y pone recto uno de los posavasos que hay en la barra—. Esto es... un negocio.

Lo dice con el mismo tono de voz que antes, como si yo hubiera tocado un tema delicado. Desvío la vista y me fijo en un cuadro que hay colgado en la pared. Es el retrato de un hombre de mediana edad. Tiene la mandíbula cuadrada y los ojos azules, igual que Nathaniel, y las mismas arrugas alrededor de los ojos que se le forman a Nathaniel cuando sonrío.

—¿Es ese tu padre? —pregunto con cautela—. Qué guapo.

—Era el alma de la fiesta. —La mirada de Nathaniel se suaviza—. Aquí todo el mundo lo adoraba. —Da un sorbo de cerveza y deja el vaso encima de la barra—. Oye, pero no tenemos por qué quedarnos aquí. Si prefieres ir a otro sitio, a un lugar más elegante...

Echo un vistazo al abarrotado pub. Se oye música por encima del ruido de las conversaciones y las risas. Junto a la barra, un grupo de clientes habituales se saludan con jocosos insultos. Un par de ancianos turistas americanos con camisetas de Stratford se dejan aconsejar sobre las cervezas locales por un camarero pelirrojo con ojos destellantes. En el otro extremo de la sala, un grupo de gente ha empezado una partida de dardos. No recuerdo cuándo fue la última vez que estuve en un sitio con un ambiente tan relajado y cordial.

—Quedémonos aquí. ¡Y déjame ayudar! —Me bajo del taburete y voy hacia el otro lado de la barra.

—¿Has servido alguna vez una cerveza? —Nathaniel me sigue, divertido.

—No —confieso; cojo un vaso y lo pongo debajo de uno de los grifos de cerveza—. Pero puedo aprender.

—Vale. —Se instala también detrás de la barra—. Inclinas el vaso así... y luego tiras.

Tiro del grifo y sale un chorro de espuma.

—¡Ostras!

—Despacio... —Nathaniel me rodea con un brazo, guiando mis manos—. Eso es...

Hum... Me gusta. Me está diciendo algo, pero no le hago ni caso. Estoy como extasiada, rodeada por sus fuertes brazos. Quizá finja que soy muy lenta y que me cuesta aprender a servir cervezas. Quizá podamos quedarnos en esta posición toda la noche.

—¿Sabes qué? —digo, girando la cabeza hacia él.

Y me interrumpo, porque mis ojos se han fijado en algo. Hay un viejo letrero de madera en la pared que reza «Por favor, no entren con las botas sucias de barro» y «Prohibido entrar con ropa de trabajo». Debajo han colgado otro cartel. Está escrito en un papel amarillento con rotulador desteñido y reza: «ABOGADOS, NO.».

Me quedo mirándolo, perpleja. ¿Cómo que «Abogados, no»? ¿Lo estoy leyendo bien?

—Ya está. —Nathaniel levanta el vaso, lleno de un reluciente líquido de color ámbar—. Tu primera pinta.

—¡Qué bien! —digo, distraída. Hago una pausa, en aras de la naturalidad; luego señalo el letrero como quien no quiere la cosa y pregunto—: ¿Qué significa eso?

—Ah, es que no sirvo a abogados —me contesta sin pestañear.

—¡Nathaniel! ¡Ven un momento! —grita alguien desde el otro extremo de la barra, y él chasquea la lengua, fastidiado.

—Solo será un momento. —Me toca una mano y se va.

Inmediatamente bebo un gran sorbo de vino. No sirve a abogados. ¿Por qué?

No pasa nada. «Tranquilízate», me ordeno con firmeza. Seguro que es una broma. Pues claro que es una broma. Todo el mundo odia a los abogados, igual que a los agentes inmobiliarios y los recaudadores de impuestos. Son cosas de la vida.

Pero nadie cuelga letreros como ese en su pub, ¿no?

Mientras espero, el camarero pelirrojo viene hasta donde estoy y saca hielo de un congelador.

—Hola —me saluda, y me tiende la mano—. Me llamo Eamonn.

—Hola. Samantha. —Le estrecho la mano y sonrío—. He venido con Nathaniel.

—Ya me lo ha dicho. —Sus ojos chisporrotean—. Bienvenida a Lower Ebury.

Mientras observo cómo sirve a los clientes, de pronto se me ocurre que seguramente este chico sabrá algo acerca del letrero.

—Oye —digo con tono despreocupado cuando se me acerca otra vez—, ese letrero de «Abogados, no» es una broma, ¿verdad?

—Pues... no —contesta Eamonn sonriente—. Nathaniel no soporta a los abogados.

—¡Ya! —No sé cómo, pero consigo seguir sonriendo—. Hum... ¿Y eso?

—Desde que murió su padre. —Coge una caja de refrescos de naranja y la pone encima de la barra; yo giro sobre mi taburete para verlo mejor.

—¿Por qué? ¿Qué pasó?

—Ben se querelló con el ayuntamiento. —Deja lo que está haciendo y

continúa—: Nathaniel dice que ese pleito nunca debió empezar, pero los abogados convencieron a Ben. Ya no estaba bien, y el pleito lo fue estresando cada vez más; no podía pensar en otra cosa. Y luego tuvo el infarto.

—Ostras, qué horror —digo con sinceridad—. ¿Y Nathaniel culpó a los abogados?

—Dice que su padre no tendría que haberse querellado. —Eamonn sigue cogiendo cajas—. Lo peor de todo fue que, después de la muerte de Ben, tuvieron que vender uno de los pubs. Para pagar las costas.

Estoy alucinando. Veo a Nathaniel escuchando a un tipo en el otro extremo de la barra; está muy serio y se le marca una profunda arruga en el entrecejo.

—Al último abogado que entró en este pub... —Eamonn se inclina por encima de la barra y dice con tono confidencial—: Nathaniel le pegó un puñetazo.

—¿Que le pegó un puñetazo? —repito, y se me escapa un chillido.

—Fue el día del funeral de su padre. —Baja la voz—: Uno de los abogados de Ben entró aquí y Nathaniel le dio. Ahora le tomamos el pelo.

Se vuelve y va a servir a un cliente, y yo doy otro sorbo de vino. Los nervios hacen que el corazón me martillee con fuerza.

Bueno, que no cunda el pánico. Vale, no le gustan los abogados. Pero eso no quiere decir que no le guste yo. Por supuesto que no. Eso no impide que sea sincera con él ni que le hable de mi pasado. Seguro que no me lo tiene en cuenta. Pero ¿y si resulta que sí? ¿Y si me pega un puñetazo?

—Perdona, Samantha. —De pronto Nathaniel aparece enfrente de mí y me mira con simpatía—. ¿Estás bien?

—¡Muy bien! —digo con exagerado entusiasmo—. ¡Me lo estoy pasando fenomenal!

—Oye, Nathaniel —nos interrumpe Eamonn mientras seca un vaso, y me guiña un ojo—. ¿Cómo llamas a cinco mil abogados en el fondo del mar?

—¡Un buen comienzo! —Las palabras salen de mis labios sin que yo me lo proponga—. Tendrían que... pudrirse todos en... el infierno.

Se produce un silencio de sorpresa. Eamonn y Nathaniel se miran y arquean las cejas.

Muy bien. Hay que cambiar de tema. Rápido.

—¡Bueno! Hum... —Me vuelvo hacia un grupo de gente que está junto a la barra—. ¿Os sirvo algo?

Al final de la noche he servido unas cuarenta cervezas. Me he comido un plato de bacalao con patatas fritas y medio plato de un empalagoso postre de toffee, y he ganado a Nathaniel jugando a los dardos, y todos los que miraban me han aplaudido y vitoreado.

—¡Me has dicho que era la primera vez que jugabas! —protesta Nathaniel cuando clavo mi doble ocho ganador.

—Es la verdad —replico con inocencia. No es necesario que mencione que en el colegio practiqué tiro con arco durante cinco años.

Al final Nathaniel toca una campana para anunciar la última ronda, y una hora más tarde los últimos rezagados salen por la puerta, no sin antes detenerse un momento para despedirse.

—Adiós.

—Hasta luego, Nathaniel.

Me he fijado en todos los clientes que han salido del pub, y con excepción de los turistas, todos se han despedido de un modo u otro de Nathaniel. Da la impresión de que él conoce a todos los habitantes de este pueblo.

—Ya limpiamos nosotros —dice Eamonn con firmeza cuando Nathaniel empieza a recoger vasos de cinco en cinco—. Dame eso. Querrás aprovechar el resto de la velada.

—Bueno... Vale. —Le da una palmada en la espalda—. Gracias, Eamonn. —Me mira y pregunta—: ¿Nos vamos?

Bajo del taburete casi a regañadientes.

—Me lo he pasado muy bien —le digo a Eamonn—. Ha sido un placer conocerte.

—Lo mismo digo. —Sonríe—. Mándanos la factura.

Le devuelvo la sonrisa. La atmósfera del local me ha levantado el ánimo, como ganar a los dardos y la satisfacción de haber empleado la noche haciendo algo positivo. Jamás había pasado una noche como la de hoy.

En Londres nadie me ha llevado nunca a un pub cuando me ha invitado a cenar, y menos aún al otro lado de la barra. La primera noche que salí con

Jacob, me llevó a Les Sylphides, en Covent Garden, y al cabo de veinte minutos se marchó porque lo llamaron desde Estados Unidos, y no volvió. Al día siguiente me explicó que había surgido tal lío por un punto de derecho mercantil de un contrato que se había olvidado por completo de mí.

Y lo peor de todo es que en lugar de decirle «¡Cabrón!» y pegarle un puñetazo en la nariz, le pregunté de qué punto se trataba.

Comparada con el ambiente caldeado y cargado del pub, la brisa nocturna resulta fresca y agradable. Cuando echamos a andar, oigo las débiles risas de otros noctámbulos más allá, y un coche que arranca a lo lejos. No hay farolas; la única luz es la que proviene de la luna llena y las ventanas con cortinas de las casitas.

—¿Lo has pasado bien? —pregunta Nathaniel, y me suena un poco nervioso—. No pretendía que nos quedáramos toda la noche...

—Me ha encantado, de verdad —digo con entusiasmo—. El pub es genial. Y hay un ambiente impresionante. ¡Todo el mundo te conoce! Y cómo es la gente de este pueblo... Todos se preocupan por los demás. Se nota.

—¿Cómo lo notas? —pregunta, sorprendido.

—Por cómo os dais palmadas en la espalda. Se nota que si alguien tuviera algún problema, todos los demás se juntarían para ayudarlo.

Oigo cómo Nathaniel reprime una risa.

—Es verdad; el año pasado nos dieron el premio al pueblo más solidario de Gran Bretaña.

—Ríete si quieres —replico—. Pero en Londres nadie es así de solidario. Si te cayeras muerto en medio de la calle, se limitarían a meterte por la alcantarilla. Después de vaciarte la cartera y robarte el carnet de identidad. Eso jamás pasaría aquí, ¿verdad?

—Bueno, no —concede Nathaniel. Hace una pausa, pensativo—. Aquí, cuando alguien se muere, el pueblo entero se reúne alrededor de su cama y canta el lamento de la comunidad.

Sonrío.

—Lo sabía. ¿Y esparcen pétalos de flores?

—Por supuesto. —Asiente con la cabeza—. Y hacen muñecas de maíz ceremoniales.

Seguimos caminando en silencio. Un animalito cruza la calzada, se para y nos mira con sus ojitos amarillos; luego se escabulle y se esconde en un seto.

—¿Cómo es el lamento ese? —pregunto.

—Es algo así... —Nathaniel carraspea y canta con voz monótona y lastimera—: ¡Adiós, amigo...!

Me dan ganas de reír, pero consigo controlarme.

—¿Y si es una mujer?

—Ah. Entonces entonamos otro lamento. —Inspira hondo y vuelve a cantar, con la misma voz monótona—: ¡Adiós, amiga...!

Me duele la barriga de reprimir la risa.

—Pues en Londres no tenemos lamentos. Nosotros seguimos adelante. Los londinenses somos especialistas en seguir adelante. Sabemos sobreponernos.

—Ya conozco a los londinenses —dice Nathaniel, y pone mala cara—. Viví un tiempo en Londres.

Lo miro fijamente bajo la luz de la luna. ¿Nathaniel ha vivido en Londres? Intento imaginármelo de pie en un vagón de tren, agarrado a una correa, leyendo *Metro*, pero no lo consigo.

—¿En serio? —pregunto al fin, y él asiente.

—Y lo odiaba. En serio.

—Pero ¿qué...? ¿Por qué...?

—Antes de entrar en la universidad, me tomé un año sabático y trabajé de camarero. Mi piso estaba enfrente de un supermercado que abría las veinticuatro horas. Tenía uno de esos brillantes letreros fluorescentes, y estaba encendido toda la noche. Y el ruido... —Hace una mueca de disgusto—. En los diez meses que pasé allí, no tuve ni un solo momento de oscuridad total ni de silencio total. Jamás oí cantar a un pájaro. Y jamás vi las estrellas.

Echo la cabeza hacia atrás instintivamente para contemplar el despejado cielo nocturno. Poco a poco, a medida que mis ojos se acostumbran a la oscuridad, empiezan a aparecer en el cielo unos diminutos puntitos de luz, formando figuras que no sé descifrar. Nathaniel tiene razón. Yo tampoco he visto nunca las estrellas en Londres.

—¿Y tú? —Su voz me devuelve a la realidad.

—¿Qué quieres decir?

—Ibas a contarme tu historia. Qué fue lo que te trajo hasta aquí.

—Ah. —Me pongo nerviosa de nuevo—. Sí, es verdad.

Aunque Nathaniel apenas puede verme en la oscuridad, desvió la mirada y me estrujo el cerebro cuanto puedo después de tres copas de vino.

Tengo que decir algo. Quizá me libre si le cuento una mínima parte de la verdad. Podría contarle la verdad sin mencionar que soy abogada.

—Bueno —me decido—. Estaba en Londres. En un... en una...

—Relación —me ayuda él.

—Hum... sí. —Trago saliva—. Bueno. Las cosas salieron mal. Me subí a un tren... y vine aquí.

Hay un breve silencio.

—Ya está —añado.

—¿Cómo que ya está? —dice Nathaniel con incredulidad—. ¿No era una larga historia?

Ay.

—Bueno. —Me giro para mirarlo bajo la luz de la luna; el corazón me martillea con fuerza en el pecho—. Ya sé que iba a contarte más cosas. Pero ¿tan importantes son los detalles? ¿Tanta importancia tiene saber qué hacía yo antes o quién era? El caso es que estoy aquí. Y que acabo de pasar la velada más agradable de mi vida. Te lo juro.

Advierto que Nathaniel quiere protestar; hasta despega los labios para decir algo. Pero entonces su expresión cambia y se da la vuelta sin decir lo que iba a decir.

De pronto me desespero. Quizá lo haya estropeado todo. Quizá debería contarle la verdad. O inventarme una rocambolesca historia acerca de un novio agresivo.

Seguimos andando sin decir nada. El hombro de Nathaniel roza el mío. Y entonces noto su mano. Sus dedos rozan los míos, al principio casualmente, como por accidente; pero luego, despacio, se entrelazan con los míos.

Percibo una tensión dentro de mí; cómo todo mi cuerpo reacciona, pero me obligo a no contener la respiración. Ninguno de los dos dice nada. Solo se oyen nuestros pasos por la calzada, y el lejano ululato de un búho. Nathaniel

me sujeta la mano de manera firme y segura. Siento las durezas de su piel; y cómo me acaricia el pulgar con el suyo.

Seguimos callados. Dudo mucho que yo pudiera hablar aunque quisiera.

Nos paramos frente a la entrada del camino de los Geiger. Nathaniel me mira en silencio con un semblante casi serio. Advierto que me cuesta respirar. No me importa que se note que lo deseo.

De todas maneras, nunca se me dieron bien las normas.

Él me suelta la mano y me sujeta por la cintura. Tira lentamente de mí hacia él. Cierro los ojos, preparada para dejarme ir.

—¡Por amor de Dios! —dice una voz inconfundible—. ¿Es que no piensas besarla?

Doy un brinco y abro los ojos. Nathaniel está tan sorprendido como yo, y automáticamente da un paso hacia atrás. Me giro y veo, con horror, que Trish está asomada a una ventana del piso de arriba, con un cigarrillo en la mano, observándonos.

—¡No soy tan mojigata! —exclama—. ¡Podéis besaros!

Le lanzo una mirada asesina. ¿Es que no conoce la palabra «intimidad»?

—¡Seguid, seguid! —insiste, y la punta del cigarrillo resplandece cuando lo agita—. ¡Por mí no os cortéis!

¿Que no nos cortemos? Lo siento, pero no pienso hacer esto delante de Trish. Miro con vacilación a Nathaniel, que parece tan desconcertado como yo.

—¿Crees que...? —Me interrumpo, porque no sé lo que estoy a punto de sugerir.

—¿Verdad que hace una noche maravillosa? —añade Trish como si nada.

—Sí, preciosa —responde Nathaniel educadamente.

Lo miro a los ojos y de pronto me dan ganas de reír a carcajadas. Qué desastre. Se ha roto por completo el hechizo.

—Gracias por esta velada tan fabulosa —digo, intentando contener la risa—. Me lo he pasado muy bien.

—Yo también. —Los ojos de Nathaniel son casi de color añil en la penumbra; tuerce los labios componiendo una sonrisa—. Bueno. ¿Le concedemos el capricho a la señora Geiger? ¿O la dejamos en un insoportable estado de frustración?

Miramos a Trish los dos a la vez; ella sigue asomada a la ventana con avidez. Como si nosotros dos fuéramos los intérpretes de un espectáculo de cabaret y en cualquier momento fuéramos a iniciar un numerito erótico.

—No sé, creo que se merece el insoportable estado de frustración —digo con una sonrisilla.

—Entonces nos vemos mañana, ¿vale?

—Vale. Iré a casa de tu madre a las diez.

—Muy bien. Hasta mañana.

Alarga una mano y nos rozamos apenas las yemas de los dedos; luego Nathaniel se da la vuelta y se marcha. Lo veo perderse en la oscuridad; entonces me giro y echo a andar por el camino de la casa; todavía noto cómo me late todo el cuerpo.

Me ha encantado darle un chasco a Trish. Pero ¿qué pasa con mi insoportable estado de frustración?

dieciséis

Al día siguiente me despiertan unos fuertes golpes en la puerta de mi habitación.

—¡Samantha! ¡Tengo que hablar contigo! —grita Trish—. ¡Es urgente! Es sábado y todavía no son ni las ocho en punto. ¿Dónde está el incendio? —¡Ya voy! —contesto, adormilada—. ¡Espere un momento!

Me levanto de la cama con la mente llena de los deliciosos recuerdos de anoche. Mi mano y la de Nathaniel entrelazadas... Nathaniel rodeándome con los brazos...

—¿Qué pasa, señora Geiger?

Abro la puerta y veo a Trish allí plantada, en bata, con las mejillas encendidas y los ojos enrojecidos. Con una mano tapa el micrófono del teléfono inalámbrico.

—Samantha. —Sus ojos son dos finas rendijas, y su voz tiene un deje de triunfo—. Me has engañado, ¿verdad?

Tierra, trágame. ¿Cómo lo ha...? ¿Cómo ha podido...?

—¿Verdad? —Me mira fijamente—. Estoy segura de que sabes a qué me refiero.

Repaso mentalmente todas las mentiras que le he contado, incluida la afirmación «Soy empleada de hogar». Podría ser cualquier cosa. Podría ser un detalle insignificante. Pero también podría haber descubierto todo el pastel.

—No sé a qué se refiere —digo con voz ronca—. Señora.

—Ya —suelta con irritación; camina hacia mí y agita su bata de seda—. Como podrás imaginar, me ha sentado muy mal que no me contaras que hiciste una paella para el embajador español.

¿Una paella para el embajador español? No entiendo nada.

—El otro día, precisamente, te pregunté si habías cocinado para algún personaje importante. —Trish arquea las cejas y me lanza una mirada reprobatoria—. Y nunca mencionaste siquiera el banquete para trescientas personas en La Mansión.

¿Qué banquete? ¿Se ha vuelto loca?

Claro, debe de tener un trastorno bipolar. Eso lo explicaría todo.

—¿Quiere sentarse, señora Geiger? —digo con cierto nerviosismo.

—¡No, gracias! —contesta con decisión—. Todavía estoy hablando con lady Edgerly.

Tengo la impresión de que el suelo oscila bajo mis pies. ¿Que está hablando con Freya?

—Lady Edgerly... —Trish se lleva el teléfono a la oreja—. Tiene usted razón; es excesivamente modesta... —Me mira y dice—: Lady Edgerly quiere hablar un momento contigo.

Me pasa el teléfono, y lo cojo, alucinada.

—¿Hola?

—¡Samantha! —La inconfundible y áspera voz de Freya estalla en mi oído en medio de fuertes chisporroteos de la línea—. ¿Estás bien? ¿Qué demonios está pasando?

—¡Sí, sí, estoy bien! —Miro a Trish, que se halla a unos dos metros de mí—. Espere... Voy a buscar un rincón más...

Sin inmutarme por la mirada de láser de Trish, me meto en el dormitorio y cierro la puerta. Entonces vuelvo a llevarme el teléfono al oído.

—¡Estoy bien! —Me produce una gran alegría volver a hablar con Freya—. ¡Qué sorpresa! ¡Qué ilusión!

—¿Qué demonios está pasando? —repite mi amiga—. Me lo han contado, pero no entiendo nada. ¿Te has metido a maruja? ¿Qué es esto, una broma?

—No. —Miro la puerta. Entro en el cuarto de baño y enciendo el ventilador—. Tengo un empleo de asistenta —digo en voz baja—. Ya no trabajo en Carter Spink.

—¿Has dejado tu empleo? —pregunta con incredulidad—. ¿Así, por las buenas?

—No, no lo dejé. Me echaron ellos. Cometí un error y me despidieron. — Todavía me cuesta decirlo. Me cuesta hasta pensarlo.

—¿Te echaron por haber cometido un simple error? —dice Freya, indignada—. Madre mía, esa gente...

—No fue un simple error —la interrumpo—, sino uno muy grave. En fin, eso fue lo que ocurrió. Y decidí dedicarme a otra cosa. Ahora soy asistenta.

—Decidiste hacerte asistenta. Samantha, ¿te has vuelto completamente loca?

—¿Qué pasa? —Me pongo a la defensiva—. Tú siempre decías que debía tomarme un respiro.

—Ya, pero asistenta... ¡Si no sabes cocinar!

—Sí, ya lo sé.

—¡No tienes ni idea de cocina! —Se ha puesto a reír—. Te he visto cocinar. Y limpiar.

—¡Ya lo sé! —A mí también me dan ganas de reír—. Al principio fue una pesadilla, pero estoy... aprendiendo. Te sorprenderías.

—¿Tienes que llevar delantal?

—Llevo un uniforme de nailon horrible... —Estoy riendo a carcajadas—. Y llamo señor y señora a mis jefes. Y les hago reverencias.

—Esto es una locura, Samantha —dice Freya entre carcajadas—. Una absoluta locura. No puedes quedarte ahí. Voy a ir a rescatarte. Cogeré un avión mañana mismo y...

—¡No! —la corto, con excesiva vehemencia—. ¡No! Lo estoy pasando bien, de verdad.

Hay un suspicaz silencio al otro lado de la línea. Maldita sea. Freya me conoce demasiado.

—¿Hay un hombre? —dice al fin mi amiga.

—Quizá. —Mis labios dibujan una sonrisa sin que yo se lo ordene—. Sí.

—A ver, cuéntamelo todo.

—Es muy pronto todavía. Pero es... bueno, ya sabes. Encantador. —Me miro en el espejo del cuarto de baño y sonrío de oreja a oreja.

—Ya, pero de todos modos... No olvides que si necesitas algo, solo tienes que llamarme. Puedes quedarte en nuestra casa...

—Gracias, Freya. —Siento un arrebató de cariño hacia ella.

—De nada. Oye, Samantha.

—Dime. —Hay un largo silencio, y llego a pensar que se ha cortado la comunicación.

—¿Qué pasa con tu carrera? —pregunta por fin—. ¿No iban a nombrarte socia? Ya sé que me puse muy pesada. Pero era tu sueño. ¿Vas a renunciar a él?

De pronto noto una fuerte punzada de profundo y oculto dolor.

—Ese sueño se ha esfumado. Los socios de los bufetes no cometen errores de cincuenta millones de libras.

—¿Cincuenta millones de libras?

—Como lo oyes.

—Dios mío —susurra, impresionada—. No tenía ni idea. Debe de haber sido un duro golpe para ti.

—No te preocupes, estoy bien. Ya lo he superado.

Freya suspira y dice:

—¿Sabes qué? Intuía que pasaba algo. Intenté enviarte un e-mail a través del sitio web de Carter Spink, pero tu página ha desaparecido.

—¿En serio? —Noto como si algo se quebrara en mi interior.

—Y entonces pensé... —Se interrumpe, y oigo un estruendo en segundo plano—. Mierda. Ha llegado nuestro transporte. Oye, te llamaré pronto...

—¡Espera! Antes de colgar, dime qué demonios le has contado a Trish sobre el embajador español. Y sobre La Mansión.

—Ah, eso... —Ríe y continúa—: Verás, no paraba de hacerme preguntas, así que he pensado que mejor me inventaba algo. Le he dicho que sabes doblar las servilletas para componer una escena de *El lago de los cisnes*... y hacer esculturas de hielo... y que una vez David Linley te pidió tu receta de galletas de queso...

—Freya... —Cierro los ojos.

—La verdad es que me he inventado un montón de cosas. ¡Y se lo ha tragado todo! Tengo que irme, querida. Te quiero.

—Yo también te quiero.

Se corta la comunicación y me quedo un momento quieta; de pronto el cuarto de baño está muy silencioso sin la ronca voz de Freya en medio del estruendo de las calles de la India.

Miro el reloj. Son las nueve cuarenta y cinco. Tengo el tiempo justo para echar un vistazo.

Tres minutos más tarde estoy sentada a la mesa de Eddie, tamborileando con los dedos mientras espero que el ordenador se conecte a internet. Le he preguntado a Trish si podía enviarle un e-mail a lady Edgerly, y ella, encantada, me ha abierto el despacho de Eddie y se ha quedado detrás de mi silla, hasta que, educadamente, le he pedido que se marchara.

Se abre la página de inicio y enseguida tecleo www.carterspink.com

Cuando aparece el logotipo de color morado y describe un círculo de 360 grados en la pantalla, surgen en mi interior las antiguas tensiones, como si salieran a la superficie las hojas acumuladas en el fondo de un estanque. Respiro hondo y me salto la presentación para ir directamente a «Abogados». Sale la lista y veo que Freya tenía razón: detrás de Snell viene Taylor. Se han deshecho de Sweeting.

Doy un resoplido y pienso que tengo que ser razonable. Pues claro que me han borrado de la lista. Me han despedido. ¿Qué esperaba? Esa era mi antigua vida, y ya no me preocupa. Lo que he de hacer es apagar el ordenador, ir a casa de Iris y olvidarlo todo. Eso es lo que debería hacer.

Pero lo que hago es coger el ratón y escribir «Samantha Sweeting» en la ventanita de búsqueda. «No se ha encontrado», responde el ordenador unos momentos más tarde, y me quedo mirando la pantalla, asombrada.

¿Que no se ha encontrado? ¿En todo el sitio web? Pero... ¿y el apartado de prensa? ¿O el archivo de noticias?

Voy rápidamente a «Acuerdos cerrados», y busco «Euro-Sal, fusión, DanCo». Es un importante acuerdo europeo que cerramos el año pasado, y yo me encargué de la financiación. El informe aparece en la pantalla, con el titular «Carter Spink supervisa una fusión de 20 billones de libras». Recorro el texto con la mirada. «El equipo de Carter Spink estaba dirigido desde Londres por Arnold Saville, y formaban parte de él los abogados Guy Ashby y Jane Smilington».

No puedo creerlo. Retrocedo y vuelvo a leerlo poniendo más atención, buscando las palabras que faltan. Debería decir «y Samantha Sweeting». Pero

no las encuentro. No estoy. Abro otro acuerdo, la compra de Cordon. Sé muy bien que salgo en ese informe porque lo he leído. Yo formaba parte del equipo y tengo una «lápida» que lo demuestra.

Pero tampoco ahí me mencionan.

El corazón me late muy deprisa mientras voy de un acuerdo a otro, retrocediendo todo un año. Dos años. Cinco años. Me han borrado. Alguien se ha tomado la molestia de revisar todo el sitio web y quitar mi nombre. Me han eliminado de todos los acuerdos en que participé. Es como si no hubiera existido nunca.

Respiro hondo e intento no ponerme nerviosa. Pero la rabia hierve en mi interior. ¿Cómo se atreven a cambiar la historia? ¿Cómo se atreven a borrar mi nombre? Les he entregado siete años de mi vida. No pueden tacharme así, fingir que nunca estuve en su nómina...

Entonces se me ocurre otra cosa. ¿Por qué se han tomado tantas molestias? Otras personas han dejado la empresa y no las han eliminado por completo. ¿Por qué se avergüenzan de mí? Me quedo contemplando la pantalla en silencio. Y luego, despacio, tecleo www.google.com y escribo «Samantha Sweeting» en la ventanita de búsqueda. Añado «abogada» por si acaso y pico.

La pantalla se llena de texto. Reviso las entradas, y es como si hubiera recibido un fuerte golpe en la cabeza.

... el descalabro de Samantha Sweeting...

... descubrirlo, Samantha Sweeting se ausentó sin permiso, dejando a sus colegas...

... oído hablar de Samantha Sweeting...

... chistes de Samantha Sweeting. ¿Cómo se llama un abogado que...?

... Samantha Sweeting, despedida de Carter Spink...

Una tras otra. En sitios web de abogados, foros legales, listas de correo de estudiantes de Derecho. Es como si todo el mundillo jurídico hubiera estado hablando de mí a mis espaldas. Paso a la siguiente página y todavía hay más. Y en la siguiente, y en la siguiente.

Es como si contemplara un puente que se ha derrumbado. Contemplo los

destrozos y me doy cuenta por vez primera del alcance de la catástrofe.

Nunca podré volver.

Eso ya lo sabía.

Pero creo que en realidad no lo sabía. O lo sabía, pero en el fondo no me lo creía.

Noto algo mojado en mi mejilla; me pongo en pie de un brinco, cierro todas las páginas web y borro el historial por si Eddie siente curiosidad. Apago el ordenador y observo la vacía habitación. Estoy aquí, y no allí. Esa parte de mi vida ha pasado a la historia.

Corro, jadeando, hacia la puerta principal de la casa de Iris, que ofrece un aspecto tan idílico como siempre. O más idílico aún, porque ahora hay una oca paseándose entre las gallinas.

—Hola. —Iris me sonrío. Está sentada tomándose una taza de té—. ¿Adónde vas con tanta prisa?

—No quería llegar tarde. —Echo un vistazo al jardín, pero no veo a Nathaniel por ninguna parte.

—Nathaniel ha tenido que ir a uno de los pubs a arreglar una cañería —dice Iris, como si me hubiera leído la mente—. Pero volverá más tarde. Entretanto, vamos a hacer pan.

—¡Muy bien! —La sigo a la cocina y me pongo el mismo delantal a rayas de la vez anterior.

—Ya lo tengo todo preparado. —Me enseña un gran cuenco viejo que hay encima de la mesa—. Levadura, agua caliente, mantequilla fundida y harina. Lo mezclas todo y obtienes la masa. Y ahora tú vas a trabajarla.

—Muy bien —digo otra vez, y me quedo contemplando la masa.

Iris me lanza una mirada de extrañeza.

—¿Te encuentras bien, Samantha? Te noto un poco rara.

—Estoy bien, estoy bien —contesto, y trato de sonreír—. Perdona.

Iris tiene razón. Estoy en la luna. Venga, concéntrate.

—Hay gente que tiene máquinas para esto —me explica mientras saca la masa del cuenco y la deposita sobre la mesa—. Pero así es como se hacía antes. No encontrarás otro pan mejor que este. —Se pone a trabajar la masa

enérgicamente—. ¿Ves? La doblas dos veces por la mitad. Hay que hacerlo con fuerza.

Con cautela, meto las manos en la blanda masa e intento imitar sus movimientos.

—Eso es —dice Iris mientras me observa—. Tienes que coger el ritmo y darle fuerte. Amasar ayuda a librarse del estrés —bromea—. Piensa que estás atizando a todos tus peores enemigos.

—¡Buena idea! —exclamo, más animada.

Pero noto un nudo de tensión en el pecho, que no se deshace mientras trabajo la masa. Es más: cuantas más veces la doblo y giro, peor me siento. No puedo evitar pensar en ese sitio web. No puedo dejar de sentir en mi pecho la herida de la injusticia.

Me dejé la piel en esa empresa. Conseguí nuevos clientes. Negocié acuerdos. Era alguien. Yo era alguien.

—Cuanto más trabajes la masa, mejor saldrá el pan —dice Iris, y se acerca a la mesa con una sonrisa en los labios—. ¿Percibes cómo se va calentando y cobrando elasticidad?

Miro la masa, pero no me siento conectada con ella. No noto eso que dice Iris. No tengo los sentidos puestos en lo que estoy haciendo. Mis ideas resbalan de aquí para allá, como un pajarillo sobre el hielo.

Me pongo a amasar otra vez, más fuerte que antes, intentando captar esa sensación. Quiero encontrar la satisfacción que sentí la última vez que estuve aquí, esa impresión de sencillez y llaneza. Pero pierdo el ritmo una y otra vez; los dedos se me enganchan en la masa y maldigo por lo bajo. Me duelen los brazos y tengo sudor en la cara. Y mi desconcierto no hace más que aumentar.

¿Cómo se atreven a borrar me del mapa? Yo era una buena abogada.

Era una abogada excelente.

—¿Quieres descansar un rato? —Iris se me acerca y me pone una mano en el hombro—. Es un trabajo duro para el que no estás acostumbrada.

—¿Para qué? —digo de pronto, casi sin darme cuenta—. ¿Qué gracia tiene todo esto? Hacer pan. Lo haces y te lo comes. Y ya está.

Me callo de golpe; no sé muy bien qué me ha pasado. Respiro entrecortadamente y no me encuentro muy bien.

Iris me observa con cautela.

—Podrías decir lo mismo de cualquier comida —señala—. O de la vida.

—Exacto. —Me froto la frente con el delantal—. Exacto.

No sé qué estoy diciendo. ¿Por qué estoy discutiendo con Iris? Tengo que tranquilizarme. Pero noto la agitación fermentando en mi interior.

—Creo que ya has amasado bastante —dice; coge la masa y le da unas palmaditas hasta darle forma redondeada.

—Y ahora ¿qué? —pregunto, procurando adoptar un tono de voz más normal—. ¿La meto en el horno?

—Todavía no. —Iris la deja en el cuenco, que pone encima de los fogones—. Ahora hay que esperar.

—¿Esperar? —Me quedo mirándola—. ¿A qué te refieres?

—A esperar. —Tapa el cuenco con un trapo—. Con media hora bastará. Voy a preparar té.

—Pero... ¿a qué esperamos?

—A que actúe la levadura. —Sonríe—. Debajo de ese trapo se está produciendo un milagro.

Miro el cuenco e intento pensar en milagros. Pero no funciona. No hay forma de que me serene. Estoy demasiado exaltada; todos los nervios de mi cuerpo están tensos. Antes yo controlaba mi tiempo al minuto. Al segundo. Y ahora se supone que tengo que esperar a que fermente la levadura. Se supone que tengo que quedarme aquí de pie, con el delantal puesto, a que actúen unos... malditos hongos.

—Lo siento —me oigo decir—. No puedo. —Voy hacia la puerta de la cocina y salgo al jardín.

—¿Qué te pasa? —Iris me sigue limpiándose las manos en el delantal—. ¿Qué tienes, querida?

—¡No puedo! —Me doy la vuelta—. No puedo... ponerme a esperar a que actúe la levadura.

—¿Por qué no?

—¡Porque es una pérdida de tiempo! —Me llevo las manos a la cabeza, presa de la frustración—. ¡Todo es una pérdida de tiempo!

—¿Qué crees que deberíamos estar haciendo en lugar de esperar? —me pregunta con interés.

—Algo... importante. ¿Vale? —Voy hasta el manzano y vuelvo, porque no puedo estarme quieta—. Algo constructivo.

Miro a Iris, pero ella no parece ofendida. Da la impresión de que se está divirtiendo.

—¿Hay algo más constructivo que hacer pan?

Dios mío. Me dan ganas de gritar. Para ella es perfecto, con sus gallinas y su delantal y sin una carrera arruinada en internet.

—Tú no entiendes nada —digo, a punto de llorar—. Lo siento, pero no entiendes nada. Mira... me marchó.

—No te vayas —dice Iris con una firmeza que me sorprende. De pronto está enfrente de mí, con ambas manos sobre mis hombros, mirándome con sus escrutadores y azules ojos—. Has sufrido un trauma, Samantha —afirma con voz calmada y amable—. Y eso te ha afectado profundamente...

—¡No he tenido ningún trauma! —Me doy la vuelta y me suelto—. Es solo que... no puedo hacer esto, Iris. No puedo fingir que soy así. Yo no me dedico a hacer pan, ¿vale? No soy una diosa del hogar. —Miro en derredor, desesperada, como si buscara alguna pista por el jardín—. Ya no sé quién soy. —Suspiro, un poco más sosegada—. Ni cuál es mi objetivo, ni qué meta tengo en la vida, ni nada.

De pronto me quedo sin energía, y me siento en la hierba seca. Unos momentos más tarde, Iris viene y se agacha a mi lado.

—No importa —dice con voz suave—. No te tortures por no saber todas las respuestas. No siempre tienes que saber quién eres. No siempre tienes que controlar la situación, ni saber hacia dónde te diriges. A veces basta con saber qué vas a hacer a continuación.

Permanezco un rato callada. Dejo que las palabras de Iris entren en mi mente, como el agua fría que alivia un dolor de cabeza.

—¿Y qué voy a hacer a continuación? —pregunto al fin encogiéndome de hombros.

—Vas a ayudarme a pelar las habas para la comida.

Lo dice con tanta naturalidad que no puedo evitar esbozar una sonrisa.

Sigo a Iris dócilmente hasta la casa, cojo un gran cuenco lleno de habas y

empiezo a romper las vainas tal como ella me enseña. Las vainas van a un cesto que hay en el suelo; las habas, al fregadero. Una y otra vez.

A medida que me concentro en la tarea, me voy tranquilizando. Ni siquiera sabía que las habas salían de unas vainas como estas.

La verdad es que la única experiencia que tenía hasta ahora con las habas era comprarlas en una bolsa de plástico, en Waitrose, meterlas en mi nevera, sacarlas de allí una semana después de la fecha de caducidad y tirarlas a la basura.

Pero esto es auténtico. Esto son habas de verdad, recién arrancadas de la tierra. O... cortadas de la planta. Lo que sea.

Cada vez que parto una, es como si encontrara una hilera de joyas de color verde claro. Y cuando me pongo una en la boca, es como...

Oh. Vaya. No se pueden comer crudas.

Puaj.

Cuando termino con las habas, amasamos de nuevo el pan. Le damos forma de hogazas que ponemos en fuentes; luego hay que esperar una hora y media más, hasta que vuelvan a subir. Pero esta vez ya no me importa. Me siento a la mesa con Iris, limpiando fresas y escuchando la radio hasta que llega la hora de meter las fuentes en el horno. Entonces Iris pone queso, ensalada de habas, galletas y fresas en una bandeja y nos la llevamos fuera, a una mesa que hay a la sombra de un árbol.

—Bueno —dice Iris mientras sirve té helado en un vaso de cristal inflado—. ¿Ya te encuentras mejor?

—Sí. Gracias —respondo, un tanto avergonzada—. Lamento mucho lo de antes. Es que...

—No pasa nada, Samantha. —Me mira brevemente mientras corta el queso—. No tienes que pedirme disculpas.

—Claro que sí. —Respiro hondo—. Estoy muy agradecida, Iris. Has sido tan amable conmigo... Y Nathaniel...

—Me han dicho que ayer te llevó al pub.

—Sí, y fue increíble —digo con entusiasmo—. Estarás muy orgullosa de tener un negocio así.

Iris asiente con la cabeza.

—Hace varias generaciones que los Blewett llevan esos pubs.

Se sienta y sirve ensalada de habas para las dos, aderezada con aceite y hierbas. La pruebo y la encuentro deliciosa.

—Debiste de pasarlo muy mal cuando murió tu marido —me arriesgo a decir.

—Sí, fue un verdadero caos —contesta con naturalidad. Un pollo se acerca a la mesa, y ella lo ahuyenta—. Tuvimos problemas económicos. Yo no estaba bien. Si no llega a ser por Nathaniel, habríamos perdido los pubs. Él se encargó de que todo siguiera adelante. Lo hizo por su padre. —Se le entristece un poco la mirada, y vacila un momento, con el tenedor a unos centímetros de la boca—. Por muchos planes que hagas, nunca sabes qué va a pasar. Pero eso tú ya lo sabes.

—Yo siempre pensé que mi vida sería de una manera concreta —digo sin apartar la vista del plato—. Lo tenía todo programado.

—¿Y no salieron las cosas como esperabas?

Me quedo unos instantes sin poder contestar. Me estoy acordando del momento en que me enteré de que me habían nombrado socia del bufete. Aquel instante de pura y absoluta felicidad. Creí que por fin todo había encajado en mi vida; creí que todo era perfecto.

—No, no salieron como yo esperaba —respondo, intentando controlar mi voz.

Iris me observa con una mirada tan sincera y empática que tengo la impresión de que me está leyendo el pensamiento.

—No seas demasiado exigente contigo misma, niña. Todos tenemos malos momentos.

No me imagino a Iris teniendo un mal momento. Parece tan serena y dueña de sí...

—Sí, yo también tuve un mal momento —dice, leyendo la expresión de mi cara—. Cuando perdí a Benjamín. Fue muy inesperado. Todo lo que yo creía que tenía desapareció de la noche a la mañana.

—Y... ¿cómo...? —Abro las palmas de las manos, sin saber explicarme.

—Encontré otro camino. Pero me llevó tiempo. —Me sostiene la mirada un momento, y luego mira su reloj—. Y por cierto, voy a preparar café y a

ver cómo va el pan.

Me levanto para entrar también en la casa, pero ella hace que me siente otra vez.

—Siéntate y relájate.

Me quedo sentada a la sombra del árbol, bebiendo mi té helado e intentando tranquilizarme. Intentando disfrutar del hecho de estar aquí sentada, en un hermoso jardín. Pero las emociones siguen acosándome como animalillos inquietos.

Otro camino.

Pero yo no conozco ningún otro camino. No tengo ni idea de qué estoy haciendo; no tengo ni idea de cuál es mi objetivo. Es como si se hubiera apagado la luz y caminara a tientas, un paso tras otro. Y lo único que sé es que no puedo volver a ser quien era antes.

Cierro los ojos y aprieto los párpados, procurando vaciar la mente. No debí buscar ese sitio web. No debí leer esos comentarios. Ahora vivo en otro mundo.

—Extiende los brazos, Samantha —dice de pronto la voz de Iris—. Pero no abras los ojos. Va.

No tengo ni idea de qué pretende, pero cierro los ojos y extiendo los brazos. De pronto noto algo caliente encima de ellos. Percibo un olor a levadura. Abro los ojos y descubro una hogaza de pan en mis brazos.

Me quedo mirándola sin dar crédito a lo que veo. Es un pan de verdad. Pan como Dios manda, igual que el que verías en el escaparate de una panadería. Gordo, redondo y dorado, con unas finas estrías y una crujiente y casi hojaldrada parte superior. Huele tan bien que se me hace la boca agua.

—Y ahora dime que esto no es nada —dice Iris apretándome un brazo—. Esto lo has hecho tú, querida. Y deberías estar orgullosa.

No puedo contestar. Cojo la hogaza caliente con ambas manos y noto una opresión en la garganta. Yo he hecho este pan. Lo he hecho yo. Yo, Samantha Sweeting, que ni siquiera sabía calentar una sopa de sobre en el microondas. Que regaló siete años de su vida para acabar sin nada, para que la borrarán del mapa. Que ni siquiera sabe ya quién es.

He hecho una hogaza de pan. Es como si esto fuera lo único que tengo a lo que puedo aferrarme.

Horrorizada, noto cómo de pronto una lágrima resbala por mi mejilla, seguida de otra. Esto es absurdo. He de controlarme.

—Tiene buena pinta —dice la voz de Nathaniel a mis espaldas, y me doy la vuelta, sobresaltada. Él está de pie al lado de Iris, y su cabello brilla iluminado por el sol.

—Hola —digo, aturullada—. Creía que estabas... arreglando una cañería o algo así.

—Sí, todavía estoy en ello. —Asiente con la cabeza—. Pero me he tomado un descanso.

—Voy a sacar las otras hogazas —dice Iris; me da unas palmaditas en el hombro y desaparece.

Me levanto y miro a Nathaniel por encima del pan. El simple hecho de verlo añade todo tipo de emociones a la mezcla: más animalillos correteando alrededor de mi cuerpo.

Aunque, ahora que lo pienso, básicamente son variedades del mismo animal.

—¿Estás bien? —me pregunta al ver mis lágrimas.

—Sí. Es que ha sido un día un poco raro —contesto, y me enjugo las lágrimas, abochornada—. No suelo ponerme tan emotiva por... un pan.

—Mi madre dice que estabas un poco frustrada. —Arquea las cejas—. ¿De qué? ¿De tanto amasar?

—No; ha sido la subida. —Compongo una sonrisa compungida—. Tener que esperar. Nunca he sabido esperar.

—Ah, ya. —Me mira a los ojos.

—Nunca. Por nada. —No sabría explicar cómo ni por qué, pero cada vez estoy más cerca de Nathaniel—. Soy muy impaciente.

—Ya.

Solo nos separan unos centímetros. Y cuando alzo la cabeza y lo miro, respirando entrecortadamente, todas las frustraciones y conmociones de las últimas semanas se diluyen en mi interior. Noto una presión cada vez más fuerte, hasta que no puedo soportarlo más. Necesito liberarla. Sin poder detenerme, levanto un brazo y tiro de la cabeza de Nathaniel hacia mí.

No había vuelto a besar así desde que era una adolescente. Abrazados el uno al otro, completamente desconectada del resto del mundo.

Completamente entregada. Trish podría estar ahí plantada con una cámara de vídeo en las manos, dando instrucciones, y no me enteraría.

Parece que hayan pasado horas cuando abro los ojos y nos separamos. Noto los labios hinchados y me tiemblan un poco las piernas. Nathaniel parece igual de traumatizado. Tiene los ojos opacos y respira entrecortadamente.

Entonces me doy cuenta de que el pan está todo aplastado. Procuero darle forma lo mejor que puedo, pero cuando lo dejo encima de la mesa, semeja una pieza de cerámica deformada. Intento recuperar el ritmo de la respiración.

—No tengo mucho tiempo —dice Nathaniel—. He de volver al pub. — Me acaricia la espalda con una mano, y noto cómo mi cuerpo se curva hacia el suyo.

—No tardo mucho —aseguro con una voz ronca, cargada de deseo.

¿Desde cuándo soy tan descarada?

—Lo digo en serio, no tengo mucho tiempo. —Él mira su reloj—. Unos seis minutos.

—Solo tardo seis minutos —murmuro con una mirada tentadora, y Nathaniel me sonrío, como si estuviera bromeando—. De verdad —digo, intentando sonar modesta pero sensual—. Soy muy rápida. Seis minutos. O lo tomas o lo dejas.

Hay un breve silencio. El rostro de Nathaniel adopta una expresión de incredulidad. No parece tan impresionado como yo esperaba.

—Mira, por aquí nos tomamos las cosas con un poco más de calma — dice al fin.

—Bueno —replico, y procuro no mostrarme desilusionada. ¿Qué pretende decirme? ¿Acaso tiene algún problema?—. Bueno... sí... seguro que...

No he debido empezar esa frase.

Nathaniel vuelve a mirar la hora.

—Tengo que irme. Esta noche he de conducir hasta Gloucester.

Al oír su tono de voz, muy serio, noto como si algo se desplomara dentro de mí. Nathaniel ya ni siquiera me mira. Comprendo que no he debido mencionar el tiempo. Todo el mundo sabe que no hay que mencionar ningún

tipo de medida numérica cuando se tienen relaciones sexuales con un hombre. Es la regla fundamental. Eso, y no coger el mando a distancia en plena tarea, a menos que estés segura de que el volumen está apagado.

—Bueno... nos vemos —digo, tratando de sonar relajada pero interesada—. ¿Qué haces mañana?

—Todavía no lo sé. —Se encoge de hombros—. ¿Vas a estar por aquí?

—Sí, supongo.

—Bueno, quizá nos veamos mañana.

Y sin decir más, da media vuelta y se marcha. Yo me quedo plantada, con una hogaza de pan chafada en las manos y totalmente desconcertada.

diecisiete

Como ya he dicho, debería haber otro sistema. Debería haber una especie de convención universal que no dejara margen para los malentendidos. Quizá podría consistir en un sistema de señales hechas con las manos. O en pequeños y discretos adhesivos que se colocarían en la solapa, con un código de colores que transmitiese diferentes mensajes:

Disponible/No disponible

Relación en curso/Relación terminada

Sexo inminente/Sexo descartado/Sexo aplazado

¿De qué otra forma vamos a saber qué está pasando?

A la mañana siguiente le he dado muchas vueltas y no he llegado a ninguna conclusión. O bien a) a Nathaniel le ofendieron mis alusiones al sexo y ya no le intereso, o b) no le sucede nada, todo sigue como antes, lo único es que se está comportando como un hombre y no me explica nada, y yo debería dejar de obsesionarme.

O algo entre una cosa y otra.

O alguna otra posibilidad que ni siquiera se me ha ocurrido. O...

La verdad es que creo que debe de tratarse de una de esas cosas. Pero aun así me aturdo mucho solo de pensarlo.

Hacia las nueve bajo la escalera en bata, y encuentro a Eddie y Trish en el vestíbulo, elegantemente vestidos. Eddie lleva un blazer con relucientes botones dorados, y Trish, un traje de seda blanco con un prendido de rosas rojas artificiales, el más inmenso que he visto jamás. Parece tener dificultades en abrocharse la chaqueta. Al final pasa el último botón por el ojal y se mira

en el espejo, jadeando ligeramente.

Ahora da la impresión de que no puede mover los brazos.

—¿Qué crees? —le pregunta a Eddie.

—Sí, muy bonito —contesta él mientras intenta descifrar un mapa de carreteras de Gran Bretaña—. ¿Es la A trescientos cuarenta y siete o la A trescientos sesenta y siete?

—Hum... Yo creo que quedaría mejor con la chaqueta abierta —me arriesgo a decir—. Más... relajada.

Trish me mira con los ojos entrecerrados, como si sospechara que estoy saboteando deliberadamente su aspecto.

—Sí —dice, transcurridos unos instantes—. Quizá tengas razón.

Empieza a desabrocharse la chaqueta, pero le aprieta tanto que apenas llega a los botones. Eddie se ha metido en su despacho.

—¿Quiere que...? —me ofrezco.

—Sí. —Tiene el cuello muy rojo—. Sí, por favor.

Me acerco a ella y le despiro los botones con toda la suavidad de que soy capaz, que no es mucha, dado que la tela está muy tensa. Cuando termino, ella da un paso hacia atrás y vuelve a mirarse en el espejo; parece ligeramente insatisfecha, y tira de su falda de seda hacia abajo.

—Dime, Samantha —dice con aire despreocupado—. Si me vieras ahora por primera vez, ¿qué palabra emplearías para definirme?

Mierda. Estoy segura de que esto no se mencionaba en la descripción del empleo. Me estrujo el cerebro en busca de la palabra más halagadora que se me pueda ocurrir.

—Hum... Elegante —respondo tras reflexionar unos momentos, y asiento con la cabeza como si quisiera añadir convicción a mis palabras—. Diría que es usted una mujer elegante.

—¿Elegante? —Trish me taladra con la mirada. Algo me dice que me he equivocado.

—¡Bueno, no! ¡Delgada! —me corrijo. ¿Cómo es posible que se me haya pasado?—. Delgada —insisto. Ella se mira unos instantes, volviéndose hacia uno y otro lado—. Delgada.

No parece muy contenta. ¿Qué tiene de malo ser delgada y elegante, por amor de Dios?

Aunque Trish no sea ninguna de las dos cosas, para ser sinceros.

—¿Y...? —Se echa hacia atrás el cabello, esquivando deliberadamente mi mirada—. ¿Y... joven?

Me quedo tan cortada que no sé qué contestar. ¿Joven?

¿Joven comparada con qué?

—Pues... claro que sí —digo al fin—. Eso... por descontado.

Por favor, que no me pregunte: «¿Cuántos años me...?».

—¿Cuántos años me pondrías, Samantha?

Mueve la cabeza de un lado a otro y se sacude las hombreras de la chaqueta, como si en realidad no le interesara mi respuesta. Pero yo sé que sus dos orejas están atentas y esperando, como dos gigantes micrófonos preparados para atrapar el más leve sonido.

No sé qué decir. Diré... treinta y cinco. No. No seas ridícula. Trish no puede ser tan ilusa. ¿Cuarenta? No. No puedo decir cuarenta. Está demasiado cerca de la verdad.

—Pues yo no le pongo... más de treinta y siete —me arriesgo al final.

Trish se da la vuelta, y por la expresión de placer y suficiencia de su rostro deduzco que he acertado con la dosis de adulación.

—¡Pues tengo treinta y nueve! —dice, y dos manchas de color aparecen en sus mejillas.

—¡No! —exclamo, e intento no mirar sus patas de gallo—. ¡Es increíble!

Qué mentirosa. El pasado febrero cumplió cuarenta y seis. Y si no quiere que la gente lo sepa, no debería dejar su pasaporte encima del tocador.

—¡Bueno! —dice, más animada—. Vamos a pasar todo el día fuera, en la fiesta de mi hermana. Nathaniel vendrá a trabajar en el jardín, pero supongo que eso ya lo sabes...

—¿Nathaniel? —Noto una descarga eléctrica—. ¿Va a venir?

—Ha llamado esta mañana. Dice que tiene que hacerles no sé qué a los guisantes de olor. —Coge un perfilador de labios y empieza a aplicárselo.

—Ah, no lo sabía. —Intento mantener la calma, pero me recorren unos tentáculos de emoción—. Creía que no trabajaba los domingos.

—Sí, lo hace a menudo. Es muy trabajador. —Se retira un poco del espejo para mirarse, y luego se pone más pintalabios—. Me han contado que te llevó a ese barcito que tiene.

A ese barcito. ¿Quién se ha creído que es?

—Pues... sí, es verdad.

—Me alegro muchísimo, de verdad. —Coge un tubo de rímel y va añadiendo más capas a sus largas y puntiagudas pestañas—. Estuvimos a punto de tener que buscar otro jardinero, ¿te imaginas? Aunque para él fue una gran decepción, desde luego. Con todos los planes que tenía.

La miro sin comprender. ¿De qué demonios está hablando?

—¿Qué planes? —pregunto.

—Los de Nathaniel. El vivero ese. —Frunce el entrecejo y se quita una manchita de rímel de debajo del ojo—. Una plantación de productos orgánicos o como se llamen. Nos enseñó el proyecto. De hecho, estuvimos planteándonos ayudarlo. A nosotros nos gusta ayudar a nuestros empleados, Samantha. —Me clava su azul mirada como desafiándome a contradecirla.

—¡Claro, claro!

—¿Ya estás? —Eddie sale de su despacho con un panamá—. Va a hacer un calor sofocante.

—No empieces, Eddie —le espeta Trish, y guarda la varita del rímel en el tubo—. Vamos a ir a la fiesta, y punto. ¿Tienes el regalo?

—¿Y qué pasó? —pregunto, recuperando el hilo de la conversación—. Con los planes de Nathaniel.

Trish hace un mohín de pena en el espejo.

—Verás, su padre murió y se organizó un lío enorme con los pubs. Así que él cambió de idea. No llegó a comprar el terreno. —Vuelve a mirarse en el espejo y pregunta—: ¿Y si me pongo el traje rosa?

—No —decimos Eddie y yo a la vez.

Miro a Eddie, que pone cara de exasperación, y contengo una risita.

—Está guapísima, señora Geiger —añado—. En serio.

Entre Eddie y yo conseguimos arrancar a Trish del espejo, la obligamos a salir por la puerta principal y a recorrer el camino de grava hasta el Porsche. Eddie tiene razón: va a hacer un calor asfixiante. El cielo ya está de un azul transparente, y el sol es una deslumbrante bola de fuego.

—¿A qué hora volverán? —pregunto cuando se meten en el coche.

—Llegaremos tarde, por la noche —responde Trish—. Eddie, ¿dónde está el regalo? Ah, Nathaniel, estás aquí.

Miro por encima del capó con cierta aprensión. Ahí está, bajando por el caminito, con vaqueros, alpargatas, una vieja camiseta gris, y la mochila colgada del hombro. Y aquí estoy yo, en bata y toda despeinada.

Y sin saber todavía cómo han quedado las cosas entre nosotros.

Aunque ciertas partes de mi cuerpo ya han empezado a reaccionar ante la llegada de Nathaniel; ellas no parecen nada confundidas.

—Hola —lo saludo mientras él se acerca.

—Hola.

Nathaniel entrecierra los ojos y compone una expresión amable, pero no hace ademán de besarme ni me sonrío siquiera. Se para y me mira. Su resuelta y penetrante mirada me intimida.

O las cosas han quedado más o menos como estaban ayer a medio beso, o es mi destino encontrar a Nathaniel tremendamente sexy, sean cuales sean las vibraciones que él emane.

—Bueno. —Desvió la vista—. Se ve que hoy... tienes mucho trabajo.

—Podrías ayudarme —dice con indiferencia—. Si no estás muy liada.

Siento un intenso placer que procuro disimular con una tosecilla.

—Vale. —Me encojo de hombros y casi frunzo el entrecejo—. Bueno, si puedo.

—Muy bien. —Saluda a los Geiger con la cabeza y se marcha hacia el jardín.

Trish ha contemplado este diálogo con una insatisfacción cada vez mayor.

—No sois nada cariñosos, ¿eh? —dice—. Mira, yo creo que...

—¿Quieres hacer el favor de dejarlos en paz? —La ataja Eddie, y enciende el motor—. Acabemos ya con este asunto.

—¡Eddie Geiger! —salta Trish con voz chillona, y se gira en el asiento—. ¡Estás hablando de la fiesta de mi hermana! ¿Te das cuenta de...?

Eddie pisa el acelerador, ahogando la voz de Trish, y el Porsche desaparece por el camino escupiendo grava y me deja sola bajo un sol abrasador.

Bueno.

Así que Nathaniel y yo nos hemos quedado solos. Solos y juntos. Hasta las ocho. Esto es lo que hay.

Noto una especie de pulsaciones internas. Como un director de orquesta

marcando el compás. Como una introducción.

Giro sobre mis talones con aire deliberadamente desenfadado y me dirijo hacia la casa. Al pasar por delante de un parterre de flores, hasta me detengo unos instantes para examinar una planta escogida al azar, sujetando las verdes hojas con los dedos.

Supongo que podría ir y ofrecerle mi ayuda. Sería un gesto de buena educación.

Hago todo lo posible por no precipitarme. Me doy una ducha, me visto y desayuno media taza de té y una manzana. Luego subo y me maquillo un poco. Muy poco. Solo lo imprescindible.

Me visto con sencillez. Una camiseta, una falda de algodón y unas sandalias. Cuando me miro en el espejo, casi me estremezco de emoción. Pero por lo demás, mi cabeza está extrañamente vacía. Es como si hubiera perdido el control de mis procesos mentales. Lo cual creo que no está nada mal.

Al salir de la casa, donde se está fresco, el calor que hace en el jardín resulta abrasador; no corre ni una pizca de brisa. Bajo por el caminito lateral, manteniéndome a la sombra. No sé adónde voy, porque no sé dónde está trabajando Nathaniel. Y entonces lo veo, en medio de una hilera de flores de color azul lavanda y lila, con la frente arrugada mientras ata un trozo de cordel.

—Hola —lo saludo.

—Hola.

Levanta la cabeza y se seca el sudor de la frente. En el fondo estoy deseando que Nathaniel deje lo que está haciendo, venga hacia mí y me bese, pero no lo hace. Sigue atando el nudo; luego corta el cordel con un cuchillo.

—He venido a ayudarte —digo tras una pausa—. ¿Qué estás haciendo?

—Atar los guisantes de olor. —Señala las plantas, que crecen amarradas a una especie de enrejados de mimbre—. Hay que atarlos, porque si no se doblan. —Me lanza un rollo de cordel—. Pruébalo. No aprietes mucho los nudos.

Así que no lo decía en broma. Quiere que lo ayude en el jardín.

Desenrollo con cuidado un trozo de cordel y hago lo mismo que él. Las suaves hojas y los pétalos me hacen cosquillas mientras trabajo, y desprenden un perfume asombrosamente dulce.

—¿Así?

—Déjame ver. —Nathaniel viene a mirar—. Sí. Puedes apretar un poco más. —Cuando se da la vuelta, su mano roza levemente la mía—. Prueba con otro.

Noto un cosquilleo en la mano que me ha tocado Nathaniel. ¿Lo ha hecho a propósito? No estoy segura. Ato la siguiente planta, y aprieto el nudo un poco más que el anterior.

—Sí, así.

De pronto oigo la voz de Nathaniel detrás de mí y siento sus dedos en el cuello, acariciándome alrededor del lóbulo de la oreja.

Esto sí que lo ha hecho a propósito. No cabe duda. Me doy la vuelta con intención de responder, pero él ya está al otro lado de la hilera, sujetando otra planta de guisantes de olor, como si no hubiera pasado nada.

De pronto comprendo que está jugando conmigo.

Vale. Ahora sí que estoy excitada.

Las pulsaciones interiores van en aumento a medida que avanzo por la hilera de plantas. Solo se oye el susurro de las hojas y el débil chasquido del cordel cuando lo corto. Ato tres plantas más y llego al final.

—Ya está —anuncio sin girarme.

—Muy bien. Déjame ver.

Viene hasta mí y examina el nudo que acabo de hacer. Con la otra mano me levanta la falda y empieza a acariciarme el muslo. No puedo moverme. Estoy paralizada. De pronto Nathaniel se aparta y vuelve a ponerse serio. Recoge un par de cestos del suelo.

—¿Qué...? —Ni siquiera puedo articular una frase entera.

Nathaniel me besa en la boca, brevemente pero con fiereza.

—Sigamos. Hay que recoger las frambuesas.

Los invernáculos están más allá; parecen habitaciones de malla verde. En el suelo de tierra, reseco, hay varias filas de frambuesos. Cuando entramos, no

se oye nada salvo los zumbidos de los insectos y el aleteo de un pájaro que ha quedado atrapado y al que Nathaniel ayuda a salir.

Recogemos los frutos de la primera hilera sin decirnos nada. Cuando llegamos al final, tengo el gusto ácido de las frambuesas en la boca, las manos arañadas y doloridas de tanto arrancar frutas, y estoy sudando. El calor parece más intenso en este invernáculo que en cualquier otro rincón del jardín.

Nos encontramos al final de la hilera, y Nathaniel me mira durante un segundo; el sudor le resbala por la cara.

—Qué calor —dice. Deja el cesto en el suelo y se quita la camiseta.

—Sí.

Nos miramos en silencio. Entonces, casi desafiante, hago lo mismo. Me quedó ahí plantada, en sujetador, a unos centímetros de Nathaniel, y mi piel parece muy blanca comparada con la suya.

—¿Ya está? —pregunto indicando el cesto, pero él ni siquiera baja la vista.

—No, todavía no.

La cara con que me observa hace que note una extraña sensación detrás de las rodillas. Lo miro a los ojos; es como si estuviéramos jugando a las prendas.

—A esas no he podido llegar. —Señalo un racimo de frutas que no alcanzo con la mano.

—Ya te ayudo.

Se inclina sobre mí, piel contra piel, y mientras recoge las frambuesas, siento sus labios acariciándome el lóbulo de la oreja. Todo mi cuerpo reacciona. No lo soporto más; necesito parar. Y necesito que él no pare.

Pero continuamos. Recorremos las hileras como dos intérpretes de una danza de apareamiento. En apariencia nos concentramos en nuestros movimientos, pero en realidad solo somos conscientes el uno del otro. Al final de cada fila, Nathaniel roza alguna parte de mi cuerpo con los labios o los dedos. Me pone frambuesas en la boca, y yo le mordisqueo los dedos. Me muero de ganas de abrazarlo, de acariciarlo, pero cada vez él se da la vuelta antes de que yo pueda hacer nada.

Estoy empezando a temblar de deseo. Nathaniel me ha desabrochado el

sujetador. Yo misma me he quitado las bragas. Él se ha soltado el cinturón. Pero seguimos recogiendo frambuesas.

Los cestos ya están llenos, y pesan; me duelen los brazos, pero apenas los noto. Lo único que noto es que me late todo el cuerpo; que las pulsaciones se están convirtiendo en un martilleo; que no voy a soportarlo mucho tiempo. Cuando llego al final de la última hilera, dejo el cesto en el suelo y me quedo mirando a Nathaniel, incapaz de ocultar lo desesperada que estoy.

—¿Ya hemos terminado? —Respiro entrecortadamente. Necesito abrazarlo. Tiene que entenderlo. No puedo más.

—No está mal —responde, y dirige la mirada hacia los otros invernáculos—. Pero todavía nos queda trabajo...

—No —me oigo decir—. Basta.

Estoy aquí plantada, bajo el sol, sobre la tierra reseca, jadeando y dolorida. Y cuando creo que voy a explotar, Nathaniel avanza hacia mí, se inclina y me besa un pezón, y casi me desmayo. Y esta vez no se aparta. Esta vez va en serio. Me acaricia todo el cuerpo, se me cae la falda, él se quita los vaqueros. Me estremezco, lo abrazo y grito. Y nos olvidamos de las frambuesas, que se esparcen por el suelo y quedan aplastadas bajo nuestros cuerpos.

Después permanecemos allí tendidos durante lo que parecen horas. La euforia me ha dejado entumecida. Tengo polvo y piedras clavadas en la espalda, las rodillas y las manos, y manchas de frambuesa por todo el cuerpo. No me importa. Ni siquiera puedo levantar una mano para quitar una hormiga que se pasea tan campante por mi vientre.

Tengo la cabeza apoyada en el pecho de Nathaniel, y oigo los latidos de su corazón, que recuerdan al tenaz y tranquilizador tictac de un reloj. El sol me calienta la piel. No tengo ni idea de qué hora es. No quiero saber qué hora es. He perdido por completo la noción del tiempo.

Al final Nathaniel levanta un poco la cabeza. Me besa en el hombro, y luego sonrío.

—Sabes a frambuesas.

—Ha sido... —Me interrumpo; estoy demasiado pasmada para componer

una frase completa—. Normalmente yo... —De pronto suelto un enorme bostezo y me tapo la boca. Me gustaría dormir varios días seguidos.

Nathaniel alza una mano y, perezosamente, se pone a trazar círculos por mi espalda.

—Seis minutos no son sexo —lo oigo decir cuando cierro los ojos—. Seis minutos son... un huevo duro.

Cuando despierto, los invernáculos están a media sombra. Nathaniel ha salido de debajo de mí, me ha hecho una almohada con la falda, arrugada y manchada de frambuesas, se ha puesto los vaqueros y ha traído una cerveza de la nevera de los Geiger. Me incorporo —todavía me da vueltas la cabeza — y lo veo sentado en la hierba, apoyado en un árbol, bebiendo de la botella.

—Holgazán —digo—. Los Geiger creen que estás arreglando los guisantes de olor.

Me mira, risueño.

—¿Has dormido bien?

—¿Cuánto rato he dormido? —Me quito una piedrecilla que tengo incrustada en la cara. Estoy completamente desorientada.

—Un par de horas. ¿Quieres un poco? —Señala la botella—. Está fría.

Me levanto, me sacudo el polvo, me pongo la falda y el sujetador, y me siento al lado de Nathaniel, en la hierba. Él me pasa la botella, y doy un sorbo con cierta reserva. Es la primera vez que bebo cerveza. Pero así, fría y espumosa, de la botella, es la bebida más refrescante que he probado jamás.

Me apoyo en el tronco del árbol, con los pies descalzos sobre la fresca hierba.

—Ostras, esto es... —Levanto una mano y la dejo caer a plomo.

—Ya no estás tan nerviosa como antes —observa Nathaniel—. Antes saltabas un metro cada vez que te decía algo.

—¡No es verdad!

—Ya lo creo. —Asiente con la cabeza—. Como un conejo.

—Creía que era un tejón.

—Eres un cruce de conejo y tejón. Una raza muy rara.

Me sonrío y da un sorbo de cerveza. Nos quedamos un momento callados.

Contemplo un diminuto avión que vuela a gran altura, dejando una estela blanca en el cielo.

—Mi madre también te encuentra cambiada. —Nathaniel me lanza una rápida y escrutadora mirada—. El otro día me dijo que no sabe qué te pasó ni de quién huyes, pero que te están perdiendo para siempre.

Su afirmación esconde una pregunta, pero yo no contesto. Estoy pensando en lo que me dijo Iris ayer. En cómo dejó que descargara sobre ella todas mis frustraciones. Ella tampoco ha tenido una vida fácil.

—Tu madre es increíble —digo al final.

—Sí.

Dejo la botella en el suelo, me tumbo en la hierba y me quedo contemplando el cielo azul. Huelo la tierra que hay debajo de mi cabeza, noto unas briznas de hierba en las orejas y oigo a un saltamontes que chirría por aquí cerca.

He cambiado. Yo también lo percibo. Me siento... más calmada.

—¿Tú quién serías? —digo mientras enrosco un tallo de hierba con el dedo—. Si pudieras huir. Si pudieras ser otra persona.

Nathaniel se queda un momento callado, contemplando el jardín.

—Sería quien soy —responde al fin encogiéndose de hombros—. Soy feliz así. Me gusta vivir donde vivo. Me gusta hacer lo que hago.

Me tumbo boca abajo y lo miro, entrecerrando los ojos para protegerme del sol.

—Seguro que hay alguna otra cosa que te gustaría hacer. Seguro que tienes algún sueño.

Él niega con la cabeza y sonrío.

—Hago lo que quiero hacer.

De pronto recuerdo mi conversación con Trish y me siento en la hierba.

—¿Y ese vivero que ibas a montar?

Nathaniel pone cara de sorpresa.

—¿Cómo sabes que...?

—Me lo ha contado Trish esta mañana. Dice que hasta tenías el proyecto. ¿Qué pasó?

Se queda callado un momento, sin mirarme a los ojos. No sé qué está pensando.

—Solo era una idea —dice por fin.

—Lo dejaste por tu madre. Para ocuparte de los pubs.

—Es posible. —Coge una rama baja del árbol y se pone a arrancarle las hojas—. Todo cambió.

—Pero ¿tú quieres llevar los pubs? —Me acerco más a él, intentando interceptar su mirada—. Tú mismo me dijiste que lo tuyo es la jardinería.

—No se trata de querer. —De pronto noto un deje de frustración en su voz—. Es un negocio familiar. Alguien ha de dirigirlo.

—¿Por qué tú? —insisto—. ¿Por qué no tu hermano?

—Él es... diferente. Él ya tiene su negocio.

—¡Tú también podrías abrir tu propio negocio!

—Ya, pero yo tengo responsabilidades. —Frunce más la frente—. Mi madre...

—A ella le gustaría que te dedicaras a lo que te gusta de verdad. Estoy convencida. Le gustaría que fueras feliz, que no dejaras de hacer nada por ella.

—Soy feliz. Es ridículo decir...

—Pero ¿no podrías ser más feliz?

El jardín está en silencio. Nathaniel mira hacia otro lado; tiene los hombros encogidos, como si quisiera protegerse de mis palabras.

—¿Nunca te dan ganas de liberarte de tus responsabilidades? —Extiendo ambos brazos en un gesto de abandono—. Echarte a la calle y... ver qué pasa.

—¿Fue eso lo que hiciste tú? —me pregunta con una pizca de irritación, y se da la vuelta.

Lo miro a los ojos, indecisa.

—No estamos hablando de mí —digo al final—. Estamos hablando de ti.

—Samantha. —Suelta un suspiro y se frota la frente—. Ya sé que no deseas hablar del pasado. Pero quiero que me digas una cosa. Y que seas sincera.

Siento un profundo estremecimiento de alarma. ¿Qué va a preguntarme?

—Lo intentaré. ¿De qué se trata?

Nathaniel me mira a los ojos y respira hondo.

—¿Tienes hijos?

Me quedo atónita. ¿Nathaniel pensaba que tengo hijos? El alivio que siento se traduce en una risotada que no puedo parar.

—¡No, no tengo hijos! ¿Qué pasa? ¿Creías que había abandonado a cinco criaturas hambrientas?

—No lo sé. —Frunce el entrecejo y adopta una expresión avergonzada pero defensiva—. ¿Por qué no?

—Porque... hombre... ¿acaso parece que haya tenido cinco hijos? —No puedo disimular una pizca de indignación, y Nathaniel se pone a reír también.

—Bueno, cinco quizá no...

—¿Qué quieres decir con eso? —Estoy a punto de darle con la camisa cuando una voz hiende el aire.

—¡Samantha!

Es Trish. Su voz proviene de la casa. ¿Ya han llegado?

Miro a Nathaniel, desconcertada.

—¿Samantha? —Otra vez la voz de Trish—. ¿Estás ahí fuera?

Mierda. Nos miramos. Solo llevo puestos una falda y un sujetador, y voy cubierta de polvo y manchas de frambuesa; Nathaniel está más o menos igual que yo, solo que con vaqueros.

—¡Rápido! ¡La ropa! —susurro al tiempo que me pongo en pie.

—¿Dónde está? —pregunta Nathaniel mirando alrededor.

—¡No lo sé! —Me dan ganas de reír—. Nos van a despedir a los dos.

—¡Samantha! —Oigo abrirse las puertas de la veranda.

—¡Mierda! ¡Viene hacia aquí!

—No pasa nada —me tranquiliza Nathaniel, y coge su camiseta del invernáculo. Se la pone por la cabeza, y en cuestión de segundos recupera un aspecto muy normal—. Yo la distraeré. Tú sube por detrás de los matorrales, entra por la puerta de la cocina y ve corriendo a cambiarte, ¿vale?

—Vale —digo sin aliento—. ¿Y qué vamos a contarle?

—Vamos a contarle... —Hace una pausa, como si pensara—. Que no hemos echado un polvo en el jardín y que no hemos cogido cervezas de la nevera.

—Muy bien. —Se me escapa la risa—. Buen plan.

—Corre, conejito.

Me da un beso, y yo corro por el jardín hasta esconderme detrás de un

enorme rododendro.

Voy disparada hacia la casa, sin apartarme de los matorrales y procurando no hacer ruido. Camino descalza por la tierra húmeda y en sombra; piso un guijarro puntiagudo y contengo un grito de dolor. Siento una mezcla de terror y placer, como si tuviera diez años y jugara al escondite.

Cuando llego a unos diez metros de la casa, me agacho detrás de un arbusto y aguardo. Pasados un par de minutos, veo a Nathaniel guiando a los Geiger con decisión por el jardín, hacia el estanque bordeado de azucenas.

—Me parece que nos enfrentamos a un caso grave de mildiu —va diciendo—. Me gustaría que lo vieran ustedes mismos.

Espero hasta que se han alejado bastante, y entonces salgo corriendo hacia la veranda, entro en la casa y subo la escalera. Cuando llego a mi habitación y cierro la puerta, me derrumbo en la cama y me dan ganas de reír del alivio que siento, de lo cómico y estúpido de la situación. Luego me levanto y miro por la ventana. Los veo a los tres abajo, junto al estanque. Nathaniel señala algo con un palo.

Entro deprisa en el cuarto de baño, abro el grifo de la ducha y me doy un remojón. Luego me pongo ropa interior limpia, unos vaqueros limpios y una recatada camiseta de manga larga. Hasta me pinto un poco los labios. Al final me calzo unas alpargatas, bajo y salgo al jardín.

Nathaniel y los Geiger caminan hacia la casa. Los tacones de Trish se hunden en el césped, y tanto ella como Eddie están acalorados y parecen preocupados.

—Hola —los saludo con aire desenvuelto.

—Ah, estás aquí —dice Nathaniel—. No te he visto en todo el día.

—Estaba estudiando recetas de cocina —miento con fingida inocencia, y miro a Trish con una educada sonrisa en los labios—. ¿Ha sido bonita la fiesta, señora Geiger?

Demasiado tarde. Veo a Nathaniel haciéndome señas detrás de la pareja. Se pasa un dedo por el cuello, como si se degollara.

—Gracias por preguntarlo, Samantha. —Trish inspira bruscamente y añade—: Pero prefiero no hablar de la fiesta, gracias.

Eddie da un resoplido de indignación.

—¿Quieres hacer el favor de parar? Lo único que he dicho es que...

—¿Es el tono con que lo has dicho! —grita Trish—. ¡A veces pienso que tu único objetivo en la vida es avergonzarme!

Eddie resopla, furioso, y se va muy ofendido hacia la casa, con el panamá torcido en la cabeza.

Vaya. Arqueo las cejas y miro a Nathaniel, que me sonrío detrás del tembloroso peinado de Trish.

—¿Le apetece una taza de té, señora Geiger? —digo con dulzura—. ¿O... un Bloody Mary?

—Gracias, Samantha —me contesta, levantando la barbilla y adoptando un aire muy digno—. Creo que un Bloody Mary me sentará bien.

Vamos a la veranda, y Trish se tranquiliza un poco. Hasta se prepara ella misma el Bloody Mary en lugar de darme órdenes mientras lo hago yo, y también nos prepara uno a Nathaniel y a mí.

—Bueno —dice cuando todos lo hemos probado y nos hemos sentado entre las frondosas plantas de interior—, he de decirte una cosa, Samantha. Vamos a tener una invitada.

—Ah, ¿sí? —contesto mientras intento no sonreír. Nathaniel está sentado a mi lado y no para de tirar de mi alpargata con el pie por debajo de la mesita.

—Sí, mi sobrina vendrá mañana y se quedará varias semanas en casa. Necesita la paz y la tranquilidad del campo. Tiene trabajo, y es muy importante que no la molestemos, así que el señor Geiger y yo le hemos ofrecido una habitación aquí. Has de prepararle la habitación de invitados.

—Muy bien. —Asiento, obediente.

—Necesitará una mesa. Me parece que va a traerse el portátil.

—Sí, señora Geiger.

—Melissa es una chica muy inteligente. —Trish prende un cigarrillo con su encendedor de Tiffany—. Y muy competente. Es de esas chicas de la City.

—Ah, ya —digo, y contengo una risita cuando Nathaniel consigue por fin quitarme la alpargata—. ¿A qué se dedica?

—Es abogada —contesta Trish, y levanto la cabeza, muda de asombro.

¿Abogada?

¿Que una abogada va a instalarse en esta casa?

Nathaniel me está haciendo cosquillas en la planta del pie, pero yo solo puedo responder con una débil sonrisa. Esto podría ser grave. De hecho,

podría ser un desastre.

¿Y si resulta que conozco a esa tal Melissa?

Mientras Trish se prepara otro Bloody Mary, me estrujo el cerebro. Melissa. Podría ser Melissa Davis, de Freshwater. Podría ser Melissa Christie, de Clark Forrester. Podría ser Melissa Taylor, la que trabajó en la fusión de DeltaCo. Pasamos horas juntas en la misma habitación. Me reconocería de inmediato.

—Y... ¿ella también se apellida Geiger? —pregunto, fingiendo indiferencia mientras Trish se sienta.

—No; se apellida Hurst.

Melissa Hurst. No me suena de nada.

—¿Y dónde trabaja? —Por favor, que diga en el extranjero...

—En no sé qué empresa importantísima de Londres. —Hace un ademán vago sin soltar el vaso.

Bueno, no la conozco. Pero esto no pinta nada bien. Una prestigiosa abogada de Londres. Si trabaja en un bufete importante, seguro que ha oído hablar de mí. Seguro que ha oído hablar de la abogada de Carter Spink que hizo perder cincuenta millones de dólares a un cliente y se esfumó. Sabrá todos los humillantes detalles de mi fracaso.

Solo de pensarlo me dan escalofríos. Basta con que esa chica reconozca mi nombre para que ate cabos... y se descubrirá el pastel. Me humillarán aquí como me humillaron en Londres. Todo el mundo sabrá de dónde procedo. Todo el mundo sabrá que he mentado. Miro a Nathaniel y me entra pavor.

No puedo dejar que me estropeen esto. Ahora no.

Nathaniel me guiña un ojo y yo doy un gran sorbo de Bloody Mary. La respuesta es muy sencilla. Tendré que hacer lo que sea para mantener a salvo mi secreto.

dieciocho

Esa abogada no tendría por qué reconocirme. Pero por si acaso, opto por un sencillo disfraz. Al día siguiente por la tarde, después de preparar el cuarto de invitados, voy corriendo a mi habitación y me recojo el pelo en lo alto de la cabeza con unos artísticos mechones que me tapan la cara. Luego añado unas gafas de sol viejas que encuentro en el cajón del tocador. Son de los años ochenta y tienen una montura gruesa de color verde que me oculta por completo el rostro. También hacen que me parezca a Elton John, pero podré soportarlo. Lo importante es que no me parezco nada a mí misma.

Cuando bajo, me cruzo con Nathaniel, que sale de la cocina con cara de fastidio. Me mira y se para en seco, sorprendido.

—¡Samantha! ¿Qué has hecho?

—¿Lo dices por el pelo? —Me lo toco—. Ya, es que... me apetecía un cambio de look.

—¿Esas gafas son tuyas? —Me contempla con incredulidad.

—Me duele un poco la cabeza. ¿Qué te pasa? —añado, cambiando rápidamente de tema.

—Trish —contesta frunciendo el entrecejo—. Me ha echado un sermón sobre el ruido. No puedo cortar el césped entre las diez y las dos. Tengo que pedir permiso para utilizar la motoguadaña. Y dice que haga el favor de caminar de puntillas por la grava. ¿Te imaginas? ¡De puntillas!

—¿Por qué?

—Por esa condenada invitada. Tenemos que danzar todos alrededor de ella. Una maldita abogada. —Sacude la cabeza, incrédulo—. Dice que su trabajo es muy importante. ¡Mi trabajo sí es importante!

—¡Ya viene! —anuncia de pronto Trish con su estridente voz desde la

cocina, y sale por la puerta—. ¿Estáis todos preparados?

Abre de par en par la puerta de la calle, y oigo la portezuela de un coche en el camino.

El corazón empieza a latirme muy deprisa. Ya está aquí. Me tapo un poco más la cara con unos mechones de pelo y aprieto los puños junto a los costados. Si reconozco a esta mujer, bajaré la mirada, hablaré en un murmullo e interpretaré mi papel. Soy una asistente. Nunca he sido otra cosa que asistente.

—Mira, Melissa, aquí tendrás mucha tranquilidad —oigo decir a Trish—. He dado instrucciones al servicio para que te cuiden con mucho esmero...

Miro a Nathaniel, que pone los ojos en blanco.

—¡Por aquí! Deja que te abra la puerta...

Contengo la respiración. Unos instantes más tarde, Trish entra en la casa seguida de una chica que lleva unos vaqueros y una camiseta ceñida y arrastra una maleta.

¿Esta es la gran abogada?

Me quedo mirándola, atónita. Tiene una larga melena castaña, una cara coqueta y agraciada, y veinte años como mucho.

—Melissa, te presento a Samantha, nuestra maravillosa asistente... — Trish se interrumpe, asombrada—. Samantha, ¿qué demonios llevas? ¡Pareces Elton John!

Genial. Lo único que he conseguido es llamar la atención.

—Hola —digo, abochornada, y me quito las gafas, pero mantengo la cabeza gacha—. Encantada de conocerla.

—¡Me alegro mucho de haber venido! —Melissa tiene acento de internado pijo, y se aparta la melena de los hombros con un ademán igual de pijo—. Londres me estaba poniendo de los nervios.

—La señora Geiger dice que trabajas en un importante bufete de Londres.

—Sí. —Me sonrío con petulancia—. En la Escuela de Derecho de Chelsea.

¿Cómo?

Ni siquiera es abogada. Es estudiante de Derecho. Es una cría. Levanto la cabeza con cautela y la miro a los ojos, pero su cara no me suena de nada. Menos mal. No tengo nada que temer de esta chica. Casi me dan ganas de

reír.

—¿Y quién es este? —Melissa agita sus pintadas pestañas de manera seductora observando a Nathaniel, que frunce aún más el entrecejo.

—Es Nathaniel, nuestro jardinero —contesta Trish—. Pero no te preocupes, tiene órdenes estrictas de no molestarte. Ya le he explicado que necesitas silencio absoluto para trabajar.

—He de estudiar un montón. —Suelta un suspiro de hastío y se pasa una mano por la melena—. No te imaginas lo que me hacen trabajar, tía Trish. Estoy tan estresada...

—¡No sé cómo lo resistes! —Trish le pone un brazo alrededor de los hombros y la aprieta con fuerza—. Dime, ¿qué quieres hacer primero? Estamos todos a tu disposición.

—¿Podrías deshacerme las maletas? —me pregunta Melissa—. La ropa se habrá arrugado, así que tendrás que plancharla.

Doy un pequeño respingo. ¿No va a deshacer sus propias maletas? ¿En qué me he convertido? ¿En la doncella de esta cría?

—Creo que me llevaré los libros al jardín —añade con ligereza—. Quizá el jardinero pueda ponerme una mesa a la sombra.

Trish la contempla con admiración mientras ella revuelve en una mochilla llena de libros de texto.

—¡Mira cuántos libros, Samantha! —exclama cuando Melissa saca *Jurisprudencia. Manual para principiantes*—. ¡Mira qué palabras tan largas!

—Ostras —digo educadamente.

—Antes que nada, ¿por qué no nos preparas café? —propone Trish—. Sírvenoslo en la terraza. Y trae también unas galletas.

—Como usted diga, señora Geiger —contesto, y automáticamente hago una reverencia.

—El mío, mitad normal y mitad descafeinado —aclara Melissa por encima del hombro—. Es que no me conviene ponerme nerviosa.

No me da la gana, foca engreída.

—Por supuesto. —Sonrío con los dientes apretados—. Será un placer.

Algo me dice que esta chica y yo no vamos a llevarnos bien.

Cinco minutos más tarde, cuando llego con el café a la terraza, Trish y Melissa están arrellanadas en sendas butacas bajo un parasol, con Eddie.

—Ya conoces a Melissa, ¿verdad? —me dice él mientras dejo la bandeja en una mesa de hierro forjado—. Nuestra pequeña estrella. Nuestro lince del Derecho.

—Sí, ya nos han presentado. Aquí tiene su café —añado, y le doy una taza a Melissa—. Como me lo ha pedido.

—Melissa está sometida a una fuerte presión —me explica Eddie—. Hemos de procurar ponerle las cosas fáciles.

—No os imagináis lo duro que es —dice ella, muy seria—. Hasta tengo que trabajar por las noches. Mi vida social se ha visto muy perjudicada. —Toma un sorbo de café y luego me mira—. Por cierto... —Frunce el entrecejo—. ¿Cómo has dicho que te llamas?

—Samantha.

—Eso, Samantha. Ten mucho cuidado con mi top rojo con cuentas, ¿de acuerdo? —Se echa el pelo hacia atrás y da otro sorbo de café.

—Lo haré lo mejor que pueda —digo con educación—. ¿Desean algo más, señora Geiger?

—¡Espera! —Eddie deja su taza en el platillo—. Tengo una cosa para ti. ¡No creas que he olvidado la conversación que mantuvimos el otro día! —Busca debajo de su butaca y saca una bolsa de papel de embalar. Veo un par de libros nuevos asomando por el borde—. Mira, quiero que te tomes esto muy en serio, Samantha. ¡Será nuestro pequeño proyecto!

De pronto tengo un mal presentimiento. Oh, no. Por favor, que no sea lo que creo que es.

—Señor Geiger... —me apresuro a decir—, es usted muy amable, pero...

—¡No se hable más! —me interrumpe él levantando una mano—. ¡Algún día me lo agradecerás!

—¿De qué estáis hablando? —Melissa arruga su naricita con curiosidad.

—¡Samantha va a sacarse el bachillerato!

Con un floreo, Eddie extrae dos libros de ejercicios de la bolsa. Ambos tienen portadas a todo color. Veo las palabras «Matemáticas», «Ortografía» y

«Cultura general».

Eddie abre uno y me muestra una caricatura de una vaca de cuya boca sale un bocadillo donde se lee: «¿Qué es un pronombre?».

Me quedo mirando la vaca sin saber qué decir.

—¿Lo ves? —prosigue Eddie con orgullo—. ¡Con esto te divertirás mucho! ¡Hay estrellas adhesivas doradas para que vayas marcando tus progresos!

—Estoy segura de que Melissa te ayudará cuando no entiendas algo —tercia Trish—. ¿Verdad que sí, cariño?

—Sí, claro —responde ella con una sonrisa de superioridad—. ¡Te felicito, Samantha! Nunca es demasiado tarde. —Me pasa su taza de café, que sigue llena, y agrega—: Prepárame otro café, ¿quieres? Este te ha quedado demasiado flojo.

Entro en la casa y suelto los libros de ejercicios en la mesa de la cocina. Vuelvo a poner agua a hervir y dejo la cafetera en el fregadero con un golpetazo.

—¿Qué tal? —Nathaniel me contempla, risueño, desde el umbral—. ¿Cómo es la chica?

—¡Insoportable! —digo sin poder evitarlo—. Es una maleducada. Me trata como si fuera una sirvienta. He de deshacerle las maletas... y prepararle una mezcla absurda de cafés...

—Eso solo tiene un remedio —replica—. Escupe en el café.

—¡Sí, hombre! —Hago una mueca de asco—. No pienso hacerlo. —Pongo unas cucharadas de café molido en la cafetera, y luego añado otra de descafeinado. No puedo creer que esté consintiéndole los caprichos a esa mocosa.

—No permitas que te cargue. —Nathaniel se me acerca, me abraza y me besa—. No vale la pena.

—Ya lo sé. —Dejo el café y me acurruco en sus brazos, sonriente; enseguida me relajo—. Hum. Te he echado de menos.

Nathaniel me acaricia la espalda con ambas manos y noto un estremecimiento de placer. Anoche me quedé a dormir con él en el pub y

volví a casa de los Geiger a las seis de la mañana. Algo me dice que esto podría convertirse en un hábito.

—Yo también te he echado de menos. —Me toca la nariz y me mira con gesto socarrón—. Y por cierto, Samantha, no creas que no lo sé.

Me pongo en tensión.

—Saber ¿qué? —pregunto aparentando indiferencia.

—Sé que guardas tus secretitos. —Examina mi rostro—. Pero hemos descubierto uno. Y eso ya no tiene remedio.

¿Que han descubierto uno de mis secretos? ¿De qué demonios está hablando?

—¿Qué quieres decir, Nathaniel? —Intento sonar relajada, pero noto que todos mis sistemas de alarma se han puesto en funcionamiento.

—Venga, Samantha —dice, burlón—. Seguro que sabes a qué me refiero. Puedes hacerte la ignorante si quieres, pero no va a servirte de nada. Lo sabemos.

—Saber ¿qué? —insisto, desconcertada.

Nathaniel sacude la cabeza, como si fuera a echarse a reír.

—Te daré una pista. Mañana. —Me besa otra vez y luego va hacia la puerta.

No sé de qué habla. ¿Mañana? ¿Qué pasa mañana?

Al mediodía siguiente todavía no lo he averiguado. Quizá sea porque no he tenido ni un solo momento para sentarme y pensar. Lo cual podría deberse a que llevo todo el santo día corriendo detrás de Melissa.

Le he preparado unas cincuenta tazas de café, y ni se ha molestado en tomarse la mitad. Le he llevado agua con hielo. Le he hecho sándwiches. Le he lavado toda la ropa sucia que traía en la maleta. Le he planchado una camisa blanca para que se la ponga por la noche. Cada vez que intento empezar una de mis tareas habituales, oigo la aguda voz de Melissa llamándome.

Entretanto, Trish se pasea de puntillas por la casa como si tuviéramos al propio T. S. Eliot en el jardín, escribiendo su último gran poema épico. Mientras yo quito el polvo del salón, Trish contempla a su sobrina, que está

sentada a una mesa que han instalado en el jardín.

—Trabaja muchísimo. —Da una honda calada al cigarrillo—. Melissa es una chica tan inteligente...

—Hum —murmuro sin comprometerme.

—No creas que es fácil entrar en una facultad de Derecho, Samantha. ¡Y menos aún en la mejor del país! —Me lanza una mirada elocuente—. ¡Melissa tuvo que superar a muchos aspirantes para conseguir la plaza!

—Fantástico. —Paso el trapo con brusquedad por el televisor—. Me alegro.

Melissa no estudia en la mejor escuela de Derecho. Que quede claro.

—¿Cuánto tiempo va a estar aquí? —pregunto, procurando usar un tono indiferente.

—Eso depende. —Trish expulsa una nube de humo—. Los exámenes son dentro de unas semanas, y le he dicho que puede quedarse con nosotros todo el tiempo que quiera.

¿Unas semanas? Pero si solo lleva un día aquí y ya me está volviendo loca.

Paso la tarde en la cocina, fingiendo que sufro sordera selectiva. Cada vez que me llama Melissa, pongo en marcha el triturador o la radio, o hago ruido con las bandejas de hornear. Si me necesita, que venga a buscarme.

Al final Melissa aparece en la puerta de la cocina, colorada de rabia.

—¡Llevo horas llamándote, Samantha!

—¿En serio? —Aparto la mirada de la mantequilla que estoy cortando para elaborar masa—. No la he oído.

—Tendríamos que instalar un timbre o algo parecido. —Da un bufido de impaciencia—. ¡Así no hay quien se concentre!

—¿Qué quería?

—La jarra de agua está vacía. Y necesito picar algo para mantener elevados los niveles de energía.

—Podría haber traído la jarra a la cocina —sugiero con disimulo—. Y prepararse algo para picar.

—Mira, yo no tengo tiempo para prepararme tentempiés, ¿vale? —me espeta—. Ahora mismo estoy sometida a una fuerte presión. Tengo montones de trabajo, exámenes... No tienes idea de lo dura que es mi vida.

La miro en silencio, respirando hondo y procurando controlar mi resentimiento.

—Le llevaré un sándwich —concedo.

—Gracias —replica ella con sarcasmo. Luego se queda con los brazos cruzados, como si estuviera esperando algo.

—¿Qué? —pregunto.

—Venga —dice, y sacude la cabeza—. Haz una reverencia.

¿Qué? No me creo que hable en serio.

—¡No pienso hacerle ninguna reverencia! —digo casi riendo.

—A mi tía se las haces. Y a mi tío.

—Ellos son mis jefes. Es diferente. —«Y te juro que si pudiera retroceder en el tiempo, eliminaría las reverencias de mi vida».

—Yo vivo en esta casa. —Se echa el pelo hacia atrás—. Así que también soy tu jefa. Deberías mostrarme el mismo respeto que a ellos.

Me dan ganas de pegarle una bofetada. Si fuera una becada de Carter Spink, la haría... papilla.

—Muy bien. —Dejo el cuchillo—. Voy a preguntárselo a la señora Geiger, ¿de acuerdo?

Antes de que Melissa pueda contestar, salgo de la cocina. No puedo tolerar esto. Si Trish la defiende, se acabó. Me largo.

Como no la encuentro por ninguna parte, subo al piso de arriba con el corazón acelerado. Llego ante la puerta de su dormitorio y llamo.

—¿Señora Geiger? Necesito hablar con usted.

Unos momentos más tarde, Trish abre un poco la puerta y asoma la cabeza; parece algo turbada.

—¡Samantha! ¿Qué quieres?

—No estoy nada contenta con la situación actual —respondo con voz tranquila y civilizada—. Me gustaría hablar con usted.

—¿Qué situación? —Frunce el entrecejo.

—Con Melissa. Y sus... constantes exigencias. No puedo dedicarme a mis tareas habituales. Tengo que ocuparme de ella constantemente, y eso repercute en mi trabajo.

No parece que Trish haya oído ni una sola palabra.

—Ay, Samantha... Ahora no. —Hace un gesto distraído con la mano—.

Ya hablaremos después.

Oigo a Eddie murmurando algo en la habitación. Genial. Seguro que estaban echando un polvo. Lo que quiere Trish es que me marche para seguir practicando el estilo turco.

—De acuerdo. —Intento dominar mi frustración—. Entonces... continuaré con lo mío, ¿no?

—Espera. —Es como si de repente Trish se hubiera fijado en mí—. Samantha, dentro de media hora vamos a tomar champán en la terraza con... unos amigos. Me gustaría que te quitaras el uniforme y te pusieras otra cosa. —Me repasa con la mirada, con cara de disgusto—. Ese no es el atuendo más favorecedor que tienes.

«¡Pero si lo eligió usted!», me gustaría gritarle. Pero hago una reverencia, me doy la vuelta y me retiro a mi habitación echando chispas.

Maldita Trish. Maldita Melissa. Si piensa que voy a prepararle un sándwich, puede esperar sentada.

Cierro la puerta, me tumbo en la cama y me miro las manos; tengo las palmas enrojecidas de lavar a mano las prendas delicadas de Melissa.

¿Qué estoy haciendo aquí?

Noto cómo me invaden la decepción y la desilusión. Quizá sea una ingenua, pero creía que Trish y Eddie me respetaban. No solo como su asistente, sino como persona. Pero por cómo acaba de comportarse Trish... está claro que para ellos solo soy una empleada. Una especie de objeto útil, como el aspirador. Me dan ganas de hacer las maletas y marcharme de aquí.

De pronto me veo bajando la escalera con decisión, abriendo la puerta de un tirón y soltándole a Melissa por encima del hombro: «Y por cierto, yo también soy licenciada en Derecho, y mi título es mejor que el tuyo».

Pero eso sería presuntuoso. No, peor aún. Sería patético.

Me masajeo las sienes. Los latidos de mi corazón se serenán poco a poco, y empiezo a ver las cosas con perspectiva.

Si estoy aquí es porque quise. No me obligó nadie. Quizá no fuera la decisión más racional del mundo, y quizá no me quede para siempre. Pero me corresponde pasarlo lo mejor que pueda mientras esté aquí. He de ser coherente y profesional.

O al menos... todo lo profesional que pueda, considerando que todavía no

tengo ni idea de qué es un molde savarín.

Al final reúno un poco de energía y me levanto de la cama. Me quito el uniforme y me pongo un vestido, después me cepillo el pelo. Hasta me aplico un poco de pintalabios, por si acaso. Luego cojo el móvil y le mando un mensaje a Nathaniel: «¡Hola! ¿Estás ahí? Sam».

Aguardo a que me conteste, pero no lo hace. De pronto me doy cuenta de que no lo he visto en toda la tarde. Y sigo sin saber a qué se refería ayer cuando dijo eso de que había descubierto uno de mis secretos. ¿Qué secreto? Cuando veo mis ojos en el espejo, siento una débil inquietud. Espero que no haya...

Ostras, espero que no...

No. ¿Cómo va a ser eso? Es imposible. Debe de haber otra explicación. Siempre la hay.

Bajo la escalera. La casa está en silencio. No sé a qué hora van a venir los amigos de Trish, pero todavía no han llegado. Quizá tenga tiempo de terminar rápidamente la masa que estaba preparando. Hasta puedo acabar de pelar las hortalizas.

Voy hacia la cocina cuando aparece Nathaniel.

—Ah, estás aquí. —Me abraza, me lleva debajo de la escalera (hemos descubierto que es un rincón ideal para escondernos) y me besa—. Hum. Te he echado de menos.

—Nathaniel... —protesto, pero él me abraza aún más fuerte. Tardo un rato en separarme—. Nathaniel, tengo que preparar una masa. Ya voy atrasada, y por lo visto he de servirles bebidas a unos amigos de...

—Espera. —Me retiene y mira su reloj—. Un minuto más y te suelto.

Lo observo con recelo y siento una ligera aprensión.

—Nathaniel... ¿puedes explicarme qué pasa?

—Sigues haciéndote la tonta. —Sacude la cabeza, sonriente—. ¿De verdad creías que conseguirías engañarnos? ¡No somos tan idiotas, cariño! Ya te lo dije: lo sabemos.

El pánico se apodera de mí. Lo saben. ¿Qué saben? ¿Qué demonios han averiguado?

Trago saliva y noto que tengo la boca seca.

—¿Pero qué...?

—No, no, no. —Nathaniel me sella los labios con un dedo—. Demasiado tarde. Vamos a darte la sorpresa, tanto si quieres como si no.

—¿La sorpresa? —balbuceo.

—Vamos. Te están esperando. Cierra los ojos... —Me rodea por la cintura y me tapa los ojos con una mano—. Por aquí, yo te guío...

Mientras ando en la oscuridad, guiada únicamente por el brazo de Nathaniel, siento tanto miedo que casi me mareo. Intento deducir qué puede haber ocurrido sin que yo me haya enterado. ¿Quién habrá esperándome ahí fuera?

Por favor, por favor, que no hayan tratado de arreglarme la vida. Por favor, que no hayan organizado ningún reencuentro. De pronto me imagino a Ketterman en el jardín, con las gafas de montura de acero destellando bajo el sol. O a Arnold. O a mi madre.

—¡Aquí está! —Nathaniel me lleva hasta las cristaleras y me ayuda a bajar los escalones que conducen al jardín. Noto el sol en la cara y oigo una especie de aleteo y... ¿música?—. ¡Vale! ¡Abre los ojos!

No puedo abrirlos. Sea lo que sea, prefiero no saberlo.

—¡Venga, Samantha! —dice Nathaniel riendo—. ¡Nadie va a comerte! ¡Abre los ojos!

Con el corazón martilleándome en el pecho, los abro. Parpadeo varias veces mientras me pregunto si estaré soñando.

¿Qué... qué es esto?

Hay una enorme pancarta que reza «¡Feliz cumpleaños, Samantha!», amarrada a dos árboles. Eso es lo que produce el aleteo. En la mesa del jardín hay un mantel blanco, un ramo de flores y varias botellas de champán. Hay unos cuantos globos de colores con la inscripción «Samantha» atados a una silla. Suena música de jazz. Eddie y Trish están de pie en el césped, con Iris, Eamonn y Melissa, y todos me sonrían, salvo Melissa, que hace un mohín.

Es como si hubiera saltado a un universo paralelo.

—¡Sorpresa! —gritan todos a la vez—. ¡Feliz cumpleaños!

Abro la boca, pero no articulo ningún sonido. Estoy tan alucinada que no puedo hablar. ¿De dónde han sacado los Geiger que hoy es mi cumpleaños?

—Miradla —dice Trish—. ¡Está pasmada! ¿Verdad, Samantha?

—Hum... sí —balbuceo.

—No sospechaba nada —confirma Nathaniel con una sonrisa.

—Feliz cumpleaños, cariño. —Iris se me acerca, me abraza fuerte y me da un beso.

—¡Abre el champán, Eddie! —exclama Trish, impaciente, detrás de mí—. ¡Rápido!

No entiendo nada. ¿Qué hago? ¿Qué digo? ¿Cómo les dices a los que te han organizado una fiesta de cumpleaños sorpresa que en realidad... no es tu cumpleaños?

Pero ¿por qué han pensado que era hoy? ¿Les di una fecha de nacimiento falsa en la entrevista? No recuerdo haberlo hecho...

—¡Champán para la homenajead! —Eddie descorcha una botella, y la espuma del champán cae en una de las copas.

—¡Que cumplas muchos más! —Eamonn viene hacia mí sonriendo de oreja a oreja—. ¡Tendrías que haber visto la cara que has puesto!

—¡Digna de verse! —coincide Trish—. ¡Vamos a brindar!

No puedo permitir que continúen.

—Hum... Señor y señora Geiger... todos... agradezco mucho todo esto, estoy muy emocionada, de verdad. —Trago saliva y me obligo a continuar—. Pero... hoy no es mi cumpleaños.

Para mi sorpresa, todos se echan a reír.

—¡Ya os lo avisé! —exclama Trish con jovialidad—. ¡Ya nos dijo que pasaría esto!

—Cumplir un año más no es tan grave —dice Nathaniel con una sonrisa burlona—. Lo sabemos, Samantha, es inútil que sigas negándolo. Así que bébete el champán y disfruta.

No entiendo nada.

—¿Quién dijo que lo negaría?

—¡Lady Edgerly, quién va a ser! —exclama Trish—. ¡Fue ella quien nos reveló tu secreto!

¿Freya? ¿Ha sido Freya?

—Pero ¿qué...? ¿Qué les dijo exactamente lady Edgerly? —pregunto, aparentando despreocupación.

—Que se acercaba tu cumpleaños —contesta Trish, encantada—. Y me advirtió que intentarías ocultárnoslo. ¡Mira que eres pillina!

No puedo creer que Freya me haya hecho esto.

—También me dijo... —añade, bajando la voz con tono compasivo— que tu último cumpleaños fue un pequeño chasco. Y que lo que teníamos que hacer era celebrarlo aunque tú no quisieras. De hecho fue ella la que sugirió que organizáramos una fiesta sorpresa. —Alza su copa y agrega—: ¡Por Samantha! ¡Feliz cumpleaños!

—¡Feliz cumpleaños! —repiten los otros, y levantan sus copas.

No sé si quiero reír o llorar. O ambas cosas a la vez. Miro alrededor y veo la pancarta y los globos plateados, agitados por la brisa; las botellas de champán, las sonrientes caras de todos. No puedo decir nada. Tendré que seguirles la corriente.

—Bueno... gracias. Se lo agradezco mucho.

—Perdona que haya estado un poco brusca contigo esta tarde —dice Trish con alegría, y bebe otro sorbo—. Estábamos peleándonos con los globos de helio. Ya se nos habían escapado unos cuantos. —Le lanza una torva mirada a Eddie.

—¿Alguna vez has intentado meter globos de helio en el maletero de un coche? —replica él acaloradamente—. ¡Me gustaría verte! Yo no tengo tres manos, por si no lo sabías.

Imagino a Eddie luchando con un montón de globos relucientes, tratando de meterlos en el Porsche, y he de contener la risa.

—No hemos puesto tu edad en los globos, Samantha —añade Trish en un susurro—. De mujer a mujer, pensé que agradecerías ese detalle. —Alza de nuevo su copa y me guiña con disimulo un ojo.

De pronto veo su alegre rostro, excesivamente maquillado, y el de Eddie, sonrosado y rellenito, y me conmuevo tanto que no sé qué decir. Llevan días planeando esto. Han preparado una pancarta. Han encargado globos.

—Señora Geiger, señor Geiger... Estoy tan emocionada...

—¡Pues todavía hay más! —dice Trish asintiendo por encima de mi hombro.

—Cumpleaños feliz...

Detrás de mí, una voz empieza a cantar, y los demás se le unen. Me doy la vuelta y veo venir a Iris por el césped con un enorme pastel de cumpleaños de dos pisos. Tiene un baño de color rosa claro, con rosas y frambuesas de

azúcar, una elegante vela blanca y letras plateadas que rezan: «Feliz cumpleaños, querida Samantha, de todos nosotros».

Es la cosa más bonita que he visto jamás. Me quedo mirándolo con un nudo en la garganta, sin poder articular palabra. Es la primera vez que alguien se toma la molestia de prepararme un pastel de cumpleaños.

—¡Apaga la vela! —grita Eamonn cuando terminan de cantar.

Consigo soplar débilmente y apagar la llama, y todos aplauden.

—¿Te gusta? —me pregunta Iris, sonriente.

—Es precioso. —Trago saliva—. Nunca había visto un pastel tan bonito.

—Feliz cumpleaños, niña. —Me da unas palmaditas en la mano—. Te lo mereces más que nadie.

Cuando Iris deja el pastel en la mesa y comienza a cortarlo, Eddie golpea su copa con el extremo de un bolígrafo.

—¡Un momento, por favor! —Sube a la terraza y carraspea—. Samantha, estamos todos muy contentos de que hayas entrado en nuestra familia. Estás haciendo un trabajo maravilloso y todos te lo agradecemos. —Levanta su copa—. Felicidades.

—Gracias, señor Geiger —digo con voz trémula. Miro alrededor y veo un montón de caras afables, rodeadas de cielo azul y flores de cerezo—. Yo... yo también me alegro de estar aquí. Han sido todos muy hospitalarios y muy amables conmigo. —Dios mío, se me están llenando los ojos de lágrimas—. No podría soñar con otros jefes mejores...

—¡Basta! —Trish agita las manos y se seca una lágrima con una servilleta de papel.

—¡Porque es una chica excelente! —empieza a entonar Eddie—, ¡porque es una chica excelente...!

—¡Eddie! ¡No le cantes esa estúpida canción a Samantha! —lo interrumpe Trish, que todavía se está secando las lágrimas—. ¡Abre otra botella de champán!

Es una de las tardes más cálidas del año. El sol desciende lentamente, y todos nos sentamos en la hierba, bebiendo champán y charlando. Eamonn me habla de su novia, Anna, que trabaja en un hotel de Gloucester. Iris saca unas

ligeras tartaletas rellenas de pollo y hierbas. Nathaniel cuelga unas luces de colores de un árbol. Melissa anuncia varias veces que no puede quedarse, que tiene que volver al trabajo, pero acepta una última copa de champán.

El cielo es de un azul marino intenso, y el perfume de las madreselvas lo impregna todo. Se oye música de fondo y Nathaniel apoya distraídamente una mano en mi muslo. Jamás me había sentido tan contenta.

—¡Los regalos! —exclama de pronto Trish—. ¡No le hemos dado los regalos!

Estoy convencida de que Trish ha bebido más champán que nadie. Camina a trompicones hasta la mesa, revuelve en su bolso y saca un sobre.

—Esto es una pequeña prima, Samantha —dice, y me lo entrega—. Para que te compres lo que quieras.

—¡Gracias! —digo, sorprendida—. ¡Es usted muy amable!

—No creas que se trata de un aumento de sueldo —aclara, y me mira con cierto recelo—. Lo entiendes, ¿verdad? Solo es un extra.

—Lo entiendo —afirmo, e intento no sonreír—. Es usted muy generosa, señora Geiger.

—Yo también te he traído una cosa.

Iris mete la mano en su cesto y saca un paquete envuelto con papel de embalar. Dentro hay cuatro brillantes fuentes para hornear pan y un delantal con volantes y estampado de rosas. Miro a Iris y se me escapa una sonora carcajada.

—Gracias. Las emplearé bien.

Trish las contempla con desconcierto.

—Pero... Samantha ya tiene montones de fuentes, ¿no? —Coge una y la examina—. Y delantales.

—Sí, decidí correr el riesgo —dice Iris, y me guiña un ojo.

—Toma, Samantha. —Melissa me da una cestita con champús de Body Shop que estaba en el armario del cuarto de baño de Trish desde que llegué aquí.

—Gracias —digo educadamente—. No hacía falta.

—Y, Melissa —interviene Trish, abandonando de pronto su interés por las fuentes para hornear pan—, a ver si dejas de marear a Samantha. ¡Ella no puede pasarse el día detrás de ti! No podemos permitirnos el lujo de perderla;

espero que lo entiendas.

Melissa se queda muy cortada. Parece tan ofendida como si Trish le hubiera dado una bofetada.

—Yo te he traído esto —dice Nathaniel acercándose a mí. Me tiende un pequeño regalo envuelto con papel de seda, y todos se giran para ver qué es.

Abro el paquete, y una bonita pulsera de dije de plata cae en mi mano. Solo hay un dije: una diminuta cuchara de madera. Suelto otra carcajada. Un delantal con volantes, y ahora una cuchara de madera.

—Me recordó al día que nos conocimos —dice Nathaniel, y esboza una sonrisa.

—Es... fantástica. —Lo abrazo y lo beso—. Muchas gracias —le murmuro al oído.

Cuando nos separamos, veo que Trish nos está mirando con avidez.

—Bueno, Nathaniel, está muy claro qué fue lo que te atrajo de Samantha. Fue su talento culinario, ¿verdad?

—Concretamente fueron sus garbanzos —aclara él con seriedad.

Eamonn, que estaba en la terraza, baja los escalones y me da una botella de vino.

—Para ti. No es gran cosa, pero...

—¡Gracias, Eamonn! —exclamo, emocionada—. Muchas gracias.

—Y quería decirte que si te interesa trabajar de camarera en tus ratos libres...

—¿En el pub? —pregunto, asombrada, pero él niega con la cabeza.

—En recepciones privadas. Tenemos un pequeño negocio en el pueblo. En realidad no es un negocio, sino algo que compartimos un grupito de amigos. Para sacarnos un poco de dinero extra, ya sabes.

«Algo que compartimos un grupito de amigos». De pronto noto una especie de calor interior.

—Me encantaría —digo, y le sonrío—. Gracias por pensar en mí.

Eamonn me sonrío también.

—Y detrás de la barra hay un par de copas esperándote, si te apetece venir.

—Pues... —Miro a Trish—. Quizá más tarde...

—¡No seas tonta! ¡Ve! —Me corta ella agitando una mano—. ¡Pasadlo

bien! ¡No pienses en el trabajo! Llevaremos las copas sucias a la cocina —añade—, y ya te ocuparás de ellas mañana.

—Gracias, señora Geiger. —Hago un esfuerzo por no reírme—. Es usted muy amable.

—Yo también tengo que irme —dice Iris, y se levanta—. Buenas noches, y gracias.

—¿No vienes al pub, Iris? —pregunta Eamonn.

—Esta noche no —contesta, y las centelleantes luces de colores iluminan su sonriente semblante—. Buenas noches, Samantha. Buenas noches, Nathaniel.

—Buenas noches, mamá.

—Buenas noches, Eamonn.

—Buenas noches, Iris.

—Buenas noches, abuelito —digo.

Se me ha escapado. Me quedo inmóvil, muerta de vergüenza, con la esperanza de que nadie lo haya pillado. Pero Nathaniel se vuelve despacio hacia mí, con una amplia sonrisa en los labios. Seguro que me ha oído.

—Buenas noches, Mary Ellen. —Arquea las cejas.

—Buenas noches, Jim Bob —replico como si tal cosa.

—Yo creo que me parezco más a John Boy.

—Hum. —Lo miro de arriba abajo—. Vale, te dejo ser John Boy. —Cuando era pequeña, estaba locamente enamorada de John Boy. Pero eso no pienso decírselo a Nathaniel.

—Venga. —Me tiende una mano—. Vamos a la taberna de Ike.

—Ike tenía una tienda —replico, poniendo los ojos en blanco—. No te enteras.

Cuando vamos hacia la casa, pasamos por la terraza, donde están Melissa y Eddie sentados a una mesa cubierta de papeles y folletos.

—¡Es taaan difícil...! —se lamenta Melissa—. Es una decisión crucial para mi futuro. ¿Cómo puedo saber qué es lo que más me conviene?

—¿Señor Geiger? —interrumpo—. Quería darle las gracias por todo. Ha sido una velada increíble.

—¡Lo hemos pasado genial! —coincide él.

—Que vaya bien —dice Melissa, y exhala un hondo suspiro—. Yo

todavía tengo trabajo.

—Tendrás tu recompensa, querida. —Eddie le da unas palmaditas de ánimo en la mano—. Cuando entres en... —Coge un folleto de la mesa y lo examina con las gafas de leer—. Carter Spink.

Me quedo helada.

¿Que Melissa va a trabajar en Carter Spink?

—¿Es ese...? —Intento hablar con naturalidad—. ¿Es ese el bufete donde quieres trabajar?

—Ay, no lo sé —responde, enfurruñada—. Es el mejor, sin duda, pero también increíblemente competitivo. Resulta difícilísimo entrar en él.

—¡Parece muy pijo! —comenta Eddie hojeando el folleto, cada una de cuyas páginas está ilustrada con una fotografía—. ¡Mira qué despachos!

Va pasando las hojas, y me quedo petrificada. Hay una imagen del vestíbulo. Y otra de la planta donde trabajaba yo. No puedo apartar los ojos del folleto, pero al mismo tiempo no quiero mirar. Esa es mi antigua vida. No tiene nada que ver con esto. Y de pronto, cuando Eddie pasa otra página, apenas puedo creer lo que veo.

Es una foto mía. Mía.

Llevo un traje negro, el cabello recogido con horquillas, y estoy sentada a una mesa de reuniones con Ketterman, David Elldridge y un tipo de Estados Unidos. Ahora me acuerdo de cuando nos tomaron esa fotografía. Ketterman estaba furioso porque nos habían interrumpido.

Estoy tan pálida, tan seria...

—Y, claro... no sé si quiero entregar todo mi tiempo al trabajo —prosigue Melissa golpeando la hoja con el dedo—. ¡Esta gente trabaja hasta por la noche! ¿Y mi vida social?

Ahí está mi cara, completamente expuesta. Solo falta que alguien me reconozca y diga: «Espera un momento...».

Pero nadie lo dice. Melissa no para de hablar, señalando el folleto. Eddie asiente con la cabeza. Nathaniel mira hacia arriba, sin disimular su aburrimiento.

—Aunque claro, el sueldo es muy bueno... —Melissa suspira y pasa la página.

La fotografía ha desaparecido. Yo he desaparecido.

—¿Nos vamos? —La tibia mano de Nathaniel tira de la mía, y yo me aferró con fuerza a ella.

—Sí. —Le sonrío—. Vamos.

diecinueve

No vuelvo a ver el folleto de Carter Spink hasta transcurridas unas semanas, cuando voy a la cocina a preparar la comida.

No sé qué le ha pasado al tiempo. Casi no lo reconozco. Los minutos y las horas no avanzan en rígidos fragmentos, sino que fluyen, refluyen y se arremolinan. Ya ni siquiera llevo reloj. Ayer me pasé toda la tarde tumbada en un campo de heno con Nathaniel, viendo flotar las semillas de diente de león, y lo único parecido a un tictac que se oía era el canto de las cigarras.

Tampoco me reconozco a mí misma. Estoy morena, porque tomo el sol a la hora de comer. Me han salido mechas rubias en el pelo. Tengo las mejillas llenas y sonrosadas. Se me están fortaleciendo los músculos de los brazos de tanto limpiar, amasar y acarrear pesadas bandejas.

Estamos en pleno verano y cada día hace más calor. Todas las mañanas, antes del desayuno, Nathaniel me acompaña a pie por el pueblo hasta la casa de los Geiger, y a esa hora el sol ya calienta. Reina una atmósfera de pereza y lentitud. Es como si nada importara. Todo el mundo está de un humor propio de las vacaciones, excepto Trish, que está completamente histérica. La semana que viene dará un gran almuerzo benéfico, porque ha leído en una revista que eso es lo que hacen las damas de clase alta. Por el jaleo que está montando, cualquiera pensaría que se trata de una boda real.

Estoy ordenando los papeles que Melissa ha dejado esparcidos por la mesa cuando veo el folleto de Carter Spink debajo de una carpeta, y no puedo resistir la tentación de hojearlo. Veo las escaleras que durante siete años de mi vida subí todos los días. Veo a Guy, tan asombrosamente guapo como siempre. Veo a Sarah, esa chica del departamento de Litigios que también aspiraba a socia. No llegué a enterarme de si lo había conseguido.

—¿Qué haces? —Melissa ha entrado en la cocina sin que me diera cuenta. Me mira con desconfianza—. Eso es mío.

¡Por favor! Como si fuera a robar un folleto.

—Solo estaba ordenando tus cosas —respondo con mala baba, y suelto el folleto—. Necesito la mesa.

—Ah. Gracias. —Melissa se frota la cara. Últimamente está muy demacrada. Tiene ojeras y su cabello ha perdido brillo.

—Trabajas demasiado —añado con un tono más amable.

—Sí. —Levanta la barbilla y añade—: Pero al final obtendré mi recompensa. Al principio te machacan mucho, pero cuando terminas la carrera, las cosas se calman un poco.

Contemplo su cansada, amargada y arrogante carita. Aunque pudiera contarle lo que sé, ella no me creería.

—Ya —digo tras una pausa—. Seguro que tienes razón. —Vuelvo a mirar el folleto de Carter Spink, que ha quedado abierto por una fotografía de Arnold. Lleva una corbata de color azul eléctrico con lunares y un pañuelo a juego, y exhibe una sonrisa de oreja a oreja. Solo de verlo, me dan ganas de sonreír—. Y... ¿qué? ¿Vas a pedir trabajo en ese bufete? —pregunto con fingida indiferencia.

—Sí. Son los mejores. —Melissa está cogiendo una Coca-Cola light de la nevera—. Ese es el tipo que tenía que entrevistarme. —Señala la foto de Arnold—. Pero lo deja.

¿Que Arnold deja Carter Spink? No lo entiendo.

—¿Estás segura? —suelto sin pensar.

—Sí. —Me mira con extrañeza—. ¿Por qué lo preguntas?

—No, por nada —digo, y aparto rápidamente el folleto—. Es que... parece muy joven para jubilarse.

—Pues se marcha.

Se encoge de hombros y sale de la cocina, y yo me quedo muy desconcertada.

¿Cómo puede ser que Arnold deje Carter Spink? Él siempre se jactaba de que no iba a retirarse nunca. Siempre decía que iba a durar veinte años más. ¿Por qué habrá decidido marcharse ahora?

Estoy completamente desconectada. Llevo varias semanas viviendo en

una burbuja. No he visto *The Lawyer*, ni siquiera he leído el periódico. No me he enterado de ningún cotilleo, ni me importa. Pero ahora, mientras contemplo el rostro de Arnold, me entra curiosidad.

Ya sé que he dejado de pertenecer a ese mundo, pero de todos modos quiero saber qué ha pasado. ¿Por qué demonios se marcha Arnold de Carter Spink? ¿Qué más ha ocurrido que yo no sepa?

De modo que esa tarde, después de recoger los platos de la comida, me cuelo en el despacho de Eddie, enciendo el ordenador y entro en Google. Busco «Arnold Saville» y, ¡tate!, en la segunda página encuentro un artículo sobre su jubilación anticipada. Leo las cerca de cincuenta palabras una y otra vez, buscando alguna pista. ¿Por qué se retirará Arnold tan pronto? ¿Estará enfermo?

Busco otros artículos, pero no encuentro ninguno más. Tras unos momentos de vacilación, voy a la ventana de búsqueda y, mientras pienso que no debería hacerlo, escribo «Samantha Sweeting». Inmediatamente aparecen en la pantalla un sinfín de historias acerca de mí. Pero esta vez ya no me asusto tanto. Es como si se tratara de otra persona.

Reviso una entrada tras otra y en todas veo los mismos detalles repetidos. Tras abrir unas cinco páginas, añado «Third Union Bank» a mi búsqueda, y reviso los resultados. Luego tecleo «Third Union Bank, BLLC Holdings», y después «Third Union Bank, Glazerbrooks». Y por último, con un escalofrío, escribo «Samantha Sweeting, cincuenta millones de libras, carrera arruinada» y espero a que aparezcan las historias más desagradables. Es como si me hubiera estrellado con el coche y contemplara la repetición de la jugada.

Ostras, Google es adictivo. Estoy completamente concentrada, dándole al ratón, tecleando y leyendo, devorando interminables páginas web, utilizando automáticamente la contraseña de Carter Spink siempre que lo necesito. Tras una hora, estoy desplomada en la butaca de Eddie, como una zombie. Me duele la espalda y tengo el cuello rígido, y las palabras bailan en la pantalla. Ya no me acordaba de lo que era sentarse delante de un ordenador. ¿Cómo es posible que antes me pasara tantas horas haciendo esto, todos los días?

Me froto los cansados ojos y vuelvo a mirar la página web que muestra la

pantalla, preguntándome por qué la he abierto y qué busco en ella. Es una larga lista de invitados a una comida celebrada a principios de este año en el Painters Hall. Hacia la mitad de la lista está el nombre BLLC Holdings, que debe de ser el enlace. Como tengo puesto el piloto automático, muevo el cursor por la página y aparece el nombre «Nicholas Hanford Jones, director».

Algo brinca en mi confundido cerebro. Nicholas Hanford Jones. ¿De qué me suena ese nombre? ¿Por qué lo relaciono con Ketterman?

¿Será BLLC Holdings cliente de Ketterman? No. No puede ser. Yo lo sabría.

Cierro los ojos, aprieto los párpados y me concentro al máximo. Nicholas Hanford Jones. Casi veo ese nombre escrito; busco una asociación, una imagen... Venga, piensa...

Esto es lo malo de tener memoria fotográfica. La gente cree que debe de resultar muy útil, pero la verdad es que lo único que hace es trastornarte.

Y de pronto doy con lo que buscaba. La estilizada caligrafía de una invitación de boda. Estaba colgada en el tablero del despacho de Ketterman, hace unos tres años. Estuvo varias semanas allí, y yo la veía cada vez que entraba.

*El Sr. y la Sra. Saville
se complacen en invitarlo
a la boda de su hija Fiona
con el Sr. Nicholas Hanford Jones.*

¿Que Nicholas Hanford Jones es el yerno de Arnold Saville? ¿Que Arnold tiene una conexión familiar con BLLC Holdings?

Me recuesto en la silla, totalmente desconcertada. ¿Cómo es que nunca lo mencionó?

Y entonces caigo en otra cosa. Hace un minuto tenía abierta la página de BLLC Holdings. ¿Por qué no aparecía Nicholas Hanford Jones como director? Eso es ilegal, para empezar.

Me froto la frente y luego, por curiosidad, tecleo «Nicholas Hanford Jones». Al cabo de un momento, la pantalla se llena de entradas, y me inclino hacia delante con expectación.

Vaya. Esto de internet es un desastre. Me encuentro ante otros Nicholas, otros Hanford y otros Jones, mencionados en todo tipo de contextos diferentes. Los inspecciono con frustración. ¿No se da cuenta Google de que no es eso lo que me interesa? ¿Por qué iba a estar buscando a un equipo canadiense de remo entre cuyos miembros hay un Greg Hanford, un Dave Jones y un Chip Nicholas?

Aquí no voy a encontrar nada.

Aun así, empiezo a bajar por la pantalla, leyendo por encima los fragmentos de texto, pasando una página tras otra. Y entonces, cuando estoy a punto de desistir, me fijo en una entrada que aparece al final de la página. «William Hanford Jones, director financiero de Glazerbrooks, dio las gracias a Nicholas Jenkins por su discurso...».

Me quedo mirando los nombres sin poder creer lo que estoy viendo. ¿El director financiero de Glazerbrooks también se apellida Hanford Jones? ¿Son parientes? Me siento como una especie de detective privado; voy a Friends Reunited, y dos minutos más tarde ya tengo la respuesta. Son hermanos.

Estoy un poco aturdida. Esta conexión es algo grande. Por una parte tenemos al director financiero de Glazerbrooks, que quebró debiéndole cincuenta millones de libras a Third Union Bank. Por otra, al director de BLLC Holdings, que le había prestado cincuenta millones de libras tres días antes. Y por último a Arnold, que representaba a Third Union Bank. Los tres están relacionados; todos son miembros de la misma familia. Y lo más curioso es que estoy convencida de que soy la única que lo sabe.

Arnold nunca lo mencionó. En Carter Spink nunca lo mencionó nadie. Y tampoco lo he visto en ninguno de los informes de todo el asunto. Arnold se ha encargado de que no se sepa.

Me froto los ojos e intento ordenar mis confusas ideas. ¿No hay aquí un conflicto de intereses en potencia? ¿No deberíamos haber revelado inmediatamente esa información? ¿Por qué motivo iba Arnold a guardar en secreto algo tan importante? A menos que...

No.

No. No puede...

No puede ser que Arnold...

Abro los ojos; estoy un poco mareada, como si de pronto me hubiera

sumergido en aguas muy profundas. Mi mente se desboca, contemplando diversas posibilidades y descartándolas de inmediato, horrorizada.

¿Descubrió Arnold algo? ¿Está escondiendo algo?

¿Se marcha por eso?

Me levanto y me paso las manos por el pelo. Bueno, tengo que... dejar esto ahora mismo. Estoy hablando de Arnold. De Arnold. Me estoy convirtiendo en una chiflada que cree ver conspiraciones donde no las hay. Dentro de poco me pondré a teclear «extraterrestres, Roswell, viven entre nosotros».

Movida por un repentino impulso, saco mi teléfono móvil. Voy a llamar a Arnold. Le desearé suerte con su jubilación. Quizá así pueda librarme de estas absurdas ideas que me rondan la cabeza.

Tras seis intentos fallidos, reúno el valor necesario para marcar el número de teléfono entero y esperar a que contesten. La idea de hablar con alguien de Carter Spink, y más con Arnold, me produce un ligero mareo. Me acobardo varias veces antes de comunicar, y cuelgo como si me hubiera librado por los pelos.

Pero al final me obligo a pulsar los botones y a aguardar a que se establezca la comunicación. Si no llamo, nunca lo sabré. Puedo hablar con Arnold. Puedo aguantar el tipo.

Después de tres timbrazos, Lara contesta la llamada.

—Despacho de Arnold Saville.

De pronto la veo sentada ante su mesa de madera clara, con esa chaqueta de color burdeos que lleva siempre, tecleando en el ordenador. Ahora todo eso parece a años luz.

—Hola, Lara. Soy... Samantha. Samantha Sweeting.

—¿Samantha? —Lara se queda de una pieza—. ¡Ostras! ¿Cómo estás? ¿Dónde andas?

—Estoy bien, gracias. Muy bien. —Controlo un estremecimiento nervioso—. Solo llamo porque me he enterado de que Arnold se marcha. ¿Es verdad?

—Sí, sí —me confirma con fruición—. ¡Me quedé patidifusa! Por lo visto

Ketterman se lo llevó a cenar e intentó convencerlo para que siguiera aquí, pero él ya había tomado una decisión. Y no te lo pierdas: se va a vivir a las Bahamas.

—¿A las Bahamas? —repito, atónita.

—¡Se ha comprado una casa allí! Una casa preciosa. La semana que viene habrá una fiesta de despedida —continúa—. A mí me trasladarán al despacho de Derek Green. ¿Te acuerdas de él? El socio de Impuestos. Es muy simpático, aunque dicen que tiene mal genio...

—Me alegro mucho —la corto, al recordar su habilidad para cotillear durante horas sin tomar aire—. Lara, solo quería desearle suerte a Arnold. ¿Puedes pasármelo?

—¿En serio? —Sueno sorprendida—. Qué detalle por tu parte, Samantha. Después de lo que ocurrió.

—Ya —digo con torpeza—, pero... en realidad no fue culpa de Arnold, ¿no? Él hizo lo que pudo.

Hay un extraño silencio.

—Sí —dice Lara tras una pausa—. Bueno, te paso con él.

Tras unos momentos, oigo la voz de Arnold al otro lado de la línea.

—¡Samantha, querida! ¿Eres tú?

—Sí, soy yo. —Me sonrío—. No he desaparecido por completo de la faz de la tierra.

—¡Eso espero! Estás bien, ¿no?

—Sí, muy bien —digo entrecortadamente—. Gracias. Es que me ha sorprendido enterarme de que te jubilabas.

—¡Nunca he sido masoquista! —Suelta una breve carcajada—. Llevo treinta y tres años en el tajo. Es suficiente para cualquier ser humano. ¡Y no digamos para un abogado!

Me tranquiliza oír su voz, tan jovial como siempre. Debo de estar loca. Arnold no puede estar implicado en nada indigno. No puede estar ocultando nada. Es Arnold.

Decido mencionárselo, solo para quedarme tranquila.

—Bueno... espero que te vaya todo bien. Y... que tengas más tiempo para estar con tu familia.

—¡Sí, voy a tener que soportar a esos pesados! —Ríe otra vez a

carcajadas.

—No sabía que tu yerno era director de BLLC Holdings —digo, con tono despreocupado—. ¡Qué casualidad!

Hay un breve silencio.

—¿Cómo dices? —pregunta Arnold. Su voz sigue siendo jovial, pero el tono cariñoso ha desaparecido.

—BLLC Holdings. —Trago saliva—. Ya sabes, la otra compañía implicada en el crédito de Third Union Bank. La que sí registró el abono. Acabo de fijarme, casualmente...

—¡He de dejarte, Samantha! —Me corta con soltura—. Ha sido un placer hablar contigo, pero el viernes me voy al extranjero y todavía tengo un montón de cosas que hacer. Aquí hay muchísimo trabajo, así que será mejor que no vuelvas a llamar.

La comunicación se interrumpe antes de que yo pueda decir nada más. Bajo despacio el teléfono y me quedo contemplando una mariposa que revolotea al otro lado de la ventana.

Esto no es normal. La reacción de Arnold no ha sido natural. Se ha librado de mí en cuanto he mencionado a su yerno.

Aquí pasa algo raro. Estoy convencida de que pasa algo raro.

¿Qué puede ser? He dejado todas las tareas que tenía que hacer esta tarde y estoy sentada en la cama con un bloc y un lápiz, intentando analizar diversas posibilidades.

¿Quién saldría ganando con una cosa así? Vuelvo a repasar las notas y flechas que he garabateado. Dos hermanos. Millones de libras transferidas entre bancos y empresas. Piensa, piensa...

Doy un grito ahogado de frustración, arranco la hoja y la arrugo. Empecemos otra vez. Pongámoslo todo en un orden lógico. Glazerbrooks hizo suspensión de pagos. Third Union Bank perdió su dinero. BLLC Holdings subió en la lista.

Impaciente, doy golpecitos con el lápiz en el papel. ¿Y qué? Solo recuperan el dinero que habían prestado. No obtienen ninguna ventaja, ningún beneficio; es absurdo.

A menos... que nunca llegaran a pagar nada. Esa idea brota de pronto en mi cabeza. Me enderezo de golpe y casi se me corta la respiración. ¿Y si es

eso? ¿Y si ese es el chanchullo?

Se me dispara la mente. Supongamos que hay dos hermanos. Saben que Glazerbrooks pasa por graves problemas financieros. Saben que el banco acaba de concederle un crédito de cincuenta millones, pero que el abono no se ha registrado. Eso significa que en la empresa hay un crédito de cincuenta millones no garantizado, y que si otro banco registrara un abono...

Ya no puedo quedarme sentada. Empiezo a pasearme por la habitación, mordisqueando el lápiz, frenética, mientras mi cerebro echa chispas como si fuera un circuito eléctrico. Todo encaja. Falsean los números. BLLC Holdings se lleva el dinero que depositó Third Union Bank, los aseguradores de Carter Spink se hacen cargo de los gastos.

Dejo de pasearme. No. No encaja. Soy idiota. Los aseguradores cubren los cincuenta millones porque yo cometí una negligencia. Ese es el elemento crucial. Todo el plan habría dependido de que yo, Samantha Sweeting, cometiera determinado error.

Pero... ¿cómo iban a planear eso? No tiene sentido. Es imposible. No puedes planear el fallo de otra persona por adelantado. No puedes hacer que alguien se olvide de algo, no puedes hacer que alguien meta la pata...

Y entonces me paro en seco. Noto un sudor frío. El memorando.

No vi aquel memorando en mi mesa hasta que ya era demasiado tarde. Sé positivamente que no lo vi.

¿Y si...?

Dios mío.

Me derrumbo en el antepecho de la ventana porque me tiemblan las piernas. ¿Y si estaba todo calculado? ¿Y si pusieron el memorando entre un montón de papeles cuando ya había pasado la fecha límite?

El corazón empieza a martillearme en el pecho, y me agarro a la cortina para no perder el equilibrio.

¿Y si no cometí ningún error?

Tengo la sensación de que todo se resquebraja y vuelve a tomar forma alrededor. ¿Y si Arnold no registró el abono bancario de forma deliberada y se encargó de que pareciera culpa mía?

Oigo mentalmente mi conversación con Arnold, una y otra vez, como si fuera una grabación que se repite. Dije que no recordaba haber visto el

memorando en mi mesa. Y él cambió de tema enseguida.

Yo di por hecho que el memorando siempre había estado allí. Di por hecho que había fallado. Di por hecho mi incompetencia. Pero ¿y si no fue así? En Carter Spink todo el mundo sabía que la mía era la mesa más desordenada de la empresa. Habría sido fácil colar el memorando entre un montón de papeles. Como si llevara semanas allí.

Respiro cada vez más deprisa, hasta que casi empiezo a hiperventilarme. He convivido dos meses con ese error. Ha estado ahí todas las mañanas cuando despertaba y todas las noches cuando me acostaba.

Como un dolor constante; como un coro mental que recitaba: «Samantha Sweeting arruinó su carrera. Samantha Sweeting metió la pata».

Pero... ¿y si me utilizaron? ¿Y si yo no tuve la culpa de nada? ¿Y si resulta que no cometí ningún error?

Tengo que enterarme. Tengo que saber la verdad. Ahora mismo. Con mano temblorosa, cojo mi teléfono móvil y marco de nuevo el número.

—Lara, necesito hablar otra vez con Arnold —digo en cuanto se establece la comunicación.

—Samantha... —Parece muy incómoda—. Me temo que Arnold no quiere que le pase más llamadas tuyas. Y me ha pedido que te diga que no vuelvas a molestarlo hablándole de tu despido.

Me quedo helada. ¿Qué ha estado diciendo Arnold sobre mí?

—Lara, no lo he llamado para hablarle de mi despido —replico, procurando controlar la voz—. Solo necesito hablar con él de... un asunto. Si no quiere ponerse, iré al despacho. ¿Puedes concertarme una cita con él, por favor?

—Samantha... —Se me antoja más incómoda que antes—. Arnold me ha ordenado que te advierta... de que si intentas venir aquí, al despacho, los de seguridad no te dejarán entrar.

—¿Que no me dejarán entrar? —Me quedo mirando el teléfono, incrédula.

—Lo siento. De verdad. ¡Y te comprendo! —añade con fervor—. Creo que lo que te hizo Arnold fue vergonzoso. Y no soy la única.

No entiendo nada. ¿Qué me hizo Arnold? ¿Sabe Lara lo del memorando?

—¿Qué... qué quieres decir? —balbuceo.

—¡Pues asegurarse de que te despidieran!

—¿Qué? —Es como si no me entrara aire en los pulmones—. ¿De qué estás hablando?

—Mira, ya me imaginaba que no sabías nada. —Baja la voz y continúa—: Como va a marcharse, puedo contártelo. Yo redacté el acta de aquella reunión, cuando tú desapareciste. Y Arnold convenció a todos los otros socios. Dijo... que eras un lastre para el bufete y que no podían arriesgarse a dejarte volver. Muchos querían darte otra oportunidad. —Chasquea la lengua y añade—: Me quedé pasmada. Ya comprenderás que yo no podía decirle nada a Arnold, pero...

—Claro que no —consigo articular—. Gracias por contármelo, Lara. No... no sabía nada.

Estoy mareada. Nada es como yo creía. Resulta que Arnold no me defendió ni nada que se parezca. Al contrario: hizo que me despidieran. Pensaba que lo conocía, pero ya veo que no. Tanta simpatía y tanto encanto... eran solo teatro. Era todo teatro.

De pronto me acuerdo de la conversación que mantuve con él el día siguiente a que pasara todo, y cómo me insistió para que me quedara donde estaba y no volviera al bufete. Por eso insistió tanto: quería mantenerme alejada para que no pudiera defenderme. Y así él podría traicionarme.

Y yo confié en él. Ciegamente. Como una idiota.

Me cuesta respirar. Todas mis dudas se han disipado. Arnold está metido en un asunto turbio. Lo sé. Me tendió una trampa. Puso aquel memorando en mi mesa a sabiendas de que con eso arruinaría mi carrera.

Y dentro de tres días se habrá pirado a las Bahamas. Me invade una oleada de pánico. Tengo que hacer algo, y rápido.

—Lara —digo, intentando disimular mi nerviosismo—, ¿podrías pasarme a Guy Ashby?

Ya sé que Guy y yo discutimos, pero ahora no se me ocurre nadie más que pueda ayudarme.

—Guy está en Hong Kong —replica, sorprendida—. ¿No lo sabías?

—Ah —exclamo, desmoralizada—. No, no lo sabía.

—Pero seguro que se ha llevado la BlackBerry —añade—. Podrías enviarle un e-mail.

—Sí. —Respiro hondo—. Sí, quizá le envíe un e-mail.

veinte

No puedo hacerlo. No puedo, y ya está. No hay forma de que escriba este e-mail sin parecer una paranoica.

Desesperada, vuelvo a leer mi décimo intento:

Querido Guy:

Necesito que me ayudes. Creo que Arnold me ha traicionado. Creo que puso aquel memorando en mi mesa. Está pasando algo raro. Arnold tiene familiares en BLLC Holdings y en Glazerbrooks; ¿lo sabías? ¿Por qué no se lo contó a nadie? Y ahora no me deja entrar en el edificio, lo cual resulta muy sospechoso...

Esto semeja una película. Y yo parezco una exempleada amargada, retorcida y rencorosa.

Pero claro, eso es precisamente lo que soy.

Cuando releo lo que acabo de escribir, me acuerdo de la mujer con ojos de loca que solía plantarse en la esquina de la calle donde vivíamos, murmurando: «Vienen a buscarme».

Ahora la entiendo perfectamente. Lo más probable es que fuera verdad que iban a buscarla.

Guy se reirá de mí. Ya me lo imagino. ¿Que Arnold Saville es un sinvergüenza? Parece una locura. A lo mejor es que estoy loca. Solo es una teoría. No tengo pruebas; no tengo nada consistente. Me inclino hacia delante y apoyo la cabeza en las manos. Nadie me creería. Ni siquiera me escucharían.

Si al menos tuviera alguna prueba. Pero ¿de dónde voy a sacarlas?

Mi teléfono emite unos pitidos y doy un respingo. Lo miro, medio adormilada. Casi había olvidado dónde estoy. Cojo el móvil y veo que he recibido un mensaje de texto:

«Estoy abajo. Tengo una sorpresa para ti. Nat».

Bajo, pero estoy como ida. Siguen apoderándose de mí oleadas de rabia cuando pienso en la jocosa sonrisa de Arnold, en cómo siempre disculpaba el caos que reinaba en mi mesa, en que me aseguró que haría cuanto pudiera por mí, en cómo me escuchaba cuando yo admitía mi culpa, cuando pedía perdón e imploraba piedad...

Lo peor es que ni siquiera intenté defenderme. Ni siquiera di importancia al hecho de no recordar haber visto aquel memorando. Pensé lo peor de mí misma; asumí que la culpa era mía por tener la mesa tan desordenada.

Arnold me conoce muy bien. Quizá se aprovechó de eso.

Cabrón. Cabronazo.

—Hola. —Nathaniel agita una mano ante mis ojos—. ¿Estás ahí?

—¡Hola! Perdona... —Compongo una sonrisa—. ¿Dónde está la sorpresa?

—Ven por aquí.

Me sonrío y me acompaña afuera, hasta su coche, un viejo escarabajo descapotable. El asiento trasero está ocupado por varias hileras de tientos semilleros, y por la parte de atrás sobresale una vieja pala de madera.

—Señorita. —Me abre la puerta con galantería.

—¿Qué es eso que tienes que enseñarme? —pregunto cuando me meto en el coche.

—Ya te lo he dicho. Es una sorpresa. —Me lanza una sonrisa enigmática y enciende el motor.

Salimos de Lower Ebury y tomamos un camino que no conozco; atravesamos una pequeña aldea cercana y ascendemos por las colinas. Nathaniel parece de buen humor, y me cuenta historias acerca de las granjas y los pubs por los que pasamos. Pero yo no oigo casi nada. Sigo con la cabeza en otra parte.

No sé qué puedo hacer. Ni siquiera puedo entrar en el edificio. No tengo credibilidad. Me siento impotente. Y solo me quedan tres días. En cuanto Arnold se marche a las Bahamas, todo habrá terminado.

—¡Ya hemos llegado! —Nathaniel deja la carretera por un camino de grava. Aparca junto a un murete de ladrillo y apaga el motor—. ¿Qué te parece?

Hago un tremendo esfuerzo y vuelvo a concentrarme en el presente.

—Hum... —Miro alrededor, desconcertada—. Sí, es muy bonito. —¿Qué se supone que estoy mirando?

—¿Te encuentras bien, Samantha? —Nathaniel me observa con extrañeza—. Te veo un poco nerviosa.

—No, no. Estoy bien. —Intento sonreír—. Solo estoy un poco cansada.

Abro la portezuela del coche para salir, esquivando la mirada de Nathaniel. Cierro, doy unos pasos y echo un vistazo.

Nos hallamos en una especie de patio bañado por los últimos rayos de sol de la tarde. A la derecha hay una casa destartada con un letrero que reza «EN VENTA». Un poco más allá hay varias filas de invernaderos que destellan bajo la luz del sol. Hay parcelas con hileras de hortalizas, y una cabina portátil con la inscripción «CENTRO DE JARDINERÍA».

Un momento.

Me doy la vuelta, perpleja, y veo que Nathaniel también se ha apeado del coche. Me mira, sonriente; tiene unos papeles en la mano.

—Oportunidad de negocio de horticultura —lee en voz alta—. Dos hectáreas de terreno, con otras cuatro disponibles, sujetas a negociación. Novecientos metros cuadrados de invernaderos. Casa con cuatro habitaciones, para reformar...

—¿Vas a comprar esto? —pregunto, asombrada.

—Me lo estoy pensando. Antes que nada, quería enseñártelo. —Extiende un brazo y continúa—: No está nada mal. Hay que arreglarlo, desde luego, pero el terreno es ideal. Podemos poner invernaderos de polietileno, ampliar las oficinas...

No puedo creer lo que estoy oyendo. ¿Desde cuándo Nathaniel es tan emprendedor?

—Pero ¿y los pubs? ¿Cómo es que, de repente...?

—Fuiste tú. ¿Te acuerdas de lo que dijiste aquel día en el jardín? —Hace una pausa, y la brisa le agita el cabello—. Tienes mucha razón, Samantha. Yo no soy tabernero, sino jardinero. Sería más feliz si hiciera lo que de verdad

quiero hacer. Así que... tuve una larga charla con mi madre, y ella lo comprendió. Está de acuerdo conmigo en que Eamonn puede encargarse de los pubs, aunque él todavía no sabe nada.

—Ostras. —Miro otra vez alrededor y me fijo en un montón de cajas de madera, en unas pilas de semilleros, en un letrero viejo donde se anuncia la venta de árboles de Navidad—. Pero ¿es en serio? ¿Vas a hacerlo?

Nathaniel se encoge de hombros, pero detecto la emoción en su rostro.

—No se presentan muchas ocasiones como esta.

—Ostras, es fantástico —digo, y sonrío con sincero entusiasmo.

—Además, hay una casa. —Apunta hacia ella con la barbilla—. O al menos habrá una casa. Está un poco destrozada.

—Sí. —Contemplo el destartalado edificio con una mueca—. Muy cuidada no está.

—Primero quería que la vieras —prosigue Nathaniel—. Y que me dieras tu aprobación, porque quizá algún día podrías... —Se interrumpe.

Se produce un silencio. De pronto mis sensores de relación sentimental se ponen en funcionamiento, como el *Hubble* al descubrir una nave extraterrestre. ¿Qué es eso que acaban de detectar? ¿Qué iba a decir Nathaniel?

—¿Podría... quedarme a dormir? —termino, un poco incómoda.

—Eso es. —Él se frota la nariz—. ¿Quieres que echemos una ojeada?

La casa es más grande de lo que parece desde fuera; el suelo es de tablones, hay varias chimeneas viejas y una chirriante escalera de madera. En una de las habitaciones apenas queda yeso en las paredes, y la cocina está completamente pasada de moda, con armarios de los años treinta.

—Qué cocina tan bonita —bromeo.

—No te preocupes, la reformaré y la pondré a tu altura —me contesta Nathaniel.

Subimos al piso de arriba y entramos en un inmenso dormitorio que da a la parte trasera de la casa. Desde allí los huertos recuerdan a una pulcra manta de retales que se extiende sobre la verde pradera. Debajo de la ventana hay una pequeña terraza y un diminuto jardín privado que pertenece a la casa, lleno de clemátides y rosales.

—Es precioso —digo, apoyándome en el alféizar—. Me encanta.

Asomada a la ventana, contemplando el paisaje, tengo la impresión de que Londres está en otro planeta. Carter Spink, Arnold y todos los demás parecen de pronto parte de otra vida. Se me antoja que he soltado la cuerda que me mantenía unida a ese mundo.

Pero no es cierto: sigo buscando el extremo de la cuerda mientras contemplo esta apacible escena campestre. No puedo soltarla; no puedo relajarme. Bastaría con hacer una llamada de teléfono a la persona adecuada...

Si tuviera alguna prueba...

Algo, cualquier cosa...

Empiezo a repasar de nuevo los hechos, como un pájaro que picotea conchas de caracol vacías. Si sigo así, voy a volverme loca.

—Lo que no sé es si...

De pronto advierto que Nathaniel me está diciendo algo. Es más, creo que lleva un rato hablando, y no he oído ni una sola palabra. Me doy la vuelta rápidamente, y veo que me está mirando. Tiene las mejillas sonrosadas y está como cortado, algo que no es habitual en él. Parece que eso que estaba diciendo ha requerido cierto esfuerzo.

—... tú opinas lo mismo que yo, Samantha.

Tose, y a continuación guarda silencio, expectante.

Me quedo mirándolo sin saber qué decir. ¿Si opino lo mismo acerca de qué?

Mierda. Joder.

¿Y si estaba diciendo algo importante? ¿Y si se estaba declarando? ¿Me lo he perdido?

Así aprenderé a no obsesionarme. El hombre del que me estoy enamorando acaba de pronunciar un discurso romántico (que seguramente será el único que oiga en la vida)... ¡y yo no lo estaba escuchando!

Soy una imbécil. No tengo remedio.

Nathaniel está esperando a que le conteste. ¿Qué voy a hacer? Acaba de abrirme su corazón. No puedo decir: «Lo siento, no he pillado lo que has dicho. ¿Te importaría repetirlo?».

—Hum... —Me tiro el pelo hacia atrás para ganar tiempo—. Pues... la verdad, es para pensárselo...

—Pero ¿estás de acuerdo?

¿Con qué? ¿Con castigar a los ladrones con la pena de muerte? ¿Con los *ménages à trois*?

A ver, estoy hablando con Nathaniel. Seguro que estoy de acuerdo, sea lo que sea.

—Sí. —Lo miro fingiendo absoluta sinceridad—. Sí, estoy de acuerdo. Completamente. Es más... yo también lo había pensado.

Él me mira y esboza una extraña sonrisa.

—Estás de acuerdo —repite, como si quisiera asegurarse—. ¿Con todo?

—Pues... ¡sí! —Estoy empezando a ponerme un poco nerviosa. ¿Con qué estoy de acuerdo?

—¿Incluso con lo de los chimpancés?

—¿Lo de los chimpancés?

De pronto Nathaniel hace una mueca extraña. Lo ha descubierto.

—No has escuchado ni una sola palabra de lo que he dicho, ¿verdad? —pregunta sin alterarse.

—¡No me he dado cuenta de que estabas diciendo algo importante! —me lamento, agachando la cabeza—. ¡Deberías haberme avisado!

Me mira con gesto de incredulidad.

—He tenido que hacer un gran esfuerzo para decir todo eso, ¿sabes?

—Dilo otra vez —suplico—. ¡Dilo otra vez, por favor! ¡Juro que te escucharé!

—Ni hablar. —Ríe y sacude la cabeza—. Quizá otro día.

—Lo siento, Nathaniel. Lo siento mucho, de verdad. —Me giro y vuelvo a mirar por la ventana, apoyando la frente en el cristal—. Es que estaba... distraída.

—Ya lo sé. —Se me acerca y me abraza. Noto los constantes latidos de su corazón contra mi pecho, y eso me tranquiliza—. ¿Qué te pasa, Samantha? Es esa relación que tuviste, ¿verdad?

—Sí —mascullo tras una pausa.

—¿Por qué no me lo cuentas todo? Yo podría ayudarte.

Me doy la vuelta y lo miro. El sol se refleja en sus ojos y en su bronceado rostro. Está más guapo que nunca. De pronto lo veo pegándole un puñetazo a Arnold en toda la cara.

Pero no puedo descargar todo esto sobre él. Es demasiado. Es demasiado gordo. Es demasiado... sórdido.

—No quiero mezclar aquel mundo con este —consigo decir al fin—. No quiero, de verdad.

Nathaniel abre la boca otra vez, pero le doy la espalda antes de que pueda decir nada. Vuelvo a contemplar el idílico paisaje; el sol me da en la cara y me deslumbra. Me siento muy confundida.

Quizá debería olvidarme de toda esta pesadilla. Archivarla. Lo más probable es que nunca pueda demostrar nada. Arnold tiene todas las de ganar, y yo estoy desarmada. Si intento remover las cosas otra vez, solo conseguiré más humillación y más miseria.

Podría no hacer nada, y ya está. Podría apartarlo de mi mente. Cerrar la puerta de mi antigua vida y dejarla atrás para siempre. Tengo un empleo. Tengo a Nathaniel. Tengo un futuro aquí.

Pero sé que no es eso lo que voy a hacer. No puedo olvidarlo todo. No puedo archivarlo.

veintiuno

El único problema va a ser la contraseña de Arnold. Si no la consigo, no podré abrir los archivos de su ordenador y no podré buscar nada. Y otro problema será que la puerta de su despacho esté cerrada.

O sea que en realidad se me presentan dos problemas.

Aparte de que tengo que entrar en el edificio, claro. Sin que nadie me reconozca...

Y procurar que ninguna empleada de la limpieza me sorprenda tecleando en el ordenador de Arnold...

Mierda. ¿Qué demonios estoy haciendo?

Bebo un poco de café con leche e intento mantener la calma. Pero no es fácil.

El simple hecho de regresar a Londres ya me ha conmocionado. La ciudad no es tal como la recordaba. Me sorprende lo sucia que está. Lo deprisa que va todo el mundo. Este mediodía, al llegar a Paddington, casi me mareo viendo a la multitud de gente que volvía del trabajo, moviéndose como un enjambre de hormigas por la explanada. Olía los vapores. Veía la basura. Cosas en las que hasta ahora nunca me había fijado. ¿Qué hacía antes? ¿Las filtraba? ¿Estaba tan acostumbrada a ellas que se difuminaban en un segundo plano?

Pero al mismo tiempo, nada más tocar el suelo he notado el zumbido. En la estación del metro ya había acelerado el paso y caminaba al mismo ritmo que todos los demás; he metido la tarjeta en la máquina con el ángulo exacto, y la he recogido sin mirar ni perder un solo segundo.

Y ahora estoy en el Starbucks que hay cerca de Carter Spink, sentada frente a la barra, junto a la ventana, viendo la gente que pasa hablando,

gesticulando y llamando por teléfono. Me sube la adrenalina. El corazón ya me late más deprisa, y eso que todavía no he entrado en el edificio.

Cuando lo pienso, se me retuerce el estómago. Ahora entiendo por qué los delincuentes trabajan en equipo cuando dan un golpe. Ahora mismo me vendría bien ver *Ocean's Eleven* para animarme un poco.

Vuelvo a mirar el reloj. Es casi la hora. Lo peor que podría hacer sería llegar antes de tiempo. Cuanto menos rato pase allí, mejor.

Mientras me bebo el café con leche, mi móvil emite un pitido, pero no le hago caso. Debe de ser otro mensaje de Trish. Se quedó pálida cuando le dije que debía irme un par de días; es más, intentó impedírmelo. No tuve más remedio que decirle que tenía un problema en el pie y necesitaba urgentemente que me viera mi especialista de Londres.

Ahora que lo pienso, decir eso fue un tremendo error, pues Trish quiso saber hasta el último detalle. Incluso me pidió que me quitara el zapato y le enseñara lo que tenía. Hube de pasar diez minutos improvisando sobre mi presunta «malformación ósea» mientras ella me examinaba el pie y decía «Yo lo veo completamente normal» con un tono de profunda desconfianza.

Trish me miró con recelo durante el resto del día. Luego dejó un ejemplar de *Marie Claire* abierto por un anuncio que rezaba: «¿Embarazada? ¿Necesitas una consulta confidencial?». Cómo se pasa. Tengo que desmentirlo rápidamente, o todo el pueblo creerá que estoy embarazada e Iris se pondrá a tejer patucos.

Vuelvo a mirar el reloj y me echo a temblar. Ya es la hora. Voy al lavabo de señoras, me miro en el espejo y me doy un repaso. Cabello rubio, gafas oscuras, pintalabios morado... No me parezco nada a como era antes.

Salvo la cara, por descontado. Si miras muy de cerca.

Pero nadie va a mirarme de cerca. Al menos eso es con lo que cuento.

—Hola —digo con voz grave y gutural—. Encantada de conocerlo.

Parezco una drag queen. Pero no importa. Al menos no parezco una abogada.

Salgo de Starbucks con la cabeza gacha y avanzo por la calle hasta que doblo la esquina y veo los inconfundibles peldaños de granito y las puertas de cristal de Carter Spink. Echo un vistazo a esa fachada que tan bien conozco y noto una fuerte presión en el pecho. Parece mentira que vuelva a estar aquí.

La última vez que vi esas puertas salía por ellas, presa del pánico, convencida de que había arruinado mi carrera, de que había llegado el fin del mundo.

La rabia vuelve a hervir en mi interior y cierro los ojos un momento, procurando dominar mis emociones. Todavía no tengo ninguna prueba. Debo concentrarme en lo que estoy haciendo.

Vamos. Puedo hacerlo.

Cruzo la calle y subo con decisión. Casi me veo aquel día: una figura fantasmagórica bajando esos escalones a toda prisa, en estado de shock. Se diría que ha pasado una eternidad. No es que parezca otra persona, sino que me siento como si fuera otra persona. Me siento como si me hubieran reconstruido.

Respiro hondo, me ciño el impermeable y empujo las puertas de cristal. Cuando entro en el vestíbulo, me invade una repentina oleada de nerviosismo e incredulidad. ¿De verdad estoy haciendo esto? ¿De verdad estoy intentando colarme de incógnito en las oficinas de Carter Spink?

Pues sí, señor. Me tiemblan las piernas y tengo las manos sudadas, pero avanzo con decisión por el reluciente suelo de mármol, con la vista clavada en el suelo. Me dirijo hacia la nueva recepcionista, Melanie, que empezó a trabajar en la empresa un par de semanas antes de que yo me marchara.

—Hola —digo con mi voz de drag queen.

—¿En qué puedo ayudarla?

Melanie me sonrío, y veo que no me reconoce. No puedo creer que esto sea tan fácil.

Es más, me siento un poco insultada. ¿Tan anodino era antes mi aspecto físico?

—Vengo a la fiesta —mascullo sin levantar la cabeza—. Soy camarera. Me envía Bertram's Caterers —añado por si acaso.

—Ah, sí. Eso es en la planta catorce. —Teclea algo en el ordenador—. ¿Cómo se llama?

—Trish —contesto—. Trish Geiger.

Melanie examina la pantalla, frunce el entrecejo y se da golpecitos en los dientes con el bolígrafo.

—No aparece en mi lista —dice al final.

—Pues tengo que aparecer. —Sigo con la cabeza agachada—. Debe de

haber algún error.

—Voy a llamar arriba... —Melanie pulsa los botones del teléfono y mantiene una breve conversación con alguien que se llama Jan. Luego me mira y dice—: Ahora mismo baja. —Señala los sofás de piel y, componiendo una sonrisa, añade—: Siéntese, por favor.

Me dirijo hacia los sofás, pero giro en redondo al ver a David Spellman, del departamento de Sociedades, sentado allí con un cliente. Pero no me ha reconocido. Voy hacia un expositor de folletos que explican la filosofía de Carter Spink y abro uno sobre resolución de conflictos laborales para taparme la cara con él.

Entonces me doy cuenta de que nunca había leído ningún folleto de Carter Spink. Madre mía, son una sarta de sandeces.

—¿Trish?

—Sí...

Me vuelvo y veo a una mujer con esmoquin y aspecto demacrado. Lleva unos papeles en la mano y me mira frunciendo el entrecejo.

—Soy Jan Martin, jefa de camareros. No estás en mi lista. ¿Has trabajado alguna vez para nosotros?

—No; soy nueva —contesto en voz baja—. Pero he trabajado para Edbury Catering. En Gloucestershire.

—No los conozco. —Consulta de nuevo sus papeles y pasa a la segunda página, con la frente arrugada de impaciencia—. No, no. No estás en la lista. No sé qué haces aquí.

—Hablé con un chico —digo sin vacilar—. Me dijo que necesitaban personal de refuerzo.

—¿Con un chico? —Parece muy sorprendida—. ¿Quién? ¿Tony?

—No recuerdo su nombre. Pero me dijo que me presentara aquí.

—No puede ser...

—Esto es Carter Spink, ¿no? —Miro alrededor—. Cheapside, número noventa y cinco. ¿No hay una gran fiesta de despedida?

—Sí. —Veo que empieza a dudar.

—Bueno, pues me dijeron que viniera aquí. —Le doy una débil nota de hostilidad a mi voz. Lo justo para que capte el mensaje: que no pienso ceder fácilmente.

Me imagino lo que debe de estar elucubrando esta mujer: si me rechaza, yo podría montar una escena, y ella tiene otros asuntos de que ocuparse; qué importa que haya una camarera más...

—¡Vale! —Cede al final con irritación—. Pero tendrás que cambiarte. ¿Cómo dices que te llamas?

—Trish Geiger.

—Vale. —Escribe el nombre—. Sube conmigo, Trish.

Dios mío. He entrado. ¡Va a resultar que tenía madera de delincuente! La próxima vez me arriesgaré un poco más. Desvalijaré un casino de Las Vegas o algo así.

Estoy casi eufórica cuando me meto en el ascensor de servicio con Jan, con una etiqueta de plástico que reza «TRISH GEIGER» prendida en la solapa. Ahora lo único que tengo que hacer es mantener la cabeza gacha, aguardar el momento oportuno y, cuando este se presente, ir a la planta once. Puedo buscar un panel del techo que esté suelto, trepar hasta él y gatear por los conductos de la calefacción.

O usar el ascensor.

Aparecemos en las cocinas que hay junto a la sala de actos, y miro alrededor con sorpresa. No tenía ni idea de que hubiera todo esto aquí. Es como ir a las bambalinas de un teatro. Hay varios cocineros trabajando en sus puestos, y varios camareros y camareras pululando con unos uniformes a rayas verdes y blancas.

—Los uniformes están ahí. —Jan señala un enorme cesto de mimbre lleno de ropa doblada—. Tienes que cambiarte.

—Vale.

Busco un uniforme de mi talla en el cesto y me lo llevo al lavabo de señoras para ponérmelo. Me retoco el pintalabios morado y me arreglo el peinado para que me tape un poco más la cara; luego consulto la hora.

Son las seis menos veinte. La fiesta empieza a las seis. Calculo que hacia las seis y diez la planta once se habrá vaciado. Arnold es un socio muy popular; nadie querrá perderse su discurso de despedida. Además, en las fiestas de Carter Spink los discursos siempre se pronuncian pronto, para que

los empleados puedan volver al trabajo si quieren.

Y mientras todos estén escuchando, me colaré en el despacho de Arnold. Espero que me salga bien la jugada. Tiene que salirme bien. Contemplo mi insólito reflejo, y mi resolución se fortalece. No voy a permitir que todo el mundo crea que Arnold es un risueño e inofensivo osito de peluche. No voy a permitir que se salga con la suya.

A las seis menos diez, nos reunimos todos en una de las cocinas y recibimos las instrucciones. Canapés calientes... canapés fríos... Apenas presto atención, porque no pienso servir nada. Cuando Jan termina su sermón, sigo al grupo de camareros y salgo de la cocina. Me dan una bandeja con copas de champán, y enseguida la dejo por ahí. Vuelvo a la cocina y agarro una botella de champán abierta y una servilleta. Luego, tras asegurarme de que nadie me ve, me cuelo en el servicio de señoras.

Bueno. Esta es la parte difícil. Me encierro en un cubículo y espero quince minutos en completo silencio. No hago ruido, no estornudo, ni me río cuando oigo a una chica ensayando su discurso de ruptura con un tipo que se llama Mike. Son los quince minutos más largos de mi vida.

Al final abro con cautela, salgo del servicio y miro hacia el final del corredor. Desde donde estoy veo las puertas que dan a la gran sala de actos. Ya hay mucha gente dentro, y oigo risas y charlas. Los camareros circulan entre los asistentes, y todavía llegan más por el pasillo. Reconozco a las chicas de relaciones públicas... a un par de becarios... a Oliver Swan, uno de los socios principales... Todos van hacia la fiesta, y al entrar cogen una copa.

El pasillo queda vacío. ¡Ahora!

Me tiemblan las piernas cuando paso ante la entrada del salón de actos y me dirijo hacia los ascensores y la puerta de la escalera. Treinta segundos más tarde atravieso sin incidentes esa puerta y bajo sin hacer ruido por la escalera. En Carter Spink nadie la utiliza, pero por si acaso.

Llego a la planta once y miro por el panel de cristal de la puerta. No veo a nadie. Pero eso no significa que no haya nadie. Podría haber un montón de gente fuera de mi campo de visión.

Es un riesgo que debo correr. Respiro hondo varias veces para serenarme

un poco. Nadie me reconocería con mi uniforme verde y blanco de camarera. Y hasta he pensado una excusa por si alguien me da el alto: he bajado a la planta once para dejar esta botella de champán en el despacho del señor Saville. Es una sorpresa.

Venga. No puedo perder más tiempo.

Empujo despacio la puerta, salgo al pasillo con moqueta de color azul y respiro con alivio. Está vacío. Parece que no hay nadie en toda la planta. Deben de haber subido todos a la fiesta. Oigo a alguien hablando por teléfono unos metros más allá, pero cuando echo a andar, nerviosa, hacia el despacho de Arnold, veo que todas las mesas de los alrededores están vacías. Tengo todos los sentidos en estado de alerta máxima. Nunca en la vida me había sentido más consciente de mí misma.

Lo más importante es que no pierda tiempo. Empezaré por el ordenador y luego ya veré. O quizá debería empezar por el archivador. Echar un vistazo mientras se enciende el ordenador. O mirar en los cajones de la mesa. Su BlackBerry podría estar ahí. Eso no se me había ocurrido.

La verdad es que no he preparado muy bien lo de buscar en el despacho. En realidad no acababa de creermelo que llegaría a entrar en el edificio, y mucho menos en el despacho de Arnold. Además, no sé muy bien qué es lo que busco. Correspondencia, quizá. O cifras. O un disco con la etiqueta «Información comprometedor». Eso no estaría nada mal.

De pronto me paro en seco. Oigo voces a mis espaldas provenientes de los ascensores. Mierda. Tengo que meterme en el despacho de Arnold antes de que me vean.

Aprieto el paso, muerta de miedo. Llego ante el despacho de Arnold, abro la puerta de un tirón, la cierro de golpe detrás de mí y me agacho para que no me vean por el panel de cristal. Oigo que las voces se acercan. Son David Elldridge, Keith Thompson y alguien más a quien no reconozco. Pasan por delante de la puerta, y yo no muevo ni un músculo. Luego se alejan. He tenido suerte.

Suelto el aire, me levanto despacio y miro a través del panel de cristal. No veo a nadie. Estoy a salvo. Luego me doy la vuelta y recorro el despacho con la mirada.

Está vacío.

Lo han vaciado.

Doy unos pocos pasos, desconcertada. La mesa está vacía. Los estantes están vacíos. Se ven rectángulos más claros en las paredes, donde antes había fotografías enmarcadas. Lo único que queda en la habitación es un rollo de cinta adhesiva industrial en el suelo y unas cuantas chinchetas clavadas en el tablero.

No puedo creerlo. Después del esfuerzo que he hecho. Con lo lejos que había llegado. ¡Y no hay nada que registrar!

«Tiene que haber cajas», pienso de pronto, inspirada. Claro. Lo han metido todo en cajas para llevárselo, y deben de estar amontonadas fuera. Salgo a toda prisa y miro alrededor, desesperada. Pero no veo ninguna caja. Ningún cajón de embalaje. Nada. «Sé realista —me digo—: has llegado tarde». Tardísimo. Siento tanta frustración que me dan ganas de pegarle un puñetazo a algo.

Entro de nuevo en el despacho, respirando agitadamente, y vuelvo a contemplarlo. Lo registraré de todos modos, por si acaso.

Me dirijo hacia la mesa y empiezo a revisar metódicamente cada cajón. Los abro del todo, escudriño el interior e incluso meto la mano hasta el fondo por si ha quedado algún papel. Le doy la vuelta a la papelera y la sacudo. Paso la mano por detrás del tablero. Pero no hay nada. Y tampoco hay nada en el archivador, ni en los armarios empotrados...

—¡Oiga!

Me quedo paralizada, con una mano dentro de uno de los armarios de Arnold. Mierda. ¡Mierda!

—¿Sí? —Me giro, me tapo la cara con el pelo y miro hacia abajo.

—¿Qué demonios hace usted aquí?

Es un becario. Bill... ¿cómo se apellida? A veces me hacía trabajos.

No te pongas nerviosa. No te ha reconocido.

—He venido a traer una botella de champán, señor —murmuro con mi voz de drag queen, y señalo la botella que he dejado en el suelo—. Es una sorpresa para el caballero. No sé dónde ponerla.

—Pues yo tampoco, pero en un armario seguro que no —dice Bill con tono mordaz—. Déjela encima de la mesa. Y usted no debería estar aquí.

—Ahora mismo me marchaba, señor. —Inclino la cabeza y me escabullo.

Maldita sea. Han estado a punto de pillarme.

Me dirijo hacia la escalera y subo por ella a toda prisa, muy aturullada. Tengo que largarme de este edificio antes de que me vea alguien más. De todas formas, no voy a descubrir nada. No sé qué voy a hacer respecto a Arnold, pero ya lo pensaré más tarde. De momento, mi objetivo prioritario es salir de aquí.

La fiesta todavía está muy animada cuando salgo de puntillas por la puerta de la escalera y corro hacia la habitación donde he dejado la ropa. No me molestaré en cambiarme. Siempre puedo devolver el uniforme por correo.

—¿Trish? —La voz de Jan es como un golpe en la cabeza—. ¿Eres tú?

Vaya por Dios. Me doy la vuelta a mi pesar. Jan está que trina.

—¿Dónde demonios te habías metido?

—Estaba... sirviendo...

—Mentira. ¡No te he visto ni una sola vez! —me suelta—. Conmigo ya no vuelves a trabajar, eso tenlo por seguro. Toma, coge esto y espabila. —Me pone en las manos una bandeja de minúsculos pastelitos rellenos de crema y me empuja con brusquedad hacia las puertas de la sala de actos.

El pánico se apodera de mí.

No. No puedo entrar ahí. Ni hablar.

—¡Ahora mismo voy! Tengo que... coger unas servilletas...

Intento escabullirme, pero Jan me agarra.

—¡No! ¿No querías este trabajo? ¡Pues trabaja!

Me da un fuerte empujón, y entro tambaleándome en la abarrotada sala de actos. Me siento como un gladiador al que obligan a salir a la arena. Jan se queda plantada junto a la puerta, con los brazos cruzados. No hay escapatoria. Voy a tener que hacerlo. Sujeto la bandeja con más fuerza, bajo la cabeza y echo a andar despacio hacia la concurrencia.

No puedo caminar con naturalidad. Tengo las piernas entumecidas. Tengo el vello de la nuca erizado, y noto el pulso de la sangre en los oídos. Paso al lado de varios trajes caros, sin atreverme a levantar la vista; sin atreverme a pararme, por si llamo la atención. No puedo creer que esté pasando esto. Llevo un uniforme verde y blanco y estoy sirviendo dulces a mis antiguos

colegas.

Y lo más curioso es que nadie se ha dado cuenta.

Varias personas han cogido pastelitos de mi bandeja, pero nadie me ha mirado siquiera. Todos están demasiado entretenidos riendo y charlando. Hay un barullo increíble.

No veo a Arnold en ningún sitio. Pero tiene que estar por aquí. Al pensarlo, el estómago se me contrae dolorosamente. Estoy deseando localizarlo; me encantaría estirar el cuello y buscarlo entre la multitud. Pero no puedo correr ese riesgo, así que sigo circulando por la sala. Veo caras conocidas por todas partes. Oigo fragmentos de conversaciones que hacen que me estremezca.

—¿Dónde está Ketterman? —pregunta alguien a mi lado.

—Va a pasar el día en Dublín —contesta Oliver Swan, y respiro aliviada.

Si Ketterman estuviera aquí, seguro que sus ojos de láser me habrían detectado al instante.

—¡Palitos de crema! ¡Qué bien!

Unas ocho manos atacan mi bandeja a la vez, y me quedo quieta. Es un grupo de becarios. Engullen como si fueran aspiradores, tal como suelen los becarios en las fiestas.

—¡Oh, qué bueno! Voy a coger otro.

—Yo también.

Empiezo a ponerme nerviosa. Cuanto más rato llevo aquí sin moverme, más expuesta me siento. Pero no puedo marcharme. Las manos siguen asaltando la bandeja.

—¿Sabe si quedan tartaletas de fresa? —me pregunta un chico con gafas de montura al aire.

—No lo sé —contesto sin levantar la vista.

Mierda. El chico me está examinando la cara. Hasta se ha agachado para verme mejor. Y no puedo cubrirme con el pelo porque tengo ambas manos ocupadas sujetando la bandeja.

—Oye, ¿tú no eres... Samantha Sweeting? —Me mira, perplejo—. ¿Eres tú?

—¿Samantha Sweeting?

Una de las chicas suelta su pastelito. Otra emite un grito ahogado y se

tapa la boca con una mano.

—Sí, soy yo —susurro, roja como un tomate—. Soy yo. Pero no se lo digáis a nadie, por favor. Quiero pasar inadvertida.

—¿Ahora te dedicas a esto? —El chico de las gafas me observa atónito—. ¿Trabajas de camarera?

Los becarios me miran como si fuera el Fantasma del Futuro de los Abogados Fracados.

—No está tan mal. —Esbozo una falsa sonrisa—. ¡Puedes comer canapés gratis!

—Así que cometes un error y... ¿ya está? —dice la chica que ha soltado el pastelito—. ¿Tu carrera está arruinada para siempre?

—Pues... más o menos, sí —afirmo—. ¿Un pastelito?

Al parecer se les ha pasado el hambre. Es más, se han quedado todos blancos como el papel.

—Creo que... me voy a mi mesa —balbucea el chico de las gafas—. Voy a comprobar que no me haya dejado nada por hacer...

—Yo también —dice la chica, y suelta su copa.

—¡Mirad quién está aquí! ¡Samantha Sweeting! —susurra uno de los becarios a un grupo de asociados—. ¡Trabaja de camarera!

—¡No! —suplico con voz ahogada—. No me delatéis...

Demasiado tarde. Veo cómo todos los miembros del grupo se giran para mirarme con idéntica expresión de horror y turbación.

Me da tanta vergüenza que querría que la tierra me tragara. Antes trabajaba con estas personas. Antes, estas personas me respetaban. Y ahora voy con un uniforme a rayas y les sirvo pastelitos.

Pero luego, poco a poco, la rebeldía surge en mi interior.

«A la mierda», pienso. ¿Por qué no iba a trabajar de camarera?

—Hola —digo, echándome el pelo hacia atrás—. ¿Os apetece un dulce?

Cada vez hay más gente que se da la vuelta y se queda mirándome con la boca abierta. Un murmullo de sorpresa se extiende por la habitación. Los otros camareros están apiñados y me observan con los ojos como platos. Por todas partes veo girarse cabezas, como limaduras de hierro atraídas por un imán. No hay ni una sola cara amable entre ellas.

—¡Dios mío! —murmura alguien—. ¡Mírala!

—¿Tienes autorización para estar aquí? —exclama otro.

—No —contesto, e intento mantener la serenidad—. Es verdad. No tengo autorización.

Me dispongo a marcharme, pero se ha formado una melé en torno a mí. No veo ninguna vía de escape. Y entonces me da un vuelco el corazón. A través de un hueco entre la multitud, distingo una mata de pelo alborotado que me resulta familiar. Unas mejillas sonrosadas que me resultan familiares. Una sonrisa jovial que me resulta familiar.

Es Arnold Saville.

Nuestros ojos se encuentran, y pese a que él no deja de sonreír, me mira con una frialdad que nunca había visto en él. En su rostro se refleja una rabia que va dirigida únicamente a mí.

Le sostengo la mirada y siento náuseas. Casi siento miedo. No de su rabia, sino de su duplicidad. Los ha engañado a todos. Para todos los que hay en esta sala, Arnold Saville se puede comparar con Papá Noel. Se ha abierto un estrecho pasillo entre el gentío, y Arnold viene hacia mí con una copa de champán en la mano.

—Samantha —dice con simpatía—. ¿Te parece bonito?

—Me prohibiste entrar en el edificio —me oigo replicar—. No he tenido muchas opciones.

Ay, madre. Me he colado. He contestado con excesivo descaro. Debo controlarme, o esta conversación se me irá de las manos. Ya llevo suficiente desventaja, aquí plantada con el uniforme de camarera, mientras todo el mundo me contempla como si fuera algo que el perro ha traído de la calle. Tengo que estar serena, fría e inspirada.

Pero ver a Arnold en carne y hueso después de todo este tiempo me ha alterado un poco. Intento mantener la calma, pero no puedo. Me arden las mejillas, me duele el pecho al respirar. Todas las emociones y los traumas de las últimas semanas estallan de pronto en mi interior en forma de rugido de odio.

—Conseguiste que me despidieran. —Lo digo sin pensar—. Mentiste.

—Samantha, ya sé que debes de haberlo pasado mal. —Arnold parece un director de colegio hablando con un alumno díscolo—. Pero francamente... —Se vuelve hacia un hombre al que no reconozco y pone los ojos en blanco

—. Una ex empleada —dice por lo bajo—. Una desequilibrada.

—¿Cómo? ¿Qué has dicho? ¡Yo no soy ninguna desequilibrada! —le grito—. Solo quiero que me contestes una pregunta. Es muy sencilla. ¿Cuándo, exactamente, pusiste ese memorando en mi mesa?

Arnold suelta una risotada de incredulidad.

—Voy a jubilarme, Samantha. ¿De verdad crees que este es el mejor momento? Que alguien se la lleve, por favor —añade en un aparte.

—Por eso no querías que volviera a las oficinas, ¿verdad? —Estoy tan indignada que me tiembla la voz—. Porque sabías que podía formular preguntas comprometedoras. Porque podía descubrirte.

Un escalofrío recorre la sala. La gente, escandalizada, murmura «¡Por el amor de Dios!» y «¿Cómo ha entrado aquí?». Si quiero conservar cierta credibilidad y cierta dignidad, tengo que cerrar el pico ahora mismo. Pero no puedo.

—Yo no cometí ningún error, ¿verdad? —Doy unos pasos hacia él—. Me utilizaste. Arruinaste mi carrera. Me lanzaste a un precipicio y te quedaste viéndome caer.

—¡Por favor! —protesta Arnold, y se da la vuelta—. Esto no se puede aguantar.

—Contesta mi pregunta —grito—. ¿Cuándo pusiste ese memorando en mi mesa? Porque no me creo que estuviera allí antes de la fecha límite.

—Claro que estaba allí. —Se gira brevemente, como hastiado—. Lo dejé yo mismo en tu despacho el veintiocho de mayo.

¿El veintiocho de mayo? ¿Por qué el veintiocho de mayo? ¿Qué pasa con esa fecha que no me cuadra?

—No te creo —le suelto con rabia—. Yo creo que me engañaste. Creo que...

—Samantha... —Alguien me da un golpecito en la espalda, y al volverme veo a Ernest, el guardia de seguridad. Es evidente que se siente muy violento, pero me dice—: Tienes que salir de las oficinas.

Noto una punzada de humillación. ¿Va en serio? ¿Me están echando? ¿A mí, que prácticamente he pasado siete años viviendo aquí? Me abandonan los últimos restos de serenidad. Unas abrasadoras lágrimas de rabia están a punto de brotar de mis ojos.

—Vete, Samantha —dice Oliver Swan con desdén—. No hagas más el ridículo.

Lo miro fijamente durante unos segundos, y luego paseo la vista por los socios principales, uno por uno.

—Yo era una buena abogada —digo con voz temblorosa—. Hice un buen trabajo. Eso lo sabéis todos. Pero me borrasteis del mapa, como si jamás hubiera existido. —Trago saliva, pero el nudo que tengo en la garganta no desaparece—. Peor para vosotros.

En la sala reina un silencio absoluto cuando dejo la bandeja de pastelitos de crema en una mesa y salgo, muy ofendida. En cuanto atravieso la puerta, oigo cómo se inicia una animada conversación detrás de mí.

Bajo en el ascensor con Ernest, sin pronunciar palabra. Si dijera algo, rompería a llorar. No puedo creer que haya estropeado mi plan. No he encontrado ninguna prueba. Me han reconocido. He hecho el ridículo delante de todo el mundo. Ahora sí van a reírse de mí.

Cuando salgo del edificio, saco mi teléfono móvil y veo que tengo un mensaje de texto de Nathaniel preguntándome qué tal me ha ido. Lo leo varias veces, pero no puedo contestar. Tampoco puedo volver a casa de los Geiger. Seguramente aún habrá algún tren, pero hoy no me siento con ánimos para enfrentarme a ellos.

Entro en la estación de metro como si llevara puesto el piloto automático y me subo a un vagón. Veo mi cara reflejada en la ventana de enfrente, pálida e inexpresiva. Y durante todo el trayecto mi mente no para de zumbear. Veintiocho de mayo, veintiocho de mayo...

No doy con la respuesta hasta que estoy llegando a mi edificio. Veintiocho de mayo. El día de la Exposición Floral de Chelsea. Claro. El veintiocho de mayo, Arnold, Ketterman, Guy y yo estuvimos en Chelsea invitados por unos clientes. Arnold fue directo desde París y después lo acompañaron en coche a su casa. Ni siquiera pisó las oficinas.

Me ha mentado. Claro. Siento rabia, pero también hastío. Ya no puedo hacer nada. Nadie me creerá. Durante el resto de mi vida, todo el mundo creerá que fui yo la que cometió un error.

Salgo del ascensor en mi piso, buscando a tientas la llave y confiando, contra todo pronóstico, en que no me oiga la señora Farley. Voy pensando en el largo y caliente baño que planeo darme. Y entonces, cuando casi he llegado a la puerta de mi apartamento, me paro en seco. Permanezco inmóvil unos segundos, estrujándome el cerebro.

Despacio, giro sobre los talones y me dirijo de nuevo hacia el ascensor. Me queda un último recurso. No tengo nada que perder.

Subo dos pisos. Esta planta es casi idéntica a la mía: la misma moqueta, el mismo papel pintado, las mismas lámparas. Solo cambian los números de las puertas de los apartamentos. 31 y 32. No recuerdo cuál es el que busco, así que al final me decido por el 31, porque el felpudo es más blando. Me siento en el suelo, dejo el bolso a un lado, me apoyo contra la puerta y me pongo a esperar.

Cuando Ketterman sale del ascensor, estoy rendida. Llevo tres horas aquí sentada, sin comer ni beber nada. Estoy destrozada. Pero al verlo, me levanto y me apoyo en la pared, pues me tambaleo por la fatiga.

Al principio Ketterman parece conmocionado. Luego adopta su habitual expresión glacial.

—Samantha. ¿Qué haces aquí?

No sé si se habrá enterado de mi visita a las oficinas. Seguro que sí. Seguro que ya se lo han contado todo. Pero no se nota.

—¿Qué haces aquí? —repite. Lleva un gran maletín de metal en una mano y la iluminación artificial proyecta marcadas sombras en su cara.

Doy un paso adelante.

—Ya sé que soy la última persona a la que querría ver. —Me froto la dolorida frente—. Créame, yo también preferiría no estar aquí. Usted es la última persona a la que acudiría en busca de ayuda.

Me interrumpo un momento. Ketterman ni siquiera ha parpadeado.

—De modo que el hecho de que esté aquí, el hecho de que haya acudido a usted... debería ser prueba suficiente. —Lo miro con gesto de desesperación—. Lo digo en serio. Tengo que contarle una cosa, y usted debe escucharme.

Se produce un largo silencio. Oigo el frenazo de un coche en la calle, y a

alguien que ríe a carcajadas. Ketterman sigue con el semblante rígido. No sabría decir qué está pensando. Entonces mete una mano en el bolsillo y saca una llave. Pasa por delante de mí, abre la puerta del apartamento 32 y se da la vuelta.

—Entra —me dice.

veintidós

Cuando despierto, lo primero que veo es un techo sucio y agrietado. Recorro con la mirada una enorme telaraña que hay en un rincón de la habitación, y luego la pared hasta llegar a un estante desvencijado donde se amontonan libros, cintas, cartas, decoraciones navideñas antiguas y alguna que otra prenda íntima.

¿Cómo pude vivir tres años en medio de tanto desorden?

¿Cómo es posible que ni lo viera?

Aparto las sábanas, salgo de la cama y miro alrededor, adormilada. Noto la moqueta mugrienta bajo mis pies y hago una mueca de asco. Hay que pasarle el aspirador. Supongo que la asistente dejó de venir cuando dejé de pagarle.

Hay ropa tirada por el suelo, y busco hasta encontrar una bata. Tras ponérmela, voy a la cocina. Ya no me acordaba de lo fría, insulsa y espartana que es mi cocina. La nevera está vacía, por supuesto. Pero descubro un sobre de manzanilla y pongo agua a hervir; luego me siento en un taburete y me quedo contemplando la pared de ladrillo que tengo enfrente.

Ya son las nueve y cuarto. Ketterman debe de estar en el despacho. Debe de estar haciendo lo que sea que tiene que hacer. Creía que empezaría a ponerme nerviosa, pero no. Estoy extrañamente tranquila. Ahora ya nada depende de mí; no puedo hacer nada.

Ketterman me escuchó. Me prestó atención y me hizo preguntas, y hasta me preparó una taza de té. Estuve más de una hora en su apartamento. No me dijo qué pensaba ni qué iba a hacer. Ni siquiera me dijo si me creía o no. Pero algo me dice que sí me creyó.

El agua comienza a hervir, y entonces suena el timbre de la puerta. Vacilo

un momento; luego me ciño la bata y voy de puntillas hasta el recibidor.

Me acerco a la mirilla y veo a la señora Farley mirándome, cargada de paquetes.

Claro. ¿Quién iba a ser?

Abro la puerta.

—Hola, señora Farley.

—¡Hola, Samantha! ¡Ya imaginaba que serías tú! —exclama—. ¡Cuánto tiempo! No tenía ni idea... No sabía qué pensar...

—He estado fuera. —Sonrío—. Perdone que no le avisara de que iba a ausentarme, pero la verdad es que yo tampoco lo sabía.

—Entiendo. —La señora Farley lanza furtivas miradas en todas direcciones: hacia mi cabello rubio, mi cara, y por el piso, como si buscara alguna pista.

—Gracias por recogerme los paquetes. —Tiendo las manos—. ¿Me los...?

—¡Ay! ¡Claro, claro! —Me da un par de sobres acolchados y una caja de cartón, pero veo que sigue muerta de curiosidad—. Claro, estas empresas tan importantes envían a sus empleados al extranjero sin prevenirlos siquiera...

—No he estado en el extranjero. —Dejo los paquetes en el suelo—. Gracias.

—¡De nada! Ya sé lo que pasa cuando uno tiene... ¿problemas familiares? —Aventura.

—No he tenido problemas familiares —digo con educación.

—¡No, claro que no! —Carraspea y prosigue—: Bueno, el caso es que has vuelto. De... dondequiera que hayas estado.

—Señora Farley —digo, procurando no mudar la expresión—, ¿quiere que le diga dónde he estado?

Ella reacciona con horror.

—¡Dios me libre! ¡De ninguna manera! ¡Eso no es asunto mío! Jamás se me ocurriría... Tengo que irme... —Empieza a retroceder.

—¡Muchas gracias! —insisto mientras se mete en su apartamento.

Acabo de cerrar la puerta cuando suena el teléfono. Cojo el auricular, y de pronto me pregunto cuántas personas habrán llamado a este número en las últimas semanas. El contestador automático está lleno de mensajes, pero

después de oír los tres primeros (eran todos de mi madre, y cada uno más furioso que el anterior), me harté y lo dejé.

—¿Diga?

—Hola, Samantha —responde una voz seria—. Soy John Ketterman.

—Hola —replico, y me da un vuelco el corazón.

—Llamo para pedirte que estés accesible durante el día de hoy. Es posible que tengas que hablar con ciertas personas.

—¿Ciertas personas?

Hay una breve pausa, y luego Ketterman añade:

—Detectives.

Dios mío. Dios mío. Me entran ganas de dar puñetazos al aire, romper a llorar o algo así. Pero consigo mantener la compostura.

—¿Significa eso que han averiguado algo?

—De momento no puedo decir nada. —Ketterman habla con un tono tan formal y distante como siempre—. Solo quiero saber si estarás accesible.

—Por supuesto. ¿Adónde tendré que ir?

—Nos gustaría que vinieras aquí, a las oficinas de Carter Spink — contesta sin el mínimo deje de ironía.

Miro el auricular y casi me pongo a reír. ¿Se refiere a las mismas oficinas de Carter Spink de las que me echaron ayer? Me dan ganas de preguntar: «¿A las mismas oficinas de Carter Spink en las que tengo prohibido entrar?».

—Te llamaré —agrega Ketterman—. Ten el móvil encendido. Podría tardar unas horas.

—Muy bien. —Respiro hondo—. Pero dígame una cosa, por favor. No hace falta que me lo explique todo, pero... ¿era correcta mi teoría?

Hay un tenso silencio al otro lado de la línea. No puedo respirar.

—No en todos los detalles —dice Ketterman al final, y me estremezco de alegría. Eso quiere decir que yo tenía razón en algunos detalles.

Se corta la comunicación. Cuelgo el auricular y contemplo mi imagen en el espejo del recibidor. Tengo las mejillas coloradas y me brillan los ojos.

Yo tenía razón. Y ellos lo saben.

De pronto caigo en la cuenta de que volverán a ofrecerme mi antiguo empleo. Me ofrecerán la posibilidad de ser socia del bufete. Me emociono al pensarlo, pero al mismo tiempo me invade un extraño temor.

Ya me preocuparé de eso cuando llegue el momento. Entro en la cocina; estoy tan nerviosa que no puedo quedarme quieta. ¿Qué demonios voy a hacer durante las próximas horas? Vierto agua hirviendo en la taza donde he puesto el sobre de manzanilla y me quedo mirándola un rato, removiéndola con una cuchara. Y entonces se me ocurre una idea.

Solo tardo veinte minutos en salir a la calle y comprar lo que necesito. Mantequilla, huevos, harina, vainilla, azúcar glasé. Moldes para pasteles. Una batidora. Una balanza. En fin, todo. No puedo creer lo mal equipada que está mi cocina. ¿Cómo podía cocinar aquí?

Bueno, es que no cocinaba.

Como no tengo ningún delantal, improviso uno con una camisa vieja. Tampoco tengo ningún cuenco para mezclar, y se me ha olvidado comprar uno, así que utilizo el bol de plástico que formaba parte del kit de aromaterapia que me regalaron.

Solo me cuesta una hora terminar el pastel: tres capas de bizcocho rellenas de crema pastelera, con glaseado de limón y decoración de flores de azúcar.

Lo contemplo unos momentos y siento una profunda satisfacción. Es el quinto pastel que preparo, y el primero con más de dos capas. Me quito la camisa vieja, compruebo que tengo el móvil en el bolsillo, cojo el pastel y salgo de mi apartamento.

La señora Farley abre la puerta de su piso y se lleva una sorpresa al verme.

—¡Hola! —La saludo—. Le he traído esto para agradecerle que me haya recogido el correo.

—¡Oh! —Se queda mirando el pastel, atónita—. ¡Samantha! ¡Te habrá costado un dineral!

—No lo he comprado —digo con orgullo—. Lo he hecho yo.

La anciana está perpleja.

—¿Que lo has hecho tú?

—Sí —afirmo con una sonrisa de oreja a oreja—. ¿Entramos y le preparo una taza de café?

La señora Farley está demasiado estupefacta para contestar, así que paso por su lado y me meto en el apartamento. Entonces me doy cuenta de que es la primera vez que entro en casa de mi vecina, lo cual debería avergonzarme. Hace tres años que la conozco y nunca he cruzado su umbral. El piso está impecablemente limpio, lleno de mesitas auxiliares y antigüedades, y hay un cuenco lleno de pétalos de rosa encima de la mesa del salón.

—Usted siéntese. Ya encontraré lo que necesito en la cocina.

La señora Farley, que sigue muy asombrada, se deja caer en un sillón de orejas.

—Por favor —dice con voz débil—. No rompas nada.

—¡No voy a romper nada! ¿Lo quiere con leche batida y nuez moscada?

Diez minutos más tarde, salgo de la cocina con el pastel y dos tazas de café.

—Aquí tiene. —Le corto un pedazo—. A ver qué le parece.

Ella coge el plato y lo contempla unos momentos.

—Lo has hecho tú —dice al final.

—¡Que sí!

Se acerca un trozo de pastel a la boca. Y luego se detiene. Cada vez está más nerviosa.

—¡Tranquila, no está envenenado! —exclamo, y como un poco de mi porción—. ¿Lo ve? ¡Sé cocinar! ¡En serio!

Con mucha cautela, la mujer da un mordisquito. Mientras mastica, me mira con perplejidad. Luego dice:

—Está... ¡buenísimo! ¡Qué ligero! ¿Seguro que lo has hecho tú?

—He batido las claras de huevo por separado —explico—. Por eso lo encuentra tan ligero. Si quiere, puedo pasarle la receta. Tome un poco de café. —Le acerco su taza—. He utilizado su batidora eléctrica para la leche; espero que no le importe. Va muy bien; solo hay que dar con la temperatura adecuada.

La señora Farley me mira como si le estuviera hablando en chino.

—Samantha —dice al final—. ¿Dónde has estado estas semanas?

—Pues... fuera. —Por casualidad, me fijo en un plumero y un spray de Pledge que hay en una mesita auxiliar. Mi vecina debía de estar limpiando cuando he llamado—. Yo que usted no usaría esos plumeros —digo

educadamente—. Puedo recomendarle otros mejores.

La señora Farley deja su taza de café y se inclina hacia delante. Con expresión consternada me pregunta:

—No habrás entrado en ninguna secta, ¿verdad, Samantha?

—¡No, qué va! —No puedo contener la risa—. Solo he estado... haciendo algo diferente. ¿Más café?

Voy a la cocina y bato un poco más de leche. Cuando vuelvo al salón, la señora Farley va por el segundo trozo de pastel.

—Está buenísimo —dice con la boca llena—. Gracias.

—De nada —respondo, y me encojo de hombros, un poco abochornada—. Gracias por preocuparse por mí todo este tiempo.

La anciana se termina el pastel, deja el plato en la mesa y me observa unos instantes con la cabeza ladeada, como si fuera un pájaro.

—Querida, no sé dónde has estado, ni qué has estado haciendo. Pero sea lo que sea, estás transformada.

—Sí, ya sé, he cambiado de peinado... —empiezo, pero ella niega con la cabeza.

—Siempre te veía entrar y salir con prisas, llegar a casa tarde por la noche, y siempre muy cansada. Muy preocupada. Y pensaba que parecías... una cáscara vacía. Una hoja seca.

«¿Una hoja seca? —Pienso, indignada—. ¿Una cáscara vacía?».

—¡Pero ahora has florecido! Te veo más fuerte, más sana. Pareces... feliz. —Vuelve a inclinarse hacia delante—. No sé qué has estado haciendo, querida, pero te sienta la mar de bien.

—Ay, gracias —digo con una tímida sonrisa—. Supongo que me siento distinta. Es verdad que últimamente estoy más relajada. —Doy un sorbo de café y me recuesto en la butaca, cavilando—. Ahora disfruto de la vida más que antes. Me fijo más en lo que pasa alrededor...

—Pues no te has fijado en que tu teléfono está sonando —me interrumpe la señora Farley señalando mi bolsillo.

—¡Oh! —digo, sorprendida, y lo cojo—. Tengo que contestar. Perdóneme.

Abro el móvil e inmediatamente oigo la voz de Ketterman:

—Hola, Samantha.

Paso tres horas en las oficinas de Carter Spink, hablando, uno por uno, con un individuo del Colegio de Abogados, dos socios principales y un ejecutivo de Third Union Bank. A la hora de comer estoy agotada de tanto repetir lo mismo una y otra vez ante las mismas caras, deliberadamente inexpresivas. La luz artificial me produce dolor de cabeza. Ya no me acordaba de lo seca que es aquí la atmósfera y de cómo falta el aire.

Todavía no sé bien qué está pasando. Los abogados son condenadamente discretos. Sé que alguien ha ido a ver a Arnold a su casa, pero nada más. Pero, aunque nadie lo admita, sé que yo tenía razón. Me siento vindicada.

Después de la última entrevista, me traen un plato de sándwiches a la habitación en que estoy, con una botella de agua mineral y un bollo. Me levanto, estiro los brazos y me acerco a la ventana. Siento como si estuviese prisionera. Entonces oigo unos golpecitos en la puerta, y entra Ketterman.

—¿Todavía no hemos terminado? —pregunto—. Llevo horas aquí.

—Es posible que necesitemos hablar contigo otra vez. —Señala los sándwiches y añade—: Come algo.

No puedo quedarme en esta habitación ni un segundo más. Como mínimo tengo que estirar las piernas.

—Primero voy a arreglarme un poco —digo, y salgo precipitadamente, antes de que él pueda poner alguna objeción.

Cuando entro en el servicio de mujeres, todas las que hay dentro dejan de hablar de inmediato. Me meto en un cubículo y desde allí oigo animados susurros y murmullos. Al salir, no se ha marchado ni una. Todos los ojos están fijos en mí, como lámparas de rayos ultravioletas.

—Entonces, ¿has vuelto, Samantha? —me pregunta Lucy, una asociada.

—No exactamente. —Me giro hacia la pila, cohibida.

—Estás muy cambiada —comenta otra chica.

—¡Mira qué brazos! —observa Lucy mientras me lavo las manos—. Qué morenos. Y qué fuertes. ¿Has estado en un balneario?

—Pues... no. —Compongo una sonrisa misteriosa—. Pero gracias. ¿Y qué, cómo ha ido todo por aquí?

—Bien. —Lucy asiente varias veces con la cabeza—. Ha habido mucho trabajo. La semana pasada hice sesenta y seis horas facturables. Pasé dos

noches enteras sin dormir.

—Pues yo, tres —tercia otra chica. Lo dice sin darle importancia, pero su expresión denota orgullo. Y qué ojeras tiene. ¿Es así como estaba yo antes? ¿Pálida, demacrada y tensa?

—¡Qué bien! —digo mientras me seco las manos—. Bueno, tengo que irme. Hasta luego.

Salgo y me dirijo de nuevo hacia la sala de entrevistas, absorta en mis pensamientos, cuando oigo una voz.

—¡Dios mío! ¡Samantha!

—¡Guy!

Levanto la cabeza, sobresaltada, y lo veo correr por el pasillo hacia mí. Está guapo y bronceado, y su sonrisa resulta más deslumbrante que nunca.

No esperaba ver a Guy aquí. De hecho, me quedo un poco cortada.

—¡Caramba! —Me agarra por los hombros y me mira a la cara—. ¡Estás guapísima!

—Creía que estabas en Hong Kong.

—He llegado esta mañana. Acaban de explicarme lo sucedido. Maldita sea, Samantha, es increíble. —Baja la voz y añade—: Solo tú podías descubrir todo eso. Arnold, nada más y nada menos. Me he quedado alucinado. Todos están alucinados. Bueno, todos los que lo saben —agrega, bajando un poco más la voz—. Aún no lo sabe todo el mundo, evidentemente.

—La verdad es que ni siquiera sé qué es «lo sucedido» —replico con un toque de resentimiento—. Nadie me ha explicado nada.

—Pues no tardarán mucho en explicártelo. —Guy mete una mano en el bolsillo, saca su BlackBerry y observa la pantalla—. Te has convertido en el personaje del momento. Yo ya lo sabía. —Levanta la cabeza—. Ya sabía que no habías cometido ningún error.

Me quedo mirándolo, boquiabierta. ¿Cómo se atreve a decir eso?

—Eso no es cierto —le suelto—. Mientes, Guy. ¿No te acuerdas? Dijiste que había cometido errores. Dijiste que no podíais confiar en mí.

Siento cómo el dolor y la humillación empiezan a surgir de nuevo en mi fuero interno, y desvío la vista.

—Dije que algunas personas habían dicho que cometías errores. —Deja

de dar golpecitos en su BlackBerry y me mira con ceño—. Hostia, Samantha. Yo te defendí. Yo estaba en tu bando. ¡Pregúntaselo a quien quieras!

Sí. Ya. Por eso no me dejaste quedarme en tu casa.

Pero no digo nada en voz alta. No quiero ponerme a discutir. Para mí todo eso ha pasado a la historia.

—Vale —digo al final—. Como quieras.

Echamos a andar juntos por el pasillo, y Guy sigue liado con la BlackBerry. «Madre mía, es adicto a ese cacharro», pienso con fastidio.

—¿Y dónde demonios te habías metido? —Por fin deja de teclear—. ¿Qué has estado haciendo todo este tiempo? Eso de que trabajas de camarera no va en serio, ¿verdad?

—No. —No puedo evitar sonreír al verle la cara—. Tengo un empleo.

—Ya sabía yo que no nos durarías mucho. —Asiente con gesto de satisfacción—. ¿Quién te ha contratado?

—Pues... no los conoces —respondo tras una pausa.

—Pero sigues en el mismo tema, ¿no? —Se guarda la BlackBerry—. Haciendo el mismo tipo de trabajo, supongo.

De pronto me veo con mi uniforme azul de nailon, fregando el suelo del cuarto de baño de Trish.

—Pues... no, resulta que no. —Logro no mudar la expresión.

Guy parece sorprendido.

—Pero continúas dedicándote al derecho financiero, ¿no? No me digas que has cambiado por completo de tercio. —De pronto me mira con congoja—. No te habrás metido en derecho mercantil, ¿verdad?

—Hum... No, en derecho mercantil no. Tengo que irme. —Lo interrumpo y abro la puerta de la sala de entrevistas—. Hasta luego.

Me como los sándwiches, me bebo el agua mineral. Durante media hora, nadie me molesta. Es como si estuviera en cuarentena por alguna enfermedad mortal. Al menos podrían haberme dejado unas revistas. Rodeada del interminable suministro de ejemplares de *Heat* y *Hello* de Trish, he acabado por aficionarme a los cotilleos.

Al final oigo unos golpes en la puerta, y entra Ketterman.

—Nos gustaría que vinieras a la sala de juntas, Samantha.

¿A la sala de juntas? Joder.

Lo sigo por los pasillos, y los empleados con que nos cruzamos susurran y se dan golpecitos unos a otros. Ketterman abre las enormes puertas de la sala de juntas, y entro; allí están cerca de la mitad de los socios del bufete, esperándome de pie. Cuando Ketterman cierra, se produce un silencio. Miro a Guy, que me sonrío de modo alentador, pero no dice nada.

¿Qué se supone que he de hacer? ¿Tengo que decir algo? ¿He entendido mal las instrucciones? Ketterman se ha colocado junto a los socios. Ahora se da la vuelta y me mira.

—Como ya sabes, Samantha, estamos investigando los... últimos sucesos. Los resultados todavía no han sido debidamente detallados. —Se interrumpe, con gesto tenso, y veo que sus colegas intercambian sombrías miradas—. Sin embargo, sí hemos llegado a una conclusión. Hemos sido injustos contigo.

Me quedo mirándolo, boquiabierto. ¿Lo está reconociendo? Que un abogado reconozca que se ha equivocado es como que una actriz famosa reconozca que se ha hecho una liposucción.

—¿Cómo dice? —pregunto, solo para obligarlo a repetirlo.

—Hemos sido injustos contigo. —Ketterman frunce el entrecejo; es evidente que esta parte de la conversación no le hace ninguna gracia.

Me dan ganas de reír. Pongo cara de no entender e insisto:

—Perdón, no lo he oído bien...

—¡Injustos! —exclama Ketterman—. ¡Digo que hemos sido injustos!

—¡Ah! Injustos. Bueno, gracias. —Sonrío educadamente—. Se lo agradezco.

Entonces pienso que seguramente me ofrecerán algún tipo de indemnización. Una lujosa cesta. O incluso unas vacaciones.

—Y por lo tanto... —prosigue Ketterman, y hace una pausa—. Queremos que seas socia propietaria del bufete. Con efecto inmediato.

Me llevo tal susto que casi me siento en el suelo. ¿Socia propietaria?

Abro la boca, pero no puedo hablar. Me he quedado sin aliento. Miro alrededor sin saber qué hacer, como un pez enganchado en un anzuelo. A lo máximo que puede aspirar un abogado es a ser socio propietario. Es el cargo más prestigioso entre los abogados. Jamás soñé con eso.

—Bienvenida, Samantha —dice Greg Parker.

—Bienvenida —dicen los otros a la vez.

David Elldridge me sonrío con cariño. Guy hace un gesto de aprobación con el pulgar.

—Tenemos champán.

Ketterman le hace una seña a Guy, que abre las puertas de la sala. Dos camareras del Partners' Dining Room entran con bandejas y copas de champán. Alguien me pone una copa en la mano.

Todo esto va demasiado deprisa. Tengo que decir algo.

—Perdón, pero... todavía no he dicho si acepto el nombramiento.

Toda la sala se paraliza, como una cinta de vídeo cuando pulsas la pausa.

—¿Cómo? —pregunta Ketterman con el rostro crispado de incredulidad.

Ay, madre. Me parece que esto no va a sentarles muy bien.

—Es que... —empiezo, y doy un sorbo de champán para ver si me da algo de arrojo. Intentaré expresarme con delicadeza.

Llevo todo el día pensándolo una y otra vez. Ser socia de Carter Spink siempre ha sido mi gran sueño, desde que soy adulta. El gran premio. Es lo único que siempre he deseado.

Solo que... hay otras cosas que no sabía que deseaba. Cosas que no conocía hasta hace unas semanas. Como el aire puro. Las noches libres. Los fines de semana de fiesta. Quedar con amigos. Sentarme en el pub después de trabajar, bebiendo sidra, sin nada que hacer, nada en que pensar, nada que me preocupe.

Que me estén ofreciendo ser socia propietaria no cambia nada. No me cambia a mí. La señora Farley tiene razón: he florecido. Ya no soy una cáscara vacía.

¿Por qué iba a querer ser de nuevo una cascara?

Carraspeo y miro alrededor.

—Es un gran honor para mí que me ofrezcan semejante oportunidad —digo con énfasis—. Y les estoy muy agradecida. De verdad. Sin embargo... no vine aquí para recuperar mi empleo. Vine para limpiar mi nombre. Para demostrar que no había cometido ningún error. —No puedo evitar lanzarle una mirada a Guy—. Lo cierto es que desde que me marché de Carter Spink, he... bueno, he progresado. Tengo un empleo, y estoy muy contenta con él. Así que no voy a aceptar su propuesta.

Nadie dice nada. Están pasmados.

—Gracias —añado con educación—. Y... gracias por el champán.

—¿Habla en serio? —pregunta alguien detrás de mí.

Ketterman y Elldridge se miran frunciendo el entrecejo.

—Samantha —dice Ketterman, y viene hacia mí—, es posible que hayas encontrado oportunidades en otro sitio. Pero tú formas parte de Carter Spink. Aquí es donde aprendiste todo lo que sabes; aquí es donde debes estar.

—Si se trata de la remuneración —añade Elldridge—, estoy seguro de que podemos igualar tu sueldo actual. —Mira a Guy y pregunta—: ¿A qué bufete se ha ido?

—Sea el que sea, hablaré con sus socios principales —afirma Ketterman con tono eficiente—. O con el jefe de personal, con quien haga falta. Ya lo solucionaremos. Si me das el número... —Saca su BlackBerry.

Casi se me escapa la risa.

—Es que no hay jefe de personal —explico—. Ni socios principales.

—¿Que no hay socios principales? —Ketterman se está impacientando—. ¿Cómo no va a haberlos?

—Yo no he dicho que esté trabajando en un bufete.

Es como si hubiera afirmado que creo que la Tierra es plana. Jamás había visto tantas caras de perplejidad juntas.

—¿Que no... trabajas en un bufete? —Se extraña Elldridge—. Entonces, ¿de qué trabajas?

Confiaba en que no fuera necesario revelarlo. Pero por otra parte, ¿qué hay de malo en que lo sepan?

—Trabajo de asistente doméstica. —Sonrío.

—¿De asistente doméstica? —Elldridge me mira con ojos escrutadores—. ¿Es así como llaman ahora a los mediadores? Esta absurda jerga me tiene amargado.

—¿Qué quieres decir? —pregunta Ketterman—. ¿Que ahora te dedicas a la mediación?

—No, no quiero decir eso —respondo con paciencia—. Soy asistente. Hago camas, preparo comidas... Soy empleada de hogar.

Durante unos sesenta segundos, nadie se mueve. Dios mío, ojalá tuviera una cámara. ¡Qué caras!

—¿Asistenta...? —balbucea Elldridge al fin.

—Sí. —Miro mi reloj—. Y estoy satisfecha, contenta y relajada. Y por cierto, tengo que irme. Gracias por escucharme —añado mirando a Ketterman—. Usted fue el único que me hizo caso.

—¿Estás rechazando nuestra oferta? —pregunta Oliver Swan, incrédulo.

—Sí, la estoy rechazando. —Me encojo de hombros con gesto de disculpa—. Lo siento. Hasta otra.

Cuando salgo de la sala de juntas, me tiemblan ligeramente las piernas. Y por dentro estoy histérica. He rechazado la oferta. He rechazado ser socia principal de Carter Spink. ¿Qué va a decir mi madre?

Cuando lo pienso, me dan ganas de ponerme a reír a carcajadas.

Como estoy demasiado nerviosa para esperar el ascensor, bajo por la escalera, taconeando por los fríos peldaños de piedra.

—¡Samantha! —De pronto la voz de Guy resuena más arriba.

Pero bueno. ¿Qué quiere?

—¡Me marchó! —le grito—. ¡Déjame en paz!

—¡No puedes irte!

Lo oigo bajar los escalones precipitadamente, así que yo también acelero el paso. Ya he dicho lo que tenía que decir; no hay nada más que hablar. Desciendo a todo correr, asiéndome a la barandilla para no perder el equilibrio, pero aun así, Guy me está alcanzando.

—¡Samantha! ¡Esto es una locura!

—¡No, no es ninguna locura!

—¡No puedo permitir que arruines tu carrera por... solo por despecho! —insiste.

Me doy la vuelta, indignada, y casi me caigo por la escalera.

—¡No lo hago por despecho!

—¡Ya sé que estás furiosa con nosotros! —Guy llega a mi lado, jadeando—. Supongo que te sientes muy bien al rechazarnos a todos y decir que trabajas de asistenta...

—¡Es que trabajo de asistenta! —replico—. Y no os rechazo porque esté enfadada. Os rechazo porque no quiero el empleo que me estáis ofreciendo.

—¿Pero si tu máxima aspiración siempre fue ser socia del bufete, Samantha! —Guy me agarra por el brazo—. ¡Lo sé muy bien! Siempre has trabajado con ese objetivo. ¡No puedes echarlo todo por la borda! ¡Es una ocasión única!

—¿Y si para mí ya no es una ocasión?

—¡Solo han pasado unas semanas! ¡No puede haber cambiado todo de golpe!

—Pues sí, todo ha cambiado. Yo he cambiado.

Guy sacude la cabeza, incrédulo.

—Eso de que trabajas de asistente... ¿va en serio?

—Sí, va en serio —confirmo—. ¿Qué tiene de malo?

—Por el amor de Dios... —Se interrumpe y añade—: Mira, Samantha, sube conmigo y hablemos. El departamento de Recursos Humanos está al corriente de todo. Perdiste tu empleo, te trataron mal... Es lógico que no puedas pensar con claridad. Quieren proponerte asesoramiento psicológico.

—¡Yo no necesito asesoramiento psicológico! —Giro sobre los talones y sigo bajando—. Que no quiera ser abogada no significa que esté loca, ¿vale?

Llego al pie de la escalera e irrumpo en el vestíbulo con Guy persiguiéndome. Hilary Grant, la jefa de Relaciones Públicas, está sentada en un sofá de piel con una mujer ataviada con un traje de chaqueta rojo a la que no reconozco, y ambas nos miran, sobresaltadas.

—¡No puedes hacer esto, Samantha! —me grita Guy cuando llega al vestíbulo—. Eres una de las mejores abogadas que conozco. No puedo permitir que rechaces el cargo de socia principal para convertirte en una... miserable asistente.

—¿Por qué no, si eso es lo que quiero hacer? —Me paro en seco sobre el suelo de mármol y me doy la vuelta para mirarlo a la cara—. ¡Escucha, Guy, he descubierto lo que significa vivir! He descubierto que se puede vivir sin trabajar todos los fines de semana. Que se puede vivir sin estar sometida a una presión continua. ¡Y me gusta!

Guy no me escucha. Ni siquiera intenta comprenderme.

—¿Pretendes que me crea que prefieres limpiar váteres a ser socia de Carter Spink? —Está colorado de rabia.

—¡Sí! —contesto, desafiante—. ¡Exacto!

—¿Quién es esa? —pregunta, intrigada, la mujer del traje rojo.

—¡Estás cometiendo el error más grave de tu vida, Samantha! —La voz de Guy me sigue hasta que llego a las puertas de cristal—. Si sales por esa puerta...

No espero a oír más. Salgo por la puerta. Bajo los escalones. Me largo.

Es posible que haya cometido el error más grave de mi vida. Sentada en el tren de regreso a Gloucestershire, bebiendo vino para tranquilizarme, las palabras de Guy siguen resonando en mis oídos.

Hubo un tiempo en que, con solo pensar eso, me habría puesto histérica. Pero ahora ya no. Casi me dan ganas de reír. Guy no se entera de nada.

Si algo he aprendido de todo lo que me ha pasado, es que «el error más grave de tu vida» no existe. Eso de «arruinar tu vida» es un concepto falso. La vida es más elástica de lo que creemos.

Cuando llego a Lower Ebury, voy directamente al pub. Nathaniel está detrás de la barra hablando con Eamonn; lleva una camisa de algodón de color azul que nunca había visto. Me quedo mirándolo unos instantes desde el umbral. Sus fuertes manos, el ángulo de su cuello, cómo frunce la frente cuando asiente con la cabeza. Me doy cuenta de que discrepa de lo que le está diciendo Eamonn. Pero espera, porque quiere exponer sus razones con delicadeza.

A lo mejor tengo más telepatía de la que creía.

Y como si él también tuviera telepatía, levanta la cabeza y da un respingo. Compone una sonrisa de bienvenida, pero percibo tensión en su rostro. Estos dos últimos días debe de haberlo pasado mal. Quizá pensara que yo no iba a volver.

De pronto hay alboroto alrededor de la diana, y uno de los chicos se gira y me ve caminando hacia la barra.

—¡Samantha! —grita—. ¡Por fin! ¡Te necesitamos en el equipo!

—¡Voy enseguida! —contesto—. Hola —digo cuando llego donde está Nathaniel—. Qué camisa tan bonita.

—Hola —me saluda él—. ¿Ha ido bien el viaje?

—No ha estado mal.

Nathaniel levanta la barra para dejarme pasar, y escruta mi rostro en busca de alguna pista.

—¿Y qué? ¿Ya ha pasado todo?

—Sí. —Lo abrazo con fuerza—. Ya está.

Y en ese momento creo que sí, que todo ha pasado.

veintitrés

No ocurre nada hasta la hora de comer.

Les preparo el desayuno a Trish y Eddie, como siempre. Paso el aspirador y quito el polvo, como siempre. Luego me pongo el delantal que me regaló Iris, saco la tabla de cortar, y empiezo a exprimir naranjas. Voy a hacer mousse de chocolate amargo y naranja para el almuerzo benéfico de mañana. Vamos a servirla sobre un lecho de rodajas de naranja confitadas, y cada plato estará adornado con un ángel de hoja de plata de un catálogo de decoraciones navideñas.

Ha sido idea de Trish. Igual que los ángeles que cuelgan del techo.

—¿Cómo va todo? —Trish entra en la cocina, muy nerviosa—. ¿Ya has hecho la mousse?

—Todavía no —respondo mientras exprimo una naranja—. No se preocupe, señora Geiger. Lo tengo todo controlado.

—No sabes lo mal que lo he pasado estos días. —Se lleva ambas manos a la cabeza—. No deja de apuntarse gente. He tenido que cambiar la distribución de las mesas.

—Todo saldrá bien —digo con voz tranquilizadora—. Procure relajarse.

—Sí. —Suspira y se sujeta la cabeza con los índices de uñas pintadas—. Tienes razón. Voy a ver cómo están las bolsas de regalitos...

Es increíble el dinero que se está gastando Trish en este almuerzo. Cada vez que le pregunto si de verdad es necesario montar un dosel de seda blanca en el comedor, o regalar a todas las invitadas una orquídea para ponerse en el ojal, ella me responde: «¡Es por una buena causa!».

Y eso me recuerda algo que hace tiempo que quería preguntarle.

—Señora Geiger... —digo con tono despreocupado—, ¿va a cobrarles

por la comida a las invitadas?

—¡No, no! Eso sería una ordinariez, ¿no te parece?

—Entonces... ¿va a hacer una rifa?

—No, no lo creo. —Arruga la nariz—. La gente odia las rifas.

Casi no me atrevo a formular la siguiente pregunta:

—Entonces... ¿cómo piensa recaudar fondos con el almuerzo benéfico?

Nos quedamos en silencio. Trish está paralizada, con los ojos muy abiertos.

—¡Córcholis! —exclama al fin.

Lo sabía. Ni siquiera se lo había planteado. Me las ingenio para conservar mi expresión de asistenta respetuosa.

—No sé, quizá podríamos pedir donativos voluntarios —sugiero—. Podría circular una bolsita a la hora del café.

—Sí. ¡Sí! —Trish me mira como si yo fuera un genio—. Has dado en el clavo. —Suelta un resoplido y añade—: Esto resulta muy estresante, Samantha. No sé cómo te las apañas para estar tan tranquila.

—Pues... yo tampoco lo sé.

Sonrío, y de pronto siento cariño por ella. Anoche, cuando llegué a la casa, tuve la sensación de que regresaba al hogar. A pesar de que Trish había dejado una montaña de platos en la encimera y una nota que rezaba: «Samantha: mañana limpia toda la plata, por favor».

Trish sale de la cocina y yo empiezo a batir claras de huevo para hacer la mousse. Entonces veo a un hombre que se acerca sigilosamente por el camino de la casa. Lleva vaqueros, un polo viejo y una cámara fotográfica colgada del cuello. De pronto desaparece, y frunzo el entrecejo, desconcertada. Quizá sea un repartidor. Mientras peso el azúcar en polvo, presto atención por si suena el timbre de la entrada; comienzo a mezclar el azúcar con las claras de huevo, tal como me enseñó Iris. De pronto el hombre al que he visto antes se planta frente a la puerta de la cocina, escudriñando por el cristal.

No pienso estropear la mezcla por un vendedor a domicilio. Que espere un momento. Cuando he terminado de añadir el azúcar, voy a la puerta y la abro.

—¿En qué puedo ayudarlo? —pregunto con educación.

El hombre me contempla en silencio unos segundos, y luego mira varias

veces seguidas un periódico sensacionalista que tiene doblado en la mano.

—¿Eres Samantha Sweeting? —me pregunta al fin.

Me quedo mirándolo con recelo.

—¿Por qué?

—Soy del *Cheltenham Gazette*. —Me muestra una tarjeta de identificación—. Me gustaría entrevistarte. «Por qué elegí Cotswolds para esconderme», ya sabes.

Lo miro sin comprender.

—Oiga... ¿de qué me está hablando?

—¿No lo has visto? —Parece asombrado—. Esta eres tú, ¿no?

Le da la vuelta al periódico y cuando lo veo, me da un salto el corazón. Es una fotografía mía. En el periódico. Salgo en el periódico. Se trata de mi retrato oficial de Carter Spink. Llevo un traje negro y el cabello recogido. Encima de la fotografía, en negrita, el titular reza: «PREFIERO LIMPIAR VÁTERES A SER SOCIA DE CARTER SPINK».

¿Qué demonios está pasando?

Le arranco el diario de las manos y leo el artículo por encima:

Son los reyes del universo, la envidia de su gremio. El bufete Carter Spink es el más prestigioso del país. Pero ayer, una joven rechazó un cargo del más alto nivel en esa empresa para trabajar de asistente doméstica.

VIVIR PARA TRABAJAR

Los socios de Carter Spink se quedaron patidifusos cuando la reconocida abogada Samantha Sweeting, que hasta ahora cobraba 500 libras por hora, rehusó su oferta, que conllevaba un sueldo millonario. Al parecer, poco después de su despido, la talentosa abogada descubrió un escándalo financiero en la empresa. Sin embargo, cuando le propusieron ser socia propietaria del bufete, Sweeting citó la presión y la falta de tiempo libre como los motivos de su decisión.

«Me he acostumbrado a ser dueña de mi propia vida», afirmó, mientras los socios del bufete le suplicaban que se quedara.

Un ex empleado de Carter Spink que desea permanecer en el anonimato confirmó las crueles condiciones de trabajo del bufete. «Esperan que les vendas tu alma —explicó—. Tuve que dimitir por culpa del estrés. No me extraña que ella haya preferido dedicarse a un trabajo manual».

Una portavoz de Carter Spink defendió la política de la casa. «Somos una empresa moderna y flexible con un espíritu de trabajo comprensivo. Nos gustaría hablar con Samantha de sus puntos de vista, y eso de que obligamos a nuestros empleados a vendernos el alma es una calumnia».

DESAPARECIDA

La portavoz confirmó que la oferta de trabajo que le hicieron a la señorita Sweeting sigue en pie y que los socios de Carter Spink están deseando hablar con ella. Sin embargo, aunque cueste creerlo, nadie ha vuelto a ver a esta Cenicienta moderna desde que saliera corriendo de las oficinas.

¿DÓNDE ESTÁ SAMANTHA?

Sigue en página 34.

No puedo creer lo que ven mis ojos. ¿Sigue en la página 34? ¿Es que aún hay más? Con manos temblorosas, voy a la página 34.

¿ES DEMASIADO ELEVADO EL PRECIO DEL ÉXITO?

Una abogada de alto nivel con un brillante futuro renuncia a un sueldo millonario para dedicarse a las tareas domésticas. ¿Qué nos enseña esta historia de la exigente sociedad de hoy en día? ¿Estamos presionando demasiado a las mujeres trabajadoras? ¿Se están quemando? ¿Anuncia esta extraordinaria historia el nacimiento de una nueva tendencia?

Está claro que solo Samantha Sweeting puede contestar.

Me quedo mirando el periódico, estupefacta. ¿Cómo ha...? ¿Qué ha...?

De pronto me sorprende un destello de luz; levanto la cabeza y veo que el hombre me ha enfocado con su cámara.

—¡Alto! —digo, horrorizada, y me pongo las manos delante de la cara.

—¿Puedo hacerte una fotografía sujetando una escobilla de váter? —pregunta mientras ajusta el objetivo—. En el pub me han dicho que eras tú. Menuda primicia. —Hay otro fogonazo de flash, y aprieto los párpados.

—¡No! Usted... se equivoca. —Le devuelvo el periódico, con las páginas desordenadas—. Esa... esa no soy yo. Yo me llamo *Magtine*. No soy abogada.

El reportero me mira con desconfianza, y luego observa de nuevo la fotografía. Lo veo dudar un momento. La verdad es que mi aspecto, con el pelo rubio y demás, es muy diferente al de cuando me fotografiaron.

—Tú no tienes acento francés —dice.

Es verdad. Fingir acentos nunca ha sido mi fuerte.

—Es que soy... medio belga. —Mantengo la vista clavada en el suelo—. *Pog favog*, salga de la casa. O *llamagué* a la policía.

—Me estás tomando el pelo. ¡Tú no eres belga!

—¡*Mágchese!* ¡Esto es violación de la *pgopiedad pgivada!* ¡Lo voy a *denunciag!*

Le doy un empujón, cierro la puerta y echo la llave. A continuación, corro la cortina de la ventanilla y me apoyo contra la puerta, con el corazón acelerado.

Mierda. Mierda. ¿Qué voy a hacer?

Vale. Lo más importante es no dejar que el pánico te domine. Lo más importante es conservar la calma y analizar objetivamente la situación.

Por una parte, todo mi pasado se ha expuesto en un periódico sensacionalista. Por otra parte, Trish y Eddie no leen ese periódico en particular. Ni el *Cheltenham Gazette*. No es más que un artículo absurdo aparecido en un diario absurdo, y mañana ya nadie se acordará de él. No hay ningún motivo para contarles nada. No hay necesidad de armar revuelo. Seguiré preparando mi mousse de chocolate y naranja como si no hubiera pasado nada. Sí. Lo mejor es negarlo todo.

Me siento un poco mejor. Cojo el chocolate y empiezo a romper pedazos que voy poniendo en un cuenco de cristal.

—¡Samantha! ¿Quién era? —Trish asoma la cabeza por la puerta.

—Nadie. —La miro con una rígida sonrisa en los labios—. Nada. ¿Quiere que le prepare una taza de café y se la lleve al jardín?

Tranquilízate. Haz como si nada. Todo se arreglará.

Vale. Negarlo todo no es la fórmula adecuada, porque hay tres reporteros más en el sendero de entrada.

Han transcurrido veinte minutos. He dejado la mousse de chocolate y miro por la ventana del vestíbulo, cada vez más horrorizada. Dos chicos y una chica han aparecido de la nada. Todos llevan cámaras y hablan con el tipo del polo, que gesticula señalando la cocina. De vez en cuando, uno de ellos para de hablar y toma una fotografía de la casa. En cualquier momento alguno llamará a la puerta.

No puedo quedarme sin hacer nada. Tengo que cambiar de plan. Necesito...

Una maniobra de distracción. Eso es. Al menos así ganaré un poco de tiempo.

Me dirijo a la puerta principal, y por el camino cojo uno de los sombreros flexibles de paja de Trish. Después salgo con cautela y bajo por el sendero de grava hasta la entrada, donde los cuatro periodistas forman un corro alrededor de mí.

—¿Eres Samantha Sweeting? —me pregunta uno acercándose una grabadora a la cara.

—¿Te arrepientes de haber rechazado la oferta de Carter Spink? —me espeta otro.

—Me llamo *Magtine* —digo sin levantar la cabeza—. Se han equivocado de casa. Conozco a Samantha Sweeting, y vive... *pog allí*. —Señalo hacia el otro extremo del pueblo.

Espero a que se produzca la estampida, pero nadie se mueve de donde está.

—¡Se equivocan de casa! —insisto—. ¡Salgan de aquí, *pog favog!*

—¿Qué acento es ese? —me pregunta un chico que lleva gafas negras.

—Belga —respondo tras una pausa.

—¿Belga? —Se asoma por debajo del ala del sombrero de Trish—. Es ella —dice con desdén—. ¡Es ella, Ned! ¡Ven aquí!

—¡Está allí! ¡Ha salido!

—¡Es ella!

Oigo voces al otro lado de la calle, y de pronto, horrorizada, veo aparecer a otro grupo de reporteros que corren hacia la verja, provistos de cámaras y dictáfonos.

¿De dónde salen?

—Señorita Sweeting, soy Agnus Watts, del *Daily Express*. —El chico de las gafas negras levanta su micrófono—. ¿Quiere decirles algo a las jóvenes de hoy en día?

—¿De verdad le gusta limpiar váteres? —interviene otro, y me pone el objetivo de la cámara delante de la cara—. ¿Qué marca de limpiador utiliza?

—¡Basta! —exclamo, aturullada—. ¡Dejadme en paz!

Tiro de la verja de hierro hasta que se cierra; luego doy media vuelta y echo a correr por el camino de la casa, entro y me dirijo a la cocina.

¿Qué voy a hacer?

Me veo reflejada en la puerta de la nevera. Tengo las mejillas coloradas y el pánico se refleja en mi mirada. Y todavía llevo puesto el sombrero de paja de Trish.

Me lo quito y lo dejo encima de la mesa, y en ese preciso instante Trish entra en la cocina. En una mano lleva un libro titulado *Cómo organizar un brunch elegante*, y en la otra una taza de café vacía.

—¿Sabes qué está pasando, Samantha? Creo que hay jaleo en la calle.

—Ah, ¿sí? No... no me había fijado.

—Parece una protesta, o algo así. —Frunce la frente—. Espero que no sigan ahí mañana. Los manifestantes son tan egoístas... —Dirige la mirada hacia la encimera y añade—: ¿Todavía no has terminado la mousse? ¡Pero, Samantha! ¿Qué has estado haciendo?

—No, nada... —Trago saliva—. Ahora mismo termino, señora Geiger.

Cojo el cuenco y empiezo a repartir la mezcla de chocolate en copas.

Es como si me encontrara en un universo paralelo. Van a descubrirlo todo. Solo es cuestión de tiempo. ¿Qué puedo hacer?

—¿Has visto la manifestación? —pregunta Trish cuando Eddie entra con

aire despreocupado—. ¡Delante de la verja de casa! Creo que deberíamos decirles que se aparten un poco.

—No es ninguna manifestación —aclara él mientras abre la nevera y mira en el interior—. Son periodistas.

—¿Periodistas? —Lo observa con expresión de desconcierto—. ¿Por qué iba a haber periodistas aquí?

—A lo mejor tenemos algún vecino famoso —especula Eddie, y se sirve cerveza en un vaso.

Trish se tapa la boca con una mano y exclama:

—¡Joanna Lumley! ¡Es verdad! ¡Se rumoreaba que iba a comprarse una casa en el pueblo! ¿Tú sabes algo, Samantha?

—Pues... no —murmuro, con las mejillas ardiendo.

Tengo que decir algo. Vamos. Di algo. Pero ¿qué? ¿Por dónde empiezo?

—Samantha, necesito que me planches esta blusa para esta noche. —Melissa entra sujetando una blusa estampada sin mangas—. Y ten mucho cuidado con el cuello, ¿vale? —añade, ceñuda—. La última vez los pliegues quedaron torcidos.

—De acuerdo. Lo siento. Déjala en el lavadero.

—Y hay que pasar el aspirador por mi habitación —agrega—. Se me ha caído una cajita de polvos al suelo.

—No sé si tendré tiempo de... —empiezo.

—Búscalos —me espeta, y coge una manzana—. ¿Qué pasa ahí fuera?

—No lo sabemos —contesta Trish, emocionada—. Pero creemos que se trata de Joanna Lumley.

De pronto suena el timbre de la entrada.

Noto una fuerte punzada de dolor en el estómago. Estoy a punto de salir corriendo por la puerta de atrás.

—¡A ver si son ellos! —exclama Trish—. Eddie, ve a abrir. Samantha, prepara café. —Me mira, impaciente—. ¿A qué esperas?

Me he quedado paralizada por completo. Necesito hablar. Necesito explicárselo. Pero no puedo mover los labios. No puedo mover nada.

—¡Samantha! —Trish me observa con atención—. ¿Te encuentras bien?

Hago un esfuerzo enorme y levanto la cabeza.

—Señora Geiger... —digo con voz ronca a causa del nerviosismo—.

Tengo que... tengo que...

—¡Melissa! —Me corta la voz de Eddie. Ha irrumpido en la cocina con expresión radiante—. ¡Melissa, querida! ¡Te buscan a ti!

—¿A mí? —Se extraña ella—. ¿Qué quieres decir, tío Eddie?

—Son del *Daily Mail*. ¡Quieren entrevistarte! —Mira a Trish, rebosante de orgullo—. ¿Sabías que Melissa es una de las abogadas más célebres del país?

Oh, no. No, por favor.

—¿Qué? —Trish casi suelta su ejemplar de *Cómo organizar un brunch elegante*.

—¡Eso me han dicho! —explica Eddie—. Me han preguntado si me sorprendía enterarme de que teníamos a una abogada tan importante en la casa. Y yo les he respondido: «¡Qué va!». —Rodea a Melissa con un brazo—. ¡Siempre hemos sabido que eras una estrella!

—Señor Geiger —digo con apremio. Pero nadie me hace caso.

—¡Será por ese premio que gané en la facultad! ¡Deben de haberse enterado! —Melissa está boquiabierta—. ¡Dios mío! ¡El *Daily Mail*!

—¡Y quieren sacarte fotos! —añade Eddie—. ¡Quieren una exclusiva!

—¡He de ir a maquillarme! —Melissa está muy agitada—. ¿Cómo estoy?

—¡Toma! —Trish abre su bolso—. Un poco de rímel... y pintalabios...

Tengo que parar esto. Tengo que decírselo.

—Señor Geiger... —Carraspeo—. ¿Está seguro...? Quiero decir... ¿Han preguntado por Melissa... por su nombre?

—¡No ha hecho falta! —contesta Eddie, y me guiña un ojo—. ¡En esta casa solo hay una abogada!

—Prepara café, Samantha —me ordena Trish con brusquedad—. Y coge las tazas rosas. ¡Rápido! Lávalas.

—Es que... tengo... tengo que decirles una cosa.

—¡Ahora no, Samantha! ¡Lava esas tazas! —Trish me pone los guantes de goma en las manos—. No sé qué te pasa hoy, pero desde luego...

—Es que me parece que no han venido a ver a Melissa —digo a la desesperada—. Hay una cosa que... que debí contarles...

Nadie me presta atención. Solo tienen ojos para Melissa.

—¿Cómo estoy? —Ella se aparta el cabello de la cara, nerviosa.

—¡Estás preciosa, querida! —asegura Trish—. Solo te falta un toquecito de pintalabios... para que tengas un aspecto bien sofisticado...

—¿Está preparada para la entrevista? —pregunta una voz de mujer desde el otro lado de la puerta de la cocina, y todos dan un respingo.

—¡Aquí! —Eddie abre la puerta, y vemos a una mujer morena de mediana edad con un traje pantalón, que inmediatamente pasea la vista por la cocina—. ¡Aquí tiene a nuestra abogada estrella! —Señala a Melissa con una sonrisa radiante y orgullosa.

—Hola. —Melissa se echa un mechón de pelo hacia atrás, y luego da un paso adelante tendiéndole la mano a la desconocida—. Soy Melissa Hurst.

La mujer la mira con extrañeza durante unos instantes.

—No es ella —dice—. Es ella. —Y me apunta a mí.

Se produce un silencio, y todos giran la cabeza y me observan con fijeza. Melissa tiene los ojos entrecerrados y no disimula su recelo. Los Geiger se miran.

—Esa es Samantha —replica Trish con perplejidad—. La asistente.

—¿Es usted Samantha Sweeting? —La mujer saca un bloc—. ¿Puedo hacerle unas preguntas?

—¿Quiere entrevistar a la asistente? —Bufa Melissa con una risa sarcástica.

La periodista pasa de ella.

—Usted es Samantha Sweeting, ¿verdad? —insiste.

—Sí —contesto con vacilación, y noto que me pongo aún más colorada—. Pero no quiero hacer ninguna entrevista. No tengo nada que decir.

—¿Nada que decir? —Trish mira a uno y otro lado, desconcertada—. ¿Sobre qué?

—¿Qué pasa, Samantha? —pregunta Eddie, angustiado—. ¿Te has metido en algún lío?

—¿No se lo ha contado? —La periodista del *Daily Mail* levanta la mirada de su bloc—. ¿No saben nada?

—¿Contarnos qué? —pregunta Trish, cada vez más nerviosa—. ¿Qué ocurre?

—¡Es una inmigrante ilegal! —suelta Melissa, triunfante—. ¡Lo sabía! Sabía que nos ocultaba algo...

—Su «asistente» es una de las mejores abogadas de la City. —La mujer pone un ejemplar del periódico sensacionalista encima de la mesa—. Y acaba de rechazar un empleo con un sueldo millonario para trabajar para ustedes.

Es como si alguien hubiera lanzado una granada en la cocina. Eddie se tambalea. Lo mismo le sucede Trish, con sus zuecos de tacón alto, y se agarra a una silla para no caerse. La cara de Melissa parece un globo reventado.

—Pensaba contárselo... —Los miro y me muerdo el labio inferior, abochornada—. Estaba a punto de explicárselo todo...

Trish lee el titular con los ojos fuera de las órbitas. Abre y cierra la boca como un pez, pero no articula sonido alguno.

—¿Eres... abogada? —balbucea al cabo.

—¡Aquí hay un error! —Melissa tiene las mejillas muy coloradas—. La abogada soy yo. ¡Soy yo la que consiguió un premio en la facultad de Derecho! Ella es la asistente.

—Ella consiguió tres premios en la facultad. —La reportera apunta hacia mí con la barbilla—. Y fue la primera de su promoción.

—Pero... —El rostro de Melissa está adoptando un tono morado muy desagradable—. Es imposible.

—La socia más joven de la historia de Carter Spink... —La mujer consulta sus notas—. ¿Me equivoco, señorita Sweeting?

—¡Sí! Es decir... bueno, más o menos. ¿Alguien quiere una taza de té? —añado a la desesperada.

Por lo visto, a nadie le interesa el té. De hecho, Melissa parece a punto de vomitar.

—¿Sabían que su asistente tiene un cociente intelectual de ciento cincuenta y ocho? —Es evidente que la periodista está disfrutando con todo esto—. Está rayando la genialidad.

—¡Ya sabíamos que era muy inteligente! —salta Eddie a la defensiva—. ¡De eso nos habíamos dado cuenta! Y la estábamos ayudando a... —Se interrumpe y pone cara de idiota—. A sacarse el bachillerato elemental.

—¡Y les estoy muy agradecida! —me apresuro a afirmar—. En serio.

Eddie se seca la frente con una servilleta. Trish sigue aferrada a la silla como si temiera derrumbarse en cualquier momento.

—No lo entiendo. —De pronto Eddie deja la servilleta y me mira—.

¿Cómo compaginabas la abogacía con tu empleo de asistenta?

—¡Eso! —exclama Trish, como si volviera a la vida—. Exacto. ¿Cómo demonios podías trabajar en la City y tener tiempo para estudiar con Michel de la Roux de la Blanc?

Dios mío. ¿Es que todavía no lo han pillado?

—No soy asistenta —digo—. No estudié en la escuela Cordon Bleu. Michel de la Roux de la Blanc no existe. No tengo ni la más remota idea de cómo se llama esto. —Cojo el «batidor de trufas» de la encimera—. Soy... una farsante. —No me atrevo a mirarlos a la cara. De pronto me siento fatal—. Si quieren que me marche, lo comprenderé —murmuro—. Acepté este empleo con falsos pretextos.

—¿Marcharte? —Trish parece horrorizada—. Pero si no queremos que te marches, ¿verdad, Eddie?

—Pues claro que no. —De repente se ruboriza—. Has hecho un buen trabajo, Samantha. Tú no tienes la culpa de ser abogada.

—«Soy una farsante» —repite la periodista mientras escribe en su bloc de notas—. ¿Se siente culpable, señorita Sweeting?

—¡Basta! —digo—. ¡No quiero dar entrevistas!

—La señorita Sweeting afirma que prefiere limpiar váteres a ser socia de Carter Spink —prosigue ella volviéndose hacia Trish—. ¿Podría mostrarme los váteres en cuestión?

—¿Nuestros inodoros? —En las mejillas de Trish aparecen unas manchas rosadas, y me dirige una mirada vacilante—. Verá, arreglamos los cuartos de baño hace poco, y todos los inodoros son Royal Doulton...

—¿Cuántos hay en la casa? —La mujer levanta la vista de sus notas.

—¡Basta ya! —Me llevo las manos a la cabeza—. Mire, haré... haré una declaración ante la prensa. Y luego quiero que todos ustedes nos dejen en paz a mí y a mis jefes.

Salgo a toda prisa de la cocina, seguida de la periodista del *Daily Mail*, y abro de par en par la puerta principal. El grupo de reporteros continúa allí, detrás de la verja. ¿Me lo estoy imaginando o hay más que antes?

—Es Martine —dice con desdén el tipo de las gafas negras cuando me ve acercarme.

No le hago caso.

—Señoras y señores de la prensa —empiezo—. Les agradecería que me dejaran tranquila. No hay nada que contar.

—¿Piensa seguir trabajando de asistente? —me pregunta un tipo corpulento con vaqueros.

—Sí —afirmo, levantando la barbilla—. He tomado una decisión, por motivos personales, y soy muy feliz aquí.

—¿Qué me dice del feminismo? —inquire una chica—. Las mujeres llevan años luchando para conseguir igualdad de oportunidades. ¿Usted opina que deberían volver a la cocina?

—¡Yo no opino nada! —replico, molesta—. Solo hago lo que quiero con mi vida.

—Pero cree que no hay nada malo en que las mujeres se dejen encadenar al fregadero de la cocina, ¿no? —suelta, furibunda, una mujer de cabello entrecano.

—¡No! —digo, alarmada—. ¡Bueno, sí! Creo que... —Un aluvión de preguntas y flashes ahoga mi respuesta.

—¿Era Carter Spink un antro sexista?

—¿Es una estrategia de la empresa para ahorrarse dinero?

—¿Cree que las mujeres deben trabajar?

—¡Queremos proponerle que escriba una columna sobre consejos domésticos! —dice una chica rubia y vivaracha que lleva un impermeable azul—. Queremos titularla «Los consejos de Samantha».

—¿Cómo? —Me quedo mirándola con la boca abierta—. ¡Yo no tengo ningún consejo doméstico que dar!

—¿Y recetas? —añade sonriente—. ¿Cuál es su plato favorito?

—¿Podrías posar para nosotros con el delantal? —me grita el gordo, y me lanza un guiño casi lascivo.

—¡No! —chillo, horrorizada—. ¡No tengo nada más que decir! ¡Sin comentarios! ¡Largo de aquí!

Sin escuchar los gritos de «¡Samantha!», me doy la vuelta y subo hacia la casa con las piernas temblorosas.

El mundo está loco.

Entro en la cocina y encuentro a Trish, Eddie y Melissa petrificados frente al periódico.

—Oh, no —digo—. No lo lean. En serio. Solo es un... estúpido... diario sensacionalista.

Los tres levantan la cabeza a la vez y me miran como si fuera una especie de extraterrestre.

—¿Cobrabas... quinientas libras por hora? —Trish apenas puede controlar la voz.

—¿Es verdad que te han ofrecido ser socia propietaria? —Melissa está pálida—. ¿Y que has rechazado la oferta? ¿Estás loca?

—¡No lean eso! —Intento arrebatárselo el periódico—. Señora Geiger, quiero que todo siga igual. Todavía soy su asistente...

—¡Eres una de las abogadas más importantes del país! —Trish, histérica, señala el artículo con el dedo índice—. ¡Lo pone aquí!

—¿Samantha? —Se oyen unos golpecitos en la puerta y Nathaniel entra en la cocina cargado de patatas recién cogidas—. ¿Tendrás bastante con esto para la comida?

Me quedo mirándolo sin saber qué decir y con el corazón encogido. Nathaniel no sabe nada. Todavía no se ha enterado. Dios mío.

Debí contárselo. ¿Por qué no me decidí a explicárselo todo? ¿Por qué no se lo conté?

—Y tú ¿qué eres? —pregunta Trish volviéndose hacia él—. ¿Un científico espacial? ¿Un espía del Gobierno?

—¿Cómo dice? —Me lanza una mirada de extrañeza, pero yo no logro esbozar una sonrisa.

—Nathaniel...

Me interrumpo; no puedo continuar. Él nos mira uno por uno con una arruga de incompreensión cada vez más profunda en la frente.

—¿Qué pasa? —pregunta al fin.

Nunca me ha costado tanto explicar algo. Nunca lo he hecho tan mal. Balbuceo, tartamudeo, me repito y doy unos rodeos interminables.

Nathaniel escucha en silencio. Está apoyado contra una columna de piedra, enfrente del banco en que estoy sentada. Veo su perfil en sombras y no sé qué está pensando. Cuando termino mi relato, él levanta despacio la

cabeza. La sonrisa que yo esperaba ver no aparece en sus labios. Nunca lo había visto tan conmovido.

—Eres abogada —dice al fin.

—Sí. —Asiento con la cabeza, avergonzada.

—Yo creía que tu novio te maltrataba. —Se pasa ambas manos por el pelo—. Creía que por eso no deseabas hablar de tu pasado. Y tú dejaste que lo creyera. Cuando te marchaste a Londres, me quedé muy preocupado. Ostras...

—Lo lamento. —Me siento culpable—. Lo lamento mucho, Nathaniel. Es que... no quería que supieras la verdad.

—Pero ¿por qué? —replica, dolido—. ¿Qué ocurre? ¿No confiabas en mí?

—¡Claro que confío en ti! Si se hubiera tratado de cualquier otra cosa... —Me interrumpo—. Entiéndeme, Nathaniel. ¿Cómo iba a contártelo cuando nos conocimos? Todo el mundo sabe que odias a los abogados. Hasta tienes un letrero en el pub: «Abogados, no».

—Ese letrero es una broma. —Hace un gesto de impaciencia.

—No, no del todo. —Lo miro a los ojos—. Venga, Nathaniel. Si te hubiera dicho que era una abogada de la City cuando nos conocimos, ¿me habrías tratado igual?

No contesta. Sé muy bien que es demasiado sincero para darme una respuesta fácil. Él sabe igual que yo que la respuesta es «no».

—Pero soy la misma persona. —Me inclino hacia delante y le cojo una mano—. Aunque antes fuera abogada... ¡sigo siendo yo!

Nathaniel guarda silencio, con la vista clavada en el suelo. Contengo la respiración, esperanzada. Entonces él levanta la cabeza y esboza una sonrisa.

—A ver, ¿cuánto vas a cobrarme por esta conversación?

Suelto un suspiro de alivio. Lo entiende. Lo acepta.

—Bueno... unas mil libras —digo como si tal cosa—. Ya te enviaré la factura.

—Samantha Sweeting, abogada. —Me contempla unos instantes—. No. No me lo imagino.

—¡Yo tampoco! Esa parte de mi vida ha terminado. —Le estrecho la mano con fuerza—. Lo siento mucho, Nathaniel. No quería que pasara esto.

—Ya lo sé.

Me aprieta la mano, y me relajo. Una hoja de laurel se desprende del árbol que tengo detrás y cae en mi regazo; la cojo y, sin pensar, la froto para oler su dulce perfume.

—Y ahora ¿qué? —pregunta Nathaniel.

—Nada. La prensa se cansará. Se aburrirá. —Me inclino hacia delante, apoyo la cabeza en su hombro, y siento cómo sus brazos me rodean—. Me gusta mi trabajo. Me gusta este pueblo. Soy feliz contigo. Lo único que quiero es que todo siga igual.

veinticuatro

Me he equivocado. La prensa no pierde el interés.

A la mañana siguiente, cuando despierto, veo que hay el doble de reporteros acampados delante de la casa, además de dos furgonetas de televisión. Bajo con una bandeja llena de tazas de café sucias y veo a Melissa apoyada en el alféizar de la ventana, contemplando el espectáculo.

—Hola —me saluda—. ¿Has visto cuántos periodistas?

—Sí. —No puedo evitar detenerme a su lado para echar otro vistazo—. Están chiflados.

—Esto debe de ser una tortura para ti. —Se aparta el cabello de la cara y se examina las uñas un momento. Luego añade—: Pero quiero que sepas... que puedes contar conmigo.

Al principio pienso que no he oído bien.

—¿Cómo dices?

—Que puedes contar conmigo. —Levanta la cabeza—. Somos amigas. Te ayudaré a sobrellevar todo esto.

Me quedo tan parada que no puedo ni reír.

—Melissa, tú y yo no somos amigas —digo con educación.

—¡Claro que sí! —Me mira sin inmutarse—. Siempre te he admirado, Samantha. Es más, supe desde el principio que tú no eras asistente. Sabía que ocultabas algo.

Increíble. ¿Cómo puede tener tanta cara?

—De repente te conviertes en mi amiga. —No trato de disimular mi escepticismo—. Y eso no tiene nada que ver con el hecho de que te hayas enterado de que soy abogada, ¿verdad? Ni con que quieras dedicarte a la abogacía.

—Siempre me has caído bien —afirma con obstinación.

—¡Por favor, Melissa!

La miro con severidad, y me satisface ver que se sonroja un poco. Pero permanece imperturbable.

Me duele admitirlo, pero esta chica va a ser una gran abogada.

—¿De verdad quieres ayudarme? —pregunto arrugando la frente.

—¡Sí! —Asiente con la cabeza y se le ilumina el semblante—. Podría actuar de enlace con Carter Spink... O podrías contratarme como portavoz...

—¿Por qué no te llevas esto? —Le paso la bandeja y esbozo una dulce sonrisa—. Y tengo una blusa para planchar. Pero mucho cuidado con el cuello, por favor.

Pone una cara que no tiene desperdicio. Reprimo una risita y entro en la cocina. Eddie está sentado a la mesa, cubierta de periódicos, y al oírme levanta la vista.

—Sales en todos los diarios —me informa—. Mira.

Me enseña un artículo a doble página del *Sun*. Hay una fotografía mía superpuesta a la de un lavabo, y me han dibujado una escobilla de inodoro en una mano. «¡Prefiero limpiar váteres!», rezan unas enormes letras junto a mi cara.

—Dios mío. —Me siento en una silla y me quedo mirando el montaje—. ¿Por qué?

—Es agosto —responde Eddie mientras hojea el *Telegraph*—. En verano escasean las noticias. Dicen que eres «una víctima de la sociedad actual, obsesionada por el trabajo». —Le da la vuelta al periódico para mostrarme un pequeño artículo con el titular «LA EMPLEADA MÁS PROMETEDORA DE CARTER SPINK SE DEDICA A LAS TAREAS DOMÉSTICAS TRAS LOS RUMORES DE UN ESCÁNDALO».

—También dicen que has traicionado a las mujeres trabajadoras de todo el mundo. —Melissa acaba de dejar la bandeja en la encimera y ha cogido el *Herald*—. Mira: esta columnista, Mindy Malone, está furiosa contigo.

—¿Furiosa? —repito, desconcertada—. ¿Por qué iba a estarlo?

—En cambio, según el *Daily Mail* eres la salvadora de los valores tradicionales. —Eddie toma el otro periódico y lo abre—. «Samantha Sweeting cree que las mujeres deberían volver a dedicarse al hogar por el

bien de su propia salud y el de la sociedad».

—¿Qué? ¡Yo nunca he dicho eso! —Cojo el diario y leo por encima el artículo, perpleja—. ¿Qué mosca les ha picado?

—Ya te digo, es mala época —confirma Eddie, y agarra el *Express*—. ¿Es verdad que tú sola descubriste ciertas conexiones de la mafia en tu bufete?

—¡No! —Estoy cada vez más alucinada—. ¿Quién ha dicho eso?

—Ya no me acuerdo de dónde lo he visto —contesta hojeando el ejemplar—. En este hay una fotografía de tu madre. Es muy guapa.

—¿De mi madre? —Me quedo mirándola, consternada.

—«La triunfadora hija de una triunfadora madre» —lee Eddie en voz alta—. «¿Era excesiva la presión para alcanzar el éxito?».

Dios mío. Mi madre me mata.

—Mira, en este hay una votación. —Ha abierto otro periódico—. «Samantha Sweeting: ¿heroína o necia? Envíanos un mensaje de texto con tu voto». Y dan un número de teléfono. —Coge el móvil y arruga la frente—. ¿Por qué voto?

—Necia —dice Melissa quitándole el teléfono de las manos—. Ya lo hago yo.

—¡Samantha! ¡Ya estás levantada! —Trish entra con un montón de periódicos debajo del brazo. Me mira con la misma expresión de admiración que tenía ayer, como si yo fuera una valiosísima obra de arte que de pronto ha aparecido en su cocina—. ¡Estaba leyendo todo lo que dicen de ti!

—Buenos días, señora Geiger. —Dejo el *Daily Mail* y me apresuro a ponerme en pie—. ¿Qué quiere que le prepare para desayunar? ¿Una taza de café, para empezar?

—¿Cómo vas a preparar el café, Samantha? —exclama, aturullada—. ¡Eddie, hazlo tú!

—¿Yo? ¡Yo nunca preparo el café! —protesta él.

—¡Pues tú, Melissa! Prepara café para todos. ¡Siéntate ahora mismo, Samantha! ¡Eres nuestra invitada! —Suelta una risa forzada.

—¡Yo no soy su invitada! —la contradigo—. ¡Soy su asistente!

Eddie y Trish se miran, indecisos. ¿Qué piensan? ¿Que voy a marcharme?

—¡No ha cambiado nada! —insisto—. ¡Sigo siendo su asistente! Quiero

continuar trabajando aquí.

—Estás loca. —Melissa me mira con desdén—. ¿Has visto lo que quiere pagarte Carter Spink?

—Tú nunca lo entenderías —le digo—. Señor y señora Geiger, ustedes sí lo entenderán. He aprendido muchísimo desde que llegué a esta casa. He cambiado mucho. Y he encontrado un modo de vida satisfactorio. Sí, ya sé que podría ganar mucho dinero trabajando de abogada en Londres. Ya sé que podría realizar una carrera espectacular. Pero eso no es lo que quiero. —Extiendo ambos brazos y miro en derredor—. Prefiero esto. Aquí es donde deseo estar.

Esperaba que a Trish y Eddie los conmoviera mi pequeño discurso, pero ambos me miran como si no comprendieran nada, y luego vuelven a mirarse el uno al otro.

—Creo que deberías estudiar la oferta —opina Eddie—. En el periódico dice que están deseando que regreses.

—A nosotros no va a ofendernos que te marches —añade Trish, y asiente con la cabeza para enfatizar sus palabras—. Lo entenderemos perfectamente.

¿Es eso lo único que se les ocurre decir? ¿No se alegran de que prefiera quedarme? ¿No quieren que sea su asistente?

—¡Es que no deseo irme! —digo irritada—. Quiero quedarme aquí y disfrutar de la vida a un ritmo tranquilo.

—Ya —dice Eddie tras una pausa, y luego mira a Trish con disimulo como diciendo: «¿Qué?».

Suena el teléfono, y contesta Trish.

—¿Diga? —Escucha un momento y luego dice—: Sí, Mavis, claro. Y Trudy. ¡Hasta luego! —Cuelga el auricular—. ¡Dos invitadas más para el almuerzo benéfico!

—Muy bien. —Miro mi reloj—. Será mejor que empiece a preparar los entrantes.

Cuando me dispongo a abrir la nevera, el teléfono vuelve a sonar y Trish suspira:

—Si son más comensales de última hora... ¿Diga? —Mientras escucha, cambia de cara y tapa el auricular con una mano—. Samantha —susurra—. Es una empresa de publicidad. Preguntan si quieres aparecer en un anuncio

de televisión de Pato WC. Te pondrían una peluca y una toga de abogado, y tendrías que decir...

—¡No! —exclamo, retrocediendo—. ¡Claro que no!

—Yo, en tu lugar, no rechazaría una oferta de la televisión —interviene Eddie en tono reprobatorio—. Podría ser una gran oportunidad para ti.

—¡No! ¡No quiero salir en ningún anuncio! —Veo que Eddie abre la boca para discutir—. No quiero dar entrevistas —me apresuro a añadir—. No quiero que me conviertan en un modelo de conducta. Lo único que quiero es que todo vuelva a la normalidad.

A la hora de comer, nada ha vuelto a la normalidad. De hecho, todo es aún más surrealista que antes.

He recibido tres peticiones más para salir en televisión y una para realizar una sesión de fotografías «de buen gusto» para el *Sun* con uniforme de sirvienta francesa. Trish ha concedido una entrevista en exclusiva al *Mail*. Los oyentes de un programa de radio que Melissa se ha empeñado en escuchar me han descrito como una «tarada antifeminista», un «plagio de Martha Stewart» y un «parásito de los contribuyentes que pagaron por mi educación». Me he puesto tan furiosa que he estado a punto de llamar yo misma.

Pero lo que he hecho ha sido apagar la radio y respirar hondo tres veces seguidas. No voy a dejar que me joroben. Tengo otras cosas en que pensar. Han llegado catorce invitadas al almuerzo benéfico y están dando vueltas por el jardín. Tengo que hornear las tartaletas de champiñones, terminar la salsa de espárragos y preparar los filetes de salmón.

Me encantaría que Nathaniel estuviera aquí para ayudarme a mantener la calma. Pero se ha ido a Buckingham a buscar carpas koi para el estanque, porque de pronto Trish ha decidido que eran imprescindibles. Por lo visto cuestan cientos de libras y todos los famosos las tienen. Es ridículo. Nadie mira nunca en el estanque.

Suena el timbre justo cuando estoy abriendo el horno, y suspiro. Otra invitada no, por favor. Esta mañana ya hemos aceptado a cuatro más, y eso me ha desmontado todo el programa. Por no mencionar a la reportera del

Mirror que, disfrazada con un traje rosa con estampado de flores, ha intentado convencer a Eddie de que era una vecina que acababa de instalarse en el pueblo.

Meto la bandeja de tartaletas en el horno, recojo los restos de masa y empiezo a limpiar el rodillo.

—¿Samantha? —Trish da unos golpecitos en la puerta—. ¡Tenemos otro invitado!

—¿Otro? —Me vuelvo, limpiándome la harina de la mejilla—. Pero si acabo de poner los entrantes en el horno...

—Es un amigo tuyo. Dice que necesita hablar contigo urgentemente. De negocios. —Arquea una ceja de forma elocuente, y luego se aparta.

Y yo me quedo de piedra.

Es Guy. Está plantado en la cocina de Trish con su impecable traje de Jermyn Street y sus puños almidonados.

Lo miro, incapaz de articular palabra, completamente patidifusa.

A juzgar por su expresión, él también está estupefacto.

—Dios mío —dice despacio mientras contempla mi uniforme, mi rodillo, mis manos manchadas de harina—. Es verdad. Eres asistenta.

—Sí. —Levanto la barbilla—. Es verdad.

—Samantha... —interviene Trish desde la puerta—. No quisiera interrumpir, pero... ¿te parece bien que sirvamos los entrantes dentro de diez minutos?

—Sí, señora Geiger. —Hago una pequeña reverencia cuando ella sale de la cocina, y a Guy casi se le salen los ojos de las órbitas.

—¿Eso que acabas de hacer era una reverencia?

—Con lo de las reverencias me pasé un poco —admito. Veo su cara de estupefacción y me dan ganas de reír—. ¿Qué haces aquí, Guy?

—He venido a convencerte para que vuelvas.

Claro. Debí imaginármelo.

—No pienso volver. Perdona. —Cojo la escoba y el recogedor y me pongo a barrer la harina y los restos de masa del suelo—. ¡Cuidado con los pies!

—Ah. Vale. —Se aparta con torpeza.

Vacíó el recogedor en el cubo de la basura; luego saco la salsa de

espárragos de la nevera, la vierto en un cazo y la caliento a fuego lento.

Guy me mira, atónito.

—Samantha —dice cuando yo me giro—. Tenemos que hablar.

—Ahora estoy ocupada.

El reloj de la cocina suena con un estridente timbrazo, y abro el horno inferior para sacar mis bollos de ajo y romero. Cuando los veo, tan doraditos y desprendiendo un delicioso aroma, siento una oleada de orgullo. No puedo resistir la tentación de darle un mordisquito a uno, y luego se lo ofrezco a Guy.

—¿Los has hecho tú? —me pregunta, incrédulo—. No sabía que supieras cocinar.

—Es que no sabía. He aprendido. —Vuelvo a abrir la nevera, cojo la mantequilla y añado un poco a la salsa de espárragos, que empieza a hacer espuma. Luego miro a Guy, que está junto a la barra de los utensilios—. ¿Me pasas las varillas?

Guy mira los utensilios, desconcertado.

—¿Qué son las...?

—Déjalo —digo—. Ya las cojo yo.

—He venido a ofrecerte un empleo —dice Guy mientras tomo las varillas y empiezo a mezclar la mantequilla con la salsa—. Creo que deberías pensártelo.

—No me interesa. —Ni siquiera levanto la cabeza.

—Todavía no sabes de qué se trata. —Mete una mano en el bolsillo interior de la americana y extrae una carta—. Toma. Échale un vistazo.

—¡No me interesa! —repito con exasperación—. ¿Es que no lo entiendes? No quiero volver. No quiero ser abogada.

—Prefieres ser empleada de hogar. —Lo dice con un tono tan despectivo que me siento dolida.

—¡Sí! —Dejo las varillas—. ¡Sí, señor! Soy feliz aquí. Estoy tranquila y relajada. No tienes ni idea. ¡Es otra forma de vida!

—Ya —bufa, contemplando la escoba—. Sé razonable, Samantha. —Saca un teléfono móvil del bolsillo—. Debes hablar con una persona. —Marca un número y luego alza la vista—. He comentado con tu madre lo que está pasando.

—¿Qué? —Lo miro, horrorizada—. ¿Cómo te atreves a...?

—Samantha, yo solo quiero lo mejor para ti. Y ella también. Hola, Jane —dice por el auricular—. Estoy con ella. Te la paso.

No puedo creerlo. Me dan ganas de agarrar el teléfono y lanzarlo por la ventana. Pero no lo hago. Puedo afrontarlo.

—Hola, mamá —saludo tras coger el teléfono de Guy—. Cuánto tiempo.

—Samantha. —Su voz es tan fría como la última vez que hablamos. Pero esta vez no logra que me sienta tensa ni nerviosa. Mi madre no puede decirme lo que he de hacer. No tiene ni idea de lo que es mi vida ahora—. ¿A qué estás jugando? ¿Cómo se te ocurre ponerte a trabajar de sirvienta?

—¿Qué pasa? Estoy encantada con mi empleo. Y supongo que tú quieres que vuelva a trabajar de abogada, ¿no? Pues que sepas que soy muy feliz aquí y que no pienso regresar a Londres. —Pruebo la salsa de espárragos y añado un poco de sal.

—Veo que lo encuentras muy gracioso —dice con aspereza—. Piensa en tu vida, Samantha. En tu carrera. Me parece que no entiendes...

—¡La que no entiende eres tú! ¡No lo entendéis, ninguno de vosotros! —Miro con rabia a Guy; luego bajo un poco el fuego y me apoyo en la encimera—. Mamá, he aprendido que hay otra forma de vivir. Hago mi trabajo, lo termino y ya está. Soy libre. No he de llevarme trabajo a casa. No he de tener la BlackBerry encendida las veinticuatro horas del día, incluidos los fines de semana. Puedo ir al pub, hacer planes para el fin de semana, sentarme en el jardín media hora con los pies en alto... y no pasa nada. Ya no tengo esa presión constante. No estoy estresada. Y me siento muy bien. —Cojo un vaso, lo lleno de agua y bebo un sorbo; luego me seco los labios—. Lo lamento, pero he cambiado. He hecho amistades. He conocido a la gente del pueblo. Es como... *Los Walton*.

—¿*Los Walton*? —Parece sorprendida—. ¿Hay niños en la casa?

—¡No! —digo, frustrada—. ¡No comprendes nada! Lo que quiero decir es que... les importo. Hace un par de semanas, por ejemplo, me prepararon una fiesta de cumpleaños sorpresa.

Se produce un silencio. Me pregunto si le habré tocado la fibra sensible. Quizá se sienta un poco culpable. Quizá empiece a entender...

—Qué cosa tan rara —dice resueltamente—. Tu cumpleaños fue hace dos

meses.

—Ya lo sé. —Suspiro—. Mira, mamá, he tomado una decisión. —De pronto el horno emite un pitido, y busco una manopla—. Ahora tengo que dejarte.

—¡Samantha! ¡No hemos terminado! —me grita, furiosa.

—Sí, hemos terminado, ¿vale? —Corto la comunicación, dejo el teléfono en la mesa y suspiro; mi madre ha conseguido que me ponga nerviosa—. Muchas gracias, Guy —digo con brusquedad—. ¿Me tienes reservada alguna otra sorpresita?

—Samantha... —Abre las manos, a modo de disculpa—. Solo quería transmitirte...

—No necesito que me transmitas nada. —Le doy la espalda—. Y ahora, si no te importa, estoy ocupada. Estoy trabajando, por si no lo has notado.

Abro el horno de abajo, saco mis bandejas de tartaletas y empiezo a pasarlas a unos platitos que he calentado previamente.

—Te ayudo —dice Guy, y se acerca.

—No puedes ayudarme —replico, y pongo los ojos en blanco.

—Claro que sí. —Para mi sorpresa, se quita la americana, se remanga la camisa y se ata un delantal con estampado de cerezas—. ¿Qué hago?

No puedo contener una risita. Guy está completamente fuera de lugar.

—Vale. —Le coloco una bandeja en las manos—. Puedes ayudarme a servir los entrantes.

Salimos con las tartaletas y los bollos de hierbas. Cuando entramos en el comedor, con dosel blanco, cesa el barullo y catorce cabezas teñidas y peinadas con laca se giran. Las invitadas de Trish están sentadas alrededor de la mesa, bebiendo champán; cada una lleva un traje de chaqueta de diferente tono pastel. Es como entrar en el catálogo de colores de una marca de pinturas.

—¡Os presento a Samantha! —dice Trish; tiene las mejillas sonrosadas—. Ya conocéis todas a Samantha, nuestra asistente... ¡que, además, es una famosa abogada!

Todas se ponen a aplaudir.

—¡Te hemos visto en los periódicos! —comenta una señora con un traje de color marfil.

—Necesito hablar contigo. —Una mujer vestida de azul se inclina hacia delante y me mira con interés—. Acerca de mi divorcio.

Creo que fingiré que no he oído ese comentario.

—Les presento a Guy. Ha venido a ayudarme —digo, y empiezo a servir las tartaletas.

—Él también es socio de Carter Spink —añade Trish con orgullo.

Veo cómo las mujeres, impresionadas, se miran entre sí. Una que es mayor que las demás y está sentada en la cabecera de la mesa observa a Trish, desconcertada.

—¿Todos tus empleados son abogados?

—No, no todos —contesta con ligereza, y da un sorbo de champán—. Pero ya te imaginas que después de haber tenido una asistente educada en Cambridge, nunca me conformaría con menos.

—¿Dónde los consigues? —pregunta una pelirroja con avidez—. ¿Hay alguna agencia especializada?

—Se llama Oxbridge Housekeepers —contesta Guy, y le pone delante una tartaleta de champiñones—. Son muy exigentes. Solo aceptan aspirantes con matrícula de honor.

—¡Caramba! —exclama la pelirroja, atónita.

—Yo, en cambio, estudié en Harvard —continúa Guy—. Por eso trabajo para Harvard Help. Nuestro lema es «Porque para eso sirve haberse educado en la Ivy League». ¿Verdad, Samantha?

—Cállate y sirve los platos —le susurro.

Cuando hemos terminado de servir a todas, volvemos a la cocina.

—Muy gracioso —digo, y dejo la bandeja con gran estruendo—. Te crees muy ingenioso, ¿no?

—Por el amor de Dios, Samantha. ¿Pretendes que me tome todo esto en serio? —Se quita el delantal y lo tira encima de la mesa—. Jamás imaginé que te vería sirviendo a una pandilla de pijas de pueblo que te tratan con condescendencia.

—Tengo trabajo —replico, y abro el horno para ver cómo está el salmón—. Así que si no vas a ayudarme...

—¡Tú no deberías estar haciendo este trabajo! —Estalla de pronto—. Samantha, esto es una farsa. Les das cien patadas a esas incultas. ¿Y les

sirves la comida? ¿Les haces reverencias? ¿Les limpias los lavabos?

Habla con tanto apasionamiento que me doy la vuelta, asombrada. Se ha puesto colorado y por lo visto se le han pasado las ganas de bromear.

—Eres una de las personas más inteligentes que conozco, Samantha — prosigue, con voz entrecortada por la rabia—. Tienes un gran talento natural para la abogacía. No puedo permitir que lo eches todo a perder.

Me quedo mirándolo, indignada.

—¡No estoy echando nada a perder! Que no esté «utilizando mi título» ni trabajando en un despacho no quiere decir que esté desperdiciando mi vida. Soy feliz, Guy. Disfruto de la vida como jamás había disfrutado. Me gusta cocinar. Me gusta llevar una casa. Me gusta recoger fresas del jardín...

—¡Vives en un mundo de fantasía! —me grita—. ¡Todo esto te atrae porque es una novedad, Samantha! ¡Lo encuentras divertido porque nunca lo habías hecho! ¡Pero te cansarás! ¿No te das cuenta?

Siento una pizca de vacilación, pero la paso por alto.

—No, no me cansaré. —Remuevo con decisión la salsa de espárragos—. Me encanta esta vida.

—¿Y seguirá encantándote cuando lleves diez años limpiando váteres? Sé realista. —Se acerca a los fogones, y yo me aparto—. Lo que necesitas son unas vacaciones. Necesitas descansar. Muy bien. Pero primero necesitas regresar a la vida real.

—Para mí, la vida real es esto —contraataco—. Es más real que la que llevaba antes.

Guy sacude la cabeza.

—El año pasado, Charlotte y yo fuimos a la Toscana y aprendimos a pintar con acuarelas. Me encantó. El aceite de oliva... las puestas de sol... todo. —Me mira a los ojos con fijeza durante unos instantes, y luego se inclina hacia delante—. Pero eso no significa que vaya a convertirme en un jodido acuarelista toscano.

—¡Esto es diferente! —Desvío la vista—. No pienso volver a trabajar como antes, Guy. No pienso volver a soportar aquella presión. He trabajado los siete días de la semana durante siete condenados años...

—¡Exacto! ¡Tú lo has dicho! Y justo cuando consigues tu recompensa, ¡vas y arrojas la toalla! —Se coge la cabeza con ambas manos—. Samantha,

me parece que no entiendes en qué situación estás. Acaban de ofrecerte ser socia propietaria. Puedes pedir el sueldo que te dé la gana. ¡Controlas la empresa!

—¿Qué? —Me quedo mirándolo, sorprendida—. ¿Qué quieres decir?

Guy suelta un bufido y arquea las cejas, como si pidiera ayuda a los Dioses Abogados.

—¿Te das cuenta de la tormenta que has creado? —me pregunta—. ¿Te das cuenta de lo mal que está quedando Carter Spink? Nunca habíamos tenido a la prensa así desde el escándalo de Storesons en los años ochenta.

—Yo no he planeado nada de todo esto —me defiendo—. Yo no le pedí a los medios de comunicación que vinieran a verme.

—Ya lo sé. Pero el caso es que vinieron. Y la reputación de Carter Spink está cayendo en picado. Los del departamento de Recursos Humanos están desesperados. Ellos se dejan la piel diseñando programas de incentivos y talleres de captación de licenciados, y tú vas y le dices a todo el mundo que prefieres limpiar váteres. —Suelta una risotada—. Menuda relaciones públicas estás hecha.

—Es que es la verdad —afirmo levantando la barbilla—. Lo prefiero.

—¡No seas tan perversa! —Guy da un golpe en la mesa, exasperado—. ¡Estás jugando con Carter Spink! ¿No ves que están deseando que todo el mundo te vea regresar a las oficinas? ¡Te pagarán lo que les pidas! ¡Si rechazas su oferta, es que te has vuelto loca!

—No me interesa el dinero —replico—. Tengo dinero suficiente para...

—¡Ya veo que no entiendes nada! Mira, Samantha, si vuelves, ganarás suficiente para retirarte dentro de diez años. ¡Tendrás la vida solucionada! Luego ya podrás ir a recoger fresas, fregar suelos o hacer lo que te dé la gana.

Abro la boca por inercia, pero las palabras se me quedan atascadas en la garganta. No consigo mantener en orden mis pensamientos, que saltan de un lado para otro, incontrolables.

—Te ganaste ese nombramiento de socia a pulso —dice Guy con un tono más calmado—. Te lo ganaste, Samantha. Utilízalo.

Guy no vuelve a hablar del tema. Siempre ha sabido exactamente dónde

terminar una discusión. Sería un buen abogado litigante. Me ayuda a servir el salmón; luego me abraza y me dice que lo llame cuando haya tenido tiempo para reflexionar. Luego se marcha, y yo me quedo sola en la cocina, hecha un lío.

Estaba convencidísima. Estaba muy segura de mí misma. Pero ahora...

No paro de dar vueltas a los argumentos de Guy. En el fondo sé que tiene parte de razón. ¿Y si me he engañado a mí misma? ¿Y si todo esto solo me atrae por la novedad? Quizá tras unos años llevando una vida más sencilla no me sienta más satisfecha, sino frustrada y amargada. De pronto me veo fregando suelos con un pañuelo de nailon atado a la cabeza, y abordando a la gente: «Antes trabajaba en un bufete, ¿sabe usted?».

Soy inteligente. Me quedan muchos años por delante.

Apoyo la frente en las manos, con los codos encima de la mesa, y escucho los latidos de mi corazón, que marcan el ritmo de una pregunta: «¿Qué voy a hacer? ¿Qué voy a hacer?».

Y, sin embargo, siempre llego a la misma respuesta. La respuesta racional. La respuesta que tiene más sentido.

Sé cuál es la respuesta, solo que creo que todavía no estoy preparada para afrontarla.

No reacciono hasta las seis de la tarde. El almuerzo benéfico ha terminado y ya lo he recogido todo. Las invitadas de Trish se han llevado las tazas de té al jardín para disfrutar del templado y agradable atardecer, y han ido marchándose poco apoco. Cuando salgo, Nathaniel y Trish están junto al estanque, y veo un cubo de plástico a los pies de Nathaniel.

Me acerco y noto como si algo me apretara el estómago.

—Esto es un kumonryu —dice él al tiempo que saca algo del cubo con un salabre—. ¿Quiere verlo?

Al aproximarme, veo un pez enorme coleteando ruidosamente en la red. Nathaniel se lo acerca a Trish, que se aparta y da un gritito.

—¡Quita! ¡Échalo al estanque!

—Le ha costado doscientas libras —replica encogiéndose de hombros—. Pensaba que le gustaría saludarlo. —Me lanza una sonrisa, y, aunque no me

creía capaz, consigo devolvérsela.

—Échalos todos al agua. —Trish se estremece—. Ya vendré a verlos cuando estén nadando por el estanque. —Gira sobre los talones y se dirige hacia la casa.

—¿Va todo bien? —me pregunta Nathaniel—. ¿Qué tal el gran almuerzo benéfico?

—Bien, bien.

—¿Ya te has enterado de la noticia? —Lanza otro pez al agua—. ¡Eamonn se ha prometido! Va a dar una fiesta la semana que viene en el pub.

—Qué bien. Me alegro mucho.

Tengo la boca seca. Venga, Samantha. Díselo.

—¿Sabes qué? Deberíamos poner un estanque de carpas koi en el vivero —comenta Nathaniel mientras tira el resto de los peces al agua—. ¿Sabes qué margen de beneficio...?

—Voy a volver, Nathaniel. —Cierro los ojos e intento pasar por alto la punzada de dolor que siento en mi interior—. Voy a volver a Londres.

En un primer momento, Nathaniel se queda quieto. Luego se gira muy despacio, con el salabre todavía en una mano y gesto inexpresivo.

—Vale.

—Voy a volver a mi antiguo empleo en el bufete de abogados. —Me tiembla un poco la voz—. Hoy ha venido a verme Guy, un compañero de trabajo, y me ha convencido, o me ha abierto los ojos. Ha hecho que me dé cuenta de que... —Me interrumpo, porque no sé cómo explicarlo.

—¿De qué? —dice, y frunce un poco la frente.

No ha sonreído. No ha dicho: «Me parece muy buena idea. Es precisamente lo que yo iba a sugerirte que hicieras». ¿Por qué no me lo pone fácil?

—¡No puedo pasarme la vida como una maruja! —exclamo en un tono más agresivo del que pretendía—. ¡Llevo toda la vida preparándome para ser abogada! ¡Soy inteligente, tengo estudios!

—Ya sé que eres inteligente. —Ahora es él quien habla con tono agresivo. Ay, madre mía. No lo estoy haciendo bien.

—Me ofrecen ser socia. Socia propietaria de Carter Spink. —Lo miro e intento transmitirle la importancia de esas palabras—. Es el bufete más

prestigioso... lucrativo... increíble... ¡En pocos años puedo ganar dinero suficiente para retirarme!

Nathaniel no se muestra muy impresionado. Se limita a sostenerme la mirada.

—¿A qué precio? —pregunta.

—¿Qué quieres decir? —Aparto la vista.

—Quiero decir que cuando llegaste aquí eras un manojo de nervios. Eras como un conejito asustado. Estabas blanca como el papel. Rígida. Parecía que no hubieras visto nunca el sol, que nunca te hubieras divertido...

—Estás exagerando.

—No, no exagero. ¿No te das cuenta de cómo has cambiado? Ya no estás nerviosa. Ya no saltas a la mínima. —Me levanta un brazo y lo suelta—. Antes, tu brazo se habría quedado en alto.

—¡Vale, me he relajado un poco! —admito—. Ya sé que he cambiado. Me he tranquilizado y he aprendido a cocinar, planchar, servir cañas... y me lo he pasado en grande. Pero esto es como una especie de vacaciones. No puede durar para siempre.

Nathaniel sacude la cabeza, exasperado.

—O sea que vas a volver, después de todo; vas a coger las riendas de nuevo y seguir como si no hubiera ocurrido nada, ¿verdad?

—¡Esta vez todo será diferente! Me encargaré de que sea diferente. Mantendré el equilibrio.

—¿A quién pretendes engañar? —Me agarra por los hombros—. Tendrás el mismo estrés, llevarás el mismo estilo de vida...

De pronto me enfurezco con él por no entenderme, por no apoyarme.

—¡Bueno, al menos he probado algo nuevo! —Las palabras salen por mi boca como un torrente—. ¡Al menos he salido y he intentado llevar una vida diferente durante un tiempo!

—¿Qué quieres decir con eso? —exclama, soltándome de golpe.

—Quiero decir... ¿Qué has probado tú, Nathaniel? —Sé que estoy usando un tono estridente y agresivo, pero no puedo evitarlo—. ¡Eres muy cerrado! Vives en el mismo pueblo donde creciste, llevas el negocio familiar, vas a comprar un vivero aquí al lado... Es como si no hubieras salido del útero materno. Antes de sermonearme sobre cómo tengo que vivir mi vida,

podrías vivir tú la tuya, ¿no crees?

Me interrumpo, jadeando. Nathaniel me mira como si le hubiera pegado una bofetada.

Inmediatamente lamento todo lo que he dicho.

—Perdona... No pretendía decir eso... —balbuceo.

Me alejo unos pasos; estoy a punto de echarme a llorar. No era así como había imaginado esta escena. Nathaniel tenía que apoyarme, abrazarme y decirme que estaba tomando la decisión correcta. Y en cambio aquí estamos, a varios metros de distancia y sin mirarnos siquiera.

—Había pensado irme un poco más lejos —dice él de pronto con voz tensa—. Hay un vivero en Cornualles que me encantaría comprar. Es un terreno fantástico, un negocio fantástico... Pero lo descarté. Prefería no estar a seis horas en coche de ti. —Se encoge de hombros—. Supongo que tienes razón. Soy muy cerrado y estrecho de miras.

No sé qué contestar. Nos quedamos un rato callados; solo se oye el arrullo de las palomas en el jardín. De pronto advierto que hace una tarde preciosa. Los sesgados rayos del sol atraviesan las ramas del sauce y la hierba desprende un perfume dulzón.

—He de volver, Nathaniel. —Me tiembla un poco la voz—. No tengo alternativa. Pero tú y yo podemos seguir juntos. No hay motivo para que no sigamos juntos. Tendremos las vacaciones... los fines de semana... Regresaré para la fiesta de Eamonn... ¡Ni te darás cuenta de que me he ido a Londres!

Nathaniel guarda silencio mientras juguetea con el asa del cubo. Cuando al fin levanta la cabeza, veo la expresión de su rostro y se me encoge el corazón.

—Sí —dice con un hilo de voz—. Claro que me daré cuenta.

veinticinco

La noticia aparece en la primera plana del *Daily Mail*. Soy una auténtica celebridad, «SAMANTHA DEJA LOS VÁTERES Y VUELVE A LA ABOGACÍA». Cuando a la mañana siguiente entro en la cocina, Trish está leyendo detenidamente el artículo, mientras Eddie lee otro ejemplar.

—¡Han publicado las declaraciones de Trish! —anuncia Eddie—. ¡Mira!

—«Siempre supimos que Samantha estaba muy por encima de la asistente doméstica media», afirma Trish Geiger, de treinta y siete años —lee ella en voz alta con orgullo—. «Solíamos hablar de filosofía y ética mientras pasábamos el aspirador». —Levanta la cabeza y de pronto muda la expresión—. ¿Te encuentras bien, Samantha? No tienes buena cara.

—Es que no he dormido mucho —admito, y pongo agua a hervir.

He pasado la noche en casa de Nathaniel. No volvimos a comentar mi decisión de regresar a Londres. Pero a las tres, cuando lo miré, él también estaba despierto contemplando el techo.

—¡Necesitas algo que te dé energía! —Resuelve Trish—. ¡Hoy es un gran día para ti! ¡Tienes que estar guapa y radiante!

—Vale, vale —digo, e intento sonreír—. Lo que necesito es una taza de café.

Va a ser un día tremendo. El departamento de Relaciones Públicas de Carter Spink se puso manos a la obra tan pronto tomé la decisión, y han convertido mi regreso en un gran acontecimiento mediático. A la hora de comer habrá una gran rueda de prensa delante de la casa de los Geiger, y yo diré lo encantada que estoy de volver a Carter Spink. Varios socios me estrecharán la mano delante de las cámaras y yo concederé unas breves entrevistas. Y después nos iremos todos a Londres en tren.

—Bueno —dice Eddie mientras echo el café en la cafetera—. ¿Ya lo tienes todo?

—Sí, más o menos. Y... tenga, señora Geiger. —Le doy doblado el uniforme azul, que llevaba debajo del brazo—. Está limpio y planchado. Listo para la siguiente asistenta.

Trish lo coge y de pronto parece consternada.

—Claro —responde con voz entrecortada—. Gracias, Samantha. —Se seca las lágrimas con una servilleta.

—Ánimo, mujer —dice Eddie, y le da unas palmaditas en la espalda. Él también tiene los ojos vidriosos.

Dios mío, yo también voy a echarme a llorar.

—Les estoy muy agradecida, de verdad —balbuceo—. Y siento mucho dejarlos en la estacada.

—Sabemos que has tomado la decisión correcta. No es por eso. —Trish se enjuga las lágrimas.

—Estamos muy orgullosos de ti —afirma Eddie.

—¡Bueno! —Trish se sobrepone y bebe un sorbo de café—. He decidido pronunciar un discurso en la rueda de prensa. Estoy segura de que los periodistas estarán deseando que hable.

—Pues claro —digo, un tanto perpleja—. Me parece buena idea.

—Al fin y al cabo, ahora nos estamos haciendo famosos.

—¿Famosos? —repite Eddie, extrañado—. ¡Nosotros no somos famosos!

—¡Ya lo creo! ¡He salido en el *Daily Mail*! —Trish se sonroja un poco—. Esto podría ser solo el principio para nosotros, Eddie. Si contratáramos a un buen publicista, podríamos salir en un reality show. O... ¡hacer un anuncio de Campari!

—¿De Campari? —protesta—. ¡Pero si tú no bebes Campari, Trish!

—¿Y eso qué importa? —replica, y en ese momento suena el timbre de la puerta—. Pueden poner agua con colorante...

Sonriendo, voy hacia el vestíbulo y me ciño la bata. Quizá sea Nathaniel, que viene a desearme buena suerte.

Pero cuando abro la puerta, veo a todo el equipo de relaciones públicas de Carter Spink. Van todos con trajes idénticos.

—Hola, Samantha. —Hilary Grant, la jefa del departamento, me mira de

arriba abajo—. ¿Estás preparada?

A las doce del mediodía llevo un traje negro, medias negras, zapatos de tacón negros y una camisa blanca impecable. Me han maquillado y recogido el cabello en un moño.

Hilary se ha encargado de mi ropa, y se ha traído también a la peluquera y la maquilladora. Estamos en el salón, donde ella me alecciona sobre lo que tengo que decirle a la prensa. Por enésima vez.

—¿Qué es lo más importante que debes recordar? —me pregunta—. Por encima de todo.

—Que no debo mencionar los váteres —respondo con hastío—. No lo haré, te lo prometo.

—¿Y si te piden alguna receta? —insiste mientras se pasea arriba y abajo.

—Les contesto: «Soy abogada. Mi única receta es la receta del éxito». — Es increíble, pero consigo pronunciar esas palabras sin reírme. Ya no me acordaba de que el departamento de Relaciones Públicas se toma estas cosas muy en serio. Pero supongo que ese es su trabajo. Y supongo que todo este asunto ha sido una pesadilla para ellos. Hilary ha estado simpatiquísima desde que llegó aquí, pero me da la impresión de que en su mesa tiene una figurilla de cera que me representa, con un montón de agujas clavadas.

—Solo queremos asegurarnos de que no se te escapa ningún comentario desafortunado. —Me sonrío con cierto descaro.

—¡No lo haré! ¡Me ceñiré al guión!

—Y después, un equipo de *News Today* te acompañará a Londres. — Consulta su BlackBerry—. Les hemos dado permiso para seguirte el resto del día. ¿Te parece bien?

—Pues... Sí, supongo.

No puedo creer que se haya armado tanto revuelo. Hay un canal de televisión que quiere hacer un documental acerca de mi regreso a Carter Spink. ¿Es que no pasan otras cosas en el mundo?

—No mires a la cámara. —Hilary sigue dando instrucciones con tono de eficiencia—. Debes mostrarte simpática y optimista. Puedes hablar de las oportunidades profesionales que te ha ofrecido Carter Spink y de lo mucho

que deseas volver. No menciones tu sueldo...

Se abre la puerta y oigo la voz de Melissa, proveniente del vestíbulo:

—Entonces, ¿puedo llamarte al despacho para hablar de mis planes profesionales? Si quieres, podemos ir a tomar una copa.

—Sí, claro. Me parece... muy bien. —Guy entra en el salón y se apresura a cerrar la puerta antes de que Melissa pueda seguirlo—. ¿Quién demonios es esa?

—Melissa. —Pongo los ojos en blanco—. Prefiero no hablar de ella.

—Dice que es tu protegida. Que le has enseñado todo lo que sabe. —Me sonrío—. ¿Se refiere a las leyes o a la cocción de bollitos?

—Ja, ja.

—Fuera hay un poco de lío, Hilary —dice Guy—. Hay un tipo de la televisión que se está poniendo borde.

—Vaya. —Ella me mira—. ¿Te importa que salga un momento, Samantha?

—Pues claro que no. —Intento disimular mi alivio—. No te preocupes por mí.

Cuando Hilary se marcha, suelto un suspiro.

—Bueno. —Guy arquea las cejas—. ¿Cómo estás? ¿Nerviosa?

—¡Sí! —confieso, sonriente.

La verdad es que esto me parece surrealista. No puedo creer que lleve de nuevo un traje negro ni que esté rodeada de empleados de Carter Spink. Hace horas que no veo a Trish ni Eddie. Carter Spink se ha adueñado de la casa.

—Has tomado la decisión correcta. Lo sabes, ¿verdad? —me pregunta Guy.

—Sí, lo sé. —Me quito una mota de la falda.

—Estás sensacional. Vas a dejarlos pasmados. —Se sienta en el brazo de un sofá, enfrente de mí, y suspira—. Ostras, Samantha. No sabes cómo te he echado de menos. Sin ti no era lo mismo.

Lo observo unos instantes. ¿Tiene sentido de la ironía o eso también se lo arreglaron en Harvard?

—Así que vuelves a ser mi mejor amigo —digo, y no puedo evitar añadir una nota de sarcasmo—. Qué gracia.

Él me mira con fijeza.

—¿Qué insinúas?

—Venga, Guy. —Me dan ganas de reír—. Cuando tuve problemas, no quisiste saber nada de mí. Y ahora, de repente, volvemos a ser amigos íntimos, ¿no?

—Eso es injusto —replica, acalorado—. Hice todo lo que pude por ti, Samantha. Te defendí en aquella reunión. Fue Arnold quien no quiso que volvieras. En ese momento no sabíamos por qué...

—Pero no dejaste que fuera a tu casa. —Lo miro con una débil sonrisa en los labios—. Nuestra amistad no daba para tanto.

Guy parece sinceramente dolido. Se echa el cabello hacia atrás con ambas manos.

—Eso me supo muy mal. No fui yo. Fue Charlotte. Me enfadé mucho con ella...

—Sí, claro.

—¡En serio!

—Ya —digo con sarcasmo—. Discutisteis por mi culpa y cortasteis.

—Pues sí.

Me quedo totalmente parada.

—Ah, ¿sí?

—Sí, lo hemos dejado. —Se encoge de hombros—. ¿No lo sabías?

—¡No! ¡No tenía ni idea! Lo siento. Yo no... —Me interrumpo, aturdida—. Pero no... No fue por culpa mía, ¿verdad?

Guy no me contesta. Su mirada se intensifica. Siento una gran aprensión.

—Samantha —dice, sin desviar la vista—. Siempre he... —Se mete las manos en los bolsillos—. Siempre he tenido la sensación de que tú y yo... habíamos dejado pasar nuestra oportunidad.

No. No. No puedo creer que esté ocurriendo esto.

¿Que dejamos pasar nuestra oportunidad?

¿Ahora me lo dice?

—Siempre te he admirado mucho —prosigue—. Y siempre he creído que había chispa entre nosotros. —Vacila un momento—. No sabía si tú... sentías lo mismo.

Esto no puede ser real. ¿Cuántos millones de veces he imaginado que Guy pronunciaba estas palabras? ¿Cuántas veces he fantaseado que me

miraba fijamente con esos brillantes y oscuros ojos? Y ahora que lo está haciendo de verdad... es demasiado tarde.

—Samantha...

De pronto me doy cuenta de que lo estoy mirando de hito en hito, como un zombie.

—Ah. Ya. —Procuro recobrar la compostura—. Bueno... sí. Quizá sentía algo parecido. —Me toco la falda, sin saber qué hacer con las manos—. Pero el caso es que... he conocido a una persona. La he conocido aquí.

—El jardinero —dice de inmediato.

—¡Sí! —Levanto la cabeza, asombrada—. ¿Cómo lo has...?

—Los periodistas lo estaban comentando ahí fuera.

—Ah. Ya. Pues es verdad. Se llama Nathaniel. —Noto que me ruborizo—. Es... un encanto.

Guy frunce el entrecejo, como si no entendiera qué intento decir.

—Pero eso no es más que un romance de verano, ¿no?

—No, no es un romance de verano —corrijo—. Vamos en serio.

—¿Irás a vivir a Londres contigo?

—No, no. Él odia Londres. Pero ya nos lo montaremos.

Guy me mira un momento con incredulidad; luego echa la cabeza hacia atrás y suelta una sonora carcajada.

—Ya veo que eres una ilusa. Vives en una nube.

—¿Qué quieres decir con eso? —pregunto, furiosa—. Nos las apañaremos. Si ambos ponemos de nuestra parte...

—Me parece que todavía no te has enterado de lo que ha pasado. —Sacude la cabeza—. Te marchas de aquí, Samantha. Vuelves a Londres, a la vida real, al trabajo. Créeme, no vas a poder mantener un rollete de verano.

—¡No es un rollete de verano! —grito, enardecida, y en ese preciso instante se abre la puerta. Hilary nos mira con suspicacia, primero a Guy y luego a mí.

—¿Va todo bien? —pregunta.

—Sí —contesto, y me aparto de Guy—. Estoy bien.

—¡Estupendo! —Se da unos golpecitos en el reloj y agrega—: Porque ya es casi la hora.

Es como si toda la población mundial se hubiera congregado en la casa de

los Geiger. Cuando salgo por la puerta principal con Hilary y dos directores de relaciones públicas, veo a cientos de personas en el camino. Hay una hilera de cámaras de televisión enfocándome, y detrás de ellas, una horda de fotógrafos y reporteros, y varias secretarias de relaciones públicas de Carter Spink se pasean entre la gente, manteniéndola a raya y repartiendo cafés que un camarero prepara en un tenderete que ha aparecido de la nada. Junto a las verjas veo a un grupito de clientes del pub que miran con curiosidad, y les lanzo una sonrisa. Estoy muerta de vergüenza.

—Hemos de esperar unos minutos —dice Hilary con el móvil pegado a la oreja—. Falta el *Daily Telegraph*.

Veo a David Elldridge y Greg Parker junto a la cafetera; ambos teclean en sus BlackBerrys. El departamento de Relaciones Públicas quería que hubiera el máximo de socios en la sesión fotográfica para la prensa, pero solo han podido venir ellos dos. La verdad es que han tenido suerte. Mientras los observo, veo, horrorizada cómo Melissa se les acerca, elegantemente vestida con un traje de chaqueta beige y con un... ¡curriculum en la mano!

—¡Hola! —la oigo decir—. Soy una amiga íntima de Samantha Sweeting y Guy Ashby. Ambos me han recomendado que solicite un empleo en Carter Spink.

No puedo evitar sonreír. La niña tiene morro, desde luego.

—Samantha.

Levanto la cabeza y veo a Nathaniel, que se acerca por el camino de grava. Su mirada denota tensión, y tiene el semblante triste.

—¿Qué tal?

—Bien. —Lo miro unos segundos—. Ya ves. Es todo un poco exagerado.

Me coge una mano, y entrelazo los dedos con los suyos tan fuerte como puedo.

Guy se equivoca. Funcionará. Durará. Claro que sí. Noto cómo Nathaniel me frota el pulgar con el suyo, como la primera noche que pasamos juntos. Es como un lenguaje privado; como si su piel le hablara a la mía.

—¿No vas a presentarnos, Samantha? —Guy se nos acerca.

—Te presento a Guy —digo con cierta reticencia—. Trabaja conmigo en Carter Spink. Guy, te presento a Nathaniel.

—¡Encantado de conocerte! —Guy le tiende la mano y Nathaniel se ve

obligado a soltar la mía para estrechársela—. Gracias por cuidar tan bien de nuestra Samantha.

¿Por qué lo dice en ese tono tan condescendiente? ¿Y qué significa eso de «nuestra». Samantha?

—Ha sido un placer —responde Nathaniel dirigiéndole una mirada fulminante.

—Así que tú te ocupas del jardín —comenta Guy echando un vistazo en derredor—. Es precioso. ¡Te felicito!

Veo cómo Nathaniel aprieta el puño junto al costado. «No le pegues, por favor —rezo en silencio—. No le des un puñetazo...».

Entonces, con gran alivio, veo a Iris entrando por la verja, mirando con curiosidad a los reporteros.

—¡Mira! —me apresuro a decir—. Es tu madre.

Saludo a Iris con la mano. Lleva unos pantalones cortos de algodón, alpargatas, y las trenzas sujetas a la cabeza. Cuando llega a mi lado, me observa unos momentos: el moño, el traje negro, los zapatos de tacón.

—Madre mía —dice al fin.

—Sí, ya lo sé. —Río con torpeza—. Estoy un poco cambiada.

—Bueno, Samantha. —Me mira a los ojos con dulzura—. Has encontrado tu camino.

—Sí. —Trago saliva—. Sí, lo he encontrado. Esto es lo mejor para mí, Iris. Soy abogada. Siempre lo he sido. Es una gran oportunidad. Sería... sería una locura que no la aprovechara.

Ella asiente con la cabeza, con expresión comedida.

—Nathaniel me lo ha contado todo. Estoy segura de que haces bien. — Hay una pausa—. Bueno, adiós, bonita. Y buena suerte. Te echaremos de menos.

Me inclino hacia delante para abrazarla y de pronto noto que se me llenan los ojos de lágrimas.

—Iris... No sé cómo darte las gracias —le susurro—. Por todo lo que has hecho por mí.

—Lo has hecho todo tú sola. —Me aprieta con fuerza—. Estoy muy orgullosa de ti.

—Y en realidad esto no es una despedida. —Me seco las lágrimas con un

pañuelo de papel, y rezo para que no se me haya corrido el rímel—. Volveré muy pronto. Vendré a visitaros casi todos los fines de semana...

—Déjame a mí. —Me quita el pañuelo de la mano y me da unos toquecitos alrededor de los ojos.

—Gracias. —Compongo una temblorosa sonrisa—. Este maquillaje ha de durarme todo el día.

—¡Samantha! —Hilary me llama desde el puesto de los refrigerios, donde está hablando con David Elldridge y Greg Parker—. ¿Puedes venir?

—¡Ya voy!

—Antes de que te marches, Samantha... —Iris me coge las manos con una cara que denota cierta ansiedad—. Mira, corazón, estoy segura de que lo que estás haciendo es lo mejor para ti. Pero recuerda que solo se es joven una vez. —Contempla mis manos, de piel lisa comparadas con las suyas—. Estos años ya no vuelven nunca.

—Lo recordaré. Te lo prometo.

—Así me gusta. —Me da unas palmaditas en la mano—. Y ahora, vete.

Me dirijo hacia el puesto de los refrigerios cogida de la mano de Nathaniel, con nuestros dedos fuertemente entrelazados. Dentro de un par de horas tendremos que despedirnos.

No. No quiero ni pensarlo.

Cuando me acerco a Hilary, veo que está un poco nerviosa.

—¿Tienes tu declaración? —me pregunta—. ¿Estás preparada?

—Sí. —Saco una hoja de papel doblada—. Hilary, te presento a Nathaniel.

Ella lo mira sin ningún interés.

—Hola —dice—. Y ahora, Samantha, vamos a repasar otra vez el orden. Tú lees tu declaración, luego van las preguntas, y luego las fotos. Faltan tres minutos para empezar. El equipo está distribuyendo los dossiers de prensa... —De pronto me examina la cara y añade—: ¿Qué le ha pasado a tu maquillaje?

—Hum... Es que me estaba despidiendo de una persona y... —me disculpo—. ¿Se me ha corrido el rímel?

—Vamos a tener que maquillarte otra vez. —Está tan enfadada que le tiembla la voz—. ¡Lo que me faltaba! —Se marcha a grandes zancadas y llama a una de sus ayudantes.

Tres minutos más. Tres minutos, y mi antigua vida volverá a comenzar.

—Bueno... regresaré para la fiesta de Eamonn —digo sin soltar la mano de Nathaniel—. Solo faltan unos días. Cogeré el tren el viernes por la noche, pasaré el fin de semana aquí...

—El fin de semana que viene no podrá ser —tercia Guy mientras echa chocolate en polvo en un capuchino. Me mira y aclara—: Estarás en Hong Kong.

—¿Qué? —digo, atónita.

—Los de Samatron están tan encantados de que hayas vuelto que han pedido que te encargues de su fusión. Nos vamos a Hong Kong mañana. ¿No te lo había dicho nadie?

—No —contesto, y me quedo mirándolo de hito en hito—. Nadie lo ha mencionado siquiera.

Guy se encoge de hombros.

—Creía que ya lo sabías. Cinco días en Hong Kong, y luego a Singapur. Tú y yo tenemos que captar nuevos clientes. —Bebe un sorbo de café—. Ahora ocupas un cargo de responsabilidad, Samantha Sweeting, socia propietaria. No puedes dormirte en los laureles.

Ni siquiera me he reincorporado al trabajo y Guy ya me está hablando de dormirte en los laureles.

—¿Y cuándo volveremos?

Guy se encoge de hombros.

—No lo sé. Dentro de un par de semanas, creo.

—¡Samantha! —exclama Elldridge, acercándose—. ¿Ya te ha comentado Guy que a finales de septiembre nos vamos a cazar a Escocia? Queremos que vengas con nosotros. Será divertido.

—Ya. Bueno. Sí, supongo que sí. —Me froto la nariz—. Lo que pasa es que quiero tener los fines de semana libres... mantener cierto equilibrio en mi vida...

Elldridge me mira sin comprender.

—Samantha, ya te has tomado un descanso —dice con jovialidad—.

Ahora hay que volver al trabajo. Y tengo que hablar contigo de Nueva York. —Me da unas palmadas en el hombro y se gira hacia el camarero—. Otro café, por favor.

—Seamos realistas. Creo que no tendrás otro fin de semana libre hasta Navidad —expone Guy—. Ya te avisé. —Arquea las cejas y se va a hablar con Hilary.

Se produce un silencio. No sé qué decir. Todo está sucediendo muy deprisa. Pensaba que esta vez todo sería diferente. Pensaba que podría controlar más la situación.

—Navidad —dice Nathaniel al fin, anonadado.

—No —replico enseguida—. Exagera. No será tan grave. Ya me encargaré yo de todo. —Me paso la mano por la frente—. Mira, Nathaniel... regresaré antes de Navidad. Te lo prometo. Cueste lo que cueste.

Su rostro se ensombrece.

—No te sientas obligada.

—¿Obligada? —Me quedo mirándolo—. No me refiero a eso. Sabes muy bien que no me refiero a eso.

—¡Dos minutos! —Hilary aparece acompañada de la maquilladora, pero no le hago caso.

—Nathaniel...

—¡Samantha! —me espeta Hilary, e intenta llevarme a rastras—. ¡Ahora no hay tiempo para tonterías!

—Debes irte. —Él hace un movimiento con la cabeza—. Tienes trabajo.

Esto es espantoso. Es como si todo se estuviera desintegrando entre nosotros. He de hacer algo. No puedo soltar a Nathaniel.

—Dime una cosa, Nathaniel. —Me tiembla la voz—. Dímelo antes de que me vaya. Aquel día, en la granja... ¿qué me dijiste?

Me observa largamente, y luego es como si algo se cerrara en sus ojos.

—Algo demasiado largo, aburrido y mal expresado —responde, y me da la espalda.

—¡Haz algo con esas manchas, por favor! —chilla Hilary—. ¿Quieres apartarte, por favor? —le dice con brusquedad a Nathaniel.

—Ya me aparto. —Él me suelta la mano y echa a andar sin que yo pueda decir nada.

—¡No molestas! —exclamo, pero no sé si me ha oído.

Mientras la maquilladora se ocupa de mí, la mente me va tan deprisa que temo desmayarme. De pronto ya no estoy tan segura de nada.

¿Estoy haciendo lo correcto?

Dios mío. ¿Estoy haciendo lo que tengo que hacer?

—Cierra, por favor. —La maquilladora me pasa la brocha por los párpados—. Abre...

Abro los ojos y veo a Nathaniel y Guy juntos. Guy está hablando y Nathaniel escucha con expresión tensa. De pronto me pongo muy nerviosa. ¿Qué le estará diciendo Guy?

—Vuelve a cerrar —dice la maquilladora.

Cierro los ojos a regañadientes y noto cómo me aplica más sombra de ojos. Por amor de Dios. ¿Todavía no ha terminado? ¿Qué más da el aspecto que tenga?

Al final, la chica retira la brocha.

—Abre.

Abro los ojos y veo a Guy en el mismo sitio, unos metros más allá. Pero Nathaniel ha desaparecido. ¿Adónde ha ido?

—Junta los labios... —me ordena la maquilladora, y saca un pincel.

No puedo hablar. No puedo moverme. Miro a uno y otro lado, presa del pánico, buscando a Nathaniel entre el gentío. Necesito verlo. Necesito hablar con él antes de que empiece la rueda de prensa.

Solo se vive una vez. ¿Seguro que es esto lo que quiero hacer con mi vida? ¿Lo he pensado bien?

—¿Estás preparada para tu gran momento? ¿Tienes la declaración? —Hilary vuelve a mi lado, recién perfumada—. ¡Así está mucho mejor! ¡Levanta la barbilla! —Me la levanta con el dedo, con tanta brusquedad que me hace daño—. ¿Alguna pregunta de última hora?

—Hum... Sí —digo a la desesperada—. Me preguntaba si... ¿Podemos aplazar esto un poco? Solo unos minutos.

Ella se queda de piedra.

—¿Qué dices? —sisea al fin. Tengo la impresión de que va a darle un ataque.

—Es que estoy un poco... aturdida. —Trago saliva—. No sé si he tomado la decisión correcta. Necesito tiempo para pensar...

Me interrumpo al ver la expresión de Hilary.

Se me acerca y se queda con la cara a solo unos centímetros de la mía. Todavía sonrío, pero parpadea rápidamente y tiene las aletas de la nariz dilatadas. Doy un paso hacia atrás, asustada, pero ella me agarra por los hombros con tanta fuerza que noto cómo se me clavan sus uñas.

—Samantha —susurra—. Vas a salir ahí fuera, vas a leer tu declaración y vas a decir que Carter Spink es el mejor bufete del mundo. Y si no lo haces... te mato.

Me parece que habla en serio.

—Todos estamos un poco aturdidos, Samantha. Todos necesitamos tiempo para pensar. La vida es así. —Me zarandea un poco y agrega—: Tienes que superarlo. —Da un bufido y se alisa la chaqueta del traje—. ¡Bueno! Voy a anunciarte.

Echa a andar con decisión por el jardín. Permanezco inmóvil donde estoy, temblando.

Me quedan treinta segundos. Treinta segundos para decidir qué quiero hacer con mi vida.

—¡Damas y caballeros! —brama Hilary por el micrófono—. Es un placer para mí darles la bienvenida a esta reunión.

De pronto veo a Guy sirviéndose agua mineral.

—¡Guy! —lo llamo con apremio—. ¡Guy! ¿Dónde está Nathaniel?

—No tengo ni idea —me contesta con indiferencia.

—¿Qué le has dicho? Te he visto hablar con él.

—No ha hecho falta que le dijera casi nada. Ya ha visto por dónde van las cosas.

—¿A qué te refieres? —Lo miro—. Las cosas no van por ningún sitio.

—No seas ingenua, Samantha. —Da un sorbo de agua—. Ya es mayorcito; seguro que lo entiende.

—¡... la nueva socia de Carter Spink, Samantha Sweeting! —La voz de Hilary y el aplauso con que son recibidas sus palabras apenas llegan a mi conciencia.

—¿Entender qué? —exclamo, horrorizada—. ¿Qué le has dicho?

—¡Samantha! —Hilary me interrumpe con una sonrisa asesina—. ¡Te estamos esperando! ¡Aquí hay mucha gente que tiene trabajo! —Me coge una mano y tira de mí con una fuerza asombrosa hacia el jardín—. ¡Ánimo! ¡Disfruta! —Me da un empujón en la espalda y se separa de mí.

Vale. No he tenido suficiente con treinta segundos. Estoy sola ante la prensa nacional y no sé qué quiero. No sé qué debo hacer.

Jamás me había sentido tan desorientada.

—¡Venga!

El tenso susurro de Hilary me sobresalta. Es como si me encontrara en una cinta transportadora. Solo puedo ir hacia delante.

Me tiemblan las rodillas, pero consigo avanzar hasta el centro del jardín, donde han instalado un micrófono y un atril. El sol se refleja en los objetivos de las cámaras y me deslumbra. Busco a Nathaniel entre la multitud, pero no lo veo por ninguna parte. Trish está a pocos metros de mí, a mi derecha, con un traje de color fucsia, y me saluda con la mano muy emocionada. A su lado, Eddie sostiene una videocámara.

Poco a poco, despliego la hoja de mi declaración y la aliso con la mano.

—Buenos días —digo por el micrófono con voz forzada—. Estoy encantada de poder compartir con ustedes esta gran noticia. Tras recibir una fabulosa oferta de Carter Spink, voy a volver a la empresa en calidad de socia. Huelga decir... que estoy muy emocionada.

No sé por qué, pero no consigo parecer emocionada, y mis palabras suenan huecas.

—Me ha impresionado el cariño y la generosidad de la bienvenida que me ha dedicado Carter Spink —prosigo, vacilante—, y es un honor para mí unirme a un equipo tan prestigioso con tanto...

Sigo buscando a Nathaniel, y no puedo concentrarme en lo que estoy diciendo.

—¡Talento y profesionalidad! —Me apunta Hilary.

—Hum... eso. —Busco en la hoja—. Talento. Y profesionalidad.

Algunos reporteros ríen por lo bajo. No lo estoy haciendo muy bien.

—Carter Spink no tiene... parangón —continúo, esforzándome por sonar convincente.

—¿Y los váteres que limpiabas hasta ahora? —inquire un reportero

mofletudo.

—¡No es la hora de las preguntas! —salta Hilary—. Y no se aceptan preguntas sobre inodoros ni sobre ningún otro tipo de sanitarios. Sigue, Samantha.

—¿Tampoco tenían parangón? —insiste el periodista, y suelta una carcajada.

—¡Sigue, Samantha! —me espeta Hilary, furiosa.

—¿Cómo que no tenían parangón? —protesta Trish, y se acerca a grandes zancadas, con los zapatos de tacón de color fucsia hundiéndose en el césped—. ¡No permitiré que se hable mal de mis inodoros! Son todos Royal Doulton. Son Royal Doulton —repite por el micrófono—. De la mejor calidad. ¡Lo estás haciendo muy bien, Samantha! —Me da unas palmaditas en el hombro.

Todos los reporteros se han echado a reír. La cara que pone Hilary es un poema.

—Disculpe —le dice a Trish conteniendo la rabia—. Estamos en plena rueda de prensa. ¿Puede hacer el favor de retirarse?

—¡Este jardín es mío! —exclama Trish, indignada—. ¡La prensa también quiere saber cosas de mí! Eddie, ¿dónde está mi discurso?

—¡Usted no puede pronunciar ningún discurso! —La ataja Hilary, horrorizada, mientras Eddie se acerca corriendo con una hoja mecanografiada.

—Quiero darle las gracias a Eddie, mi marido, por su apoyo —empieza Trish, pasando de Hilary—. También quiero agradecerle al *Daily Mail*...

—¡Esto no es la ceremonia de los Oscar! —Hilary está que trina.

—¡No me interrumpa! —replica Trish con aspereza—. Permítame recordarle que soy la propietaria de esta residencia.

—Señora Geiger, ¿ha visto a Nathaniel? —Miro alrededor por enésima vez, desesperada—. Ha desaparecido.

—¿Quién es Nathaniel? —pregunta uno de los reporteros.

—El jardinero —contesta el tipo mofletudo—. Y el amante. Por cierto, ¿ha terminado tu relación con él? —me pregunta.

—¡No! —contesto, dolido—. Vamos a seguir viéndonos.

—¿Y cómo pensáis hacerlo?

Los periodistas vuelven a mostrar interés.

—Pues como sea, ¿vale? —De pronto, sin motivo aparente, estoy a punto de llorar.

—Samantha —dice Hilary, enfurecida—. ¡Haz el favor de ceñirte a la declaración oficial! —Con un empujón, aparta a Trish del micrófono.

—¡No me toque! —chilla Trish—. La denunciaré. Por si no lo sabía, Samantha Sweeting es mi abogada.

—¡Eh, Samantha! ¿Qué opina Nathaniel de que regreses a Londres? —me grita alguien.

—¿Has decidido que tu carrera es más importante que el amor? —pregunta una chica de rostro radiante.

—¡No! —grito—. Solo... necesito hablar con él. ¿Dónde está? ¡Guy! —De pronto veo a Guy a un lado del jardín—. ¿Adónde ha ido? ¿Qué le has dicho? —Corro hacia él por el césped, dando traspiés—. Quiero saberlo. ¿Qué le has dicho?

—Le he aconsejado que piense en su dignidad. —Se encoge de hombros con arrogancia—. Mira, me he limitado a decirle la verdad. Que no vas a volver.

—¿Cómo te atreves? —digo, furiosa—. ¿Cómo te atreves a hablar por mí? ¡Claro que volveré! Y él puede ir a Londres...

—Por favor, Samantha. —Pone los ojos en blanco—. Él no quiere pasearse por ahí como un pobre diablo, molestándote, avergonzándote...

—¿Avergonzándome? —Lo miro boquiabierta—. ¿Eso le has dicho? ¿Por eso se ha marchado?

—Por el amor de Dios, Samantha, déjalo ya —dice, impaciente—. Solo es un jardinero.

Mi puño actúa sin que yo se lo ordene. Le pego a Guy en toda la mandíbula.

Oigo gritos de asombro y disparos de cámaras fotográficas, pero no me importa. Es lo mejor que he hecho en mi vida.

—¡Ay! ¡Mierda! —Guy se lleva una mano a la cara—. ¿Qué te pasa?

Los periodistas nos han rodeado, y nos acribillan a preguntas, pero no les hago caso.

—El que me avergüenza eres tú —le suelto a Guy—. No vales ni un

pimiento comparado con él. No vales nada. —Entonces noto que se me llenan los ojos de lágrimas. Tengo que encontrar a Nathaniel. Ahora mismo.

—¡No pasa nada! ¡No pasa nada! —Hilary llega corriendo con su traje pantalón de raya diplomática—. ¡Samantha está un poco alterada! —Me coge con una fuerza brutal por el brazo mientras enseña los dientes en una rígida sonrisa—. ¡Esto solo es un desacuerdo amistoso entre dos colegas! Samantha está deseando afrontar el desafío de dirigir a un equipo de juristas de fama mundial. ¿Verdad, Samantha? —Me aprieta el brazo aún más—. ¿Verdad, Samantha?

—Pues... no lo sé —digo al fin—. No lo sé, la verdad. Lo siento, Hilary. —Consigo que me suelte.

Ella intenta agarrarme de nuevo, pero me zafó y corro hacia la verja.

—¡Detenedla! —le grita Hilary al equipo de relaciones públicas—. ¡Cerradle el paso!

Empiezan a surgir, desde diferentes puntos, chicas ataviadas con traje pantalón. Parecen policías secretas. Las esquivo, no sé cómo. Una me agarra por la chaqueta y no tengo más remedio que quitármela para escabullirme. También me quito los zapatos de tacón, y acelero el paso, sin apenas notar la grava que se me clava en las plantas de los pies.

Cuando llego a la verja, el corazón me late con violencia. Hay tres chicas de relaciones públicas allí plantadas, una al lado de la otra, cortándome el paso.

—Va, Samantha —dice una en plan policía bueno—. No seas tonta.

—Vuelve a la rueda de prensa. —Otra se me acerca cautelosa, con los brazos extendidos.

—¡Dejadla pasar! —Exige una fuerte voz a mis espaldas. Me doy la vuelta y veo, con asombro, que Trish viene hacia mí tan deprisa como se lo permiten sus zapatos de tacón de color fucsia—. ¡Ayudadme, idiotas! —les grita a un grupo de reporteros que hay cerca.

Tras unos instantes, las chicas de relaciones públicas han quedado sumergidas bajo los periodistas, que han logrado abrir la verja y me han franqueado el camino. Salgo a la calle y echo a correr sin mirar atrás.

Llego al pub con las medias rotas, el moño suelto, el maquillaje estropeado por el sudor y un fuerte dolor en el pecho.

Pero no me importa. Tengo que encontrar a Nathaniel como sea. Tengo que decirle que él es lo más importante de mi vida; que es más importante que cualquier trabajo.

Tengo que decirle que lo quiero.

No sé por qué no me he dado cuenta antes, por qué nunca se lo he dicho. Es tan evidente... Está tan claro...

—¡Eamonn! —llamo con apremio en cuanto me acerco al pub, y él, sorprendido, levanta la cabeza—. Necesito hablar con Nathaniel. ¿Está aquí?

—¿Aquí? —Eamonn no sabe qué decir—. Se te ha escapado, Samantha. Ya se ha marchado.

—¿Que se ha marchado? —Me paro, jadeando—. ¿Adónde ha ido?

—A ver un negocio que quiere comprar. Ha salido hace poco.

—¿El terreno de Bingley? —Trago saliva, aliviada; todavía me cuesta respirar—. ¿Puedes llevarme allí? He de hablar con él.

—No, no me refiero... —Se frota la cara y me contempla con apuro. Lo miro a los ojos, y de pronto me invade la aprensión—. Samantha... Nathaniel se ha ido a Cornualles.

Es como si me hubieran dado un mazazo en la cabeza. No puedo decir nada. No puedo moverme.

—Pensaba que lo sabías. —Eamonn avanza un paso y hace visera con una mano para protegerse del sol—. Ha dicho que quizá pase allí un par de semanas. Creía que te lo había explicado.

—Pues no —respondo con un hilo de voz—. No sabía nada.

De pronto se me doblan las rodillas. Me siento en un barril; el corazón se me ha desbocado. Se ha marchado a Cornualles, así por las buenas. Sin despedirse siquiera de mí. Sin contarme nada.

—Ha dejado una nota por si pasabas por aquí. —Eamonn se mete una mano en el bolsillo y saca un sobre. Me lo tiende y, muy compungido, añade —: Lo lamento, Samantha.

—Gracias. —Consigo esbozar una sonrisa—. Gracias, Eamonn. —Cojo el sobre y saco una hoja.

Samantha:

Me parece que ambos sabemos que esto ha terminado. Dejémoslo

ahora que estamos a tiempo.

Solo quiero que sepas que este verano ha sido perfecto.

Nathaniel

Las lágrimas me resbalan por las mejillas mientras leo una y otra vez la nota. No puedo creer que se haya marchado. ¿Cómo es que ha renunciado a intentarlo? Sea lo que sea lo que le haya dicho Guy; sea lo que sea lo que él pensara. ¿Cómo puede haberse marchado sin más?

Estoy segura de que lo habríamos conseguido. ¿Acaso él no lo creía? ¿Acaso no lo sabía en el fondo?

Oigo un ruido y levanto la cabeza. Veo a Guy y un grupo de reporteros formando un corro alrededor de mí. Ni siquiera me había enterado.

—Largo —les suelto en voz baja—. Dejádme en paz.

—Samantha —dice Guy con tono conciliador—. Ya sé que estás dolida. Siento mucho haber hecho que te enfadaras.

—Voy a darte otro puñetazo. —Me seco las lágrimas con el dorso de la mano—. Va en serio.

—Ahora quizá lo veas todo muy negro. —Echa un vistazo a la nota—. Pero tienes un brillante futuro.

No le contesto. Tengo los hombros caídos, me gotea la nariz y unos mechones de pelo me tapan la cara.

—Se razonable. No puedes volver a limpiar váteres. Ya no hay nada que te retenga aquí. —Guy da un paso adelante y pone mis relucientes zapatos de tacón encima de la mesa, a mi lado—. Venga, socia. Todos te esperan.

veintiséis

Estoy como atontada. Todo ha terminado, es verdad. Estoy sentada en un vagón de primera clase del tren a Londres, con los otros socios. Es un expreso. Llegaremos dentro de un par de horas. Llevo unas medias nuevas. Me han arreglado el maquillaje. Hasta he hecho otra declaración ante la prensa, que Hilary ha redactado en un periquete: «Aunque siempre sentiré cariño por mis amigos de Lower Ebury, ahora mismo no hay nada más emocionante ni más importante en mi vida que mi carrera en Carter Spink».

Lo he dicho con un tono muy convincente. Hasta me las he ingeniado para sonreír cuando le estrechaba la mano a David Elldridge. Quizá publiquen esa fotografía, y no la que me han sacado pegándole un puñetazo a Guy. Nunca se sabe.

Cuando el tren sale de la estación, siento una punzada de dolor y cierro los ojos un momento, intentando serenarme. Estoy haciendo lo correcto. Todo el mundo está de acuerdo. Doy un sorbo de capuchino, y luego otro. Si bebo suficiente café, quizá me mantenga viva. Quizá deje de tener la impresión de que todo esto es un sueño.

Apretujado en el rincón, en el asiento de enfrente, está el cámara del documental televisivo, y a su lado está el productor, Dominic, un tipo con gafas de pasta y cazadora tejana. Noto la lente de la cámara enfocándose, siguiendo todos mis movimientos, haciendo zooms sobre mí, captando todas mis expresiones. Podría pasar sin esto, la verdad.

—La abogada Samantha Sweeting abandona el pueblo donde solo se la conocía como asistenta —dice Dominic, hablando por el micrófono en voz baja y con tono de comentarista televisivo—. Y nosotros nos preguntamos si se arrepiente de ello. —Me lanza una ojeada inquisitiva.

—¿No ibas a estarte calladito? —le espeto con una torva mirada.

—¡Toma! —Guy me pone un montón de contratos en el regazo—. El acuerdo de Samatron. Ya puedes hincarle el diente.

Miro la pila de papeles. Hubo un tiempo en que, al ver un contrato nuevecito, sentía inmediatamente una descarga de adrenalina. Siempre quería ser la primera en detectar alguna anomalía, la primera en plantear alguna pregunta. Pero ahora estoy en blanco.

Todos los que viajan en el vagón están trabajando. Comienzo a hojear el acuerdo, a ver si me animo. Venga. Ahora esto es mi vida. En cuanto le coja el tranquillo, volveré a disfrutar como antes.

—De los libros de recetas de cocina a los contratos —murmura Dominic por el micrófono—. De las cucharas de madera a los mandatos judiciales.

Este tío está empezando a cabrearme.

Devuelvo mi atención al documento. Pero las letras bailan ante mis ojos. No logro concentrarme. Solo puedo pensar en Nathaniel. He intentado hablar con él por teléfono, pero no contesta. Tampoco ha respondido los mensajes de texto que le he enviado. Es como si ya no quisiera saber nada de mí.

¿Cómo es posible que todo haya terminado? ¿Cómo es posible que Nathaniel se haya marchado sin más?

Las lágrimas me anegan los ojos de nuevo, y parpadeo para contenerlas. No puedo llorar. Soy socia de un bufete. Los socios de los bufetes no lloran. Mientras procuro serenarme, miro por la ventana. Parece que estamos reduciendo la velocidad, lo cual me sorprende.

De pronto se oye por los altavoces:

—Señores pasajeros, este tren ha pasado de ser expreso a tener parada en todas las estaciones. Se detendrá en Hitherton, Marston Bridge, Bridbury...

—¿Qué? —Guy levanta la cabeza—. ¿En todas las estaciones?

—Hostia —exclama David Elldridge frunciendo el entrecejo—. ¿Cuánto vamos a tardar?

—... y llegará a Paddington con un retraso de treinta minutos respecto a la hora prevista —dice la voz—. Rogamos disculpen las molestias que...

—¿Media hora? —Elldridge saca rápidamente su móvil—. Tendré que aplazar la reunión.

—Y yo he de posponer lo de Pattinson Lobb. —Guy está igual de

cabreado, y ya ha empezado a marcar un número en su teléfono—. ¿Mary? Soy Guy. Mira, la hemos fastidiado con el tren. Llegaré media hora tarde...

—Arregla lo de Derek Tomlinson... —Exige mientras tanto David.

—Habrás que retrasar lo de Pattinson Lobb, cancelar lo de ese tipo de *The Lawyer*...

—Davina —bufa Greg Parker por su teléfono—. El puto tren va a llegar tarde. Dile al resto del equipo que estaré ahí con un retraso de media hora. Voy a enviar un e-mail...

Deja el móvil y, sin perder ni un segundo, se pone a teclear en su BlackBerry. Al cabo de un momento, Guy empieza a hacer otro tanto.

Contemplo todo ese frenesí con incredulidad. Los veo a todos tan estresados... Vale, el tren llegará tarde. Media hora tarde. Treinta minutos. ¿Cómo pueden ponerse tan histéricos por un retraso de treinta minutos?

¿Yo también tengo que ser así? Porque ya no me acuerdo. Quizá haya olvidado por completo qué significa ser abogada.

El tren entra en la estación de Hitherton y se detiene poco a poco. Miro por la ventana y suelto un grito de asombro. Hay un enorme globo aerostático suspendido sobre la estación, a pocos metros del edificio. Es rojo y amarillo, y se ve a varias personas en la cesta, saludando con la mano. Parece un cuento de hadas.

—¡Eh, mirad! —exclamo—. ¡Mirad eso!

Nadie levanta la cabeza. Están todos tecleando, frenéticos.

—¡Mirad! —insisto—. ¡Es increíble!

Pero nadie me hace caso. A nadie le interesa nada que no sea el contenido de su BlackBerry. Y ahora el globo se ha elevado un poco más. Dentro de un momento ya no podrá verse. Y todos se lo habrán perdido.

Los miro. Son la flor y nata del mundillo de la abogacía. Llevan trajes hechos a medida que valen miles de libras, y utilizan ordenadores de última generación. Y se pierden lo mejor. Y ni siquiera les importa lo que se están perdiendo. Viven en su propio mundo.

Yo no soy como ellos. Ese ha dejado de ser mi mundo. No soy una de ellos.

De pronto lo entiendo, y jamás había estado tan segura. No encajo en ese universo, no pertenezco a él. Quizá antes sí, pero ya no. No puedo hacer esto.

No puedo pasar el resto de la vida en salas de reuniones. No puedo obsesionarme con cada minuto de mi tiempo. No puedo seguir perdiéndome lo mejor.

Continúo sentada con el montón de contratos en el regazo, y noto cómo la tensión va aumentando en mi interior. He cometido un error. He cometido un grave error. No debería estar aquí. Esta no es la vida que yo quiero. Esto no es lo que quiero hacer. Esta no es la que yo deseo ser.

Tengo que irme. Ahora mismo.

La gente sube y baja del tren, cierra puertas, levanta bolsas. Con toda la calma de que soy capaz, cojo mi maleta y mi bolso y me pongo en pie.

—Lo siento —digo—. Me he equivocado. Acabo de comprenderlo.

—¿Qué? —Guy alza la cabeza.

—Siento mucho haberos hecho perder el tiempo. —Me tiembla ligeramente la voz—. Pero... no puedo quedarme. No puedo hacer esto.

—Dios mío. —Se sujeta la cabeza con ambas manos—. Otra vez no, Samantha...

—No intentes convencerme —lo interrumpo—. Ya lo he decidido. No puedo ser como vosotros. Esto no va conmigo. Lo siento, no debí aceptar.

—¿Es por el jardinero? —Está exasperado—. Porque la verdad, Samantha...

—¡No, esto no tiene nada que ver con el jardinero! ¡Tiene que ver conmigo! —Vacilo un momento, buscando las palabras adecuadas—. Mira, Guy, no quiero ser una persona que ya no mira nunca por la ventana.

Él me observa sin comprender. Yo no esperaba que lo comprendiera.

—Adiós. —Abro la puerta del tren y me apeo, pero Guy me agarra con fuerza.

—¡Te lo digo por última vez, Samantha! ¡Basta de tonterías! Te conozco. Y sé que tú eres abogada.

—¡No me conoces, Guy! —De pronto siento una rabia incontenible—. ¡No me digas cómo soy! ¡No me definas! ¡Yo no soy abogada! ¡Soy una persona!

Me zafo de Guy y cierro la portezuela de golpe; estoy temblando de pies a cabeza. La puerta se abre al instante y Dominic y el cámara se me echan encima.

—¡Increíble! —murmura Dominic, emocionado—. ¡Los acontecimientos han dado un giro imprevisto y Samantha Sweeting ha renunciado a una brillante carrera profesional!

Voy a darle en todos los morros.

Cuando el tren arranca, veo a Guy y los otros socios, mirándome con cara de profunda turbación. Creo que me he cerrado definitivamente las puertas.

Los pasajeros empiezan a abandonar el andén, y al final me quedo sola. Sola en la estación de Hitherton, con la única compañía de una maleta. Ni siquiera sé dónde está Hitherton. El cámara de televisión sigue enfocándome, y la gente me mira con curiosidad al pasar por mi lado.

¿Qué voy a hacer ahora?

—Samantha contempla con tristeza las vías del tren —dice Dominic con voz débil.

—No es verdad —replico.

—Esta mañana ha recibido un fuerte golpe al perder al hombre que amaba. Ahora se ha quedado también sin carrera. —Hace una pausa, y luego añade con tono tétrico—: Quién sabe qué oscuros pensamientos asaltarán su mente.

¿Qué está insinuando? ¿Que voy a tirarme a las vías cuando pase el siguiente tren? Seguro que eso le encantaría. Probablemente ganaría un Emmy.

—Estoy bien. —Levanto la barbilla y agarro la maleta con fuerza—. No pasa nada. He hecho... lo que tenía que hacer.

Pero cuando miro alrededor y veo la estación vacía, todavía siento oleadas de pánico. No tengo ni idea de cuándo pasa el próximo tren. No tengo ni idea de adónde quiero ir.

—¿Tienes algún plan, Samantha? —me pregunta Dominic acercándose al micrófono—. ¿Algún objetivo?

¿Por qué no me deja en paz de una maldita vez?

—Hay veces en la vida en que no necesitas objetivos —respondo con tono agresivo—. No es preciso tenerlo todo planeado. Basta con saber qué vas a hacer a continuación.

—¿Y qué vas a hacer a continuación?

—Pues... me lo estoy pensando. —Doy media vuelta y me alejo de la cámara, en dirección a la sala de espera. Cuando me acerco a la puerta, veo a un jefe de estación que sale del edificio—. Perdone... ¿Puede decirme cómo llegar a...? —No termino la frase. ¿Adónde voy?—. A...

—A... —repite él con toda su buena intención.

—A... Cornualles —me oigo decir.

—¿A Cornualles? —Parece sorprendido—. ¿A qué localidad de Cornualles?

—No lo sé. —Trago saliva—. No estoy segura. Pero necesito llegar allí cuanto antes.

No puede haber muchos viveros en venta en Cornualles. Seguro que encuentro el que busco. Lo encontraré. Como sea.

—Veamos... —El hombre arruga la frente—. Tendré que consultarlo. —Se mete en su despacho.

Oigo a Dominic susurrando frenético por el micrófono, pero no me importa.

—Ya está. —El jefe de estación vuelve a salir con un papel donde ha anotado algo con lápiz—. Pero me temo que habrá de hacer seis transbordos para llegar a Penzance. Y le costará ciento veinte libras. El tren tardará un poco —añade—. Andén número dos.

—Gracias.

Cojo mi maleta y me dirijo hacia la pasarela. Oigo a Dominic, que me sigue apresuradamente con el cámara.

—Por lo visto, Samantha se ha vuelto loca —dice jadeante—. La presión ha podido con ella. ¿Quién sabe qué imprudente decisión puede tomar ahora?

Está claro que lo que quiere es que me tire a las vías. No pienso hacerle ni caso. Me planto decidida en el andén, y miro hacia otro lado.

—Sin hogar, y sin nadie que la apoye —lo oigo continuar—, Samantha emprende un largo e incierto viaje para encontrar al hombre que la ha abandonado esta misma mañana. El hombre que se ha marchado sin despedirse de ella. ¿Es lo más sensato?

Muy bien, ya me he hartado.

—¡A lo mejor no es lo más sensato! —contesto, respirando

entrecortadamente—. Quizá no lo encuentre. Quizá él no quiera saber nada. Pero tengo que intentarlo.

Dominic vuelve a abrir la boca para hablar.

—Cállate —le ordeno—. Cierra el pico de una vez.

Al cabo de lo que se me antoja una eternidad, oigo el tren a lo lejos. Pero viene de la dirección opuesta: es otro que se dirige a Londres. Cuando se detiene, oigo abrirse las puertas, y suben y bajan pasajeros.

—¡Londres! —grita el jefe de estación—. ¡Tren con destino a Londres! ¡Andén número uno!

Ese es el tren en el que yo debería montarme. Si estuviera cuerda. Si no me hubiera vuelto loca. Paseo la mirada por las ventanillas, veo a la gente sentada, hablando, durmiendo, leyendo, escuchando música con sus iPods...

Y de pronto todo parece congelarse. ¿Estoy soñando?

Es Nathaniel. En el tren de Londres. Está tres metros más allá, en un asiento junto a la ventana, con la vista al frente.

Pero... ¿Qué...? ¿Por qué...?

—¡Nathaniel! —Intento gritar, pero tengo la voz ronca—. ¡Nathaniel! —Agito los brazos para llamar su atención.

—¡Dios mío! ¡Es él! —exclama Dominic—. ¡Nathaniel! —brama con un fuerte vozarrón—. ¡Aquí, tío!

—¡Nathaniel! —Por fin puedo gritar—. ¡Na-tha-niel!

Al final, él gira la cabeza y da un respingo al verme. Durante un instante su expresión es de absoluta incredulidad. Luego toda su cara parece expandirse en una lenta explosión de placer.

Oigo cómo se cierran las puertas del tren, a punto de arrancar.

—¡Corre! —grito, haciéndole señas.

Lo veo levantarse, coger su mochila, pasar ante la mujer que iba sentada a su lado. Entonces lo pierdo de vista, en el preciso instante en que el tren se pone en marcha.

—Demasiado tarde —se lamenta el cámara con tono lúgubre—. No lo conseguirá.

Noto tanta presión en el pecho que no puedo contestar. Lo único que puedo hacer es quedarme mirando cómo el tren se aleja: un vagón, y otro, y otro, cada vez más rápido... Hasta que al final sale de mi campo visual.

Y entonces veo a Nathaniel en el andén.

Empiezo a andar sin apartar la vista de él, cada vez más deprisa, hasta el puente elevado. Él también recorre su andén. Llegamos al puente, damos unos pasos y nos detenemos a escasa distancia. Respiro con dificultad y me arden las mejillas. Estoy petrificada, feliz y vacilante; todo a la vez.

—Pensaba que te habías ido a Cornualles —digo al fin—. A comprar el vivero.

—He cambiado de idea. —Nathaniel también parece muy sorprendido—. Se me ha ocurrido... ir a ver a una amiga mía que vive en Londres. —Echa un vistazo a mi maleta—. Y tú ¿adónde vas?

Carraspeo.

—Pensaba... ir a Cornualles.

—¿A Cornualles? —Me mira con fijeza.

—Sí. —Le enseño el horario de trenes, y de pronto me dan ganas de reír de lo absurdo que es todo esto.

Nathaniel se apoya en la barandilla, con los pulgares en los bolsillos, y se queda contemplando los tablones de madera del puente.

—Y... ¿dónde has dejado a tus amigos?

—No lo sé. Se han ido. Y no son mis amigos. Le he pegado un puñetazo a Guy —añado con orgullo.

Nathaniel echa la cabeza hacia atrás y ríe.

—Entonces te han despedido, ¿no?

—No; los he despedido yo —corrijo.

—¿En serio? —dice, asombrado.

Me tiende una mano, pero no se la cojo. Pese a que siento una gran alegría, todavía estoy muy nerviosa. Todavía me acuerdo de lo mal que lo he pasado esta mañana.

—Eamonn me ha dado tu nota. —Clavo mis ojos en los suyos, y él hace una mueca.

—Samantha... En el tren te he escrito otra nota. Por si no querías verme en Londres.

Mete una mano en el bolsillo y saca una carta de varias hojas, escritas por ambas caras. La cojo, pero no la leo.

—¿Qué... qué dice? —Lo miro.

—Es largo y aburrido. —Me mira con intensidad—. Y está mal expresado.

Hojeo la carta lentamente. Veo algunas palabras que hacen que inmediatamente se me llenen los ojos de lágrimas.

—Bueno... —digo.

—Bueno.

Nathaniel me rodea la cintura, y sus suaves labios se posan sobre los míos. Me abraza con fuerza, y noto cómo las lágrimas me resbalan por las mejillas. Aquí es donde tengo que estar. Este es mi sitio. Me aparto de él y lo miro mientras me seco las lágrimas.

—¿Y ahora, qué? —Se gira hacia al andén, y yo lo imito. Las vías se extienden en ambas direcciones hasta perderse de vista—. ¿Por dónde?

Miro hacia la lejanía, entrecerrando los ojos. Tengo veintinueve años. Puedo ir a donde quiera. Puedo hacer cualquier cosa. Ser quien yo quiera.

—No hay prisa —digo al fin; me pongo de puntillas y lo beso otra vez.

Agradecimientos

Deseo expresar mi agradecimiento a todas las personas que se han tomado la molestia de ayudarme a escribir este libro. A Emily Stokely, reina de la casa por excelencia, por enseñarme a hacer pan. A Roger Barran, por ser tan generoso con su tiempo y explicarme cómo funciona un bufete de abogados (¡y por descubrirme el mundo de los cosméticos Jo Malone!). Y sobre todo a Abigail Townley, mi asesora en materia de conspiraciones legales, que me permitió convertirme en su sombra y contestó con paciencia un millón de preguntas tontas.

Gracias por su apoyo incondicional a Patrick Plonkington-Smythe, Larry Finlay, Laura Sherlock, Ed Christie, Androulla Michael, Kate Samano, Judith Welsh y a toda la gente de Transworld. A mi maravillosa agente Araminta Whitley, cuyo entusiasmo por este libro no tiene límites, y a Lizzie Jones, Lucinda Cook, Nicki Kennedy y Sam Edenborough. A Valerie Hoskins, Rebecca Watson y Brian Siberell. Gracias a los miembros del tribunal examinador y a todos mis niños, grandes y pequeños.

Esta lista estaría incompleta si no mencionara a Nigella Lawson, a la que no conozco pero cuyos libros deberían leer todas las reinas de la casa.



SOPHIE KINSELLA (Londres, Reino Unido, 1969). Sophie Kinsella es el pseudónimo utilizado por la escritora británica Madeleine Wickham para firmar las novelas de la serie *Shopaholic*.

Se educó en el Instituto Putney y se licenció en Filosofía y Ciencias Políticas y Económicas en la Universidad de Oxford, ejerciendo como docente y periodista financiera antes de dedicarse a la escritura y al piano. Se casó con el director de colegio Henry Wickham, con quien tiene tres hijos.

Kinsella escribió su primera novela, *The Tennis Party*, con solo 24 años, y desde entonces se ha convertido en un éxito de ventas tanto con las novelas escritas bajo pseudónimo como las que publica con su nombre real.